

Representaciones estadísticas de la vejez. Argentina, 1869-1947

Statistical representations of old age. Argentina, 1869-1947

Hernán Otero

*Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCS), CONICET-
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires*

In memoriam Alain Desrosières (1940-2013)

Resumen

El texto estudia las representaciones estadísticas de la vejez presentes en los cuatro primeros censos nacionales de población de la Argentina (1869, 1895, 1914 y 1947). Para ello, indaga las clasificaciones propuestas para definir y segmentar las etapas de la vida humana (desde la niñez hasta la vejez), los debates en torno a la edad de inicio de la vejez y las percepciones positivas o negativas sobre esa etapa. La exégesis de los mecanismos de construcción del discurso censal (preguntas en el terreno, elaboración de cuadros, construcción de clasificaciones y comentarios) permite percibir las influencias teóricas internacionales y la progresiva emergencia del envejecimiento demográfico en tanto problema científico y político. Por último, se reflexiona sobre algunos de los límites de la teoría del envejecimiento (en particular, la asociación entre vejez y niveles de actividad laboral) a partir de su inscripción en la tradición histórica de larga data sobre clases de edad.

Abstract

The text examines the statistical representations of old age in relation to the first four national censuses of Argentina (1869, 1895, 1914 and 1947). In order to do so, the classifications proposed to define and segment the stages of human life (from childhood to old age) are analyzed, as well as the discussions on the age of the onset of old age and the positive or negative perceptions on that stage. The exegesis of the mechanisms of census discourse construction (field questions, chart elaboration, the construction of classifications and comments) suggests the influence of international theories and the progressive emergence of demographic ageing as a scientific and political problem. Finally, some of the limits of the theory of ageing are considered (particularly, the association between old age and level of working activity) since its appearance in the old historical tradition of age classes.

Introducción

En comparación con otras etapas de la vida, como la niñez y la juventud, la vejez ha suscitado muy poca atención en la historia de la población latinoamericana. Ello ha sido así, en primer lugar, por el escaso peso proporcional de los ancianos en los regímenes demográficos pretransicionales; en segundo lugar –y en íntima vinculación con lo anterior, aunque sin postular relaciones automáticas–, por su menor o nula visibilidad en las fuentes históricas en tanto grupo social específico –aspecto tempranamente señalado por autores fundacionales de este campo de estudio como Simone de Beauvoir (2011)–; y, en último término, porque los ancianos no constituyeron hasta mediados del siglo xx una clase de edad que exigiera respuestas del Estado, como, en cambio, ocurría, por ejemplo, con los niños y los jóvenes desde fines del siglo xix a través de las múltiples dimensiones englobadas en la “cuestión social” (trabajo infantil, criminalidad urbana, etcétera).

El presente texto se propone subsanar parcialmente el vacío historiográfico existente a partir del estudio sistemático de un registro específico: el discurso censal del sistema estadístico nacional durante el decisivo período que va desde la realización del Primer Censo de la República Argentina en 1869, durante la presidencia de Sarmiento, hasta el IV Censo General de la Nación de 1947, en los años iniciales del peronismo. Ese arco temporal, de casi ocho décadas, recorre un significativo conjunto de cambios sociales y culturales entre los que se destacan la transición demográfica y –como consecuencia directa de ella y de la inmigración ultramarina– la alteración significativa de las estructuras de edades de la población argentina (la proporción de personas de 60 años y más pasó del 3,7% en 1869 al 6,6% en 1947).

6

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

La elección del registro censal es menos específica de lo que podría suponerse a primera vista. Como hemos sostenido en trabajos anteriores (Otero, 2006), la cuantificación estatal de los fenómenos sociales abrevó en un amplio conjunto de representaciones culturales, desde el derecho hasta el sentido común, pasando por las ciencias, la literatura y la prensa. En sentido inverso, el carácter operacional y objetivable del lenguaje estadístico le confirió legitimidad y, en ocasiones, lo dotó también de efectos performativos evidentes sobre otras representaciones culturales. Dada su continuidad de largo plazo y la racionalidad tecnocrática por la que cada relevamiento debe garantizar cierta comparabilidad con la serie histórica en la que se inscribe, los censos definieron matrices de captación relativamente estables. Más importante aún, esas matrices de captación –o esos “consensos de medición”, según las precisas palabras de Alain Desrosières (1993)– son relevantes porque nos informan no solo de la racionalidad de las instituciones que las producen sino también de acuerdos que exceden ampliamente a las oficinas públicas de producción de datos. Por todo ello, la representación estadística puede ser vista, al menos en parte, como una formalización de un conjunto de representaciones más amplias y heterogéneas con las que puede mantener relaciones de acuerdo o de discrepancia.

Con el fin de evitar los riesgos inherentes a los enfoques basados exclusivamente en representaciones (en esencia, confundir la representación de un fenómeno con el fenómeno mismo), recurriremos también a indicadores empíricos derivados de los censos de población del período, de modo tal que el enfoque retenido los abordará no solo como

fuente de datos estadísticos sobre la realidad (uso en primer grado) sino también como fuente que nos ilustra sobre las concepciones conceptuales y teóricas de sus autores (uso en segundo grado).

Partiendo de estas consideraciones, el presente texto considerará las representaciones sobre la edad de inicio de la vejez, tema de larga tradición en la cultura europea que supone, al mismo tiempo, incursionar en los rasgos positivos o negativos de la vejez en tanto etapa específica de la vida o, en un lenguaje más moderno, como clase de edad.

La edad de inicio de la vejez

Como lo ha demostrado una amplia literatura, tanto gerontológica como sociológica, el inicio de la vejez en una sociedad y en un momento histórico determinados constituye un problema de muy difícil aprensión, debido a la pluralidad de dimensiones que contribuyen a la definición de la edad de las personas, aspecto ineludible y operacional de la definición estadística de la vejez.

Una esquematización clásica de las diferentes concepciones de edad incluye las siguientes dimensiones:

- a) la *edad cronológica*, medida por los años cumplidos sobre la base de una escala universal como el calendario;
- b) la *edad biológica*, que remite al estado de salud general de los individuos, concepto mucho más elaborado que incluye, a su vez, dimensiones tanto físicas como psicológicas o, si se prefiere, cognitivas;
- c) la *edad social*, dimensión igualmente compleja que involucra a los factores económicos, sociales y culturales que definen a las etapas de la vida (como la infancia, la juventud o la vejez –para nombrar fases paradigmáticas–). La edad social puede subdividirse en diversos componentes según sea el criterio central de definición: en una visión más puramente *relacional*, la pertenencia a redes sociales (de amigos, vecinos o parientes); en una visión más general, la dimensión *laboral*, en la que cobra particular importancia la edad de fin del trabajo; en una visión jurídica, la edad *legal*, que incluye los derechos y obligaciones propios de ese tramo de vida, etcétera.

Va de suyo que cada una de estas dimensiones admite múltiples definiciones teóricas y una gran variedad de operacionalizaciones concretas.¹ También que, más allá de la complejidad de esa tarea conceptual previa, cuando se aborda el estudio de la vejez en sociedades del pasado, los problemas devienen particularmente arduos por al menos dos razones: la inexistencia de fuentes específicas, es decir explícitamente concebidas para el estudio de los ancianos; y, en clave más antropológica, la ausencia de ritos de pasajes que

¹ Naturalmente, según los objetivos del estudio, pueden adoptarse mayor o menor número de dimensiones. Por ejemplo, Kastenbaum (1979) distingue cuatro edades (cronológica, biológica, funcional, subjetiva) y Sánchez Salgado (2005: 115) propone tres (biológica, social y psicológica).

definan claramente el momento a partir del cual la sociedad en cuestión considera a las personas como viejas.

Si bien los ritos de pasaje no constituyen en ninguna sociedad histórica medianamente compleja un umbral unívoco, una diferencia notable separa a los rituales de inicio de las primeras etapas de la vida (sean de base religiosa –como la comunión y la confirmación–, sean de base sociológica –como el inicio de las relaciones sexuales y el matrimonio–, sean sociales en general –como los ciclos de la escolarización o el servicio militar–) de la ancianidad, en la que los rituales han sido prácticamente inexistentes. Desde luego, en todas las épocas hay hechos que sugieren esa transición (el abandono del hogar por parte de los hijos, la viudez, la disminución o fin del trabajo, la enfermedad crónica, etc.), pero ellos no constituyen ritos en el sentido antropológico del término.² La generalización progresiva de los sistemas de jubilaciones y pensiones a partir de mediados del siglo xx supuso un cambio muy significativo en ese sentido, pero se trata de un cambio históricamente datado que escapa a los límites temporales de nuestro análisis.

El estudio de la vejez supone abordar, indirectamente, otras etapas vitales, ya que la definición de los límites y características de una clase de edad repercute sobre las representaciones de las restantes, como lo destacó en su momento Phillippe Ariès (1983). Como ocurre en los estudios de género, el postulado anterior confiere a las representaciones sobre la edad un carácter claramente relacional ya que la percepción de una clase de edad, como la vejez, está asociada a la percepción de otros grupos, típicamente los niños y los jóvenes, pero también los adultos en general, razón por la cual toda historia de una etapa específica de la vida que no tome en cuenta ese recaudo corre el riesgo de inducir interpretaciones segmentadas y artificiales.

8

Año 7

Número 13

Julio/
diciembre
2013

La perspectiva censal

Las dimensiones incluidas en el concepto de vejez son de muy difícil traducción estadística, sobre todo en los censos históricos. Por otra parte, y dado que estos se orientaban hacia preocupaciones muy diferentes de las actuales, se debe prestar especial atención a cualquier forma de anacronismo.

Como es sabido, el indicador etario predominante –cuando no exclusivo– de los censos de población remite a la edad cronológica de las personas, obtenida a partir de preguntas como la edad en años cumplidos y/o el año de nacimiento. Por elemental que pueda parecer hoy, la utilización de una escala universal como la edad cronológica constituye uno de los tantos avances sustantivos de la estadística moderna en relación con los recuentos de los períodos pre y protoestadísticos que se basaban en clases de edades cualitativas y no siempre comparables. Si bien la edad apareció tempranamente en las estadísticas coloniales latinoamericanas, su cobertura y confiabilidad presentaban muchos problemas, algunos de los cuales (como la atracción de las edades redondas terminadas

² Sobre los ritos de pasaje en la infancia y la juventud, véanse Becchi y Juliá (1998) y Levi y Schmitt (1996), respectivamente.

en cero o en cinco) continuaron incluso hasta la primera mitad del siglo XX. La finalidad eminentemente fiscal de los relevamientos coloniales suponía además una mayor atención a la población masculina en edad de tributar (15-50 años) y el consiguiente desdén por la información relativa a mujeres, niños y ancianos. Más importante aún era que “la metrología de la edad en una secuencia anual no tenía mayor uso o aplicación práctica en la época, por lo que el grueso de la población simplemente no sabía la edad que tenía” (Arretx, Mellafe y Somoza, 1983: 39). Existía asimismo una tendencia a agrupar a la población en cuatro categorías de edades que, por lo general, retomaban la clasificación peninsular española, basada en el cumplimiento de los sacramentos religiosos. Las categorías habitualmente retenidas eran: *niños de pecho* (1 a 3 años), *párvulos* (4 a 7), de *sola confesión* o de *confesión* (7 a 12 años), de *comunión* (15 a 40 o 50 años) y *viejos* (los mayores de 50 años). Los momentos de ruptura remitían a los 15 años y, de manera más brusca, a los 50, momento de inicio de la vejez (Arretx, Mellafe y Somoza, 1983: 39-40).

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, los censos españoles ganaron en complejidad –subdividiendo, por ejemplo, el amplio grupo de 15 a 50 años– pero sin que ello supusiera cambios sustantivos en relación con las edades iniciales y finales de la vida adulta. Independientemente de las categorías empleadas, existe amplio consenso en que la edad (que conlleva el conocimiento exacto de la misma) no se consolidó como “referencia indispensable de la identidad” de las personas hasta bien entrado el siglo XIX (García González, 2005: 26-27).

1869: entre el pasado y la modernidad estadística

9

H. Otero

Los censos nacionales de población del período independiente, levantados en un contexto de mayor desarrollo estatal y de expansión progresiva de la alfabetización (elemento coadyuvante del autoconocimiento de la edad) permiten explorar tres niveles de indagación: las definiciones de edad; las clasificaciones (es decir, el pasaje de las edades individuales a agrupamientos en “clases de edad” que permiten su resumen y facilitan su inteligibilidad); y los comentarios de los censistas sobre los resultados obtenidos.

Dado su carácter pionero en la definición de formas de medición de larga data, conviene partir del Primer Censo Nacional de 1869, cuyas “Instrucciones a los empadronadores” (Argentina, 1872: 726-727) definieron la edad a partir del criterio de años cumplidos, pregunta que se mantuvo en los dos censos siguientes (1895 y 1914). En los tres primeros censos, la edad debía ser suministrada por los empadronados o, cuando “fuese dudosa”, calculada por los empadronadores.

Más interesante que estos aspectos técnicos es que los cuadros relativos a la edad utilizaron una clasificación abstracta cuyo único criterio de simplificación fue el uso de grupos homogéneos quinquenales o decenales. Los grupos definidos entonces fueron 0 a 1 año, 2 a 5 años, grupos quinquenales a partir de los 6 años (6-10; 11-15; 16-20) y decenales entre los 21 y los 100, previéndose también dos grupos residuales (edad desconocida y 101 años y más). Como se puede observar, el uso de grupos decenales a partir de los 20 años no ofrece ningún criterio de clasificación específico para los grupos finales, como ocurre –y muy claramente– con los grupos iniciales de edad. La utilización de grupos

quinquenales y decenales, que comenzó a imponerse en Europa a mediados de la centuria, representó sin duda un avance sustantivo hacia una estadística más estandarizada y comparable que tardaría tiempo en imponerse.³

En el caso del límite inferior, el Censo de 1869 inauguró la tradición de definir a los niños como “menores de 14 años”, límite a partir de cual se estudiaron aspectos sustantivos como la orfandad y la ilegitimidad (“menores de 14 años”) y la “asistencia a la escuela” (“niños de 6 a 14 años”). Los 14 años constituyeron, asimismo, el umbral inferior para los estudios de estado civil (solo a partir de esa edad se preguntaba si las personas eran casadas, solteras o viudas) y de ocupación. Este umbral remitía, por un lado, a una concepción legalista de la medición de algunos hechos sociales (Otero, 2006) y, por otro, a una implícita definición de grupos de riesgo social, aunque, desde luego, ese término no existía en la época. En esta clave, los menores de 14 años constituían una población que debía ser protegida mediante el cumplimiento de obligaciones básicas como la escolarización. En la misma lógica, la etapa siguiente definía el pasaje a la madurez, tanto en materia laboral como matrimonial. Esta convención legal y administrativa no suponía el desconocimiento de las múltiples excepciones existentes, ya que los censistas combatieron con vehemencia el flagelo social del trabajo infantil. Los límites impuestos por los marcos legales nacionales hubieran hecho ilusoria la indagación de actividades laborales a personas de menos de 14 años.

Por último, en el nivel de los comentarios, aquel en el que se expresan más claramente las opiniones de los censistas, el Superintendente del Censo, Gregorio de la Fuente (1834-1909), avanzó un paso más en la clasificación y jerarquización de las clases de edad de su época. En primer lugar, ratifica la definición de los niños como los individuos “de 1 a 14 años inclusive” (Argentina, 1872: XXVIII), definición coherente con la empleada en los cuadros estadísticos. Pero, más interesante aún, por su novedad, fue la postulación de los 50 años como límite final de la edad adulta, umbral que, como hemos visto, representaba también una continuación con la tradición estadística colonial.

Este punto de corte –sin duda más representativo de las concepciones de la época que la abstracta clasificación decenal del lenguaje tabular– obedecía a una finalidad bien precisa: el “cálculo de ciudadanos argentinos aptos para la guardia nacional” (Argentina, 1872: XXIX), preocupación derivada, a su vez, de las necesidades de efectivos durante la contemporánea Guerra con el Paraguay (1864-1870). El cuadro relativo al “Ejército de Operaciones en el Paraguay” (p. 622) –que distingue los grupos 0-1, 2-5, 6-10, 11-15, 16-20 y decenales hasta los 70 años– confirma, en parte, esa impresión ya que la proporción de efectivos deviene insignificante a partir de los 50 años (1,3%).

³ A título de ejemplo, la Primera Conferencia de Estadística reunida en Córdoba en 1925 recomendó que “en las tabulaciones de atributos cuantitativos (edades, superficies, cantidades, etc.) deberá dividirse las frecuencias en intervalos de igual magnitud (de 5 en 5, 10 en 10, 100 en 100, etc.)” (Argentina, Dirección General de Estadística de la Nación, 1925: 29).

El Primer Censo Nacional introdujo, asimismo, la medición detallada de los longevos (personas de 100 años o más) que continuó sin interrupciones hasta el Censo de 1947. Esa continuidad en el plano conceptual fue acompañada, sin embargo, de una creciente desconfianza hacia los resultados obtenidos ya que, al igual que en otras partes del mundo, muchas personas con edades superiores a los 100 años tenían en rigor una edad muy inferior. El interés por esta subpoblación específica –y, desde luego, muy escasa en términos absolutos y proporcionales– se inició en Europa durante el siglo XVIII y se transformó en un tópico común durante la segunda mitad del siglo XIX, en particular en la estadística francesa. Su incorporación en los censos se vinculaba con el estudio de los límites de la vida humana, preocupación de índole biológica pero también, en un sentido genérico, filosófica. Más allá de ello, resulta interesante que la incorporación de los longevos, centenarios o macrobios (término este último empleado en 1914) supone ya una subdivisión específica del grupo de los ancianos que anticipa, en algunos puntos, algunas clasificaciones posteriores, preocupadas por medir las diferencias internas de las edades extremas.⁴ Igualmente significativo es el umbral de los 100 años, límite abstracto no justificado por ningún criterio explícito, pero de repercusión sociocultural evidente y de marcado tono celebratorio. Más relevante es que los longevos constituyen el único aspecto de la ancianidad comentado en términos positivos, aunque esa evaluación no remite a rasgos individuales o colectivos en tanto subpoblación específica sino a los condicionantes externos de la longevidad, entre los que se destacaba la “salubridad del clima argentino”, frecuentemente invocada por los censistas como parte de la propaganda a favor de la inmigración europea.

11

H. Otero

1895: la puesta en forma de una clasificación y la construcción de la inactividad

El Censo de 1895 continuó con muchas de las definiciones básicas del relevamiento precedente, como el modo de formulación de la pregunta (edad en años cumplidos) y el uso de una categoría de edad desconocida o sin datos. Sin embargo, a diferencia de Gregorio de la Fuente, el comentarista de 1895, Gabriel Carrasco (1854-1908), por entonces de 41 años, propuso una más compleja y completa representación estadística de la edad que denominó “períodos lógicos de la vida” ya que, según sus palabras, remitían a las “condiciones naturales de la existencia humana” (Argentina, 1895: II: C). Tales períodos sirvieron de fundamento para una parte del lenguaje tabular (en particular los cuadros de resumen) y para la interpretación de los resultados del censo. La clasificación de Carrasco fue la siguiente:

- Infancia (0-5 años)
- Edad Escolar (6-14)

4 El incremento de la esperanza de vida, junto a otros factores, dio lugar a subdivisiones de la vejez. Sobre la “tercera edad”, término que remonta a los años cincuenta, y la “cuarta edad”, véase el análisis histórico de Peter Laslett (1991). Para una discusión de la “cuarta edad” o “gran edad” basada en una perspectiva gerontológica, véase Bickel y Cavalli (2002/3).

- Pubertad (15-17)
- Edad de la Guardia Nacional Activa (18-30)
- Edad de la Guardia Nacional Reserva (31-35)
- Edad de la Guardia Territorial (36-40)
- Edad de Servicio Militar posible (41-50)
- Edad Madura (51-60)
- Ancianos (61-70)
- Septuagenarios (71-80)
- Última edad (81 y más)

Como se puede apreciar, la clasificación precedente es rica en muchos aspectos. En primer lugar, se destaca la voluntad de ir más allá de criterios cronológicos abstractos (como los quinquenales y decenales usados en 1869 y en la estadística más moderna) que, en palabras de Carrasco, debían ser considerados como “arbitrarios” (Argentina, 1898: XCIX).

En segundo lugar y en relación con el inicio de la edad activa, los 14 años continúan como el umbral demarcatorio que separa la edad “en que por nuestras leyes están sujetos a la obligación escolar” (Argentina, 1898: XCIVIII) de la edad de acceso al trabajo y de las posibilidades de casamiento legal, en consonancia con lo establecido en el Código Civil de Vélez Sarsfield, vigente desde 1871. Por la misma razón, la orfandad y la asistencia a la escuela se siguen midiendo hasta los 14 años inclusive.

12

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

En tercer lugar, y de manera más explícita que en 1869, los criterios legalistas incorporan no solo las obligaciones educativas antes de los 14 años, sino también las obligaciones militares: hay cuatro clases de edad distribuidas entre los 18 y los 50 años según el estado civil y la relación de los ciudadanos (activa, de reserva o potencial) con el servicio militar. El énfasis puesto en las obligaciones militares otorga un carácter marcadamente sexista a la clasificación resultante ya que define la entera estructura de edades con prescindencia de la población femenina en línea con una amplia tradición estadística. Como lo ha destacado Bourdelais (1997), los administradores reales de las últimas décadas del siglo XVII, como Colbert en Francia y Gregory King en Inglaterra, contribuyeron a aislar la categoría estadística de viejos, utilizando una clasificación ternaria de edades que tenía como criterio central de demarcación la capacidad de combate de la población (los *fighting men* en las elocuentes palabras de King).

En cuarto lugar, la clasificación introduce, de manera incipiente aún, criterios de corte biológico-evolutivos, como la pubertad y la madurez, pero sin suministrar definiciones precisas.

En quinto término, incorpora criterios más modernos ligados a la producción y al consumo. Así, la infancia no es solo una fase biológica ya que es definida, ante todo, por ser la “edad en que el ser humano solo consume, pesando por consecuencia sobre el resto

de la población”, afirmación matizada por el hecho de que “comienza el aprendizaje de la vida y puede ya utilizarse a los niños en algunos servicios” (Argentina, 1898: CI). En sentido análogo, Carrasco define a la “población útil para el trabajo activo” como aquella que va desde la pubertad hasta la edad madura, es decir desde los 15 hasta los 60 años.

Por último, caracteriza a los ancianos a partir de un criterio de edad cronológica (61 años y más) pero también de edad social, en su dimensión laboral, como lo muestra su clasificación resumen de las edades de la vida en: pasiva (infancia), semipasiva (edad escolar), activa (15-60 años) e inactiva (ancianos de 61 años y más). Resulta sin duda ilustrativo que, mientras que los menores de 15 años son clasificables como pasivos o semipasivos –es decir a partir de dos categorías que implican una visión gradualista del grado de actividad–, los mayores de 60 son incluidos en una única categoría de inactivos que suministra una imagen rupturista de los tramos finales de la vida en esa dimensión.

En suma, los ancianos remiten en Carrasco a dos campos semánticos bien claros: por un lado, al relativo al mundo laboral, a partir de su carácter de población “inactiva” y, por otro, al biológico, como lo muestran los sinónimos utilizados en el revelador cuadro comparativo de las estructuras de edades entre países (Argentina, 1898: CIV) en los que la población de 60 años y más aparece denominada como “Senectud” y “Edad proyecta” (término proveniente de la fisiología que significa edad avanzada), en claro contraste con el grupo de 15-60 años denominado “Edad viril”. De modo evidente, los términos biológicos empleados en el lenguaje tabular refuerzan la visión negativa de la vejez en tanto categoría etaria. Más importante aún, su utilización como umbral para definir el paso de la vida activa a la pasiva termina por obliterar el análisis de los niveles de actividad laboral al suplantarlos por consideraciones generales y *a priori*, inscriptas en una larga tradición cultural preexistente, pero no en análisis empíricos.

Igualmente significativo es que Carrasco haya indagado en subdivisiones posibles de los ancianos a partir de los grupos “septuagenarios” (en cierto modo, una concesión a los criterios cronológicos abstractos que aborrecía por arbitrarios) y “última edad”, lejano antecedente de la “cuarta edad”, de uso frecuente en los últimos años. Curiosamente, no incluyó en la clasificación a los longevos o centenarios a pesar de que, como hemos mencionado, ocuparon una sección especial del censo.

Más relevante aún es que Carrasco es el primer autor en proponer explícitamente en un censo nacional un límite operacional de la vejez basado en la edad cronológica (los 60 años), límite que, a diferencia del inicio de la vida activa, no podía fundarse en ningún precepto de corte legal, es decir derivado de los derechos y obligaciones de las personas. Como todos los umbrales, los 60 años postulados por Carrasco constituyan un punto de ruptura artificial pero en modo alguno arbitrario ya que contaban con una densa tradición histórica que hundía sus raíces en la época romana, en la que, como lo recuerda el Censo de 1914 (Argentina, 1916: I: 139), los 60 años marcaban el límite a partir del cual los hombres eran exceptuados de la vida militar.

Como lo ha mostrado la prolífica reconstrucción de Patrice Bourdelais, el umbral de 60 años coexistió desde la Antigüedad con muchos otros posibles, pero terminó por

imponerse, claramente en Francia pero también en otros países europeos, en el siglo XVIII.⁵ A partir de 1872, fue usado como punto de corte en los influyentes censos de la Statistique Générale de la France que, de tal suerte, contribuyen a la consagración, en sede estadística, de la visión ternaria (0-14; 15-59; 60 y más) propuesta por los administradores reales del siglo XVII, pero también en obras más generales de gran divulgación como la *Grande Encyclopédie* de Littré (editada en 1877), de referencia obligada desde fines del siglo XIX (Pollet, 2001/3: 34). Los 60 años aparecen también en otros registros cualitativos contemporáneos argentinos, como en el derecho, la prensa o la psiquiatría, si bien estas áreas serán objeto de una encuesta particular.⁶

Por último, y dejando de lado el problema del umbral, la clasificación de Carrasco tiene una funcionalidad no solo descriptiva de la estructura de edades, sino también explicativa, ya que conlleva un conjunto de proposiciones que van más allá de la simple nomenclatura. Esas proposiciones postulan, por un lado, la existencia de relaciones entre los grupos de edades y, por otro, la posibilidad de que los cambios de los parámetros demográficos (natalidad, mortalidad y migraciones) alteren esas relaciones más allá de un punto de equilibrio favorable. Conforme a la situación demográfica de la Argentina hacia 1895, la interpretación de Carrasco no podía ser sino favorable:

Resulta pues que ha disminuido el número relativo de niños, aumentado el de adultos y conservado en igual proporción el de los ancianos. El fenómeno es favorable para el país, porque la mayor proporción de habitantes en la edad del trabajo y de la reproducción disminuye el peso de los seres que deben ser alimentados y sostenido por la población activa. El hecho constatado demuestra también un favorable aumento en la vida media de la población. El fuerte número de inmigrantes extranjeros llegados al país en las edades adulta y viril explica claramente una de las causas de este fenómeno (Argentina, 1898: I: CII).⁷

Es posible advertir que esta descripción se halla muy lejos de la preocupación por el envejecimiento demográfico, problema llamado a convertirse en dominante a partir de la reducción de la inmigración europea y de la notoria caída de la natalidad en los años treinta del siglo siguiente. Sin embargo, se debe destacar que la representación estadística de los grupos de edades propuesta en el censo constituye un elemento esencial de la

5 Por ejemplo, los 60 años habían sido retenidos como umbral de la vejez por autores diversos como Cicerón (en sus textos *De senectute* y *De amicitia*), San Agustín y Gregory King (Cfr. Bourdelais, 1997: 55-100). La vitalidad de larga duración del umbral 60 fue reafirmada, recientemente, por la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento realizada en 1982 en Viena, si bien se trató de un umbral de compromiso entre las posturas antitéticas de los países desarrollados, por un lado, y de los países en vías de desarrollo, por el otro (Andrés, Gastrón y Oddone, 2013: 86).

6 A título de ejemplo, véanse: el capítulo, furibundamente juventocrático, titulado “La vejez niveladora”, del clásico libro de José Ingenieros *El hombre mediocre*, de 1913; y el apartado “Psicología del viejo” que Alberto Martínez incluye en el estudio censal de la longevidad (1916: I: 146-149).

7 La evolución del índice de dependencia potencial total en los tres primeros censos nacionales (78, 76.6 y 73.5 respectivamente) confirma esa interpretación. El punto de inflexión se sitúa en el período siguiente, ya que el índice descendió a 53.3 en 1947.

futura problemática del envejecimiento de la población, en la medida en que define, sin análisis empíricos ni matices interpretativos, una ecuación que iguala a los grupos etarios construidos con niveles supuestos de actividad. Más claramente aún, la futura dinámica de la teoría del envejecimiento depende tanto de la evolución de los fenómenos demográficos que lo producen (la caída de la mortalidad y la natalidad y la reducción drástica del flujo migratorio) como –y este es una de las conclusiones centrales del presente análisis– de la representación estadística que permite definir a la población inactiva o pasiva exclusivamente a partir de un umbral fijo de edad.

1914-1947: de la vejez al envejecimiento

En consonancia con lo observado en otros planos y a pesar del largo tiempo transcurrido desde el último relevamiento, el Tercer Censo Nacional de 1914 no supuso ninguna ruptura sustantiva en el tema que nos ocupa, ya que continuó con los preceptos básicos de 1895, tanto en lo relativo a la pregunta sobre años cumplidos (si bien se contempló la posibilidad de incorporar una segunda pregunta sobre año de nacimiento) como en lo referente a la edad de inicio de la vida activa basada en el cumplimiento de las obligaciones escolares.

También se mantuvo con fines comparativos la clasificación de edades propuesta por Gabriel Carrasco en 1895, a pesar de considerarse, con razón, que la misma había “sufrido modificaciones sensibles en la parte relativa al servicio militar” (Argentina, 1916: I: 138). Apoyado en consideraciones análogas a las del entonces influyente demógrafo francés Émile Levasseur,⁸ Alberto Martínez (1868-1925), director del Tercer Censo Nacional y de los censos municipales de la Ciudad de Buenos Aires de 1904 y 1909, constató con satisfacción el aumento del grupo de 18 a 40 años por constituir “el principal cuerpo de ejército de las naciones, porque es el que trabaja más, produce más riqueza social, se casa más, cría y educa a los hijos y sostiene en parte la vejez” (Argentina, 1916: I: 139) frase que, en una única secuencia, retoma el criterio basado en las obligaciones militares; agrega una interpretación frecuentista sobre la mayor intensidad de los fenómenos demográficos ligados a la reproducción (matrimonio y fecundidad) en la vida adulta e introduce de manera didáctica el problema del sostén a la vejez, aspecto crítico de la futura teoría del envejecimiento demográfico.

Su definición del límite final de la vida activa era, en cambio, más ambigua ya que osciló entre dos umbrales disímiles: los 60 años, utilizados por Carrasco en 1895 y característicos de la tradición estadística francesa, y los 70 años de la tradición alemana. Las dos definiciones siguientes ilustran esa ambivalencia:

⁸ La obra de Pierre Èmile Lévasseur (1828-1911) es analizada, entre otros, por Le Van-Lemesle (1994). El Director del Tercer Censo Nacional, Alberto Martínez, al referir sus contactos epistolares con el especialista francés, enfatizó –sin duda por considerarlo excepcional– que Lévasseur se mantenía en actividad a los 80 años de edad (Argentina, 1916: I: 139).

En el conjunto de la población, la parte más importante, del punto de vista económico y del punto de vista de la reproducción, está constituida por los hombres adultos de 20 a 60 años (Argentina, 1916: I: 141).

Del punto de vista productivo, nuestra existencia puede repartirse en tres períodos: uno improductivo, que se puede llevar hasta los 15 años de edad, y que comprende a todos los niños, en la ancha amplitud de la palabra; un período productivo, en el que se concentran las categorías de edad productiva, desde los 15 hasta los 70 años de edad; y un último período también improductivo, de decadencia de la vida humana, que desciende hasta el reposo de la tumba y que comprende a los viejos (Argentina, 1916: I: 139).

La ambigüedad entre estos dos límites se trasladó naturalmente a las comparaciones efectuadas: por un lado, a la comparación de la estructura de edades de 1914, con punto de ruptura en los 60 años, con los relevamientos precedentes y con países europeos, utilizada para describir los cambios inducidos por la transición demográfica, fenómeno no conceptualizado entonces como teoría específica pero evidente en sus componentes básicos para nuestro atento comentarista. Como Carrasco, pero de modo más claro por los años transcurridos de un censo a otro, Martínez percibió también los primeros síntomas del proceso de envejecimiento de la población. A diferencia de lo que ocurrirá después, sin embargo, el aumento de la proporción de personas de 60 y más años fue evaluado de manera favorable ya que se lo percibió como un signo positivo de los avances realizados por el país en su “lucha contra la muerte” (Argentina, 1916: I: 140). Cayendo en la llamada “ilusión de las poblaciones estables”, curiosamente Martínez no insistió en el rol decisivo desempeñado en tal proceso por la baja de la natalidad, a pesar de haber sido también consciente de los inicios de la misma y de que su papel había sido puesto de manifiesto en el plano internacional por el propio Lévasseur. Por otra parte, la comparación internacional con límite en 70 años (Argentina, 1916: I: 142), permitió ilustrar el alto peso de la población extranjera, básicamente europea, en la población activa.

La ambigüedad de Martínez sobre el límite de la vida activa se explica mejor si se toman en cuenta las consideraciones sobre la vejez que escribió en el infaltable capítulo sobre los longevos o centenarios (Argentina, 1916, I: 145-159), sustentado en los estudios del Doctor Silvio Tatti (“Duración de la vida” y “Psicología del Viejo”), extensamente reproducidos en el censo. En dichos apartados, el autor oscila sabiamente entre una visión que podría denominarse clínica, es decir basada en individuos particulares, y una perspectiva estadística, basada en los grandes números de una población. Así, en el estudio de la psicología de la edad avanzada sostiene:

[...] como no hay un viejo, sino viejos, como tampoco hay una enfermedad, sino enfermos, no es posible llegar a establecer con fundamento un criterio definitivo y único en ese sentido, si no se dispone de una galería de sujetos, nutrida y amplia (Argentina, 1916: I: 146).

Nótese al pasar, la analogía entre vejez y enfermedad que, desde las posiciones anti-téticas de Platón y Aristóteles, recorrió al pensamiento occidental y que Martínez resuelve de una manera típicamente aristotélica.⁹

Como se señaló, las clasificaciones censales de las clases de edad retoman visiones negativas sobre la vejez muy difundidas tanto en el pensamiento más formalizado como en el sentido común. Asimismo, resulta evidente que las relaciones postuladas entre las diferentes clases de edad y, muy en particular, el argumento del peso improductivo de los ancianos en tanto clase definida por una categoría estadística homogénea, artificial y de límite fijo, suponen implícitamente una visión negativa de la vejez, extendible a los individuos que la componen, apenas disimulada por el uso de términos como los de clase pasiva.

Menos elusivas, aunque igualmente negativas, resultaban, en cambio, las opiniones de Francisco Latzina (1843-1922), quien desarrolló una interesante argumentación juventocrática basada en consideraciones políticas y psicosociales. Según el célebre estadístico, Director de la Dirección General de Estadística de la República Argentina, una elevada proporción de jóvenes en la población impediría “el triunfo de las ideas conservadoras y de las preocupaciones añejas”. Inversamente, una sociedad en la cual “el centro de gravedad del desarrollo de la vida política, social e intelectual se halla en las clases de la edad madura” dificultaría el progreso, ya que en ella:

[...] los adelantos perforan penosamente las murallas una tras otra de las ideas cristalizadas, y toda variación en la sociedad tropieza con innumerables obstáculos, sucediéndose a cada éxito una paralización o una reacción, a fin de que haya que volver a comenzar de nuevo (Latzina, 1916: IV: 524).

Si bien la argumentación latziniana formaba parte de una discusión sobre la forma de medir el concepto de generación –por entonces en boga– y, por lo tanto, no se vinculaba con el estudio de la vejez propiamente dicha, resulta claro que el salto que opera Latzina entre la estructura de edades de una población y las dimensiones culturales de una sociedad constituye una operación por entero ideológica que deriva directamente de prejuicios implícitos y naturalizados sobre los rasgos que definirían a los viejos.¹⁰

A pesar de las notables rupturas operadas en otras dimensiones, el Censo de 1947 supuso novedades más bien modestas en la medición de las edades, con la excepción de

⁹ Como es sabido, Platón tenía una visión positiva de la vejez que nacía de la asociación del paso de los años con la experiencia y la sabiduría. Aristóteles, en cambio, identificaba a los ancianos con la enfermedad y la decadencia. Como lo ha mostrado Simone de Beauvoir (2011: 133-37), la oposición entre ambos autores derivaba centralmente de sus opiniones políticas sobre el papel de la gerontocracia en las ciudades griegas.

¹⁰ Sin que exista, desde luego, ninguna relación causal entre ambos, versiones semejantes a las del argumento latziniano aparecen en los planteos de la derecha natalista francesa (Dumont, 1979). Latzina también adhiere a la edad límite de 60 años en su contribución al Censo de 1914 (véase, por ejemplo, sus cuadros de edad al matrimonio y de defunciones por edad en Argentina, 1916: IV: 571 y 611-619, respectivamente).

la incorporación de la pregunta sobre año de nacimiento (usada para calcular la edad), recomendada en 1925 por la Conferencia Nacional de Estadística, reunida en Córdoba.

Al igual que en 1914, los censistas alternaron la crítica a la clasificación de Gabriel Carrasco de 1895 con su reiteración para garantizar la comparación de largo plazo (Argentina, 1952: I: XXXIX). Por un lado, buscaron reemplazarla por una más acorde “desde el punto de vista social y económico”, sustituyendo “los grupos referentes a la aptitud militar por otro denominado de la edad activa, comprendiendo a todos los habitantes de dieciocho a cincuenta años de edad” (Argentina, 1952, I: XL). Por otro, y al igual que Carrasco, distinguieron cuatro subgrupos –población absolutamente pasiva, semipasiva, activa e inactiva– y caracterizaron al período laboral como aquel que va de los 15 a los 60 años. Al igual que en 1914, pero con valores más bajos, el límite final osciló entre dos edades posibles –los 50 y los 60 años– descartando el umbral de los 70 introducido por Martínez en 1914.

En el plano de los comentarios, el Censo de 1947 fue el primero en mencionar explícitamente al aumento de la proporción de ancianos –claramente visible en la comparación con los censos precedentes– con el término específico de envejecimiento, hecho que estaba naturalmente en consonancia con la conceptualización del fenómeno realizada por el demógrafo francés Alfred Sauvy (1898-1990) en 1928 y popularizada desde entonces por infinidad de autores. En ese clima de preocupaciones, el censo se propuso explícitamente comparar “el grado de envejecimiento de las respectivas poblaciones” (una veintena de países de América, Europa y Otros continentes) tomando como umbral de la vejez los 60 años de edad (Argentina, 1952: Cuadro 12: XL).

18

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Los comentadores del censo vincularon los cambios ocurridos a tres factores básicos: la caída de la natalidad, a la que identificaron correctamente como “el principal factor modificadorio de la distribución de la población por edades”; el alargamiento de la vida media, producido por las mejoras ocurridas en la lucha contra la muerte en la mortalidad general pero sobre todo en la infantil; y los efectos de la inmigración ultramarina que “acentúan, cuando existe, los efectos de la denatalidad” (Argentina, 1952: I: XXXVIII). En consonancia con las teorías demoeconómicas de la primera mitad del siglo y muy en particular con el alarmismo de las doctrinas natalistas de inspiración francesa, el envejecimiento fue evaluado en clave claramente negativa al sostener que “no es este fenómeno un mal demográfico privativo de la República Argentina sino que lo es común a los países de la raza blanca” para agregar, en clave más moderada, que “aunque siendo el mal grave, no se han alcanzado todavía las bajas tasas [de natalidad] de los más importantes países de Europa” (Argentina, 1952: I: XXXVII). El anónimo comentarista del Cuarto Censo adoptó, en suma, una vía intermedia entre el pesimismo propio de la época y las visiones más extremas de ese clima de ideas, moderación que implicaba cuestionar las interpretaciones más catastrofistas de Alejandro Bunge [1940]. A diferencia del autor de *Una nueva Argentina*, los censistas argumentaron que la pirámide de población de 1947 “no denuncia la forma de urna funeraria que tanto preocupaba a Bunge, y que ello aliviaría el pesimismo de sus pronósticos sobre el crecimiento

de la población” (Argentina, 1952: I: XLI) en razón del repunte de la inmigración después de 1946 y de que la natalidad no era aún tan baja.¹¹

Límites de la vida activa: vejez y tasas de actividad

Como reconocía Alberto Martínez en el Tercer Censo, la vejez “no es, sin embargo, el fin de la vida activa” (Argentina, 1916: I: 139), afirmación que ponía sabiamente en duda la edad social de retiro del trabajo como límite demarcatorio del inicio de la ancianidad. Más claro aún, mientras que la vejez remite a una etapa del ciclo de vida que combina múltiples dimensiones, el fin de la vida activa, a pesar de su centralidad teórica y empírica, no necesariamente coincide con aquella, como lo muestran, por otra parte, el estudio histórico de las sociedades de Antiguo Régimen (en las que las personas seguían trabajando mucho más allá del inicio de la vejez) y el análisis sociológico de las sociedades actuales de mayor desarrollo (en el que las personas dejan de trabajar antes de envejecer).

A pesar de los recaudos de Martínez, la sección precedente demuestra que la representación de la clase de edad viejos o ancianos en los cuatro primeros censos nacionales (independientemente del umbral de edad retenido) definía a la ancianidad como ausencia de actividad, término que remitía, a su vez, a varios aspectos (las obligaciones militares –si bien estas terminaban antes, alrededor de los cincuenta–, el casamiento y la reproducción demográfica en general, en la visión frequentista de Martínez) pero, sobre todo, a la participación en la producción y al autosostén, es decir al trabajo.

La centralidad del trabajo como criterio demarcatorio de la vejez apela por una indagación empírica que permita evaluar su pertinencia como elemento de ruptura, lo que supone incorporar las tasas de actividad del período, calculadas sobre la base de los datos suministrados por los propios censos (Cuadro 1).¹²

Vistas en el largo plazo que aquí nos interesa, las tasas de actividad muestran una moderada pero continua tendencia al descenso, como lo ilustra la evolución del grupo de 10 años y más, que pasó en los hombres del 86 al 82% entre el Primero y el Cuarto Censo nacional, para caer al 78.7% en 1960. La baja de las tasas femeninas de la población de 10 años y más (que pasan del 58.8% en 1869 al 26% en 1947 y al 21.6% en 1960) es más notoria aún. A diferencia de los hombres, la evolución de las mujeres conoce un punto de inflexión en el intervalo intercensal 1895-1914, que ha dado lugar a la hipótesis conocida como curva en U. Según esta hipótesis, cuyo análisis escapa a los objetivos del presente texto, la participación laboral femenina experimentaría en el largo plazo una evolución curvilineal en la que se destacan tres fases sucesivas: a) alta participación en un primer período caracterizado por escaso desarrollo del sector industrial y predominio del sector

11 Sobre las doctrinas e ideas demográficas argentinas de la primera mitad del siglo, con especial referencia a la figura de Alejandro Bunge, véanse: Otero, 2006; Biernat, 2007 y Reggiani y González Bollo, 2007.

12 Las tasas de actividad o de participación remiten a la proporción de la Población Económicamente Activa (PEA) en el total de personas de cada grupo de edad. Para el caso argentino, véase Recchini de Lattes (1975), para el período 1869-1947, y Mychaszula *et al.* (1989) para 1947-1980.

Cuadro 1
Tasas de actividad por sexo y edad. Argentina. Años 1869-1960

Grupos de edad por sexo	Años				
	1869	1895	1914	1947	1960
HOMBRES					
10 a 14	44.4	39.1	34.5	25.3	18.4
15-19	89.8	80.6	76.0	72.5	75.5
20-24	95.3	94.3	93.1	90.1	93.5
25-29	96.8	95.9	95.8	96.6	97.6
30-34	96.8	96.8	97.0	97.6	98.5
35-39	96.6	97.1	97.4	98.0	98.4
40-44	96.0	96.5	96.9	97.7	97.2
45-49	95.4	96.0	96.3	96.8	95.2
50-54	94.4	93.7	93.8	95.3	91.6
55-59	92.9	91.3	90.9	91.9	81.5
60-64	90.6	88.0	86.5	84.5	66.4
65-69	86.9	82.7	78.9	71.0	47.1
70-74	79.3	78.2	72.9	54.8	37.5
75 y más	67.3	70.2	63.0	31.7	25.7
10 y más	86.0	84.8	83.4	82.0	78.7
MUJERES					
Año 7	31.6	21.0	sd	9.1	7.2
Número 13	64.2	40.8	sd	30.0	34.8
Julio/	65.9	49.2	sd	34.4	40.1
diciembre	65.7	48.1	sd	27.1	29.6
2013	64.6	46.5	sd	23.0	24.5
35-39	64.9	47.5	sd	21.5	22.7
40-44	67.4	49.5	sd	20.4	21.6
45-49	65.5	48.5	sd	19.4	19.5
50-54	64.4	46.9	sd	17.7	15.5
55-59	62.2	45.5	sd	15.3	12.1
60-64	58.9	43.6	sd	13.0	9.1
65-69	54.5	41.1	sd	10.1	7
70-74	50.0	38.1	sd	7.5	5
75 y más	44.8	34.0	sd	6.0	3.3
10 y más	58.8	41.9	27.4	26.0	21.6

Fuente: Recchini de Lattes, 1975: 153.

agrícola; b) baja de la participación femenina (pronunciada entre 1869 y 1914; moderada entre 1914 y 1947; cuasi estabilidad entre 1947 y 1960) en una segunda fase asociada al desarrollo de la gran industria concentradora de mano de obra masculina y a la disociación creciente entre el sector de las economías domésticas en retroceso y el sector capitalista en desarrollo; y c) nueva fase de alza de la participación femenina producida por la expansión del sector servicios, tanto privado como estatal, y asociada con un nivel mayor de desarrollo económico y social. Estas tres fases expresarían no solo variaciones en los niveles de participación en la fuerza de trabajo sino también diferencias en los sectores de actividad (del sector doméstico al mercantil) y en la naturaleza de la relación de la mujer con el mercado de trabajo (de no remunerada a salarial).¹³

Las tasas del intervalo 10 a 14 años, que tiene la ventaja de superar el precepto legalista de los 14 años, muestran una elevada incidencia de las actividades laborales que, en el caso de los varones, pasan del 44.4 al 25.3% entre 1869 y 1947.¹⁴ Dada la probable existencia de subregistro en las declaraciones, debido precisamente a la obligación de asistir a la escuela, esas proporciones deben tomarse más bien como un piso de la incidencia real del fenómeno, sobre todo a medida que avanza el período y se incrementa la sensibilidad social hacia el trabajo de los niños. Las tasas femeninas muestran una evolución semejante pero con valores más bajos (pasan del 31.6 al 9.1% en las mismas fechas), aunque esta menor incidencia obedece también, en parte, a la mayor sensibilidad estadística hacia la captación del trabajo masculino. Vistos en conjunto, estos resultados sugieren tanto la invalidez del precepto legal de captación con umbral en los 14 años, como el hecho obvio de que la progresiva expansión del sistema educativo y la escolarización implicaron un claro descenso de las tasas de participación de ese grupo de edades.¹⁵

A partir de 15-19 años, las tasas masculinas trepan hasta alcanzar valores del orden del 90% en 1869, del 80% en 1895 y del 75% en 1914-1947. Conforme a la típica curva en U invertida de las tasas de actividad, los valores más altos (entre 95 y 100%) se alcanzan en casi todos los censos en el grupo 40-44 años, para comenzar luego a descender, a partir de los intervalos siguientes, en palieres de intensidad variable. Las curvas no tienen un único y claro punto de ruptura, pudiéndose detectar, de manera no contundente, los 65 (1895 y 1914) y los 70 años (en 1869 y 1947). Más importante aún es que, a pesar de su

13 Una exhaustiva exposición a favor de esta teoría y de su aplicación al caso argentino se encuentra en Recchini de Lattes y Wainerman, 1977. Véanse, asimismo, Wainerman y Recchini de Lattes, 1981 y Otero, 1997, donde se examina el problema desde una perspectiva espacial a partir de datos provinciales del período 1895-1914. Las críticas a la teoría consideran que los cambios observados en el largo plazo derivan, sobre todo, de la variabilidad histórica de las formas de captación del trabajo femenino y de los errores de los primeros relevamientos. Cfr., por ejemplo, Hutchinson, 2000 y Queirolo, 2004.

14 La desigual duración de los intervalos entre censos puede sugerir una imagen errónea de este proceso, ya que, si se corrige por la duración de los mismos (26, 19 y 33 años, respectivamente), las bajas anuales fueron muy similares en los tres períodos.

15 Conviene aclarar que las tasas de actividad de la población menor de 14 años remiten a una dimensión mucho más amplia que la problemática del “trabajo infantil”, tema clave de la agenda sociopolítica de fines del siglo XIX y principios del siguiente. Sobre el particular, véase Falcón, 1986 y, sobre todo, la reciente síntesis de Suriano, 2007.

caída, las tasas por edad nunca descienden del 60%, con la única excepción de los hombres de 70 años y más en 1947 (que, de todos modos, alcanzan proporciones significativas del 54.8 y 31.7% en los intervalos de 70-74 y 75 años y más, respectivamente). En el intervalo de 60 a 64 años, por ejemplo, en el que los censistas cifraron con mayor frecuencia el paso a la vida improductiva, no menos del 85% de los varones censados en 1947 estaba en actividad. En suma, más de la mitad de los hombres del largo período 1869-1947 continuaba trabajando durante la vejez, cualquiera sea el umbral de edad con que se defina su inicio.¹⁶

Como se señaló, los valores son considerablemente más bajos del lado femenino, pero, aun así, se observan en 1869 proporciones superiores al 50% para los grupos de edad de entre 59 y 74 años y algo inferiores para el grupo abierto de 75 y más (44.8%). La situación es similar en 1895 ya que 4 de cada 10 mujeres de entre 60 y 69 años figuran en actividad, proporción que baja apenas un punto en los intervalos siguientes. Conforme a la ya mencionada curva en U, los valores devienen sensiblemente más bajos en 1947 (inferiores o muy inferiores al 10% a partir de los 60 años).

Conclusiones

Llegados a este punto, podemos esbozar algunas conclusiones relevantes. Los censos argentinos de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX presentaron los datos de edad a partir de un lenguaje tabular moderno, basado en intervalos anuales, quinquenales o decenales, de utilidad para sus múltiples usuarios potenciales. Ese lenguaje de base convivió con clasificaciones que, superando los grupos “arbitrarios”uestionados por Gabriel Carrasco en 1895, permitían establecer un “agrupamiento moral de las edades”, según la bella frase de Alberto Martínez (Argentina, 1916: I: 135), e interpretar los resultados obtenidos a través de una definición más rica y pertinente de las etapas de la vida humana. De modo inevitable, tal conceptualización implicó abordar, en ocasiones de manera elusiva, aspectos clave de la vejez, como su caracterización global y el sempiterno problema de sus límites de inicio.

Varios rasgos conectados entre sí definen la representación estadística de la vejez presente en los censos nacionales de población del período analizado. En primer lugar, y sin mayores novedades ya que se inspiraba en una larga tradición común al mundo occidental, se advierte una visión negativa que caracterizó a la vejez como una etapa pasiva e improductiva desde el punto de vista militar y de la reproducción demográfica pero, sobre todo, desde la perspectiva económica, en la doble vertiente del trabajo y del consumo. Que ese tipo de conceptualización (la de clase pasiva, por ejemplo) resulte familiar hoy por su naturalización a través de múltiples vías (en particular la prensa), no debe

¹⁶ Los promedios nacionales ocultan, naturalmente, significativas variaciones regionales sobre las que no podemos detenernos aquí. Los datos de 1947 muestran que las tasas de actividad masculinas del grupo 60-64 años variaban entre un mínimo de 75.8 en los partidos del Gran Buenos Aires y un máximo de 94 en Santa Cruz, siendo el promedio nacional igual a 83.4%. En el intervalo de edad siguiente, se destacan las mismas jurisdicciones con valores extremos de 61.7 y 89.6%, respectivamente.

hacer olvidar su carácter históricamente construido. De modo natural, y aunque no sea necesariamente esa su finalidad, la construcción estadística de una “clase de edad” termina por proyectar los atributos utilizados para definirla a los individuos que la componen. En tal sentido, existió un doble circuito intelectual y simbólico gracias al cual la construcción de la clase estadística de los ancianos se inspiró en percepciones culturales negativas sobre la vejez que, a su turno, fueron reforzadas por la clase de edad construida en sede estadística.¹⁷ Desde luego, no se trata aquí de insistir en el carácter negativo de esas percepciones, ya que la mayoría de las representaciones históricas de la vejez en Occidente trasuntaron una valoración poco o nada favorable de ese segmento de edad, y ello a pesar de la reducción de los prejuicios negativos a partir del siglo XVIII. Más interesante, en cambio, es que la operacionalización propuesta contribuyó, gracias a su efecto de objetivación y reproducción simbólica, a cristalizar esas percepciones en un lenguaje que, como el de la estadística, adquirió progresiva influencia en públicos cada vez más amplios.

En segundo lugar, la caracterización de la vejez debió afrontar el problema de su umbral estadístico de inicio, aspecto de más difícil abordaje que la fijación de la edad límite de la niñez, definida a partir de los criterios legales de obligación escolar. En este aspecto, los censistas alternaron entre varios umbrales posibles pero con cierto predominio de los 60 años, a lo que no fue sin duda ajena la influencia de la estadística francesa del período. Alternativamente, pero con menor constancia, postularon límites diferentes, como los 50 años en Gregorio de la Fuente o los 70 años en Alberto Martínez, de uso más frecuente en la estadística alemana. En todos los casos, tendieron a primar criterios aplicables a los hombres (desde la actividad militar hasta el trabajo), reforzando de tal suerte otros rasgos patriarcales de la estadística del período. No es nuestro interés especular aquí sobre cuál de los diversos umbrales era el más apropiado para el período, aspecto sobre el que podrían formularse consideraciones disímiles según sea el criterio retenido y el tipo de investigación a realizar (si se considera la esperanza de vida de la época, por ejemplo, los 60 años resultan un límite más razonable; si se trata, en cambio, del momento a partir del cual se reduce de modo significativo la participación en el mundo del trabajo, las conjeturas de Martínez sobre los 70 años parecerían igualmente relevantes). Antes bien, importa destacar que ninguno de los umbrales elegidos se basó en el criterio explícitamente utilizado por los censistas: el carácter económicamente improductivo de la vejez, cuya postulación teórica y discursiva contrasta de modo notable con los datos de los propios censos. Como se señaló, las tasas de actividad muestran claramente que más de la mitad de los hombres del largo período 1869-1947 continuaba trabajando durante la vejez, cualquiera sea el umbral etario con que se defina su inicio. Si, como afirmaba con razón Alberto Martínez, la vejez no puede confundirse con el fin de la vida activa, su calificación como edad pasiva pierde buena parte de su pertinencia a la luz de los propios

¹⁷ Va de suyo que esas representaciones históricas negativas constituyen ejemplos específicos del concepto de “ageism”, propuesto por Robert Butler en la década del setenta y traducido en nuestro medio como “viejismo” (Salvarezza, 1996), aunque este último término tiene una connotación más limitada que el anterior (mientras el “ageism” remite a los prejuicios basados en la edad de las personas, cualquiera sea la etapa de referencia, el “viejismo” se circunscribe a los ancianos).

datos censales. Esta situación, común a otras construcciones argumentales del período, constituye una clara ilustración de la autonomía de la teoría utilizada para construir la clasificación de edad en relación con la realidad empírica.

Por último, cabe reflexionar sobre las conexiones existentes entre la estadística censo del período y la teoría del envejecimiento que, formulada originalmente en Francia a principios del siglo XX, adquirirá desde entonces una progresiva difusión y consenso. Dicho consenso deriva, como es sabido, del aumento de la población anciana como producto de la transición demográfica y de los vastos efectos sociales, sanitarios y culturales que ello provoca en las sociedades. La fijación por Naciones Unidas en la década del cincuenta de un umbral de 65 años como criterio de demarcación de la vejez, por ser esa la edad de jubilación en la mayoría de los países,¹⁸ contribuyó, asimismo, a facilitar las comparaciones diacrónicas y sincrónicas entre unidades espaciales pero también, junto con otros factores, a relegar a un segundo plano los debates sobre la edad de inicio de la vejez. Las sucesivas llamadas de atención sobre los problemas derivados del uso de un umbral fijo, iniciadas por el clásico trabajo del demógrafo norteamericano Norman Ryder, aunque contundentes en sus fundamentos, no han logrado erosionar el consenso de medición existente, cuya principal ventaja sigue siendo la de facilitar las comparaciones.¹⁹ Visto el problema en la perspectiva de largo plazo de la historia de las ideas demográficas en la que se inscribe este texto, el pasaje de las tribulaciones de los censistas del siglo XIX a las certezas promovidas por la estandarización estadística internacional del siglo XX constituye un ejemplo paradigmático de que los progresos en algunas dimensiones pueden acarrear retrocesos en otras.

24

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Como ha señalado Bourdelais (1997: 395), la noción de envejecimiento demográfico es, al menos en parte, heredera de la percepción negativa de la vejez, dominante en la segunda mitad del siglo XIX, ya que tiende a extrapolar la decadencia de la vejez individual con la decadencia de la sociedad en tanto organismo colectivo. Recíprocamente, la imagen negativa que construyen las versiones más extremas de la teoría del envejecimiento termina por trasladarse implícitamente a los viejos en tanto clase de edad.

Independientemente de lo anterior, resulta evidente que la teoría del envejecimiento demográfico requirió para su emergencia de la construcción previa de clases de edad, basadas sobre todo en los niveles de actividad presuntos, tarea central de los estadísticos

18 La edad de la jubilación tuvo también en parte un origen militar: la decisión de Otto Von Bismarck en 1870 que obligaba a los mariscales de campo a entregar el cargo al cumplir los 65 años (Sánchez Salgado, 2005: 126).

19 Ryder (1975) define a la edad de inicio de la vejez no a partir de los años vividos sino de los que restan por vivir, tomando como referencia una esperanza de vida fija de 10 a 15 años. Su propuesta, que da lugar a un umbral evolutivo a lo largo del tiempo, puede ser mejorada, como proponen Desjardins y Legaré (1984), con indicadores suplementarios como la esperanza de vida en buena salud o similares. A partir de las ideas de Ryder, Alfredo Lattes (en Pantelides y Moreno, 2009: 111-112) concluye que entre 1900 y 2007 no habría ocurrido envejecimiento alguno en el caso argentino, resultado que contrasta claramente con los basados en el umbral fijo de 65 años, según el cual la Argentina sería un país envejecido desde el Censo de 1970.

del período aquí analizado. Si bien se trató de un proceso universal, iniciado en la estadística europea, esa construcción adquirió modulaciones propias de las realidades demográficas y culturales de cada caso nacional, modulaciones que continúan influyendo en la reconstrucción de la historia de la población latinoamericana pero también en los temores sobre su futuro.

Bibliografía

ANDRÉS, H., L. Gastrón y J. Oddone (2013), “¿A qué edad se supone que empieza la vejez”, en L. Gastrón (coord.), *Dimensiones de la representación social de la vejez*, Mar del Plata: EUDEM.

ARGENTINA (1872), *Primer Censo de la República Argentina, verificado los días 15, 16 y 17 de setiembre de 1869, bajo la dirección de Diego G. de la Fuente, Superintendente del censo*, Buenos Aires: Imprenta del Porvenir.

----- (1898), *Segundo Censo de la República Argentina, mayo 10 de 1895, decretado en la administración del Dr. Sáenz Peña, verificado en la del Dr. Uriburu*, Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaria Nacional.

----- (1916), *Tercer Censo Nacional, levantado el 1º de junio de 1914*, Buenos Aire: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía.

ARGENTINA, DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA DE LA NACIÓN (1925), *Recomendaciones de la Primera Conferencia Nacional de Estadística, reunida en la ciudad de Córdoba por iniciativa del Poder Ejecutivo de la Provincia el 30 de octubre de 1925*, Buenos Aires: G. Kraft Impresor.

ARGENTINA, MINISTERIO DE ASUNTOS TÉCNICOS, DIRECCIÓN NACIONAL DEL SERVICIO ESTADÍSTICO (1952), *IV Censo General de la Nación 1947*, Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft Ltda, Tomo I, Censo de Población.

26

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

ARIÈS, Ph. (1983), “Une histoire de la vieillesse? Entretien avec Philippe Ariès”, en *Communications*, 37, París: Seuil, pp. 47-54.

ARRETX, C., R. Mellafe y J. L. Somoza (1983), *Demografía histórica en América Latina. Fuentes y métodos*, Santiago de Chile: CELADE.

BEAUVOIR, S. de (2011) [1970], *La vejez*, Buenos Aires: Debolsillo.

BECHI, E. y D. Juliá (1998), “Histoire de l'enfance, histoire sans paroles?”, en E. Becchi y D. Juliá (dirs.), *Histoire de l'enfance en Occident*, París: Seuil, 2 tomos.

BICKEL, J.-F. y S. Cavalli (2002/3), “De l'exclusion dans les dernières étapes du parcours de vie. Un survol”, en *Gérontologie et Société*, núm. 102, París: Fondation Nationale de Gérontologie, pp. 25-40.

BIERNAT, C. (2007), *¿Buenos o útiles? La política inmigratoria del peronismo*, Buenos Aires: Biblos.

BOURDELAIS, P. (1997), *L'âge de la vieillesse. Histoire du vieillissement de la population*, París: Odile Jacob/Opus.

BUNGE, A. (1984) [1940], *Una nueva Argentina*, Buenos Aires: Editorial Hyspamérica.

DESGARDINS, B. y J. Légaré (1984), “Le seuil de la vieillesse: quelques réflexions de démographes”, en *Sociologie et sociétés*, vol. 16, núm. 2, Montréal: Presses de l’Université de Montréal, pp. 37-84.

DESROSIÈRES, A. (1993), *La Politique des Grands Nombres. Histoire de la raison statistique*, París: La Découverte.

DUMONT, G.-F. (con la colaboración de P. Chaunu, J. Legrand y A. Sauvy) (1979), *La France ridée. Échapper à la logique du déclin*, París: Pluriel.

FALCÓN, R. (1986), *El mundo del trabajo urbano (1900-1914)*, Buenos Aires: CEAL.

GARCÍA GONZÁLEZ, F. (2005), “Vejez, envejecimiento e historia. La edad como objeto de investigación”, en F. García González (coord.), *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

HUTCHINSON, E. Q. (2000), “La historia detrás de las cifras: la evolución del censo chileno y la representación del trabajo femenino, 1895-1930”, en *Historia*, núm. 33, Santiago de Chile: Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, pp. 417-434.

INGENIEROS, J. (2006) [1913], *El hombre mediocre*, Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.

KASTENBAUM, R. (1979), *Growing Old*, Londres: Harper & Row.

LASLETT, P. (1991), *A Fresh Map of Life: the Emergence of the Third Age*, Harvard: Harvard University Press.

LATZINA, F. (1916), “Demografía dinámica. Movimiento de la población en 1914, año del tercer censo nacional”, en *Tercer Censo Nacional, levantado el 1º de junio de 1914*, Buenos Aires: Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía, Tomo IV.

LE VAN-LEMESLE, L. (1994), “Levasseur, Émile (1828-1911)”, en C. Fontanón, y A. Grelon, (dirs.), *Les Professeurs du Conservatoire National des Arts et Métiers. Dictionnaire biographique, 1794-1955*, Paris: Institut National de la Recherche Pédagogique, 2 tomos.

LEVI, G. y J.-C. Schmitt (dirs.) (1996), *Historia de los jóvenes*, Madrid: Taurus, dos tomos.

MYCHASZULA, S., R. Geldstein y C. Grushka (1989), *Datos para el estudio de la participación de la población en la actividad económica. Argentina, 1947-1980*, Buenos Aires: CENEP, Serie Información Documental y Estadística núm. 4.

OTERO, H. (1997), “Familia, trabajo y migraciones. Imágenes censales de las estructuras socio-demográficas de la población femenina en la Argentina, 1895-1914”, en E. de Mesquita Samara (comp.), *As idéias e os números do Gênero. Argentina, Brasil e Chile no século XIX*, San Pablo: Hucitec.

----- (2006), *Estadística y nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Buenos Aires: Editorial Prometeo.

PANTELIDES, E. y M. Moreno (coords.) (2009), *Situación de la población en Argentina*, Buenos Aires: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)-UNFPA.

- POLLET, G. (2001/3), “La vieillese dans la littérature, la médecine et le droit au xixème siècle: sociogenèse d'un nouvel âge de vie”, en *Retraite et Société*, núm. 34, París: La Documentation Française, pp. 29-49.
- QUEIROLO, G. (2004), “El trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940): Una revisión historiográfica”, en *Temas de Mujeres*, año 1, núm. 1, San Miguel de Tucumán: Centro de Estudios Históricos e Interdisciplinarios sobre las Mujeres, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán.
- RECCHINI DE LATTES, Z. (1975), “Población económicamente activa”, en Z. Recchini de Lattes y A. Lattes (comps.), *La población de la Argentina*, Buenos Aires: CICRED/ INDEC.
- RECCHINI DE LATTES, Z. y C. Wainerman (1977), “Empleo femenino y desarrollo económico: algunas evidencias”, en *Desarrollo Económico*, vol. 17, núm. 66, Buenos Aires: IDES.
- REGGIANI, A. y H. González Bollo (2007), “Dénatalité, ‘crise de la race’ et politiques démographiques en Argentine (1920-1940)”, en *Vingtième siècle*, 95, París: Presses de Sciences Politiques, julio-septiembre, pp. 29-44.
- RYDER, N. (1975), “Notes on Stationary Populations”, en *Population Index*, vol. 41, núm. 1, Princeton: Princeton University, enero, pp. 3-28.
- SALVAREZZA, L. (1996), *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*, Buenos Aires: Paidós.
- SÁNCHEZ SALGADO, C. D. (2005), *Gerontología social*, Buenos Aires: Espacio.
- SURIANO, J. (2007), “El Trabajo infantil”, en S. Torrado (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del Primer al Segundo Centenario. Una historia social del siglo xx*, Buenos Aires: Edhsa, Tomo II.
- WAINERMAN, C. y Z. Recchini de Lattes (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México D.F.: Terranova.

Estructuración por edad del proceso de estratificación social en México

Age Structuring of the Social Stratification Process in Mexico

Patricio Solís

El Colegio de México

Nicolás Brunet

El Colegio de México

Resumen

En este artículo analizamos la forma en que la edad modula la asociación entre los orígenes socioeconómicos familiares y tres resultados del proceso de estratificación social (la asistencia escolar, los años de escolaridad y el *status ocupacional*). Partiendo del modelo clásico del proceso de estratificación social de Blau y Duncan, proponemos adaptarlo para hacer observables los efectos del tiempo individual y del contexto histórico y controlar por posibles mediaciones asociadas a la composición sociodemográfica del hogar. Los resultados, sobre la base de datos longitudinales de México, muestran que efectivamente los efectos del origen familiar se encuentran mediados por la edad, de modo que existe una “estructuración por edad” del proceso de estratificación social. Esas mediaciones pueden responder a patrones “acumulativos” o “transicionales” con implicaciones analíticas disímiles y significativas variaciones entre cohortes de nacimiento. Esto nos lleva a resaltar la importancia de incorporar la perspectiva del curso de vida a los estudios de transmisión intergeneracional de la desigualdad.

Abstract

In this paper we analyze the ways in which the association between family socioeconomic background and three outcomes of the social stratification process (school attendance, educational attainment, and occupational status) are modulated by age. We adapt Blau and Duncan's classic model of attainment to incorporate variations by individual time and historical context, as well as the possible effects of the demographic composition of the household. Our results, based on longitudinal data from Mexico, show that the effects of family background are indeed mediated by age, thus reflecting an “age structuring” of the social stratification process. Age effects reflect either “cumulative” or “transitional” patterns with different analytical implications, as well as important variations among birth cohorts. This leads us to highlight the importance of incorporating the life course perspective to studies on the intergenerational transmission of social inequality.

29

P. Solís
y N. Brunet

Palabras clave: curso de vida, desigualdad social, estratificación social, educación, México.

Keywords: life course, social inequality, social stratification, education, México.

Introducción

El análisis longitudinal constituye un instrumento clave para la comprensión de los procesos de reproducción intergeneracional de la desigualdad social. La tradición sociológica de estudios sobre el llamado “proceso de estratificación social” destacó tempranamente este aspecto mediante la utilización implícita de esquemas longitudinales, donde factores asociados a los orígenes sociales familiares en el tiempo t , como el nivel educativo y ocupacional de los padres, permitían explicar los destinos educativos y laborales alcanzados por las personas en un tiempo posterior $t+n$ (Blau y Duncan, 1967).

La aplicación de este modelo permitió una mejor representación de la dimensión intergeneracional de reproducción de la desigualdad social, enfatizando su naturaleza procesual y longitudinal. No obstante, sugerimos que estos estudios, así como una parte importante de los análisis posteriores que derivan de esta tradición, han enfrentado dos restricciones importantes.

En primer lugar, la *dinámica etaria* del proceso de estratificación social ha sido poco estudiada. Paradójicamente, dicho déficit tiene escasa correspondencia con la importancia atribuida a la/s edad/es como objeto sociológico por mérito propio (Marshall y Mueller, 2003: 5) y como eje de la estratificación social (Riley, 1987). Más que desnudo indicador del desarrollo biológico de los individuos –cuya importancia tampoco debe ser desmerecida–, la edad se reviste de significado social en tanto se constituye en un criterio socialmente aceptado para la adjudicación de roles sociales diversos y, por lo tanto, en un factor de inclusión y exclusión social. En este sentido, en lugar de referirse a un proceso de diferenciación “natural”, la dinámica etaria de la estratificación social nos remite a una discusión más amplia sobre la estructuración social de los cursos de vida en las sociedades contemporáneas, discusión que adquiere aún más relevancia en sociedades altamente desiguales como las latinoamericanas.

30

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

En segundo lugar, el análisis del proceso de estratificación social ha sido criticado frecuentemente por su incapacidad para “dar contexto social” a sus resultados. La descontextualización se ha planteado tanto en términos macrosociales, es decir, en la falta de referencia al entorno institucional más amplio en el que tiene lugar la “adquisición de *status*”, como en términos microsociales, refiriéndose principalmente al poco desarrollo de explicaciones que tomen en cuenta los efectos de los entornos familiares, residenciales y escolares más inmediatos sobre los logros educativos y ocupacionales. Estas críticas han llevado a una renovación de los estudios de estratificación social, que buscan justamente incorporar la trama histórica, económica, institucional, y hasta cultural al análisis de los procesos de logro y los patrones de movilidad social (Ganzeboom, Treiman y Ultee, 1991; Kerckhoff, 1995 y 2001; Treiman y Ganzeboom, 2000; Blossfeld *et al.*, 2005; DiPrete, 2002). No obstante, creemos que incluso estas nuevas aportaciones hacen poco énfasis en la importancia de la edad como eje de la estratificación social, así como en la forma en que factores de contexto macrosocial asociados al cambio histórico alteran los patrones etarios de desigualdad social.

Proponemos que una actualización del enfoque clásico del proceso de estratificación social de Blau y Duncan puede contribuir a zanjar esta omisión. Esta actualización consiste en otorgar mayor énfasis a la dinámica por edad de dicho proceso, así como a los factores de contexto micro y macro que podrían llevar a alterar o modificar la asociación entre la edad y el logro educativo y ocupacional. Para ello, en este artículo analizamos la dinámica etaria de la desigualdad en tres marcadores clave del logro socioeconómico de las personas en México: (i) *la asistencia escolar*; (ii) *el logro educativo*, y (iii) *el logro ocupacional*. Nos concentraremos en los efectos de los orígenes socioeconómicos familiares, pero buscamos contextualizar estos efectos por sus posibles mediaciones sociodemográficas y sus variaciones en el tiempo histórico.

El contenido de este trabajo se organiza del siguiente modo. En las siguientes dos secciones partimos de la discusión sobre las limitaciones del modelo clásico del proceso de estratificación social de Blau y Duncan, para luego realizar una propuesta de actualización de este modelo, especificar qué clase de efectos puede tener la edad sobre la desigualdad de oportunidades educativas y ocupacionales y terminar formulando una serie de preguntas que guiarán nuestro trabajo empírico. Luego describimos la metodología, con énfasis en la fuente de datos, las variables y los modelos utilizados. A continuación se reseñan los resultados que, en la sección final, se discuten en función de las preguntas de investigación formuladas originalmente.

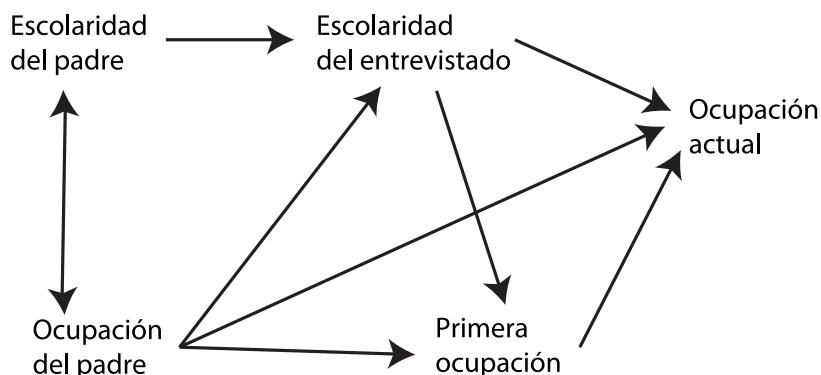
El modelo de Blau y Duncan y sus limitaciones

En su análisis clásico del proceso de estratificación social, Blau y Duncan (1967) lograron integrar en un sistema de ecuaciones, sencillo pero muy sugerente, un modelo explicativo en el que se establecen las principales relaciones entre los orígenes sociales y los destinos socioeconómicos de las personas (Figura 1). El modelo postula una asociación “en sentido causal”¹ entre las características socioeconómicas de la familia de origen (representadas por la ocupación y escolaridad del padre), los logros iniciales de *ego* (escolaridad y *status* del primer trabajo) y el logro final de *ego* (*status* ocupacional final).

Este modelo incorpora una perspectiva longitudinal implícita, ya que asume un ordenamiento temporal que tiene como punto de partida las circunstancias familiares en las cuales *ego* tuvo su socialización inicial, transcurre hacia un punto intermedio de transición entre escuela y trabajo y finaliza con la situación socioeconómica actual. El modelo no solo ha sido un referente clave de la investigación sociológica sobre estratificación social a lo largo de las últimas décadas, sino que también constituyó uno de los pilares sobre los que se construyó el enfoque que terminó siendo la perspectiva analítica del curso de vida (Elder, 1992; Marshall y Mueller, 2003).

¹ Tal como lo establecieron Blau y Duncan, desde el punto de vista de la estimación estadística, su modelo no equivale a una inferencia causal. Desde un punto de vista teórico, permite establecer hipótesis con aspiraciones causales, que luego deben ser establecidas mediante la utilización de métodos más específicos.

Figura 1
Modelo básico del proceso de estratificación social



Fuente: Blau y Duncan, 1967.

32

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Eventualmente, a pesar de su poder heurístico y de su enorme influencia inicial, resultaron evidentes algunas de las limitaciones del modelo de Blau y Duncan y sus refinamientos posteriores, como la variación de “Wisconsin”.² Algunas de estas limitaciones se vinculan a la técnica estadística que le acompañaba (el análisis de senderos o *path analysis*), que, entre otras restricciones, solo permite la incorporación de variables de intervalo o razón, impidiendo así la inclusión de indicadores categóricos relevantes para el proceso de estratificación social. Pero los problemas más serios son de carácter sustantivo. A los fines de este trabajo destacamos dos.

El primer problema es que, a pesar de ser intrínsecamente longitudinal, el modelo resulta demasiado rígido para incorporar explícitamente los “efectos edad” y, por lo tanto, el carácter dinámico en el curso de vida de los procesos de logro educativo y ocupacional. Con respecto a los “efectos edad”, desde los trabajos clásicos sobre la estratificación por edad (Riley, 1987; Riley, Johnson y Foner, 1972), hasta las discusiones más recientes sobre los procesos de “(des)institucionalización” y “(des)estandarización” del curso de vida (Brückner y Ulrich Mayer, 2005; Kohli, 2007), se ha sostenido que, en sociedades altamente diferenciadas, los criterios de acceso o exclusión de los individuos a determinadas instituciones y roles sociales se encuentran regulados –formal o informalmente– por la edad. Pensemos, por ejemplo, cómo los sistemas escolares construyen una “normatividad socioetaria” para el curso de vida: imprimen pautas cronológicas de acceso y salida a los distintos niveles educativos; sugieren patrones de “deseabilidad” de roles y actividades para distintas edades; y, finalmente, marcan el ritmo de incorporación de las personas al mercado de trabajo. La asignación social de roles por edades –o al menos

² Tras incorporar factores psicosociales implicados en el proceso de estratificación social, el modelo o variante de “Wisconsin” (Sewell, Haller y Porter, 1969; Sewell, Haller y Ohlendorf, 1970; Sewell y Hauser, 1972) aportó incrementos importantes en la varianza explicada del modelo original de Blau y Duncan (Hernández de Frutos, 1993).

por *temporalidad*– se reproduce en otras instituciones sociales, como los mercados de trabajo, los sistemas de previsión social, etcétera.

Esto lleva a pensar que los efectos de los orígenes socioeconómicos familiares sobre los resultados educativos y ocupacionales pueden estar fuertemente modulados por la edad. Un ejemplo es la desigualdad por orígenes sociales en la asistencia escolar en el México actual. La casi universalización de la cobertura de la educación primaria ha sido propiciada por políticas de Estado que imponen una edad fija de ingreso a la escuela primaria (los seis años) así como la asistencia obligatoria de los niños a la escuela hasta completar este nivel educativo (a los 11 o 12 años de edad). Esta “política de edad” de la asistencia escolar implica no solo el desarrollo de la infraestructura necesaria para atender la demanda (construcción de escuelas, contratación de maestros, etc.), sino también un fuerte esfuerzo de concientización y reforzamiento que ha convertido en una norma social el ingreso a la escuela a los seis años y la permanencia en la misma al menos hasta terminar la primaria. Como veremos más adelante, esta institucionalización de las edades de asistencia escolar obligatoria durante la primaria ha propiciado que en estas edades la desigualdad por orígenes sociales en las tasas de asistencia se reduzca dramáticamente, desplazándose hacia edades posteriores, en las cuales la asistencia escolar no es obligatoria. En otras palabras, en tanto la institucionalización de la asistencia escolar varía por edad, es previsible que la desigualdad por orígenes sociales en la asistencia escolar también lo haga.

El problema con el modelo de Blau y Duncan es que, al restringir la mirada a tres momentos en el tiempo (origen, primer trabajo, destino) y, por lo tanto, al no incorporar la edad de *ego* en el análisis, carece del calado necesario para dar cuenta de los efectos moduladores de la edad.

En segundo lugar, las aplicaciones del modelo de Blau y Duncan suelen presentar un déficit de contextualización. En pocas palabras, omiten considerar diversos factores macro y micro que pueden tener efectos importantes sobre los destinos educativos y ocupacionales de las personas. Por el lado macrosocial, suelen dejar de lado el “principio del tiempo y del lugar” de la perspectiva del curso de vida (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003). Es decir, no consideran el hecho de que el cambio histórico en factores estructurales y las modificaciones de las instituciones que regulan el acceso a las oportunidades (ampliación de la escolaridad, expansión o contracción del Estado de Bienestar, transformaciones globales en el mercado de trabajo, etc.) condicionan el logro educativo y ocupacional de las personas.

Esta crítica parece acertada en tanto el objetivo del modelo es describir las relaciones sociales endógenas al proceso de estratificación social, antes que las propiedades sociales agregadas de los sistemas de estratificación. En parte como resultado de esta detracción, a partir de finales de los años setenta, el campo de los estudios de estratificación social experimentó un giro hacia una perspectiva de corte más estructural, centrada en el análisis de la tabla de movilidad social, los modelos loglineales y la identificación de los patrones societales de asociación entre orígenes y destinos de clase (Treiman y

Ganzeboom, 2000). Aunque este giro ha derivado en significativas aportaciones a los estudios sociológicos de estratificación social (Hout y DiPrete, 2006), contribuye poco al entendimiento de los procesos de logro educativo y ocupacional a escala individual. Paradójicamente, esta limitación, propia de los análisis basados en tablas de movilidad, constituyó el foco de la perspectiva inaugurada por Blau y Duncan y una de sus fortalezas medulares (Treiman y Ganzeboom, 2000).

Por otro lado, el modelo está débilmente equipado para captar entrelazamientos en el curso de vida. Junto con la ausencia de contextualización “macro”, mengua otros dos rudimentos básicos de la perspectiva del curso de vida: el principio de “vidas entrelazadas” (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003) y la noción según la cual transiciones y eventos que se experimentan en un dominio de la vida tienen consecuencias de largo plazo, cuya sombra se extiende a otros dominios del curso de vida (Kerckhoff, 2002: 251). De acuerdo con estos principios, las personas viven sus vidas de modo interdependiente, y las influencias sociohistóricas se transmiten a través de las redes compartidas en la familia y otros ámbitos, de modo que una trayectoria educativa u ocupacional no está únicamente determinada por la estructura de oportunidades o los orígenes socioeconómicos, sino también por las restricciones y oportunidades que derivan del papel que juegan los individuos en esos grupos sociales o instituciones “intermedias”, entre los que destaca la familia, los grupos de pares y la escuela.

En ese sentido, aunque el modelo de Blau y Duncan reconoce implícitamente los efectos de las circunstancias familiares a través de medidas de la posición socioeconómica de la familia de origen, no permite visualizar determinaciones de otros factores asociados al “tiempo familiar”, como la composición sociodemográfica del hogar y la posición específica de *ego* en la familia.

34

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Hacia un modelo con temporalidad y contexto

Estas y otras limitaciones³ llevaron a una actualización del modelo de Blau y Duncan hacia enfoques analíticos y empíricos más flexibles. Una de las principales tendencias ha sido la adopción del análisis de historia de eventos como herramienta para estudiar las transiciones educativas y ocupacionales (Rosenfeld, 1992; Solís y Billari, 2002; Blossfeld *et al.*, 2005; Castro Méndez y Gandini, 2008; Mayer, 2009; Giorguli, 2011; Solís, 2012).

No obstante sus múltiples aportaciones, el análisis de historia de eventos también tiene limitaciones, de las cuales destacamos dos. La primera es que, salvo excepciones, en la aplicación de modelos de regresión de historia de eventos los “efectos edad” juegan un papel marginal. Suele ocurrir, más como norma que como excepción, que la edad (o la

³ Para una revisión más extensa de las críticas al modelo, véase Hernández de Frutos, 1993.

“duración”) es vista solo como un control estadístico y no como una variable sustantiva.⁴ La segunda es que el análisis de historia de eventos es útil para analizar transiciones y no estados. Aunque existe una relación lógica entre una transición (por ejemplo, salir de la escuela) y un estado (asistir o no a la escuela), cuando estudiamos los procesos de logro educativo y ocupacional buscamos frecuentemente identificar los determinantes de la desigualdad en los estados (o en niveles de otras variables continuas, por ejemplo el nivel de escolaridad), más que en las transiciones.

No es nuestra intención afirmar que estas limitaciones invaliden la utilidad del análisis de historia de eventos como herramienta para estudiar el proceso de estratificación social. Tan solo enfatizamos que, para avanzar en la identificación de los efectos de la edad y del contexto sobre la desigualdad en los resultados educativos y ocupacionales, puede ser útil adoptar estrategias alternativas. Una posible estrategia es rescatar el planteamiento básico del modelo clásico de Blau y Duncan e introducirle variantes que nos permitan hacer observables estos efectos.

Este es el camino que aquí desarrollamos. Para ello, proponemos tres adecuaciones al modelo clásico: a) analizar los efectos de los orígenes sociales familiares sobre los resultados educativos y ocupacionales a distintas edades, de modo que podamos identificar en qué medida las desigualdades se encuentran efectivamente estructuradas por la edad; b) controlar los efectos de contexto “micro” mediante la incorporación de variables de control asociadas a la composición demográfica de los hogares de los entrevistados; y c) aproximarnos a los efectos de contexto “macro” mediante el análisis de cohortes, enfatizando cómo los efectos edad descritos en el inciso a) varían en el tiempo histórico, es decir, en función de las circunstancias sociales, económicas e institucionales que le correspondió vivir a cada cohorte.⁵

En nuestro análisis de la estructuración por edad de los logros educativos y ocupacionales enfatizaremos dos tipos de efectos, a los que llamaremos “acumulativos” y “transicionales”. La noción de “acumulación de ventajas” en el campo de la sociología proviene del planteamiento mertoniano del “efecto Mateo” (Merton, 1968) y múltiples derivaciones posteriores (Dannefer, 2003; DiPrete y Eirich, 2006; O’Rand, 2009; Hillmert, 2010; Bask y Bask, 2010). Desde su planteo original, la “acumulación de ventajas” describe un mecanismo general de desigualdad capaz de convertir pequeñas diferencias iniciales (o una posición inicial ventajosa) en recursos adicionales, que, a su vez, generan nuevas

⁴ Esto resulta evidente cuando se advierte el hecho de que la regresión tipo Cox es la variante más popular entre múltiples tipos de modelos de historia de eventos. La particularidad de la regresión tipo Cox es que permite estimar los efectos de las variables independientes sobre la probabilidad de experimentar una transición sin necesidad de reparar en la forma que asume el patrón temporal de riesgo, el cual es reducido a un control estadístico de poco interés sustantivo.

⁵ Evidentemente, la incorporación de estos factores es insuficiente para dar cuenta del conjunto de efectos de contexto presentes en el proceso de estratificación social. No obstante, las restricciones de nuestra fuente de datos nos llevan a reducir la incorporación de otras variables.

ganancias a lo largo del tiempo.⁶ De modo alternativo, en los modelos de logro que se derivan de la tradición de Blau y Duncan, la acumulación de ventajas refiere a la identificación de efectos de factores heredados que se incrementan en el tiempo (DiPrete y Eirich, 2006: 3).⁷ Con sus diferencias, ambas perspectivas subrayan la emergencia de efectos acumulativos con la edad (Bask y Bask, 2010; Dannefer, 2003).

En el esbozo original de Merton, el crecimiento de la desigualdad podía ser virtualmente ilimitado (DiPrete y Eirich, 2006: 4; Bask y Bask, 2010: 3). No obstante, en los sistemas sociales reales la desigualdad puede estar limitada y sus efectos pueden “encenderse” o “apagarse” en algún momento del curso de vida. Definiremos “efectos transicionales” como aquellas expresiones de la desigualdad que se manifiestan solo de manera coyuntural en ciertas edades o etapa del curso de vida.

La distinción entre efectos acumulativos y efectos transicionales es importante por dos razones. Por una parte, permite comprender la convergencia y complementariedad entre uno y otro tipo de efectos, pues, como veremos más adelante, ambos están implicados. Y por otra, permite realizar distinciones analíticas básicas entre procesos de desigualdad asociados a edades específicas o “transicionales” y procesos que tienen consecuencias duraderas, o “acumulativas”, a lo largo del curso de vida.

A partir de los planteamientos anteriores, nos proponemos responder a un conjunto de preguntas sobre el proceso de estratificación social en el México contemporáneo: ¿En qué medida la asistencia escolar, el logro educativo y el logro ocupacional dependen de las circunstancias socioeconómicas de la familia de origen? ¿Es posible afirmar que la edad es un factor modulador de la desigualdad en los logros educativos y ocupacionales? ¿Son los efectos de la edad acumulativos o transicionales? ¿En qué medida los efectos del origen social están mediados por factores de contexto sociodemográfico, como la composición familiar y el estado marital? ¿Podemos identificar efectos del contexto histórico que se evidencian en manifiestas diferencias entre las cohortes de nacimiento?

36

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Datos, variables y modelos estadísticos

Para responder a estas preguntas, utilizamos los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER 2011), una encuesta probabilística aplicada a 2,900 hombres y mujeres residentes en las 32 principales ciudades del país por el Instituto Nacional de

⁶ El ejemplo más simple es el mecanismo de acumulación de riqueza por “interés compuesto” donde el porcentaje de interés no es fijo, sino que depende de la suma inicial. Por ejemplo, sería “7% de interés sobre \$100,000, pero sólo 5% sobre \$1,000”, de modo que las diferencias se “acumulan” a tasas crecientes en el tiempo (DiPrete y Eirich, 2006: 3).

⁷ Por ejemplo, en el modelo original de Blau y Duncan la identificación racial implica desventajas acumulativas en tanto tiene efectos directos e indirectos que se suman a lo largo del curso de vida. Esto se expresa, por ejemplo, en la acumulación paulatina de desventajas educativas, pero también en el hecho de que los negros con educación superior reciben menores retornos que los blancos (un efecto interacción que Blau y Duncan denominaron “igualdad perversa”).

Estadística y Geografía (INEGI).⁸ A diferencia de las encuestas tradicionales de movilidad social, en las que la información recabada corresponde a lo sumo a dos momentos de la trayectoria ocupacional de *ego* (primera ocupación y ocupación actual), la EDER cuenta con datos para cada edad sobre la situación de asistencia escolar, el nivel de escolaridad, la condición laboral y la situación ocupacional, además de sobre otros estados y eventos en el dominio de la familia. Su diseño retrospectivo permite analizar con más detalle los “efectos edad” en el proceso de estratificación social.

Otra particularidad importante de la EDER es que la selección de la población bajo estudio se realizó mediante un diseño que facilita el análisis de cohortes. Así, la muestra se restringe a las personas pertenecientes a tres cohortes de nacimiento (1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980), lo cual permite maximizar las diferencias entre las mismas y minimizar la varianza dentro de ellas, destacando así los efectos del cambio histórico sobre los comportamientos demográficos de los entrevistados.⁹ Esto nos ayuda a identificar posibles “efectos cohorte” en la estructuración por edad de la desigualdad en los resultados educativos y ocupacionales.

Estudiaremos tres resultados del proceso de estratificación social: a) la asistencia escolar; b) el logro educativo, medido en años de escolaridad; y c) el logro ocupacional, medido a través del International Socioeconomic Index of Occupations (ISEI), un índice de *status* ocupacional internacional ampliamente utilizado en la investigación comparativa multinacional sobre estratificación social (Ganzeboom, De Graaf y Treiman, 1992; Ganzeboom y Treiman, 1996; Hauser y Warren, 1996).¹⁰

Como puede verse en la Figura 1, en el modelo original de Blau y Duncan los orígenes socioeconómicos familiares se miden a través del *status* ocupacional y la escolaridad del padre. En este caso, operacionalizamos la influencia de la familia de origen mediante un índice resumen general denominado Índice de Orígenes Sociales (IOS). El IOS incorpora tres variables:

- *Status* ocupacional del padre. El *status* de la ocupación del padre corresponde al valor del ISEI, medido a través de la ocupación del padre cuando *ego* tenía 15 años de edad. Cuando no se disponía de información sobre el padre, se utilizó la información ocupacional de la madre.

⁸ Al restringirse a las 32 ciudades más importantes del país, nuestros resultados son generalizables solo a este contexto geográfico, aunque también reflejan la experiencia de muchos residentes rurales que han migrado a las ciudades en el período bajo estudio. Para mayor información sobre las características metodológicas de la encuesta, véase <http://www.colef.mx/eder/?page_id=129>.

⁹ Luego de excluir algunos casos por tener información incompleta, el tamaño de muestra se fijó en 868 casos para la cohorte 1951-1953, 871 casos para la cohorte 1966-1968 y 1,044 casos para la cohorte 1978-1980.

¹⁰ El ISEI clasifica las ocupaciones de acuerdo con los niveles promedio de ingresos dado cierto nivel de escolaridad. El puntaje del ISEI varía de un mínimo de 16 a un máximo de 85 puntos.

• Promedio de escolaridad de ambos padres. En lugar de utilizar solo la información del padre, optamos por incluir una medida compuesta de escolaridad para ambos padres.

• Índice de recursos económicos. Este índice es un puntaje compuesto por los primeros dos puntajes (ponderados) de un análisis factorial por componentes principales en el que se incluyen variables de disponibilidad de activos y servicios en el hogar cuando *ego* tenía 15 años de edad.¹¹ La utilización de índices de este tipo ha sido recomendada como una medida *proxy* de riqueza relativa o recursos socioeconómicos de igual o mayor valía que las medidas directas de ingresos (Filmer y Pritchett, 2001; Córdova, 2009).

Estas tres variables son integradas en un índice único estandarizado mediante la técnica de análisis factorial por componentes principales.¹² En el Cuadro 1 se presentan medidas resumen de la variación de los componentes del IOS por cohorte de nacimiento. En trabajos previos hemos encontrado que el IOS es un mejor predictor de los resultados educativos y ocupacionales que la ocupación o escolaridad de los padres por separado, por lo que permite obtener mediciones más apropiadas de la desigualdad de oportunidades (Solís, 2012).

Cuadro 1
Características socioeconómicas de la familia de origen por quintiles del Índice de Orígenes Sociales (IOS) y cohorte de nacimiento

		Quintiles del IOS				
		0-20%	20-40%	40-60%	60-80%	80-100%
38	Promedio de escolaridad de los padres					
Año 7	Cohorte 1951-1953	0.3	1.8	2.9	4.4	8.5
Número 13	Cohorte 1966-1968	0.9	2.6	3.8	5.9	9.8
Julio/	Cohorte 1978-1980	2.1	3.6	5.8	7.4	12.0
diciembre	ISEI promedio del padre					
2013	Cohorte 1951-1953	23	27	31	35	48
	Cohorte 1966-1968	24	28	30	34	52
	Cohorte 1978-1980	25	30	32	37	52
	Número promedio de activos o servicios*					
	Cohorte 1951-1953	0.3	1.6	4.5	7.1	11.4
	Cohorte 1966-1968	1.4	4.9	8.0	10.5	12.5
	Cohorte 1978-1980	3.0	6.9	8.9	11.1	13.0

* En el hogar de residencia a los 15 años de edad.

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER 2011.

11 Los activos y servicios incluidos son: televisión, automóvil o camioneta propios, estufa de gas o eléctrica, refrigerador, lavadora de ropa, licuadora, agua entubada dentro de casa, consola, tocadiscos o reproducción de cintas o CD, teléfono fijo, cámara fotográfica, una enciclopedia, servicio doméstico, techo de loza o concreto, baño dentro de la casa y calle exterior con pavimento.

12 Se calcularon índices estandarizados para cada cohorte de nacimiento, de modo que las variaciones por cohorte en la escolaridad, en el *status* ocupacional y en el acceso a activos y servicios no alterasen las medidas de posición relativa de los individuos en cada cohorte.

Las condiciones de contexto sociodemográfico se controlan mediante cuatro variables: a) la condición de corresidencia con los padres, que nos indica si en la edad en cuestión la persona entrevistada no corresidía con los padres, corresidía con solo uno de ellos o corresidía con ambos padres; b) la condición de corresidencia con hermanos (correside *versus* no correside); c) la situación marital (unido *versus* no unido); y d) una variable de participación laboral, que nos indica si en la edad en cuestión la persona nunca había trabajado, trabajaba, o no trabajaba pero ya había tenido experiencia laboral.¹³

Como señalamos antes, nuestra estrategia para identificar los efectos moduladores de la desigualdad de la edad radica en obtener medidas de desigualdad específicas por edad a lo largo del curso de vida. Esto se traduce en el ajuste de modelos de regresión específicos por edad, los cuales adoptan la siguiente forma general:

$$Y_i = \beta_0 + \beta_1_{ios} + \beta_2_{coh} \quad (1)$$

donde:

Y_i representa el valor esperado del resultado en cuestión en la edad “*i*”;

β_0 es una constante;

β_1 es un coeficiente que refleja el efecto de los orígenes sociales (*ios*) sobre el resultado de interés en la edad “*i*”;

β_2 es un coeficiente (o conjunto de coeficientes) que representan el efecto de la cohorte de nacimiento *coh* sobre el resultado de interés en la edad “*i*”.

A partir de esta ecuación, obtenemos estimaciones generales del nivel de desigualdad de oportunidades asociada a los orígenes socioeconómicos a cada edad *i*. Estas estimaciones derivan de la magnitud del coeficiente β_1 , es decir, del efecto del *ios* sobre el resultado *Y* para cada edad *i* controlando por los “efectos cohorte”.

Adicionalmente, podemos obtener estimaciones de la desigualdad de oportunidades controlando por las mediaciones del contexto sociodemográfico. Si denominamos CONTEXTO al conjunto de variables sociodemográficas arriba mencionadas, esto implicaría ajustar una segunda serie de modelos con la siguiente forma:

$$Y_i = \beta_0 + \beta_1_{ios} + \beta_2_{coh} + \beta_3_{contexto} \quad (2)$$

El contraste de β_1 en (1) y (2) nos indica en qué medida el contexto sociodemográfico del entrevistado es un mediador de los efectos de los orígenes sociales.

A estos dos modelos puede agregarse un tercero, que explora posibles “efectos cohorte” sobre el nivel general de desigualdad de oportunidades en la edad *i*:

$$Y_i = \beta_0 + \beta_1_{ios} + \beta_2_{coh} + \beta_4_{ios*coh} \quad (3)$$

13 Por cuestiones obvias de endogeneidad, la condición de participación laboral no se incluye en los modelos en los que la variable dependiente es el logro ocupacional.

En este caso, el coeficiente β_{4i} representa un “efecto de interacción”, a partir del cual es posible establecer el grado en que los efectos de los orígenes socioeconómicos sobre los resultados educativos y ocupacionales varían en el tiempo histórico.

Puede apreciarse que esta estrategia metodológica implica el ajuste de una gran cantidad de modelos.¹⁴ Esto no es un problema desde el punto de vista computacional –dados los avances en la potencia y en la sofisticación de los paquetes estadísticos actuales–, pero sí lo es desde el punto de vista de la complejidad para la presentación de los resultados. Por ello, hemos decidido concentrarnos exclusivamente en discutir las variaciones estimadas por edad en los efectos del IOS, que es el propósito central de este trabajo. Asimismo, en lugar de presentar los resultados de los coeficientes de los modelos, trabajaremos con los valores estimados a partir de dichos modelos para dos casos hipotéticos, uno situado en el percentil 90 del IOS (es decir, cerca de la cima de la estratificación social) y otro ubicado en el percentil 10 (próximo a la base de la estratificación). Como se verá enseguida, el uso de valores estimados y no de los coeficientes nos permitirá realizar representaciones gráficas de los resultados y así simplificar notablemente la exposición.¹⁵

Resultados

Asistencia escolar

40

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

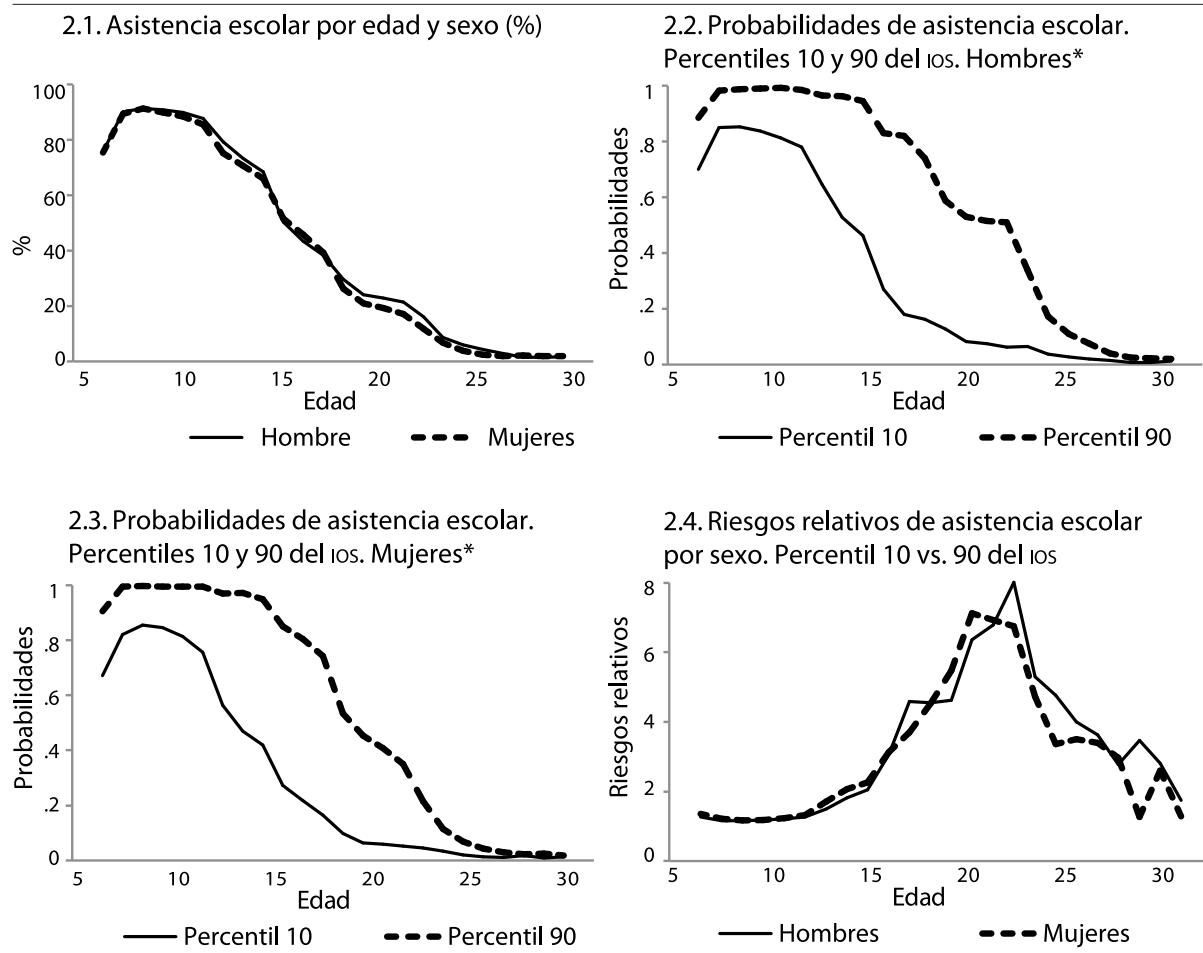
En la Figura 2 presentamos cuatro gráficos con el porcentaje de asistencia escolar por edad y sexo, las probabilidades de asistencia escolar estimadas para el percentil 10 y 90 del Índice de Orígenes Sociales (IOS) y los riesgos relativos que derivan de estas probabilidades. Las probabilidades y riesgos relativos provienen de modelos de regresión logística en los que se incluye un control estadístico para la cohorte de nacimiento pero no para las características sociodemográficas (de ahí que les llamemos “efectos generales”, tal como especificamos en la Ecuación (1) discutida en la sección previa).

La asistencia escolar (Gráfico 2.1) muestra el patrón esperado: luego de un incremento entre los 6 y 7 años de edad (edades en las que la mayoría de los niños ingresan a la escuela), la tasa de asistencia alcanza un máximo alrededor de los nueve años de edad y luego decrece en la medida en que se incrementa la fracción de niños y jóvenes que dejan la escuela, hasta llegar a valores cercanos a cero a los 25 años. Además, se aprecia que, controlando por los efectos cohorte, las diferencias entre hombres y mujeres en la probabilidad de asistencia escolar son mínimas.

14 Para cada edad se tienen que ajustar al menos seis modelos (tres para hombres y tres para mujeres) en cada uno de los tres resultados, lo cual da un total de 18 modelos. Si se considera que se propone ajustar modelos para las edades 6 a 30 en el caso de la asistencia escolar y la escolaridad y 15 a 30 en el del logro ocupacional, el total de modelos a estimar rebasa el número de 350.

15 Los resultados completos de los modelos están disponibles mediante solicitud expresa al autor principal de este trabajo mediante correo electrónico (psolis@colmex.mx).

Figura 2
Asistencia escolar y efecto general del Índice de Orígenes Sociales



*Probabilidades y riesgos relativos estimados a partir de regresiones logísticas específicas por edad, controlando por la cohorte de nacimiento. (Véase la Ecuación 1).

Fuente: Estimaciones propias a partir de datos de la EDER 2011.

Dicha probabilidad varía fuertemente en función de los orígenes sociales (Gráficos 2.2 y 2.3): para los jóvenes situados en el percentil 90 del Ios es muy alta y cercana a 1 prácticamente hasta los 15 años de edad, cuando comienza a caer gradualmente; en cambio, entre los jóvenes situados en la parte baja de la estratificación social (percentil 10), incluso a edades tempranas existen probabilidades de asistencia relativamente bajas, y la caída es mucho más abrupta y prematura. La brecha absoluta alcanza su máximo cerca de los 16 años de edad, es decir, en las edades que corresponden a la finalización de la educación secundaria y el inicio del bachillerato; a esta edad, se estima que cerca del 82% de los hombres del percentil 90 asistía a la escuela, frente a solo el 18% de los del percentil 10.

Si utilizamos una medida relativa de desigualdad como el riesgo relativo (Gráfico 2.4), encontraremos que la mayor desigualdad se registra más tarde, alrededor de los 20 años de edad, cuando el riesgo de asistencia escolar para los jóvenes del percentil 90 alcanza a ser casi ocho veces mayor que el de aquellos situados en el percentil 10. Esta diferencia entre medidas absolutas y relativas, sin embargo, no altera la relación fundamental entre desigualdad en orígenes sociales y asistencia escolar, que muestra un

incremento significativo en las edades “transicionales” y una posterior reducción a partir de las edades en las que la salida masiva de la escuela de los jóvenes de estratos altos contribuye a igualar su *status* de asistencia escolar con el de aquellos jóvenes de familias desfavorecidas que salieron de la escuela a edades más tempranas.

En resumen, la representación gráfica muestra que el efecto de las desigualdades socioeconómicas sobre la asistencia escolar de las personas se estructura por edades. En la medida en que la educación básica se ha expandido, la transición de salida de la escuela se postergó a las edades que corresponden al ciclo de educación media (secundaria y bachillerato, 12 a 18 años) y superior (18 a 22 años). Es en estas edades que se acumulan las desigualdades socioeconómicas en la condición de asistencia escolar. Esto puede asociarse al hecho de que en las edades referidas no solo se concentra la salida de la escuela, sino también tres transiciones entre niveles educativos en las que cantidades importantes de niños y jóvenes salen de la escuela.¹⁶ En este sentido, el diseño institucional del sistema educativo mexicano, al concentrar tres transiciones entre niveles en un periodo de la trayectoria educativa de alto riesgo de desafiliación escolar, también podría estar contribuyendo a la acumulación de las desigualdades.¹⁷

Otra posible explicación de la concentración de las desigualdades en las edades señaladas es que los jóvenes de estratos bajos experimentan cambios en otros dominios del curso de vida que los llevan a salir de la escuela a edades más tempranas, acentuando así la brecha en asistencia escolar respecto de los jóvenes de estratos altos. En este sentido, conviene preguntarse en qué medida la desigualdad socioeconómica se encuentra mediada por características sociodemográficas, como la condición de corresidencia con los padres o hermanos y la propia situación familiar, así como por la participación en el mercado de trabajo.

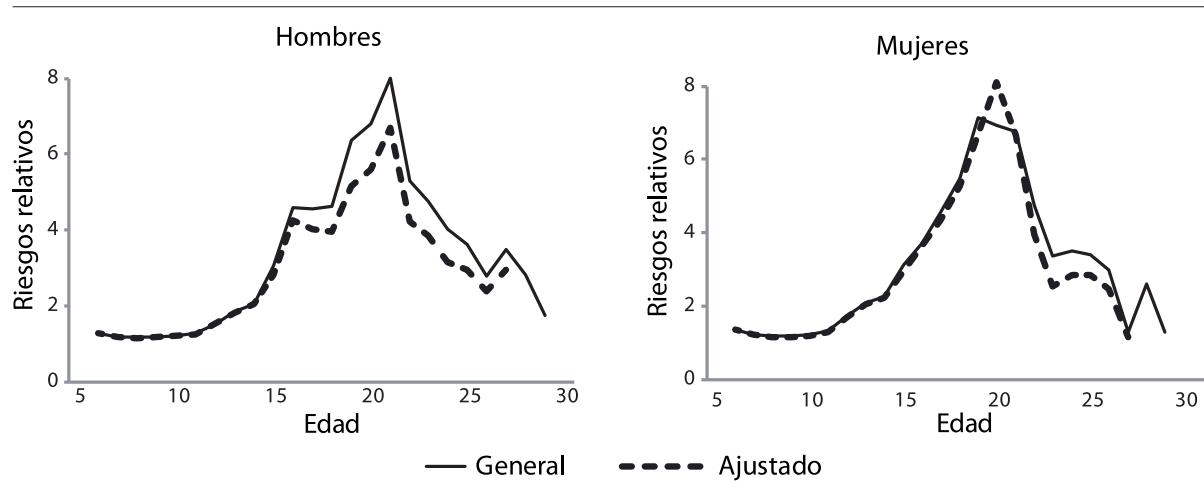
Para evaluar lo anterior elaboramos la Figura 3, que contrasta los riesgos relativos de asistencia escolar por edad, antes y después de ajustar por las características sociodemográficas y laborales recién señaladas. Se observa, en primer lugar, que antes de los 16 años de edad las características sociodemográficas no parecen mediar en ningún sentido significativo los efectos de los orígenes sociales sobre la probabilidad de asistencia escolar. Esto se expresa en el hecho de que los riesgos relativos ajustados y no ajustados son prácticamente los mismos hasta esa edad.

En segundo lugar se aprecia, con más intensidad en el caso de los hombres, que a partir de los 16 años se produce una ligera reducción de los efectos del IOS cuando se controla por la situación familiar y laboral. Una revisión detallada de los resultados de los

16 Entre los 12 y los 18 años los niños/jóvenes mexicanos deben transitar de la escuela primaria a la secundaria (12 años), de la secundaria a la educación media superior (15 años) y de la educación media superior a la universidad (18 años). En cada una de estas transiciones, un número importante de jóvenes deja la escuela.

17 Un diseño institucional alternativo sería, por ejemplo, unir en un solo ciclo de 6 años la educación media básica y superior, es decir, integrar la secundaria y el bachillerato de tal manera que se suprima la transición entre estos dos niveles y se reduzca el riesgo de desafiliación antes de terminar la media superior.

Figura 3
Riesgos relativos generales y ajustados de asistencia escolar para el percentil 90 versus el percentil 10 del Índice de Orígenes Sociales, por sexo*



* El efecto general se obtiene de modelos logísticos en los que solo se controla por la cohorte de nacimiento (Ecuación 1). El efecto ajustado corresponde a modelos en los que se controla, además de por la cohorte, por las características sociodemográficas y la condición de ocupación (Ecuación 2).

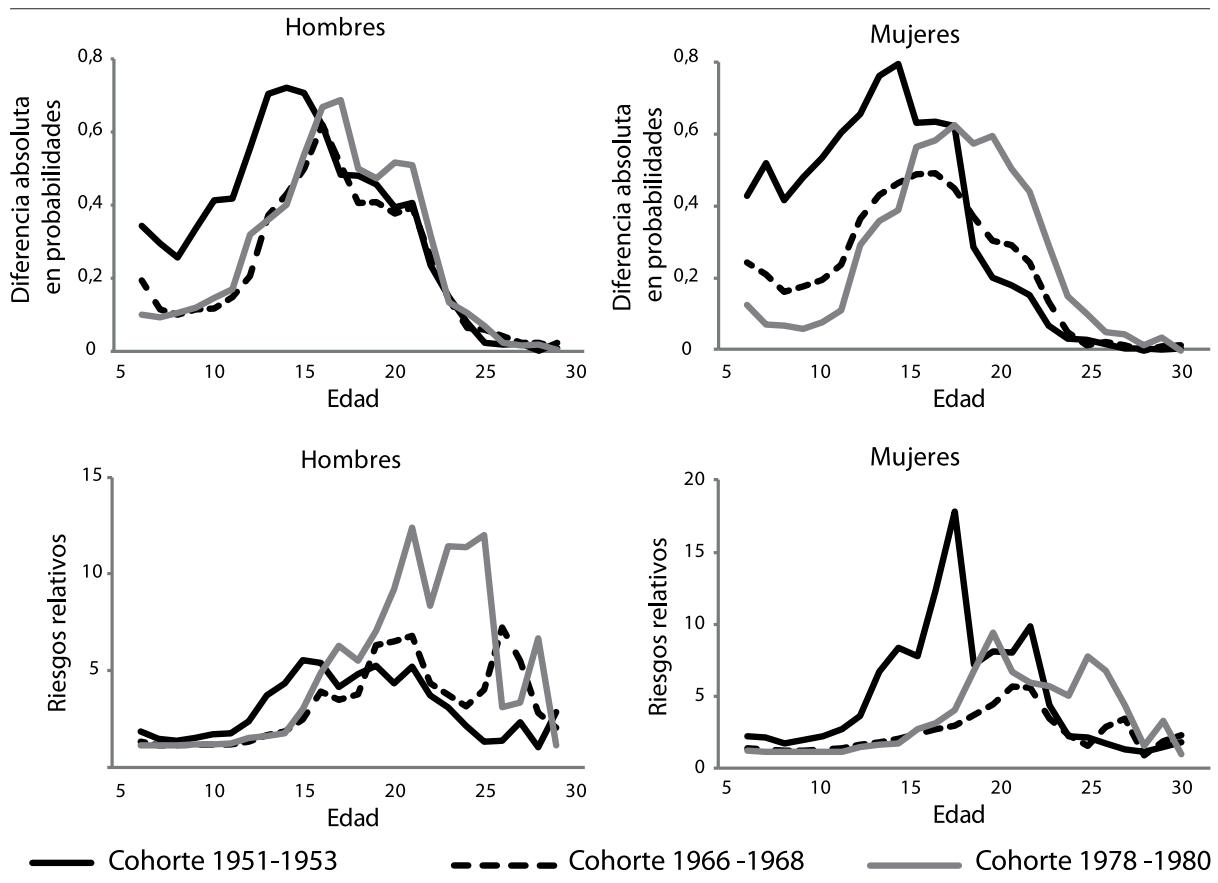
Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER 2011.

modelos (no mostrados aquí) indica que esto se debe a diferencias en la composición sociodemográfica de la familia de origen (en particular en la condición de corresidencia con padres y hermanos) entre los jóvenes de distintos estratos, siendo el factor fundamental el hecho de que una mayor proporción de jóvenes en los estratos bajos comienza a unirse y a trabajar, estados ambos que compiten con la asistencia escolar. Esto nos lleva a plantear que a partir de la juventud temprana los efectos acumulativos del origen socioeconómico comienzan a expresarse no solo de forma directa, sino también de forma indirecta, al propiciar la ocurrencia más temprana de otros eventos de la transición a la vida adulta que llegan a interferir con la permanencia en la escuela.

Finalmente, sin perjuicio de lo antedicho, se observa que, incluso después de controlar por los factores de contexto sociodemográfico y la situación laboral, los efectos ajustados siguen siendo de una magnitud importante. Es decir, con independencia de la demografía del hogar y la situación laboral, las diferencias socioeconómicas en la familia de origen constituyen un factor de primera importancia en la explicación de las diferencias en la asistencia escolar durante las “edades transicionales”.

Al analizar las variaciones absolutas y relativas en las probabilidades de asistencia escolar según cohortes de nacimiento (Figura 4), es posible identificar dos tendencias importantes. Primero, se observa una clara reducción en las brechas absolutas y relativas en edades tempranas (hasta aproximadamente los 16 años de edad); esta reducción se da fundamentalmente entre las cohortes 1951-1953 y 1966-1968 y es de mayor magnitud entre las mujeres. Segundo, y en tendencia contraria a la anterior, se advierte un incremento en la desigualdad a partir de esas mismas edades para la cohorte 1978-1980.

Figura 4
Diferencia absoluta en probabilidades y riesgos relativos de asistencia escolar para el percentil 90 versus el percentil 10 del Índice de Orígenes Sociales, por cohorte de nacimiento*



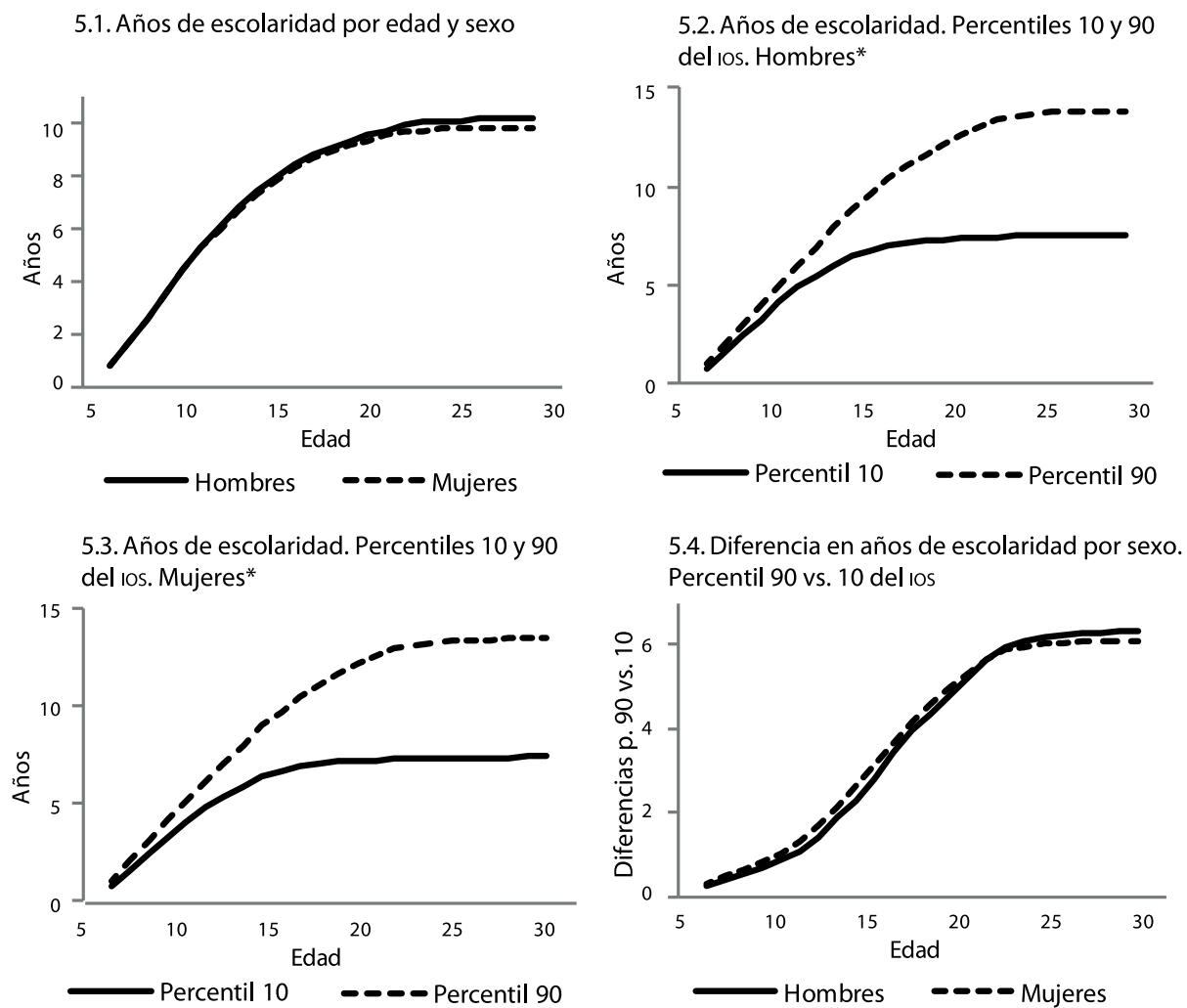
* Efectos específicos por cohorte. (Véase la Ecuación 3).

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER 2011.

Aunque en términos absolutos este incremento es más acentuado para las mujeres, la brecha relativa se amplía más para los hombres.

Esto nos indica que existe un desplazamiento de las desigualdades en la asistencia escolar a etapas posteriores de las trayectorias educativas y, por lo tanto, a edades más avanzadas. Este cambio en el *locus* de la desigualdad parece explicarse, con independencia de otros factores, por la evolución diferenciada de la cobertura educativa en cada nivel de escolaridad: en tanto que la cobertura escolar en el nivel primario casi se ha universalizado, los incrementos en la cobertura en los niveles siguientes han sido de menor magnitud, lo que da lugar a que las brechas socioeconómicas en la asistencia escolar se expresen a edades más tardías (Mare, 1981; Shavit, Yaish y Bar-Haim, 1990; Raftery y Hout, 1993; Lucas, 2001; Hout, 2004; Hout y DiPrete, 2006). De tal suerte que la casi universalización de la cobertura en la educación básica no ha implicado que se haya abolido la desigualdad en la asistencia escolar en un sentido absoluto, sino que las desigualdades se han desplazado gradualmente hacia niveles educativos (y edades) posteriores.

Figura 5
Años de escolaridad y efecto general del Índice de Orígenes Sociales



* Años de escolaridad estimados a partir de regresiones lineales específicas por edad, controlando por la cohorte de nacimiento. (Véase la Ecuación 1).

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER 2011.

Años de escolaridad

La Figura 5 replica el ejercicio realizado en el apartado anterior, pero esta vez con los años de escolaridad. En primer lugar, se observa que, a diferencia de lo que ocurre con la asistencia escolar, en este caso la tendencia es de incremento con la edad (Gráfico 5.1). Este incremento es más rápido en edades tempranas, debido a que en esas edades la tasa de asistencia es alta y la mayor parte de los niños contribuye con años de progresión escolar en el promedio. Gradualmente, dicho incremento pierde fuerza en tanto aumenta la desafiliación escolar y la fracción de jóvenes que sigue aportando al crecimiento del promedio de escolaridad se hace más pequeña.

Mientras que la condición de asistencia escolar define la inclusión/exclusión de los niños y jóvenes en el estado de estudiante, los años de escolaridad alcanzados representan

la dimensión de *logro* en los resultados educativos. A este logro contribuye, por supuesto, el hecho de tener una trayectoria de asistencia escolar más prolongada. Sin embargo, una trayectoria escolar larga no necesariamente garantiza alta escolaridad, ya que esta puede caracterizarse por intermitencias, rezagos escolares y repeticiones de grado. Además, como vimos en la sección previa, la asistencia escolar se limita a una etapa específica del curso de vida, por lo cual carece de sentido realizar un análisis de desigualdad en asistencia escolar una vez transcurrida esa etapa. En cambio, los años de escolaridad se acumulan gradualmente a lo largo de la trayectoria educativa, por lo que cabría esperar que las desigualdades asociadas al origen social, lejos de desaparecer, se incrementen con la edad.

Tal resultado es precisamente el que se observa en los Gráficos 5.2 y 5.3, que presentan los promedios de escolaridad estimados a cada edad para los percentiles 10 y 90 del Índice de Orígenes Sociales. En las edades que corresponden al inicio de la trayectoria escolar (antes de los 10 años), la diferencia en años de escolaridad entre ambos percentiles es pequeña. Así, a los 10 años de edad la brecha estimada en el promedio de años de escolaridad entre el percentil 10 y el percentil 90 del IOS era apenas menor a un año. A medida que se avanza en la trayectoria educativa, las diferencias comienzan a crecer, hasta alcanzar un punto máximo pasados los 20 años de edad. A esta edad, la distancia se amplía a cerca de cinco años, y a la edad de 25 años, supera los seis años.

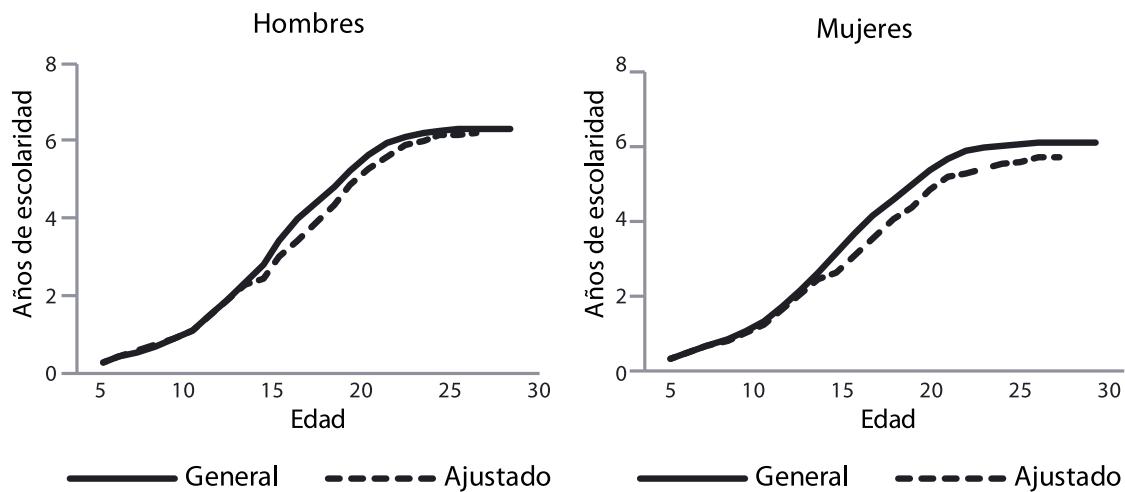
Este patrón etario de incremento de la desigualdad, que se resume en las diferencias acumuladas del Gráfico 5.4, se debe fundamentalmente a que los jóvenes de estratos altos suman años de escolaridad por un tiempo bastante más prolongado, separándose cada vez más en sus logros educativos de los jóvenes provenientes de familias menos favorecidas, hasta llegar a un punto en el curso de vida (entre los 20 y 25 años) en el que la gran mayoría de los jóvenes, independientemente de su estrato socioeconómico, ya salieron de la escuela, por lo que las brechas se estabilizan, aunque no desaparecerán por el resto del curso de vida.

De este modo, a diferencia de lo que ocurre con la asistencia escolar, la desigualdad en años de escolaridad sigue un patrón de *efectos acumulativos*, caracterizado por la ampliación de pequeñas diferencias a medida que transcurren los años de transición a la vida adulta.

En la Figura 6 se presentan las diferencias estimadas en años de escolaridad con y sin controles estadísticos por la condición de corresidencia con padres y hermanos, la situación conyugal y la situación laboral de los entrevistados. Llama la atención que la magnitud de los efectos estimados del IOS cambia poco una vez que se introducen estos factores. Esto sugiere que los efectos de las circunstancias socioeconómicas de la familia de origen no son mediados ni por los patrones de corresidencia familiar, ni por la transición a la unión o el inicio de la vida laboral. Tal parece que se trata de efectos directos, acumulativos con la edad, y con escasas mediaciones sociodemográficas.

En la Figura 7 se presentan los resultados de los modelos específicos por cohorte. Destaca en primer lugar que, con respecto a la cohorte más antigua (1951-1953), en la intermedia se reducen las brechas estimadas en años de escolaridad en prácticamente

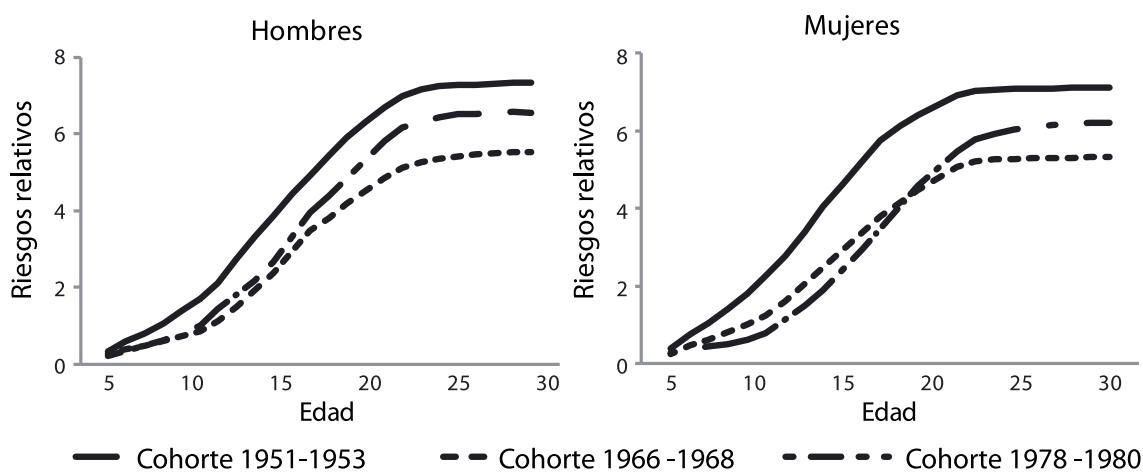
Figura 6
Diferencias generales y ajustadas en años de escolaridad para el percentil 90 versus el percentil 10 del Índice de Orígenes Sociales, por sexo*



* Las diferencias generales se obtienen de modelos en los que solo se controla por la cohorte de nacimiento. (Véase la Ecuación 1). Los efectos ajustados corresponden a modelos en los que se controla, además de por la cohorte, por las características sociodemográficas y la condición de ocupación. (Véase la Ecuación 2).

Fuente: Estimaciones a partir de los datos de la EDER 2011.

Figura 7
Diferencia estimada en los años de escolaridad en el percentil 90 y el percentil 10 del Índice de Orígenes Sociales, por cohorte de nacimiento*



* Efectos específicos por cohorte. (Véase la Ecuación 3).

Fuente: Estimaciones propias sobre los datos de la EDER 2011.

todas las edades. Esto sugiere que, en esa cohorte, el impacto de la desigualdad socioeconómica sobre los logros educativos fue menor. Este resultado, sin embargo, no parece responder a una tendencia que se haya mantenido en el tiempo. De hecho, al contrastar lo que ocurre con la cohorte intermedia (1966-1968) y la más joven (1978-1980), se observa una posible reversión de esta tendencia, más acentuada entre los hombres.

Logro ocupacional

Al analizar el logro ocupacional es necesario considerar dos cuestiones adicionales que son irrelevantes en el análisis de la desigualdad en logros educativos pero que cobran importancia en el ámbito ocupacional. La primera es que, además de identificar el efecto neto de los orígenes sociales sobre el logro ocupacional, es útil analizar en qué medida este efecto se encuentra mediado por la escolaridad (tal como lo plantean Blau y Duncan en su modelo original), es decir, establecer cuál es el papel de la escolaridad como factor mediador entre la desigualdad de origen y destino.

La segunda es que las mediciones de desigualdad en logros ocupacionales a distintas edades dependen, en parte, de la selectividad del conjunto de personas que se encuentran trabajando a cada edad. Así, por ejemplo, las características de los que trabajan a los 17 años de edad son distintas de las de quienes trabajan a los 25 años, de modo que una comparación de los niveles de desigualdad en estas dos edades podría verse afectada por estas diferencias. Por lo tanto, al comparar los niveles de desigualdad en logros ocupacionales por edad, es necesario introducir una corrección por selectividad, que en este caso se logra mediante el uso de modelos de selección tipo Heckman (Heckman, 1974 y 1979).

Estas dos cuestiones nos llevan a ajustar cuatro modelos: a) efectos generales “sin ajustar” (solo IOS y cohorte); b) efectos ajustados por características sociodemográficas; c) efectos ajustados por el contexto sociodemográfico y la selectividad de la población ocupada; y d) efectos ajustados por todo los factores anteriores más la escolaridad. Tal como hicimos en los modelos de años de escolaridad, se trata de regresiones lineales, aunque en este caso la variable dependiente es el valor del ISEI asociado a la ocupación.

48

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

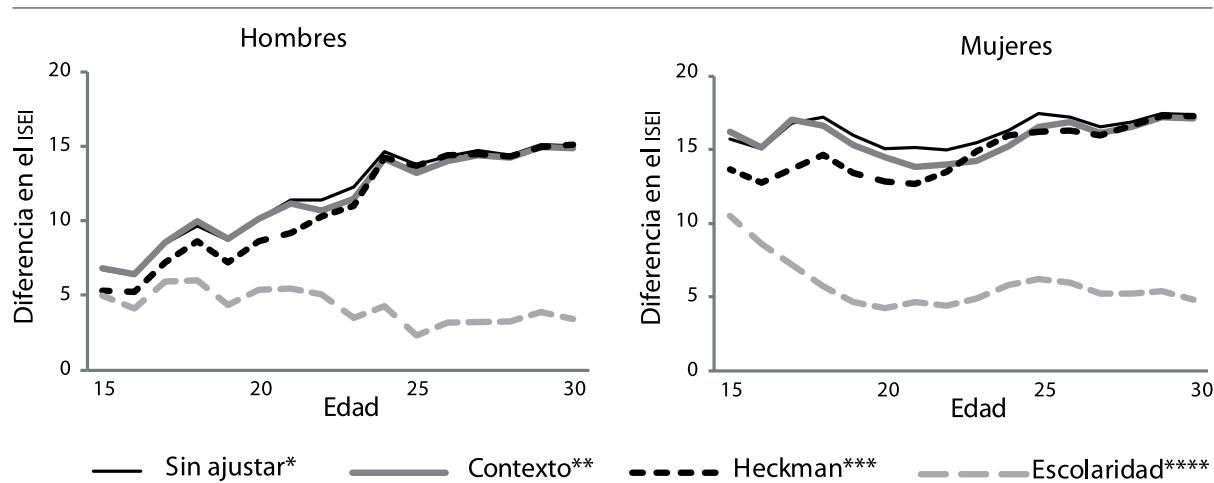
2013

Los resultados se presentan en la Figura 8. Para los hombres, el modelo “sin ajustar” (es decir, el que únicamente controla por la cohorte de nacimiento) muestra que la brecha en logros ocupacionales se incrementa con la edad. Se observa que el mayor crecimiento de las desigualdades en el ISEI ocurre antes de los 25 años, para luego adoptar un patrón más estable. En edades tempranas (15 años), la brecha en el ISEI se estima en alrededor de 6 puntos; luego se incrementa a cerca de 10 puntos a los 20 años, a 14 puntos a los 25 y casi a 15 puntos a los 30 años.

Es probable que el incremento acelerado de la desigualdad en logros ocupacionales de los varones durante esta etapa inicial de sus trayectorias laborales se asocie a la acumulación de desigualdades en escolaridad ya analizadas en la sección previa. Como hemos visto, entre los 15 y los 25 años de edad se acumulan las mayores desigualdades educativas, debido a que estas edades corresponden a la terminación de los ciclos de educación media y superior. La acumulación de ventajas educativas para los varones de estratos altos implicaría que, a medida que aumenta la edad, estos tienen acceso a posiciones de mayor jerarquía.

La evolución por edad de la desigualdad es menos clara en el caso de las mujeres, pues parece descender hasta cerca de los 21 años para luego retomar una tendencia creciente similar a la de los varones. Como señalamos, las tendencias no ajustadas podrían

Figura 8
Diferencias estimadas en el ISEI entre el percentil 90 y el percentil 10 del Índice de Orígenes Sociales, según distintos modelos



* Efectos ajustados únicamente por cohorte de nacimiento. (Véase la Ecuación 1).

** Efectos ajustados por cohorte de nacimiento y características sociodemográficas. (Véase la Ecuación 2).

*** Efectos ajustados por cohorte, características sociodemográficas y corrección por selectividad.

**** Efectos ajustados por cohorte, características sociodemográficas, selectividad y años de escolaridad.

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER 2011.

reflejar los efectos de las mediaciones del contexto sociodemográfico y de la selectividad de quienes trabajan a cada edad. Esto último es particularmente importante en el caso de las mujeres, pues se sabe que en México su participación laboral es más variable a lo largo del curso de vida que la de los varones y permanece fuertemente ligada a la unión y la maternidad (Suárez, 1992; Ariza y Oliveira, 2005; Castro Méndez, 2004), de manera que es esperable que el conjunto de mujeres que forman parte de la fuerza de trabajo cambie significativamente con la edad, en tanto a mayor edad se incrementa la proporción de mujeres unidas y con hijos.

Las mediciones de desigualdad ajustadas por el contexto sociodemográfico (“Contexto”) y la selectividad (“Heckman”) nos sugieren que, de hecho, estos efectos podrían explicar parte de las diferencias entre hombres y mujeres. Una vez controlados los efectos de selectividad, la brecha en logros ocupacionales para las mujeres adopta un patrón ascendente con la edad similar al de los varones, mientras que en los hombres los efectos de contexto y selectividad son de poca magnitud.

No obstante, entre hombres y mujeres persisten dos diferencias importantes que merecen destacarse. Primero, las brechas en logros ocupacionales asociadas al origen social son más amplias para las mujeres desde edades muy tempranas. Incluso controlando por el contexto demográfico y corrigiendo por selectividad, la diferencia estimada entre el percentil 10 y el percentil 90 del IOS a los 15 años de edad alcanza 14 puntos, frente a solo 5 puntos en el caso de los hombres. Segundo, independientemente de la edad, la desigualdad en logros ocupacionales es mayor en el caso de las mujeres. En conjunto, estos rasgos sugieren que las provenientes de estratos sociales bajos se enfrentan a un

mayor “cierre” de oportunidades laborales desde temprana edad, el cual se prolonga a lo largo de toda la adultez temprana. Este efecto de acentuación de la desigualdad es tan notable que parece imponerse por encima del impacto acumulativo de la edad, hecho que se refleja en que, en el caso de las mujeres, haya apenas un moderado incremento de las desigualdades en logros ocupacionales a lo largo del tiempo.

Al ajustar por escolaridad, los efectos del IOS sobre el *status* ocupacional se reducen de manera muy considerable (aunque no desaparecen del todo), al tiempo que se revierte la asociación positiva entre edad y efectos del IOS que venía observándose en todos los otros modelos. La reducción de los efectos del IOS era previsible, dados los resultados de la investigación previa sobre el proceso de estratificación social en México, la cual nos indica que el logro educativo es aún el factor mediador fundamental entre la posición social de origen y el logro ocupacional (Balán, Browning y Jelin, 1977; Puga y Solís, 2010; Brunet y Solís, 2012). En este sentido, podemos concluir que, una vez controlado el efecto indirecto que ejercen los orígenes sociales a través de la escolaridad, su efecto directo es de una magnitud menor. Por otra parte, la emergencia de una asociación negativa entre edad y efectos del IOS cuando se controla por escolaridad nos indica que el incremento en las brechas en logros ocupacionales observado en los modelos previos se explica fundamentalmente por el incremento en las brechas educativas. Por lo tanto, el logro educativo destaca nuevamente como un mecanismo fundamental de acumulación y desventajas sociales a lo largo del curso de vida.

50

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

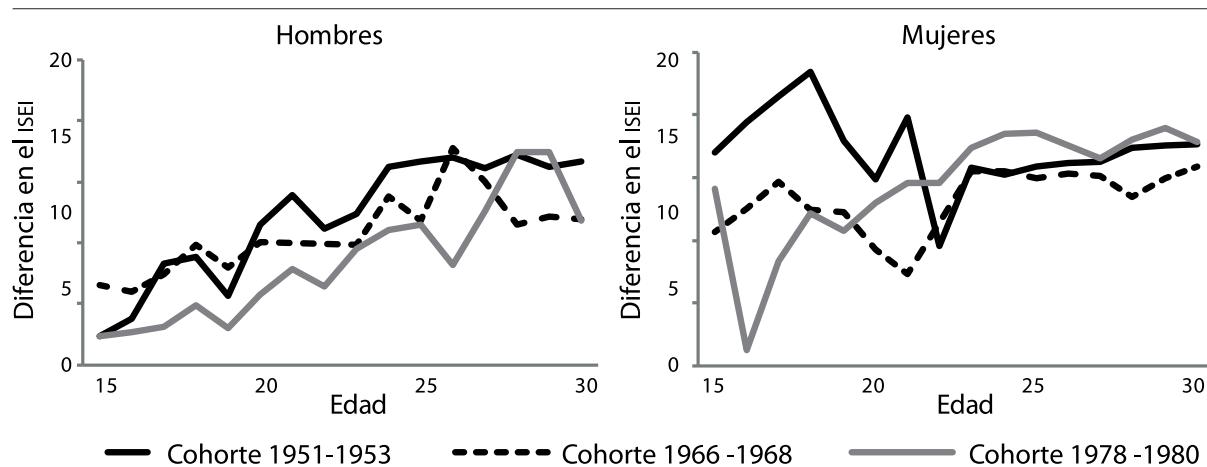
2013

Por último, en la Figura 9 presentamos la serie de medidas de desigualdad en logros ocupacionales ajustadas por el contexto sociodemográfico y corregidas por selectividad para las distintas cohortes de nacimiento. A pesar de los saltos en las estimaciones, que se deben a los tamaños reducidos de muestra, los modelos para los varones presentan pocas variaciones en el patrón por edad de la desigualdad en logros ocupacionales, que sigue siendo ascendente a medida que transcurre la edad. Con respecto a la magnitud de la desigualdad, los cambios también son escasos, aunque sugieren una ligera disminución a edades tempranas en la cohorte 1978-1980, que, sin embargo, no es sostenida una vez que los entrevistados se acercan a los 30 años de edad. En el caso de las mujeres, destaca la reducción a edades tempranas a partir de la cohorte 1966-1968, tendencia que ha llevado a una mayor similitud en el patrón etario de la desigualdad en logros ocupacionales de hombres y mujeres.

Discusión y conclusiones

En este artículo hemos revisado el proceso de logro ocupacional con una perspectiva longitudinal, haciendo énfasis en la forma en que la intensidad de la asociación entre los orígenes sociales y los destinos educativos y ocupacionales varía con la edad. Para ello, ajustamos modelos de regresión específicos por edad que nos permitieron observar el peso de las circunstancias sociales de origen (los “orígenes sociales”) sobre tres resultados cruciales del proceso de estratificación: la asistencia escolar, el logro educativo y el logro ocupacional. Cuatro preguntas han guiado nuestro análisis. A continuación discutimos nuestros resultados en función de estas cuatro preguntas, para luego finalizar con

Figura 9
Diferencias en el ISEI entre el percentil 90 y el percentil 10 del Índice de Orígenes Sociales, por cohorte de nacimiento*



* Efectos ajustados por el contexto sociodemográfico y selectividad (modelo Heckman).

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER 2011.

algunos comentarios sobre las enseñanzas y nuevos retos que derivan de una aproximación longitudinal al proceso de estratificación social.

En primer lugar, ¿en qué medida la asistencia escolar, el logro educativo y el logro ocupacional dependen de las circunstancias sociales de origen? La construcción del Índice de Orígenes Sociales (IOS) nos ha permitido ensayar una respuesta empírica a esta pregunta, que se encuentra en el fundamento de las discusiones contemporáneas sobre desigualdad de oportunidades y transmisión intergeneracional de la desigualdad. Para la asistencia escolar, podemos afirmar que las brechas socioeconómicas de origen constituyen un factor explicativo de primera importancia, particularmente durante las “edades transicionales” (incluso con una significativa independencia de la demografía del hogar y de la situación marital y familiar). Algo similar se observa con los años de escolaridad y el logro ocupacional.

Pero nuestro interés se extiende más allá de identificar la asociación entre los orígenes sociales y los logros educativos y ocupacionales. Nos hemos ocupado en explorar en qué medida la edad constituye un factor estructurante de estas desigualdades. Esto nos ha llevado a formular dos preguntas adicionales: ¿Es posible afirmar que la edad tiene efectos “mediadores” sobre la desigualdad en logros educativos y ocupacionales? ¿Se trata de efectos acumulativos o transicionales?

Tras los resultados del análisis, queda claro que existen interacciones entre la edad y la desigualdad en indicadores educativos. Pero estas interacciones asumen un patrón muy diferente según se observe la asistencia escolar, el logro en años de escolaridad o el logro ocupacional: mientras que el primer resultado sigue un patrón transicional, en los otros dos sigue uno de tipo acumulativo.

En efecto, los modelos de asistencia escolar sugieren la existencia de un patrón de desigualdad transicional: la desigualdad se magnifica en *edades transicionales*, es decir, en aquellas de mayor frecuencia de salida de la escuela, y es baja en torno a las edades donde la mayoría asume el mismo comportamiento (por ejemplo, edades en las que se asiste –9 años– o no se asiste –28 años–). En las “*edades transicionales*” las brechas en las probabilidades de asistencia escolar se disparan dramáticamente en función de los orígenes sociales. La desigualdad en la asistencia escolar tiende a acentuarse en las edades que coinciden con las transiciones intermedias de la trayectoria educativa (transiciones de primaria a secundaria, de secundaria a bachillerato y de bachillerato a educación superior) y a descender solo a partir de edades posteriores. Prácticamente no se identifican diferencias entre hombres y mujeres.

En cambio, en el análisis del logro en años de escolaridad se identifica un patrón de “efectos acumulativos” en el que las pequeñas brechas iniciales se ensanchan con el paso del tiempo, en tanto se apilan los efectos del rezago y la desafiliación escolar. Esto nos sugiere la existencia de un proceso de acumulación de desigualdades en sentido estricto (el llamado “efecto Mateo”, tal como lo definen DiPrete y Eirich, 2006). Este efecto acumulativo se “apaga” lentamente a medida que la mayoría de los jóvenes ha salido de la escuela, incluidos los de estratos socioeconómicos altos. Es solo entonces (casi a los 30 años de edad) que las brechas se estabilizan.

El análisis del logro ocupacional también sugiere la existencia de interacción con la edad con un patrón de desigualdad de tipo acumulativo, aunque menos acentuado que en los resultados educativos. Por ejemplo, en el caso de los hombres, se observó que el mayor crecimiento de las brechas de ISEI entre percentiles del IOS ocurre antes de los 25 años de edad, probablemente, por el efecto de acumulación de diferencias en años de escolaridad en esas edades. Evidentemente, la *temporalidad* asociada a la adquisición de credenciales educativas tiene su impacto sobre los niveles de desigualdad en logros ocupacionales en las distintas edades. La importancia de la escolaridad como factor mediador es tal que, una vez que controlamos las brechas por escolaridad, desaparece el efecto acumulativo de la desigualdad por edad.

Por otra parte, si en la escolaridad no identificamos diferencias sustantivas entre hombres y mujeres, el logro ocupacional es un caso aparte. A diferencia de los varones, que claramente acumulan desigualdad a medida que avanza la edad, los modelos para mujeres identifican brechas muy acentuadas pero relativamente constantes a lo largo de todas las edades consideradas. Esto nos sugiere que el peso de los orígenes sociales sobre la desigualdad de logros ocupacionales de las mujeres se manifiesta de manera intensa incluso a edades tempranas, de modo que es menos claro que exista un proceso de acumulación de desigualdades con la edad en sentido estricto.¹⁸ Por lo tanto, si existe un efecto de la edad en la estructuración de las desigualdades en logros ocupacionales de las

¹⁸ Aunque este proceso de acumulación de desigualdades parece haberse acentuado en las cohortes más jóvenes.

mujeres, este efecto parece estar imbricado en dispositivos de género que son de activación temprana y de larga duración a lo largo de toda la etapa del curso de vida aquí analizada.

Una cuarta cuestión tiene que ver con lo que hemos llamado “efectos de contexto”. ¿En qué medida los efectos del origen social están mediados por factores de contexto sociodemográfico, como la composición familiar y el estado marital? ¿Podemos identificar efectos del contexto histórico que se evidencian en manifiestas diferencias entre las cohortes de nacimiento?

Con respecto a los factores demográficos, nuestro análisis sugiere que las características de corresidencia familiar no parecen mediar de manera significativa los efectos de los orígenes sociales, aunque fue posible identificar algunos efectos a partir de la salida de la infancia. Por ejemplo, se observa que los efectos de la desigualdad por orígenes sociales sobre la asistencia escolar se reducen a partir de los 14 años cuando se controla por la condición de corresidencia con los padres y la situación marital, lo cual podría explicarse por el incremento paulatino de la proporción de jóvenes unidos en los estratos bajos y los efectos negativos de esta transición temprana en la asistencia escolar. No obstante, en términos generales, las mediaciones de contexto sociodemográfico familiar son débiles, lo cual nos advierte sobre la necesidad de investigar más a fondo hasta qué punto las condiciones de desigualdad socioeconómica afectan los resultados educativos y ocupacionales mediante mecanismos distintos a la composición demográfica de la familia.¹⁹

Por otro lado, identificamos “efectos cohorte” significativos en la desigualdad en asistencia escolar. El incremento en la cobertura escolar ha generado un desplazamiento de esas desigualdades hacia edades más tardías. Este resultado es consistente con las tendencias que se han observado en otros países con avances en la cobertura educativa (Shavit y Blossfeld, 1993; Raftery y Hout, 1993). Lo que este cambio revela es que existe una asociación entre la cobertura de los niveles educativos y la desigualdad en asistencia escolar. En tanto la asistencia a los distintos niveles educativos se encuentra regulada por la edad, es esperable que, al incrementarse la cobertura más rápidamente en los niveles básicos que en los intermedios y avanzados, la desigualdad en asistencia escolar se desplace a las edades que corresponden a estos últimos niveles. Es este tipo de “institucionalización por edad” de la desigualdad el que surge a la luz con un análisis como el que aquí hemos propuesto.

También fue posible encontrar algunos cambios por cohorte en la desigualdad en los años de escolaridad y en el *status* ocupacional. Con excepción del logro educativo de las mujeres, en donde hay un aparente cambio de tendencia en la estructuración por edad de

¹⁹ Al mismo tiempo, debemos reconocer que, en este aspecto, nuestros resultados están lejos de ser concluyentes. Los datos disponibles solo nos permiten realizar una aproximación muy elemental a los factores de contexto familiar, pues se limita a los patrones de corresidencia familiar y deja de lado aspectos dinámicos y procesuales de las condiciones familiares que probablemente tienen efectos mediadores importantes. En este sentido, sería necesario contar con mejores fuentes de datos longitudinales para así poder profundizar en el análisis de los efectos de dicho contexto sobre los logros educativos y ocupacionales.

la desigualdad hacia un patrón más parecido al de los varones, los “efectos cohorte” parecen ser más de “intensidad” que de “calendario”, es decir, estar más relacionados con el nivel de la desigualdad que con su patrón por edad. En general, con respecto a la cohorte más antigua (1946-1948), se observa una tendencia hacia la reducción de las desigualdades, tanto en logros educativos como ocupacionales. No obstante, es difícil establecer si tales cambios representan una tendencia permanente. Las brechas educativas se incrementan ligeramente en la cohorte más joven (1978-1980) con respecto a la intermedia (1966-1968), y la reducción de las desigualdades en logros ocupacionales ocurre solo a edades tempranas, pero se mantiene en niveles similares a medida que los entrevistados alcanzan los 30 años de edad.

En un plano más general y más allá de los resultados empíricos recién descritos, creemos que el desarrollo de una aproximación longitudinal al proceso de estratificación social ha sido importante para avanzar hacia una incorporación de la perspectiva del curso de vida en los estudios de estratificación y movilidad social. Como señalamos al inicio del trabajo, la aproximación clásica a dicho proceso es inherentemente longitudinal, aunque no incorpora de manera explícita los “efectos edad”. Al enfatizar estos efectos en nuestro análisis, podemos concluir no solo que la desigualdad educativa y la ocupacional varían sustantivamente con la edad, sino también que estas variaciones siguen patrones sistemáticos.

Identificamos dos tipos de patrones etarios de la desigualdad: uno “acumulativo” y otro “transicional”. La existencia de un patrón acumulativo implica que las diferencias son pequeñas a edades tempranas y crecen en el transcurso del curso de vida (ya sea que este incremento sea permanente o que continúe hasta alcanzar un máximo persistente). Por su parte, un patrón transicional implica que las desigualdades se magnifican en edades específicas, para luego descender de manera significativa. La identificación de estos dos patrones es importante no solo desde un punto de vista analítico, sino también para el diseño de políticas públicas destinadas a abatir la desigualdad: mientras que un patrón transicional llama a una estricta focalización por edad de estas políticas, un patrón acumulativo implica una atención temprana y permanente de las desigualdades.

No obstante lo anterior, cabe destacar que no hay que sobredimensionar la distinción entre ambos patrones, ya que deben entenderse como complementarios más que como opuestos. Así, por ejemplo, el patrón transicional que caracteriza a la desigualdad por edad en la asistencia escolar puede entenderse como el resultado de trayectorias escolares de distinta duración, y, por lo tanto, tiene una conexión causal con la acumulación de desigualdades en logros educativos en el transcurso del curso de vida.

Por último, la identificación de estos patrones lleva a preguntas que pueden motivar investigaciones posteriores. Una de ellas es si la mezcla de patrones transicionales y acumulativos es un rasgo inherente al proceso de estratificación social en las sociedades contemporáneas o una característica particular del caso mexicano. Otra pregunta es si otras dimensiones de la desigualdad (como la desigualdad en los ingresos, la acumulación

de activos, la salud, etc.) siguen patrones transicionales o acumulativos como los que aquí hemos descrito.

Para avanzar en estas cuestiones, es necesario desarrollar una agenda comparativa entre países y extender el análisis a otras dimensiones de la desigualdad. Evidentemente el principal obstáculo de esta agenda en América Latina es que existen pocas fuentes de datos longitudinales –ya sea basadas en estudios de panel o en encuestas retrospectivas como la EDER– que proporcionen información detallada sobre los logros educativos y ocupacionales a lo largo del curso de vida (por no mencionar otras dimensiones de la desigualdad). Es en el desarrollo de estas fuentes de información donde debe enfocarse durante los próximos años el esfuerzo conjunto de demógrafos y sociólogos interesados en los procesos de reproducción intergeneracional de la desigualdad.

Bibliografía

ARIZA, M. y O. de Oliveira (2005), “Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México”, en M. E. Zavala de Cosío, M. L. Coubés y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx: una perspectiva de historias de vida*, México: COLEF/ITESM-EGAP/Cámara de Diputados/Porrúa.

BALÁN, J., H. L. Browning y E. Jelin (1977), *El hombre en una sociedad en desarrollo*, México: Fondo de Cultura Económica.

BASK, M. y M. Bask (2010), *Inequality Generating Processes and Measurement of the Matthew Effect*, Uppsala: Uppsala University, Department of Economics, Working Paper 19.

BLAU, P. y O. D. Duncan (1967), *The American Occupational Structure*, Nueva York: John Wiley.

BLOSSFELD, H. P., E. Klijzing, M. Mills y K. Kurz (2005), *Globalization, uncertainty and youth in society*, Londres: Routledge.

BRÜCKNER, H. y K. Ulrich Mayer (2005), “Destandardization of the Life Course: what it might mean? And if it means anything, whether it actually took place?”, en Ross MacMillan (ed.), *The structure of the life course: standardized? individualized? Differentiated?*, Nueva York: Elsevier, Advances in Life Course Research 9, pp. 27-53.

56

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

BRUNET, N. y P. Solís (2012), “Procesos de estratificación social en la transición a la vida adulta en México”, ponencia presentada en el V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP), Montevideo, Uruguay, 23-26 de octubre, en <http://www.alapop.org/Congreso2012/DOCSFINAIS_PDF/ALAP_2012_FINAL609.pdf>, acceso 16 de febrero de 2013.

CASTRO MÉNDEZ, N. (2004), “Temporalidades reproductivo-laborales de las mujeres mexicanas de tres cohortes”, en *Papeles de Población*, núm. 41, México D.F.: CIEAP, pp. 107-139.

CASTRO MÉNDEZ, N. y L. Gandini (2008), “La salida de la escuela y la incorporación al trabajo de tres cohortes de hombres y mujeres en México”, trabajo presentado en el Seminario “La Dinámica Demográfica y su impacto en el mercado laboral de los jóvenes”, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México D.F., 28 de noviembre. Disponible en <<http://www.ses.unam.mx/curso2010/pdf/M5S1-CastroGandini2008.pdf>>, acceso 18 de junio de 2013.

CÓRDOVA, A. (2009), “Methodological Note: Measuring Relative Wealth using Household Asset Indicators”, en *Americas Barometer Insights*, 2008, núm. 6, Nashville: Vanderbilt University.

DANNEFER, D. (2003), “Cumulative advantage/disadvantage and the life course: cross-fertilizing age and social science theory”, en *Journal of Gerontology*, 58-B, Oxford: Oxford University Press, pp. S327-S337.

DiPRETE, T. A. (2002), "Life course risks, mobility regimes, and mobility consequences: A comparison of Sweden, Germany, and the United States", en *American Journal of Sociology*, 108, Chicago: University of Chicago Press, pp. 267-309.

DiPRETE, T. A. y G. M. Eirich (2006), "Cumulative Advantage as a Mechanism for Inequality: A Review of Theoretical and Empirical Developments", en *Annual Review of Sociology*, vol. 32, agosto.

ELDER, G. H. Jr. (1992), "Models of the life course. The American Occupational Structure by Peter Blau, Otis Dudley Duncan", en *Review Contemporary Sociology*, vol. 21, núm. 5, septiembre, pp. 632-635.

ELDER, G. H. Jr., J. M. Kirkpatrick y R. Crosnoe (2003), "The Emergence and Development of Life Course Theory", en J. Mortimer, T. Michael y J. Shanahan, *Handbook of the life course*, Nueva York: Kluwer/Plenum.

FILMER, D. y L. H. Pritchett (2001), "Estimating Wealth Effect Without Expenditure Data or Tears: An Application to Educational Enrollments in States of India", en *Demography*, núm. 38, pp. 115-132 .

GANZEBOOM, H. G., P. M. de Graaf y D. J. Treiman (1992), "A standard international socio-economic index of occupational status", en *Social Science Research*, 21, pp. 1-56.

GANZEBOOM, H. G. y D. J. Treiman (1996), "Internationally comparable measures of occupational status for the 1988 International Standard Classification of Occupations", en *Social Science Research*, 25, pp. 201-239.

57

GANZEBOOM, H. G., D. J. Treiman y C. Ultee Wout (1991), "Comparative Intergenerational Stratification Research: Three Generations and Beyond", en *Annual Review of Sociology*, 17 (1), pp. 277-302.

P. Solís
y N. Brunet

GIORGULI, S. E. (2011), "Caminos divergentes hacia la adultez en México", en G. Binstock y J. Melo Vieira (Coords.), *Nupcialidad y familia en la América Latina Actual*, Campinas: UNICAMP/ALAS, pp. 123-163.

HAUSER, R. M. y M. Andrew (2006), "Another Look at the Stratification of Educational Transitions: The Logistic Response Model with Partial Proportionality Constraints", en Ross M. Stolzenberg (ed.), *Sociological Methodology 2006*, Cambridge (MA): Basil Blackwell and American Sociological Association, pp. 1-26.

HAUSER, R. M y J. R. Warren, (1996), *Socioeconomic Indexes for Occupations: A Review, Update, and Critique*, Madison (WI): University of Wisconsin, CDE Working Paper núm. 96-01.

HECKMAN, J. J. (1974), "Shadow Prices, Market Wages, and Labor Supply", en *Econometrica*, vol. 42, núm. 4, julio, pp. 679-694.

----- (1979), "Sample Selection Bias as a Specification Error", en *Econometrica*, vol. 47, núm. 1, enero, pp. 153-161.

HERNÁNDEZ DE FRUTOS, T. (1993), “El ‘status attainment’ a mitad de camino entre teoría y técnica analítica”, en *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 61, pp. 185-200.

HILLMERT, S. (2010), *Cumulative inequality along the life course. Long-term trends on the German labour market*, Tübingen: University of Tübingen, ESOC, Working Paper 1.

HOUT, M. (2004), “Maximally maintained inequality revisited: Irish educational mobility in comparative perspective”, en M. N. Ghiolla Phadraig y E. Hilliard (eds.), *Changing Ireland, 1989-2003*, Berkeley: University of California-Berkeley, SRC Working Paper.

HOUT, M. y T. H. DiPrete (2006), “What we have learned: RC28’s contributions to knowledge about social stratification”, en *Research in Social Stratification and Mobility*, pp. 1-20.

KERCKHOF, A.C. (1995), “Institutional Arrangements and Stratification Processes in Industrial Societies”, en *Annual Review of Sociology*, 15, pp. 323-47.

----- (2001), *Education and Social Stratification Processes in Comparative Perspective. Sociology of Education (Extra Issue)* 2001, pp. 3-18.

----- (2003), “From Student to Worker”, en J. T. Mortimer y M. J. Shanahan, *Handbook of the life course*, Nueva York: Kluwer/Plenum.

KOHLI, M. (2007), “The institutionalization of the life course: looking back to look ahead”, en *Research on Human Development*, 4(34), pp. 253-271.

58 LUCAS, S. R (2001), “Effectively Maintained Inequality: Education Transitions, Track Mobility, and Social Background Effects”, en *American Journal of Sociology*, vol. 106, núm. 6, mayo, pp. 1642-1690.

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013
MARE, R. D. (1981), “Change and Stability in Educational Stratification”, en *American Sociological Review*, 46, pp. 72-87.

MARSHALL, V. W. y M. M. Mueller (2003), “Theoretical Roots of the Life-Course Perspective”, en W. R. Heinz y V. W. Marshall (eds.), *Social dynamics of the Life Course. Transitions, Institutions and Interrelations*.

MAYER, K. U. (2009), “New Directions in Life Course Research”, en *Annual Review of Sociology*, 35, pp. 413-433.

MERTON, R. K. (1968), “The Matthew Effect in Science”, en *Science*, New series, vol. 159, núm. 3810, enero, pp. 56-63.

O'RAND, A. M. (2009), “Cumulative Processes in the Life Course”, en G. H. Elder y J. Z. Giele (eds.), *The Craft of Life Course Research*, Nueva York: The Guilford Press, pp. 121-140.

PUGA, I. y P. Solís (2010), “Estratificación y transmisión de la desigualdad en Chile y México. Un estudio empírico en perspectiva comparada”, en J. Serrano Espinosa y F. Torche (eds.), *Movilidad social en México: población, desarrollo y crecimiento*, México D. F.: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.

RAFTERY, A. E. y M. Hout (1993), "Maximally Maintained Inequality: Expansion, Reform, and Opportunity in Irish Education, 1921-75", en *Sociology of Education*, vol. 66, núm. 1, enero, pp. 41-62.

RILEY, M. W. (1987), "On the significance of age in sociology", en *American Sociological Review*, 52, pp. 1-14.

RILEY, M. W., M. Johnson y A. Foner (1972) (eds.), *Aging and Society*, vol. 3: *A Sociology of Age Stratification*, Nueva York: Russell Sage.

ROSENFIELD, R. A. (1992), "Job Mobility and Career Processes", en *Annual Review of Sociology*, 18, pp. 39-61.

SEWELL, W., A. Haller y G. Ohlendorf (1970), "The educational and early occupational attainment process: Replication and Revision", en *American Sociological Review*, vol. 35, núm. 6, pp. 1014-1027.

SEWELL, W., A. Haller y A. Porter (1969), "The educational and early occupational attainment process", en *American Sociological Review*, núm. 34, pp. 82-92.

SEWELL, W. y R. Hauser (1972), "Causes and consequences of higher education: models of the status attainment process", en *American Journal of Agricultural Economics*, núm. 54, pp. 851-861.

SHAVIT, Y. y H. P. Blossfeld (1993), *Persistent Inequality: Changing Educational Attainment in Thirteen Countries*, Boulder (CO): Westview.

SHAVIT, Y., M. Yaish y E. Bar-Haim (1990), *The persistence of persistent inequality*, en <http://www.ccsr.ac.uk/qmss/seminars/2008-crossnat/documents/shavit_new.pdf>, acceso febrero de 2013.

SOLÍS, P. (2012), "Desigualdad social y transición de la escuela al trabajo en la Ciudad de México", *Estudios Sociológicos*, vol. XXX, núm. 90, pp. 641-680.

SOLÍS, P. y F. Billari (2002), *Structural change and occupational attainment in Monterrey, Mexico*, Alemania: Max Planck Institute for Demographic Research, Working Paper 038, en <<http://www.demogr.mpg.de/papers/working/wp-2002-038.pdf>>, acceso 16 de febrero de 2013.

SOLÍS, P. e I. Puga (2011), "Efectos del nivel socioeconómico de la zona de residencia sobre el proceso de estratificación social en Monterrey", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, 26-2 (77), pp. 233-265.

SUÁREZ, L. (1992), "Trayectorias laborales y reproductivas: una comparación entre México y España", en *Estudios Demográficos y Urbanos* 20-21, vol. 7, núm. 2 y 3, mayo-diciembre.

TREIMAN, D. J. y H. B. Ganzeboom (2000), "The fourth generation of Comparative Stratification Research", en S. R. Quash y A. Sales (eds.), *The International Handbook of Sociology*.

Desigualdades sociales en trayectorias laborales de jóvenes en la Argentina

Social inequalities in young people's career paths in Argentina

Pablo Ernesto Pérez

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL)/CONICET

Camila Deleo

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL)/CONICET

Mariana Fernández Massi

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL)/CONICET

Resumen

Al analizar el proceso de inserción laboral de los jóvenes, los factores usualmente considerados son las credenciales educativas, las experiencias laborales previas y el género, invisibilizando una dimensión más estructural como es el origen social. El objetivo de esta investigación es indagar de qué formas el origen social delinea distintas trayectorias laborales para los jóvenes en la Argentina.

En este trabajo adoptamos una perspectiva longitudinal en la que articulamos una mirada cuantitativa –a partir de matrices de transición construidas con microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH)– con una perspectiva cualitativa del mundo laboral. La combinación de enfoques nos permite ir más allá del análisis de transiciones laborales a partir de los datos estadísticos y analizar trayectos más amplios de la inserción laboral de los jóvenes, lo cual posibilita articular los factores estructurales que afectan las posibilidades de trabajo con las significaciones y visiones puestas en juego por los jóvenes.

Abstract

When analysing the process of young people's entrance to the labour market, the aspects that are usually considered are the level of education, previous working experiences and gender, disregarding a structural dimension such as social background. The purpose of this research is to explore the ways in which social background trace different career paths for young people in Argentina.

This article presents a longitudinal perspective, which combines both a quantitative analysis –based on transition matrices built on microdata taken from Encuesta Permanente de Hogares (EPH-INDEC)– and a qualitative analysis of the labour market. This combination of approaches makes it possible to go beyond the analysis of labour transitions based on statistical data and to analyse the processes of youngsters' entrance to the labour market, thus articulating structural factors and young people's significations.

61

P. E. Pérez,

C. Deleo

y M. Fernández

Massi

Palabras clave: jóvenes, trayectorias laborales, origen social, Argentina.

Key words: youth, career paths, social background, Argentina.

Introducción

El ciclo de crecimiento económico iniciado en 2003 en la Argentina derivó en una sensible mejora de los indicadores laborales y sociales básicos que favoreció la situación laboral de los jóvenes. No obstante, las posibilidades de inserción en el mercado de trabajo no son iguales para todos los jóvenes, dado que no todos disponen de los mismos activos (diploma, contactos, sostén familiar) ni tienen las mismas prioridades (ambiciones de carrera, urgencias financieras, arbitrajes entre vida privada y profesional), lo que condiciona sus trayectorias ocupacionales.

Al analizar la situación ocupacional de los jóvenes por estrato de ingreso familiar, encontramos que aquellos que pertenecen a hogares de altos ingresos tienen menor desocupación y menor empleo precario que los jóvenes de los estratos medio y bajo.

En este sentido, la búsqueda que guía este estudio es analizar de qué formas el origen social afecta las posibilidades de inclusión en el mercado de trabajo y delinea distintas trayectorias laborales para los jóvenes en la Argentina a partir de 2003. La inserción laboral de los jóvenes es un proceso dinámico en el cual se van sucediendo períodos de empleo y de desempleo e inactividad –ya sea esta voluntaria, por razones de estudio o forzada–; esto hace necesario adoptar una perspectiva longitudinal.

En este trabajo articulamos una mirada cuantitativa y cualitativa del mundo laboral. El abordaje cuantitativo se realiza a través de matrices de transición construidas para dos años consecutivos a partir de microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares del Instituto Nacional de Estadística y Censos (EPH-INDEC) del período 2003-2010, mientras que la mirada cualitativa se basa en el análisis de las trayectorias laborales y biográficas de jóvenes relevadas en el marco del panel longitudinal “Trayectorias, disposiciones laborales y temporalidades de jóvenes” del Gran Buenos Aires.

El presente artículo se estructura en cuatro partes. En la primera sección se revisan algunos conceptos sobre la inserción laboral de los jóvenes y sus trayectorias profesionales; en la segunda, se detallan las fuentes de información y la metodología utilizada; la tercera parte presenta los principales resultados encontrados; en la cuarta sección se discute brevemente el rol de las credenciales educativas; finalmente, se exponen unas breves reflexiones y se plantean nuevas preguntas de investigación surgidas de este trabajo.

La contextualización del tema

Jóvenes, decisiones individuales y movilidad laboral

Numerosos autores (Rees, 1986; O'Higgins, 1997; Weller, 2003; Madeira, 2007) plantean la centralidad de la mayor rotación en los jóvenes producto del *matching* o experimentación que hacen estos de las empresas y ellas de sus postulantes. De acuerdo con esta hipótesis, los jóvenes serían más propensos a cambiar voluntariamente de empleo dado que, al realizar sus primeras experiencias laborales y no conocer aún la naturaleza de los

puestos disponibles –como tampoco su afinidad por ellos–, intentan, en la medida de sus posibilidades, buscar el empleo que mejor se adapte a sus gustos y a su formación.

La idea que subyace a esta afirmación es que los jóvenes tendrían una suerte de “moratoria social”, entendida como una etapa en la cual demoran –mientras estudian, se preparan y experimentan– su asunción de roles adultos, actitud posibilitada por sus menores necesidades de ingresos dada su condición de hijos (o no jefes de hogar). Sin embargo, esta moratoria no estaría al alcance de todos. Solo los jóvenes de sectores medios y altos tendrían posibilidades de experimentar y postergar las responsabilidades vinculadas a la vida adulta, en tanto que los de sectores populares suelen ingresar precozmente al mundo del trabajo y contraer obligaciones familiares a menor edad. En la misma línea, las teorías de *job search* –que analizan la forma en que individuos racionales buscan un empleo– destacan que los desocupados pertenecientes a sectores de altos ingresos son más selectivos en su búsqueda laboral y tienen, por lo tanto, períodos de desempleo más prolongados (Danforth, 1979), mientras que aquellos de origen social humilde aceptarían rápidamente los puestos de trabajo que les son ofrecidos (es decir, su período de búsqueda sería más corto).

Hace más de treinta años, Bourdieu (1980) postulaba que solo un abuso del lenguaje podía reunir bajo el concepto de juventud a universos sociales que no tienen prácticamente nada en común, como el de un estudiante burgués y el de un joven obrero.

Educación, origen social y posibilidades de acceso al mercado laboral

63

P. E. Pérez,
C. Deleo
y M. Fernández
Massi

Es conocido que el nivel educativo condiciona las posibilidades de acceso al mercado de trabajo. Pero, ¿qué determina el nivel educativo del joven? ¿Se trata de una elección costo-beneficio en función de sus futuros salarios o probabilidades de inserción? ¿“Elige” cada joven hasta qué momento permanecer en el sistema educativo? ¿O su situación frente a la educación va a estar condicionada por su origen social, por la posición que ocupa su hogar en la estructura social? La evidencia en América Latina muestra que muchos jóvenes enfrentan urgencias de corto plazo que los presionan a desertar tempranamente del sistema escolar, les impiden retomar sus estudios y los obligan a aceptar cualquier empleo para poder generar ingresos laborales indispensables para su hogar (Weller, 2005).

Además, una vez que los jóvenes alcanzan un cierto nivel educativo, ¿valorizan todos por igual su diploma? Es decir, iguales niveles de educación de los jóvenes, ¿se corresponden con situaciones similares en el mercado de trabajo?

El origen social suele afectar al menos de dos formas las posibilidades de los jóvenes de acceder a un puesto de trabajo. Según Eckert (2002), es antes del comienzo de la vida activa –cuando se juega la entrada a los diferentes niveles de formación– que el origen social interviene más contundentemente y produce las mayores desigualdades: los jóvenes de clases sociales bajas no tienen las mismas posibilidades que los de clases altas de acceder y permanecer en el sistema educativo; la escasez de ingresos de sus hogares los obliga a adelantar su salida al mercado de trabajo, aun antes de completar su formación.

Además, a igual nivel de formación, no todos los jóvenes acceden a iguales posiciones en el mercado de trabajo, dado que las posibilidades de los de origen social humilde de valorizar su formación son menores que las de los jóvenes que provienen de sectores más acaudalados.

De esta forma, podríamos decir que el origen social tiene efectos directos e indirectos sobre las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes. Los indirectos se manifiestan en el acceso a la educación –pues, aunque formalmente todos los jóvenes pueden educarse, en la práctica existen significativas diferencias según el origen social–; y acceder a diferentes instancias educativas, ya sea por los conocimientos adquiridos o por el diploma acreditado, otorga mayores posibilidades de obtener un empleo. Los efectos directos se manifiestan en el hecho de que, a igual nivel educativo, jóvenes de distinto origen social no tienen las mismas posibilidades en el mercado laboral, expresando así diferencias en la valorización de sus diplomas.

Valores, expectativas y búsqueda de empleo de los jóvenes

Las elecciones y las trayectorias ocupacionales de los jóvenes se ven condicionadas por los activos de los cuales disponen para enfrentar el mercado de trabajo (diploma, contactos, sostén familiar) y por sus prioridades. Sin embargo, no todos disponen de los mismos activos ni tienen las mismas ambiciones de carrera, urgencias financieras, formas de compatibilizar la vida privada y profesional. Los jóvenes pueden tener aspiraciones respecto de su inserción laboral que son incongruentes con la realidad del mercado, de manera que –en la medida de sus posibilidades– siguen buscando hasta que encuentran un empleo acorde con sus expectativas (Weller, 2003) o hasta que ajusten estas expectativas a las características de los puestos de trabajo disponibles (Tokman, 2003). Las formas de búsqueda suelen ser diversas: mientras que algunos acuden a medios formales –como las instituciones dedicadas a realizar búsquedas laborales, bolsas de trabajo y agencias de empleo–, otros recurren a modos más informales, movilizando la red de relaciones sociales en las cuales se encuentran insertos, principalmente vinculadas a la familia y al grupo de amigos más cercanos (Pérez, 2008).

64

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Rama (1994) destaca la importancia de ciertos valores culturales necesarios para conseguir y mantener una ocupación, tales como la participación en las normas (y valores) que definen la organización del trabajo en la sociedad moderna –aspectos elementales como la puntualidad, la asiduidad, la capacidad de trabajar en grupo, el respeto a la jerarquía técnica y la propensión a internalizar las pautas que definen la organización social del respectivo mundo del trabajo–. Se supone que este conjunto de capacidades han sido dispensadas en la socialización familiar y en la educación primaria, aunque muchas veces los sistemas educativos por sí solos resultan incapaces de lograr esa internalización. De esta forma, los valores, expectativas y formas de búsqueda de un empleo pueden afectar profundamente las trayectorias laborales de los jóvenes.

De la inserción laboral de los jóvenes hacia las transiciones y trayectorias

La noción de inserción laboral se constituyó en sociedades en las que la gran mayoría de los jóvenes accedía primero a la educación y luego al mercado de trabajo, logrando, después de un cierto tiempo, estabilizar su situación laboral, es decir, asegurarse una relativa continuidad en el sistema productivo. Pero en una sociedad en la que una mayoría de los activos son inestables, donde se suceden períodos de empleo con otros de desempleo e inactividad, la noción de inserción parece perder sentido (Vincens, 1999) y es intensamente cuestionada. Al respecto, Rose (1998) plantea que este proceso de cambio, esta transición entre diferentes estados, no es privativa de los jóvenes sino que es un fenómeno general de todos los activos, de manera que rechaza la noción de inserción de los jóvenes y promueve la utilización de la noción de transición.

Contrariamente al período “fordista”, en el cual las transiciones y las trayectorias se articulaban de manera bastante estructurada en el cuadro de un ciclo de vida profesional relativamente estandarizado (Gautie, 2003), en los últimos veinte años las transiciones se han multiplicado generando una diversificación y heterogenización de las trayectorias individuales.

Esta *desestandarización* y mayor complejidad en las trayectorias de los jóvenes hacia la vida adulta ha sido destacada en la literatura: los jóvenes prueban, fallan y cambian repetidamente sus decisiones escolares, laborales y afectivas. Muchos de ellos, en lugar de combinar el estudio con el trabajo, lo alternan: estudian, trabajan un tiempo y vuelven a estudiar. Es lo que se conoce en la bibliografía como *trayectorias yo-yo* (Machado Pais, 2000; Du Bois-Reymond y López Blasco, 2004). Estas transiciones pueden estar asociadas a una falta de opciones derivada de la situación del mercado de trabajo o bien pueden responder a una decisión voluntaria relacionada con una estrategia de mejora laboral (el joven vuelve a estudiar para mejorar sus perspectivas laborales¹).

En el presente texto utilizaremos el término *transición* para designar el pasaje de un estado ocupacional a otro (por ejemplo, de empleo a desempleo) y el término *trayectoria* para referirnos a una secuencia de estados y de transiciones durante un cierto período.

65

P. E. Pérez,
C. Deleo
y M. Fernández
Massi

Aspectos metodológicos

Consideramos que la articulación de un análisis cuantitativo con uno cualitativo nos permitirá comprender de una manera más acabada la dinámica conjunta de los condicionantes estructurales y las estrategias subjetivas de los jóvenes en sus trayectorias de inserción en el mercado laboral.

¹ Ghiardo Soto y De León (2005) plantean que en el caso de Chile muchos jóvenes trabajan primero a fin de buscar un piso financiero que les permita acceder a una educación superior.

Abordaje cuantitativo

A partir de los microdatos de la EPH- INDEC, se construyeron matrices de transición anuales para el período 2003-2010. El diseño muestral de la EPH permite seguir a un mismo individuo en dos momentos del tiempo (dos trimestres consecutivos o el mismo trimestre en dos años consecutivos). Para este trabajo utilizamos las transiciones anuales. En las mismas, no se observan rotaciones de períodos más cortos: por ejemplo, una persona que en las matrices presentadas persiste en la desocupación, puede haber tenido un empleo por un período breve durante ese año. Por ese motivo, se corroboró que las principales conclusiones obtenidas en el trabajo se sostengan también analizando matrices trimestrales.

La metodología utilizada nos permite un análisis longitudinal pero tiene la desventaja de reducir drásticamente el tamaño muestral y, por consiguiente, la confiabilidad estadística de los resultados. Con el propósito de aumentar el tamaño de la muestra y reducir el error asociado, se construyó un panel *ad hoc* producto de agregar casos correspondientes a distintos años.² Este procedimiento, que trata de igual forma transiciones ocurridas en distintos momentos, ha sido utilizado en diferentes trabajos para sortear la dificultad vinculada al tamaño de la muestra (Beccaria, 2001; Jacinto y Chitarroni, 2010).

Definimos a los jóvenes como aquellas personas entre 18 y 24 años. El grupo de 25 a 29 años –ocasionalmente incluido entre los jóvenes– presenta una dinámica de inserción laboral más cercana al grupo de adultos, motivo por el cual no fue incluido.

66

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre
2013

Con el objeto de analizar un universo compatible con el del panel cualitativo, trabajamos con la población de jóvenes del Gran Buenos Aires (GBA) –región que concentra el 32% de los habitantes del país (INDEC, 2010)– que ha transitado por la escuela secundaria. Se han excluido, además, los jóvenes jefes de hogar.

El origen social es operacionalizado aquí a partir del estrato de ingresos del hogar (ingreso per cápita familiar),³ por lo cual se utilizarán ambos términos –origen social y estrato de ingresos– en forma indistinta.

2 Se suman casos provenientes de siete matrices de transición que tienen como punto de partida los años 2003-2009 y punto de llegada los años 2004-2010. Tal suma fue necesaria para trabajar con un número de observaciones aceptable. Aun así, corroboramos que en cada matriz anual se verifiquen las mismas conclusiones que las obtenidas con la matriz agregada.

3 Como es habitual, el estrato bajo comprende al 40% de los individuos de menores ingresos, el estrato medio al 40% siguiente y el estrato alto al 20% de mayores ingresos. Otros autores eligen como indicadores de origen social variables que señalan el nivel cultural del hogar (nivel educativo del jefe de hogar o del jefe y cónyuge), en lugar de variables asociadas al nivel de vida –como las elegidas en el presente texto-. No obstante, ambos indicadores se hallan fuertemente correlacionados y suelen combinarse para influenciar sobre el desempeño escolar y laboral de los jóvenes.

Las matrices han sido construidas a partir de los cambios en la condición de ocupación, desagregando la categorías de ocupados en precarios⁴ y no precarios⁵ y la de inactivos entre aquellos que asisten al sistema educativo y aquellos que no lo hacen.

Como es habitual en este tipo de análisis (Clark y Summers, 1979; Barkume y Horvath, 1995), las filas de la matriz muestran la condición de actividad de los individuos en el período inicial y las columnas su situación un año después. Cabe aclarar, que los cuadros presentados en el texto refieren a determinadas filas y/o columnas de interés, mientras que las matrices completas se presentan en el Anexo.

Abordaje cualitativo

El análisis cualitativo utilizará los datos producidos por el panel longitudinal “Trayectorias, disposiciones laborales y temporalidades de jóvenes” del Gran Buenos Aires,⁶ caracterizado por el seguimiento de trayectorias laborales y biográficas de jóvenes egresados de distintos tipos de educación. Realizamos una articulación de métodos cuantitativos y cualitativos de investigación partiendo de considerar que cada uno de dichos métodos es el más apropiado para el logro de diferentes propósitos: mientras que con los métodos cuantitativos abordamos el análisis de los condicionantes estructurales del mercado laboral, con los métodos cualitativos indagamos las estrategias subjetivas que los jóvenes llevan adelante en sus trayectorias de inserción en dicho mercado. Consideramos, entonces, que la articulación nos permite revelar o captar aspectos del problema que una sola visión no alcanza a detectar y que añade profundidad y amplitud al análisis (Blanco y Pacheco, 2001).

Los estudios longitudinales suponen la aplicación del mismo dispositivo de recolección de datos a los mismos individuos en momentos diferentes del tiempo. Dichos individuos pueden ser personas físicas o categorías sociales (Longo, 2011). Es decir, los estudios de este tipo siguen a veces a la misma persona (por ejemplo, Juan Pérez al final de la formación y dos años más tarde), mientras que otras veces siguen a la misma categoría social en el tiempo (por ejemplo, jóvenes varones egresados en 2000 del Polimodal). En dicho panel se movilizan ambos tipos de estudios longitudinales.

En la Argentina existen ejemplos de estudios longitudinales cualitativos, particularmente estudios de seguimiento de egresados (Filmus y Sendón, 2001; Panaia, 2006; Longo, 2011). La riqueza y la originalidad de este método en el seno de un contexto social cambiante como el argentino y de un medio académico tradicionalmente acostumbrado a los estudios retrospectivos permiten abrir nuevos debates y nuevas perspectivas de análisis.

El panel analizado en el presente texto se encuentra compuesto por jóvenes seleccionados a partir de: a) estar finalizando la formación (el Secundario Polimodal o Técnico,

4 Incluye a los asalariados no registrados en el sistema de seguridad social, a los trabajadores familiares sin remuneración y a los cuentapropistas en puestos sin calificación o calificación operativa.

5 Incluye a los asalariados registrados en el sistema de seguridad social, a los patrones y a los cuentapropistas con puestos de calificación técnica o profesional.

6 Panel dirigido por Dra. María Eugenia Longo.

en su mayoría, y la Formación Profesional, para aquellos que abandonan tempranamente el secundario); b) el contenido o la modalidad de formación (Secundario Polimodal, Secundario Técnico y Formación Profesional); c) el sector de gestión del establecimiento educativo (público o privado) al que asistió el joven; y d) la ubicación geográfica de las instituciones a las que asiste, todas situadas en tres partidos de la zona norte del Gran Buenos Aires. Una vez satisfechos estos criterios, existió, además, una selección similar de varones y mujeres.

El panel posee actualmente tres ondas: en la primera onda de relevamiento se realizaron 84 entrevistas en profundidad en el año 2006, momento en que los jóvenes se encontraban finalizando su educación secundaria; la segunda onda se realizó dos años más tarde, en 2008, cuando pudieron ser reentrevistados 78 casos; la tercera onda se realizó en 2011/2012 y se reentrevistaron 50 jóvenes.

Respecto de los jóvenes del panel, las distintas formaciones agrupan jóvenes de orígenes sociales diversos, sin embargo, existen algunas tendencias significativas: en los establecimientos privados, sean de Secundario Polimodal o Técnico, dos tercios de los jóvenes provienen de hogares de origen social medio y en ellos es donde se da la mayor frecuencia de jóvenes que pertenecen a un origen social alto; entre los jóvenes de instituciones públicas, de Secundario Polimodal o Técnico, más de la mitad proviene de origen social bajo, existiendo igualmente una presencia relevante (un tercio) de jóvenes de origen medio en ambos casos. Por último, los jóvenes de Formación Profesional provienen en su totalidad de hogares de origen social bajo.

68

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

Las transiciones laborales

Con el objetivo de evaluar de qué modo el origen social condiciona las transiciones propias del proceso de inserción laboral de estos jóvenes, se expondrán los principales resultados obtenidos en el análisis cuantitativo a partir de la EPH en relación con los elementos que aporta el estudio del panel cualitativo.

Dado que en las próximas secciones nos concentraremos en las transiciones entre dos períodos, resulta pertinente señalar que la situación ocupacional inicial de los jóvenes de cada estrato no es la misma. Es decir, los flujos que aquí analizaremos han operado sobre una estructura desigual de ocupaciones. El Cuadro 1 presenta la distribución de los jóvenes de estratos bajos, medios y altos según su participación en el mercado de trabajo en dos momentos del período bajo análisis. Allí se aprecia un claro patrón por origen social en el cual los jóvenes de hogares de altos ingresos tienen una ventaja relativa respecto de otros jóvenes: están sobrerepresentados en la ocupación –en particular no precaria– y subrepresentados en la desocupación.

En el período bajo estudio, las tasas han mejorado para los tres estratos, sin embargo, persiste una importante desigualdad entre los mismos. En este sentido, el análisis de las transiciones aporta nuevos elementos para comprender tal resultado. Analizamos, particularmente, las siguientes transiciones: 1) las vinculadas a la entrada al empleo; 2) aquellas entre diferentes tipos de empleo (precario y no precario); 3) las de salida de situaciones de empleo.

Cuadro 1
Situación ocupacional de los jóvenes de 18 a 24 años, excluidos los jóvenes jefes de hogar.
Gran Buenos Aires. Años 2003 y 2010

Situación ocupacional	2003			2010		
	Estrato de ingresos			Estrato de ingresos		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
Ocupado no precario	6.8	18.1	25.1	11.7	32.0	41.8
Ocupado precario	25.1	34.0	30.6	27.5	22.5	18.7
Desocupado	30.0	20.8	14.6	19.3	15.1	7.4
Inactivos fuera del sistema educativo	17.9	7.3	3.9	19.0	10.1	3.0
Inactivos en el sistema educativo	20.4	19.8	25.8	22.5	20.4	29.1
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Nota: En este cuadro presentamos los porcentajes calculados por columna.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

Transiciones hacia el empleo: ¿cómo entran al empleo los jóvenes?

La bibliografía sobre inserción laboral de los jóvenes sostiene que las trayectorias de inserción se ven signadas por una gran inestabilidad, por una elevada rotación entre diversos estados ocupacionales. A partir de esta hipótesis, indagamos si el origen social delinea diferentes transiciones. En esta sección analizamos a los jóvenes que transitan desde el desempleo y la inactividad hacia el empleo.

En el Cuadro 2 observamos que, entre aquellos jóvenes que poseen un empleo en el período final –luego de la transición–, el porcentaje de quienes provienen desde la inactividad (ya sea que estuvieran en el sistema educativo o no) es muy significativo.⁷ Es decir, un importante porcentaje de los jóvenes transitan desde la inactividad directamente hacia un empleo, sin pasar por un período de búsqueda que los ubique como desempleados. Esta transición directa entre la inactividad y un empleo avala la posibilidad de que para muchos jóvenes la búsqueda de empleo sea un proceso pasivo cuya principal actividad resida en esperar a que se presente una oportunidad laboral (Clark y Summers, 1982).⁸

Esto sugiere que muchos jóvenes solo ingresarían al mercado de trabajo cuando se les presenta la oportunidad. Esta situación es más significativa para los que pertenecen al estrato de altos ingresos, entre quienes se destaca particularmente la transición directa

69

P. E. Pérez,

C. Deleo

y M. Fernández

Massi

⁷ En las matrices anuales para el estrato medio y alto, la transición desde la inactividad (ya sea dentro o fuera del sistema educativo) es superior a la transición desde la desocupación. En las matrices trimestrales, esto se verifica para los tres estratos en el pasaje hacia la ocupación precaria, no así en el pasaje hacia la ocupación no precaria. Aun así, las transiciones desde la inactividad hacia la ocupación superan en todos los casos el 10 por ciento.

⁸ Pérez (2008) y Jacinto y Chitarroni (2010) encontraron resultados similares.

desde el sistema educativo hacia un empleo. No obstante, estos resultados deben leerse a la luz de las limitaciones de la forma en que se capta la búsqueda de empleo en las encuestas.

Cuadro 2
**Transiciones hacia la ocupación. Total de jóvenes de 18 a 24 años,
excluidos los jóvenes jefes de hogar. Gran Buenos Aires. Años 2003-2010**

Estrato de ingresos	Situación ocupacional de la que proviene	Situación ocupacional luego de la transición	
		Ocupado no precario	Ocupado precario
Bajo	Ocupado	64.0	52.1
	Desocupado	18.6	24.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	6.7	11.3
	Inactivo en el sistema educativo	10.7	12.6
Total		100.0	100.0
Medio	Ocupado	78.1	65.2
	Desocupado	9.6	15.5
	Inactivo fuera del sistema educativo	3.0	6.7
	Inactivo en el sistema educativo	9.4	12.6
Total		100.0	100.0
Alto	Ocupado	85.6	62.2
	Desocupado	4.1	13.5
	Inactivo fuera del sistema educativo	1.8	4.4
	Inactivo en el sistema educativo	8.6	19.8
Total		100.0	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

A partir del análisis del panel, identificamos distintos modos en que los jóvenes buscan y acceden al empleo. Como señalamos antes, mientras que algunos buscan empleo exclusivamente a partir de redes personales, otros combinan la búsqueda vía contactos personales con el uso de medios más formales, tales como las agencias de empleo, bolsas de trabajo o Internet.

En relación con el primer modo, observamos que, invariablemente, quienes despliegan redes personales y cercanas para acceder a un empleo durante el transcurso de sus trayectorias son los jóvenes de menores recursos económicos y educativos.

Esta característica ya había sido destacada por Marry (1983) al analizar la búsqueda de empleo de jóvenes franceses. Esta autora señala que el origen social no solo orienta la práctica de la búsqueda sino que condiciona el empleo que luego ocupa el joven. Es decir, considera que, en esa búsqueda y en el acceso al mercado laboral, lo que prima entre los jóvenes de clases populares son los lazos fuertes (las relaciones familiares) y no los lazos débiles (relaciones lejanas, interpersonales). Como estos jóvenes usualmente no poseen redes personales propias, sino que participan en las relaciones de sus padres, la situación profesional de sus progenitores desempeña un papel fundamental.

Es el caso de Noel, quien vive en un barrio de bajos recursos, tiene secundario completo y realizó cursos de formación profesional:

[En 2006, nos relata la forma en que consigue su primer empleo:] Mi hermano siempre iba a pintar a esa casa, de la señora esa que tiene el kiosco; ... ella me conocía a mí [porque] siempre íbamos a comprar ahí, y me preguntó si yo estaba haciendo algo aparte de estudiar; yo le dije que no, y bueno, ella me dijo si quería ir a atender. [Dos años más tarde, en 2008, nos relata cómo consigue el empleo de niñera:] ... Mi cuñada trabajaba en un kiosco, y a ella le llegó el comentario [...] de que un hombre donde ella trabajaba necesitaba porque la chica que le cuidaba al nene se iba. Y bueno, ella pensó en mí en ese momento porque yo estaba sin trabajo y ella fue la que me avisó; me hizo todo el contacto ahí, y yo fui a hablar y así empecé. [Tres años más tarde, en 2011 nos relata el modo en que accedió a su actual empleo en una cooperativa en construcción del plan “Argentina Trabaja”⁹:] Mi papá me anotó a mí porque, como yo estaba estudiando y qué sé yo, dijo: “Por ahí está bueno que estés metida en el tema de educación”. Aparte él sabía que si yo me comprometía a hacerlo, lo hacía.

Otro caso que ilustra este tipo de búsquedas de empleo es el de Verónica. Es una joven que vive en un barrio de bajos recursos, que tiene secundario incompleto y realizó cursos de formación profesional. Nos cuenta sobre la forma de acceso a sus primeros empleos:

Mc Donalds. Empecé con el colegio. Me dijo una profesora: “¿Querés una pasantía?”. Bueno, al otro día me llamaron. Después, en el supermercado del barrio mi hermano vio el cartel: “Presentate, por ahí tenés suerte, te queda cerca”. Al otro día también me llamaron. [Dos años más tarde, en 2008, se encontraba trabajando en una cadena de supermercados:] Yo trabajaba en este mercadito donde hacía el horario cortado, yo trabajaba ahí; y una chica que trabajaba en la fiambrería me decía que yo me desenvolvía bien; me dice: “Yo voy a hablar con mi hermano, él trabaja en un Carrefour y tiene contacto con la jefa del local”. Al poco tiempo ya se comunicó conmigo, y empecé. [En 2011 se encuentra desocupada: y así nos relata de qué modo está buscando empleo:] Donde me digan que están tomando, ahí voy.

En ambos casos –dos jóvenes de bajo nivel de instrucción escolar–, se observa que los mecanismos puestos en juego a la hora de acceder a un empleo son los lazos cercanos –redes personales o barriales– y que esto se mantiene a lo largo de su trayectoria laboral. Es importante destacar que estas formas de búsqueda se encuentran estrechamente relacionadas con los empleos a los que suelen acceder: cercanos a sus hogares y, en muchos casos, precarios. Se puede decir que no existe una búsqueda activa en sentido estricto –es decir, rastrear en los diarios, llevar cv a empresas–; sin embargo, esta búsqueda de baja intensidad parece ser la más efectiva para los jóvenes entrevistados. Precisamente, estas búsquedas “pasivas” de empleo podrían ser importantes para explicar el alto índice de

⁹ “Argentina Trabaja” es un programa de empleo del Ministerio de Desarrollo Social en el marco del cual se conforman cooperativas de trabajo y se les asegura un ingreso mensual a sus integrantes.

jóvenes de origen social bajo que pasan de la inactividad al empleo, sin transitar por períodos de desocupación.

El segundo modo de búsqueda de empleo que identificamos es aquel en que los jóvenes combinan el uso de relaciones personales con el uso de medios formales, como bolsas de trabajo, agencias de empleo, presentación de cv, etc. Este es el tipo de búsqueda que tiene mayor preponderancia en el panel.

Es el caso de Luis, un joven de clase media que concurrió a un establecimiento educativo técnico privado. Comenzó en la universidad la carrera de Ingeniería Industrial, y luego cambió a Técnico en Mecatrónica. Al momento de realizar la entrevista en 2006, ha tenido diversos empleos: en un taller, en un estudio de grabación, en un cyber, en reparación de aires acondicionados, todos ellos temporarios, sin contrato y obtenidos a partir de redes personales. Luis nos relata su acceso al cyber:

No, era que yo estaba todo el tiempo ahí en el cyber de mi tío; yo lo ayudé a instalar las máquinas. Siempre pasaba; y pasó un día que me dijo: “¿Te podés quedar?”, y yo le dije que sí. Y después empecé a quedarme más. [Ya en el año 2008, en la segunda entrevista, Luis cambia el modo de búsqueda laboral:] Para entrar en Siemens... llevé el currículum; yo había trabajado en una empresa... tuve las entrevistas y por suerte quedé. [En la tercera entrevista, en 2011, Luis ha puesto un emprendimiento propio, una consultora que brinda servicios industriales:] Empecé por el puntapié que me dio uno de los gerentes de Siemens que me dijo: “Vos estás para otra cosa, no estás para estar todo el día cobrando una plata que vos no te merecés”. Ese fue el puntapié, lo que disparó mi emprendimiento.

72

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Otro de los casos es Esther, una joven de clase media/alta que ha concurrido a un polimodal privado y que se ha recibido de Licenciada en Marketing en una universidad privada. La joven está inactiva en las dos primeras series de entrevistas, pero en 2012, al momento de nuestro tercer encuentro, ha pasado por diversos empleos. Refiriendo a su primer empleo en un diario, nos relata: “De la bolsa de trabajo de la facultad, pero, bueno, yo quería trabajar.” Esta forma de búsqueda –a partir de la bolsa de trabajo de la facultad– se repite en sus posteriores empleos como pasante: en una empresa que guarda archivos y en un banco privado. Incorpora una nueva forma de búsqueda cuando consigue su actual trabajo en una empresa productora de seguros:

Empecé a buscar en ZonaJobs; había algo que decía, no sé, la leyenda: “Estudiante, preferentemente recibido de marketing, comercialización”... todo lo de siempre “... para una importante compañía de seguros. Se prefiere con experiencia en bancos...” o no sé qué, pero de seguros. [...] ahí me contactaron de una consultora. La consultora, una chica, me hizo un par de preguntas, y después tuve la entrevista por primera vez en la empresa.

En el caso de Luis, podemos vislumbrar un modo de búsqueda laboral característico de clase media/alta: en un primer momento, se dan búsquedas relacionadas con contactos familiares o personales, y luego, a medida que sus márgenes de posibilidades se van

ampliando gracias a los recursos brindados por el acceso a la educación superior, entran en juego las redes universales. En el caso de Esther, sus búsquedas laborales se encuentran desde el inicio insertas en estas redes universales –como son los envíos de cv, las agencias de empleo, las bolsas laborales en universidades– Así, los jóvenes poseedores de mayores credenciales educativas utilizan preponderantemente redes universales pues su capital cultural (Bourdieu y Wacquant, 1995) les permite un mayor conocimiento de las instituciones, lo que favorece una búsqueda de empleo más diversificada. Alternativamente, pueden ser las empresas las que utilicen redes universales para incorporar mano de obra calificada, de manera que funcionan para los jóvenes con mayores niveles educativos.

A su vez, los jóvenes de origen social medio y alto despliegan lo que Granoveter (1974) denominó lazos débiles. Se trata de relaciones sociales con personas con las que uno está débilmente vinculado, que se mueven en ámbitos diferentes al nuestro y que, por lo tanto, tienen información y contactos diferentes. Esos jóvenes han obtenido estos lazos a lo largo de sus diversos pasajes por la educación y por empleos formales así como gracias a las relaciones sociales y contactos acumulados en sus familias. En cambio, los lazos fuertes –los familiares–, que son los que, como vimos, movilizan a los jóvenes de orígenes sociales bajos, se encuentran estructurados en una red cerrada sobre sí misma, con pocas relaciones con otros círculos sociales.

En síntesis, los jóvenes del panel nos han permitido profundizar los datos estadísticos considerando no solo el capital económico con que cuentan sino también los capitales culturales, sociales y educativos que despliegan a la hora de realizar búsquedas laborales y de acceder al empleo.

Transiciones entre empleo precario y no precario

Aun en el contexto de fuerte crecimiento económico posconvertibilidad, los jóvenes suelen insertarse en empleos precarios. En algunos casos, puede tratarse de elecciones voluntarias en busca de experiencia laboral que les posibilite encontrar puestos de mejor calidad en el futuro. De esta manera, el empleo precario sería una suerte de escalón de entrada al mercado de trabajo, una etapa de transición hacia una futura inserción estable con todos los derechos laborales y sociales asociados. Sin embargo, para otro grupo de jóvenes, la inserción en empleos precarios puede ser definitiva, dado que permanecerán en ellos a lo largo de su trayectoria laboral, sin posibilidades de obtener trabajos estables.

¿Qué jóvenes transitan por puestos de trabajo precarios como una etapa hacia una inserción laboral estable? ¿Quiénes persisten en trayectorias precarias?

En primer lugar, se destaca que los jóvenes de estrato alto presentan mayor estabilidad en la ocupación no precaria respecto de los jóvenes de estrato bajo (el 81.2% contra el 66.0%), en tanto que en la ocupación precaria ocurre lo contrario (el 46.3% y el 51.6%, respectivamente) (Cuadro 3). Esta particularidad se debería a que, mientras que para los jóvenes de altos ingresos el empleo precario es una situación “no deseada”, considerada

Cuadro 3
Transiciones entre empleos. Total de jóvenes de 18 a 24 años, excluidos los jóvenes jefes de hogar. Gran Buenos Aires. Años 2003-2010

Estrato de ingresos	Situación ocupacional de la que proviene	Situación ocupacional luego de la transición					Total
		Ocupado no precario	Ocupado precario	Desocupado	Inactivo fuera del sistema educativo	Inactivo en el sistema educativo	
Bajo	No precario	66.0	16.5	11.0	2.6		3.7 100.0
	Precario	16.8	51.5	13.8	11.4		6.1 100.0
Medio	No precario	71.2	12.5	10.5	2.1		3.5 100.0
	Precario	23.2	48.8	13.7	7.2		6.9 100.0
Alto	No precario	81.1	8.9	4.3	1.2		4.2 100.0
	Precario	27.2	46.3	11.3	4.5		10.6 100.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

transitoria, para los jóvenes de sectores populares se trata de una situación corriente y normalmente aceptada.

Se observa también que la transición “virtuosa” desde un empleo precario hacia uno no precario se da con mayor intensidad entre los jóvenes de altos ingresos (un año después, tienen un empleo no precario el 27.3% de los jóvenes de altos ingresos, el 23.3% de los de estratos medios y el 16.9 de los jóvenes de estratos bajos).

Para aquellos jóvenes del estrato de bajos ingresos, la movilidad laboral ascendente parece ser escasa, por lo cual es plausible que aquellos que obtienen un empleo precario permanezcan en el mismo por un largo tiempo o que rotan entre empleos precarios. En cambio, para los jóvenes de estrato alto, el empleo precario es una forma de entrada al mercado de trabajo, un punto de inicio más que su destino final.

Estos resultados también se pueden reconocer en los aportes cualitativos, donde identificamos tres tipos de trayectorias signadas por la precariedad:

- Trayectorias laborales con precariedad persistente.
- Trayectorias laborales donde se alternan empleos precarios y no precarios.
- Trayectorias laborales donde la precariedad se encuentra en la primera inserción laboral logrando luego empleos estables.

En relación con el primer tipo de trayectoria –aquella que transitan los jóvenes que han tenido a lo largo de todo su recorrido laboral empleos precarios–, no se trata de un mismo trabajo sino que van rotando entre diferentes puestos que se caracterizan por ser no registrados, con una alta intensidad horaria y con baja remuneración.

Es el caso de Ramón, un joven de origen social bajo. En su primera inserción se ha desempeñado como ayudante de albañil, luego, sucesivamente, como obrero de un astillero, ayudante de mecánico de autos, obrero en una bloquera, volanteo y obrero de la plastificación de barcos.

Así vemos que en la mayor parte de los jóvenes de origen social bajo del panel predominan actividades precarias marcadas por la alta rotación y movilidad entre empleos, principalmente en trabajos informales o changas.

El segundo tipo de trayectoria es aquel en el que se transita entre empleos precarios y no precarios. Se observa en jóvenes que provienen de orígenes sociales bajos y medios, que en muchos casos entran y salen del mercado laboral por cuestiones de estudios o familiares.

Es el caso de Victoria, una joven de estrato social bajo que comienza trabajando en una pasantía en un negocio de comidas rápidas, luego es empleada del supermercado del barrio en condiciones de precariedad, más tarde es cajera de una cadena de supermercados con un empleo registrado al que renuncia, y queda inactiva ante la llegada de su hijo.

El tercer tipo de trayectoria se caracteriza porque los jóvenes comienzan con un empleo precario en su primera inserción laboral pero luego logran un trabajo estable (no precario). La estabilidad laboral se encuentra relacionada con la obtención de mayores credenciales educativas, mayor experiencia laboral y mejores contactos laborales. Es una trayectoria que desarrollan jóvenes de origen social medio y alto.

Es el caso de Serena, una joven de origen social medio egresada de un colegio polimodal privado. En sus primeras inserciones laborales trabajó de niñera y luego de camarera en casas de fiestas infantiles, ambos empleos sin registro y con baja remuneración. En nuestro último encuentro ya se encontraba trabajando de operadora de calle en un servicio social de la municipalidad, empleo estrechamente relacionado con sus estudios.

En la mayoría de los casos, estos jóvenes valoran positivamente su primera inserción laboral –aunque sea precaria– como una experiencia positiva o como una meta de realización personal.

Los resultados encontrados, tanto en las transiciones cuantitativas como en las trayectorias cualitativas, evidencian las menores oportunidades de ascenso para los jóvenes de bajos ingresos; por el contrario, se observa que, entre los jóvenes de estrato alto, el paso de la precariedad a la no precariedad es más frecuente.

La salida de situaciones de empleo

La condición salarial se constituyó sobre una firme separación entre actividad e inactividad (Castel, 1997). No obstante, en las últimas décadas, estas fronteras se han convertido en porosas, dado que los trabajadores –particularmente los jóvenes– entran y salen continuamente no solo de situaciones de empleo sino también del mercado de trabajo.

Tempranamente, Clark y Summers (1982) plantearon que la distinción en las estadísticas oficiales entre desempleados y trabajadores fuera de la fuerza de trabajo (quienes no buscan activamente un empleo) sería espuria y subestima la dificultad de aquellos sin empleo de conseguir uno. De allí que las transiciones hacia fuera del mercado laboral puedan encubrir situaciones de desempleo. Por tal motivo, vamos a analizar aquí dos

tipos de transiciones que consideramos de gran interés: las transiciones hacia la desocupación y las transiciones hacia fuera del mercado de trabajo.

Transiciones hacia la desocupación

En primer lugar, en el Cuadro 4 observamos que la probabilidad de caer en el desempleo –independientemente de la situación ocupacional de la cual proviene el joven– resulta siempre más baja para los de estrato de altos ingresos que para los de estratos medio y bajo. Asimismo, la proporción de jóvenes que permanecen desocupados entre períodos también es mayor en los estratos bajo y medio (33.6% y 33.5% respectivamente) que en el estrato alto (26.3%).¹⁰

Este último resultado pone en cuestión la teoría estándar que manifiesta que serían los jóvenes de familias de más altos ingresos quienes tendrían mayores tiempos de búsqueda (mayor duración media en situación de desempleo), posibilitados por el hecho que sus ingresos no son necesarios para el mantenimiento del hogar. Efectivamente, al analizar el tiempo de búsqueda encontramos que un 67% de los jóvenes de sectores de altos ingresos permanecen desocupados menos de 3 meses, mientras que solo un 45% de los jóvenes de clase baja tiene el mismo tiempo de búsqueda. En el otro extremo, la búsqueda prolongada (mayor a 1 año) alcanza al 10% de los jóvenes de clase alta y al 21% de los de sectores de bajos ingresos.¹¹

Transiciones hacia fuera del mercado de trabajo

76

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

En los últimos años, las transiciones de entrada y salida del mercado de trabajo de los jóvenes se han multiplicado, en particular aquellas desde y hacia la escolaridad. El Cuadro 5 expone las transiciones hacia fuera del mercado de trabajo. Allí se observa que entre los jóvenes de estrato alto se dan mayores transiciones que entre los menores ingresos hacia la categoría Inactivo en el sistema educativo, tanto desde situaciones de desempleo como desde empleos precarios. Una posible interpretación de esta última transición radica en cómo significan los jóvenes esos empleos: un joven de estrato alto tiene expectativas de obtener un empleo formal más tarde, por lo cual abandonar uno precario no tiene un costo elevado. En cambio, el joven de estrato bajo tiene dificultades para acceder al empleo, por lo que resulta más riesgoso abandonarlo voluntariamente. En el caso de aquellos que provienen desde el empleo no precario, los porcentajes son similares por estrato social, lo cual indicaría que este tipo de empleo es altamente valorado por todos los grupos sociales.

De los datos del Cuadro 5, también surge la importancia de las transiciones desde el desempleo hacia la inactividad. Para algunos autores, este tipo de transición evidencia

10 Cabe señalar que, al analizar las matrices anuales, estos jóvenes pueden no haber estado desempleados durante todo el período y haber conseguido empleos por cortos períodos entre un año y otro. En efecto, en el análisis de las matrices trimestrales se observa que los porcentajes de permanencia en la desocupación se reducen, pero lo hacen para los tres estratos, por lo cual la brecha entre los mismos se mantiene.

11 Datos correspondientes al año 2010 obtenidos a partir del procesamiento propio de la EPH-INDEC.

Cuadro 4
**Transiciones hacia la desocupación. Total de jóvenes de 18 a 24 años,
excluidos los jóvenes jefes de hogar. Gran Buenos Aires. Años 2003-2010**

Estrato de ingresos	Situación ocupacional de la que proviene	Situación ocupacional luego de la transición			
		Desocupado	Ocupado	Inactivo	Total
Bajo	Ocupado no precario	11.0	82.6	6.4	100.0
	Ocupado precario	13.9	68.5	17.6	100.0
	Desocupado	33.6	43.5	22.9	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	17.2	26.4	56.4	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	17.6	25.9	56.5	100.0
Medio	Ocupado no precario	10.5	83.8	5.7	100.0
	Ocupado precario	13.7	72.1	14.2	100.0
	Desocupado	33.5	47.4	19.1	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	20.3	30.5	49.2	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	13.9	26.1	60.0	100.0
Alto	Ocupado no precario	4.4	90.1	5.5	100.0
	Ocupado precario	11.3	73.6	15.1	100.0
	Desocupado	26.3	50.9	22.8	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	16.6	28.7	54.7	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	13.5	25.9	60.7	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

77

Cuadro 5
**Transiciones hacia fuera del mercado de trabajo. Total de jóvenes de 18 a 24 años,
excluidos los jóvenes jefes de hogar. Gran Buenos Aires. Años 2003-2010**

Estrato de ingresos	Situación ocupacional de la que proviene	Situación ocupacional luego de la transición			
		Inactivo fuera del sistema educativo	Inactivo en el sistema educativo	Activo	Total
Bajo	Ocupado no precario	2.7	3.7	93.6	100.0
	Ocupado precario	11.5	6.2	82.3	100.0
	Desocupado	12.3	10.8	76.9	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	49.9	6.6	43.6	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	9.4	47.2	43.4	100.0
Medio	Ocupado no precario	2.2	3.6	94.3	100.0
	Ocupado precario	7.3	6.9	85.8	100.0
	Desocupado	8.1	11.0	80.9	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	38.3	10.9	50.8	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	6.3	53.7	40.0	100.0
Alto	Ocupado no precario	1.3	4.3	94.5	100.0
	Ocupado precario	4.5	10.6	84.9	100.0
	Desocupado	7.2	15.5	77.2	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	33.6	21.1	45.3	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	3.8	56.8	39.3	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

P. E. Pérez,

C. Deleo

y M. Fernández

Massi

que el interés por el trabajo –o la necesidad de trabajar– es marginal, pues, de no ser así, el joven seguiría intentando buscar empleo. Otra explicación posible es que este paso es la expresión del efecto desaliento, sobre todo durante períodos recesivos (Barkume y Horvath, 1995).

Al momento de analizar las transiciones de entrada y salida del mercado de trabajo, consideramos que, además del origen social, es ineludible introducir la variable género, dadas las marcadas desigualdades en la tasa de actividad de mujeres y varones. En efecto, esta distinción se introduce aquí pues es en esta transición donde la diferencia entre varones y mujeres adquiere un patrón más notable.

El Cuadro 6 desagrega por sexo –además de por origen social– las transiciones hacia la situación de inactividad fuera del sistema educativo presentadas en el Cuadro 5. Allí se destaca la fuerte estabilidad en esa categoría de las mujeres jóvenes –principalmente de los estratos bajo y medio–, que contrasta con los menores porcentajes de los varones del mismo estrato. Una parte importante de esta diferencia debe buscarse en la división sexual del trabajo que conduce a que, mientras que los jóvenes se preparan para ejercer un trabajo productivo, una gran proporción de jóvenes mujeres son educadas para asumir las tareas domésticas o de la reproducción (Carrasquer, 1997). Son usualmente las mujeres quienes se hacen cargo del cuidado de los hijos, hermanos o menores en el hogar, disminuyendo sus posibilidades de salir a buscar una ocupación extradoméstica remunerada. Contrariamente, en el caso de los varones, tanto estudios cuantitativos (Pérez, 2009) como cualitativos (Cerrutti, 2003) muestran que la presencia de menores en el hogar no afecta sensiblemente su participación en el mercado de trabajo.

78

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

En la misma línea, se destaca la mayor frecuencia en la transición hacia la inactividad fuera del sistema educativo de mujeres del estrato bajo. Se trata, en gran medida, de jóvenes mujeres que se retiran del mercado de trabajo para cuidar a sus hijos. La diferencia en la transición es más marcada en los casos de empleo precario y en caso de desocupación, dado que cuando la joven tiene un empleo no precario o bien puede disponer de servicios sociales asociados a su maternidad (y a su puesto no precario) o bien puede costear el costo del cuidado de los niños (por su mayor salario relativo). Detrás de estas diferencias se encuentran también las desiguales credenciales educativas de jóvenes de diversos estratos sociales. La debilidad del capital escolar de las jóvenes de estratos bajos las conduce a adaptarse de diferente manera a las circunstancias del mercado laboral; es decir, entre una carrera profesional aleatoria y la atención de sus hijos optan por esta última (Eckert y Mora, 2008).

En el caso de los sectores de mayores ingresos, las diferencias entre varones y mujeres en su transición hacia la inactividad prácticamente desaparecen. Las mujeres de estrato alto, generalmente con mayores niveles de instrucción formal y puestos de mejores salarios, son quienes participan mayoritariamente en el mercado de trabajo. Contrariamente, aquellas mujeres con menor nivel de instrucción permanecen en sus casas (realizando labores domésticas), dado que el salario que suelen obtener en el mercado laboral no les alcanza para pagar a alguien que cuide de los chicos y realice las tareas del hogar.

Cuadro 6

Transiciones hacia la inactividad fuera del sistema educativo. Total de jóvenes de 18 a 24 años, excluidos los jóvenes jefes de hogar, por sexo. Gran Buenos Aires. Años 2003-2010

Estrato de ingresos	Situación ocupacional de la que proviene	Situación ocupacional luego de la transición					
		Varones			Mujeres		
		Inactivo fuera del sistema educativo	Resto	Total	Inactivo fuera del sistema educativo	Resto	Total
Bajo	Ocupado no precario	2.8	97.2	100.0	2.5	97.5	100.0
	Ocupado precario	3.4	96.6	100.0	20.5	79.5	100.0
	Desocupado	5.4	94.6	100.0	17.8	82.1	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	22.2	77.8	100.0	57.6	42.4	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	9.1	90.9	100.0	9.6	90.4	100.0
Medio	Ocupado no precario	1.6	98.4	100.0	3.1	96.9	100.0
	Ocupado precario	5.3	94.7	100.0	9.8	90.2	100.0
	Desocupado	3.5	96.5	100.0	12.5	87.5	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	20.4	79.6	100.0	43.7	56.3	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	4.9	95.1	100.0	7.4	92.6	100.0
Alto	Ocupado no precario	1.3	98.7	100.0	1.3	98.7	100.0
	Ocupado precario	4.5	95.5	100.0	4.6	95.4	100.0
	Desocupado	8.3	91.7	100.0	5.8	94.2	100.0
	Inactivo fuera del sistema educativo	26.0	74.0	100.0	38.9	61.1	100.0
	Inactivo en el sistema educativo	2.7	97.3	100.0	4.8	95.2	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

79

P. E. Pérez,

C. Deleo

y M. Fernández

Massi

Esta situación se traslada hacia la percepción de los empleadores, quienes eligen contratar varones, pues asumen que serán las mujeres quienes se harán cargo de los hijos cuando estos se enfermen o demanden cuidado, lo que las lleva a una mayor inasistencia, menores posibilidades de viajar, de trabajar de noche, etcétera.

Luego de analizar los resultados cuantitativos, nos preguntamos qué rol juegan las decisiones personales de las jóvenes en su movilidad desde y hacia el mercado de trabajo. En el panel observamos que las mujeres son mayoría entre los jóvenes inactivos. Mientras que las jóvenes inactivas fuera del sistema educativo son principalmente aquellas que tienen hijos y provienen principalmente de un origen social bajo, aquellas que se encuentran inactivas en el sistema educativo pertenecen a estratos sociales medios/altos.

Con el fin de comprender qué motiva estas transiciones, indagamos sobre los modos en que las jóvenes se relacionan con el trabajo. Aquí observamos que cobran un papel central las decisiones personales, ligadas en muchos casos a los roles de género impuestos por la sociedad.

Es el caso de Verónica, una joven de estrato social bajo que, al momento de realizar la tercera entrevista (2011), se encuentra inactiva, ya que había tenido un hijo hacía poco

más de un año, pero que antes de quedar embarazada había rotado por diferentes empleos. Ella nos relata su relación con el trabajo:

[¿Por qué no trabajas?] Uno, para disfrutar a Diego, que es algo que le planteé a mi marido apenas empecé a trabajar. Yo le dije a Eduardo que yo quería disfrutar de mi hijo y dedicarme a él; me dijo: "Está bueno, vos quedate con él y voy a trabajar yo" [En otro momento de la entrevista, ella deja vislumbrar que no trabaja también porque su marido no quiere que trabaje:] Él es como que ya a la vez me ve mal, que no tengo trabajo, que no te puedo ayudar en una forma económica, él está como reatendido, como que igual no le quedó otra, ya está. Ya no me puede decir que no trabaje, ya aguanté bastante sin trabajar.

En este relato podemos observar que las jóvenes se retiran del trabajo no solo para cuidar de sus hijos sino porque también juega un rol fundamental la opinión de los otros significantes sobre su rol como madre. Así, la trayectoria de Verónica, no solo entran las opiniones del novio sino que también ocupa un papel central el rol de su madre:

Mi mamá no quiere que trabaje más, ella nunca trabajó. Supongo que por su experiencia ella no quiere que trabaje, como que ella dice: "Si yo lo pude disfrutar, quiero que ella también lo disfrute". Pero yo pienso distinto, también para salir un rato. O sea, yo no salgo si no salgo con Diego, y si salgo sin Diego tengo que organizarme con alguien para que me lo mire una hora, dos horas, lo que sea.

En la trayectoria de Manuela también podemos observar el modo en que su rol de mujer afecta su trayectoria laboral. Manuela es una joven de estrato social bajo, con pocas credenciales educativas, que ha tenido un solo empleo en una empresa textil:

Me rajaron ellos, yo no sabía por qué era, me dijeron: "Porque estás embarazada". Porque, encima, tenía que hacer esfuerzos y eso; y yo no sabía; y era que yo andaba con pérdidas y yo no me di cuenta que eran pérdidas porque no sabía que estaba embarazada. Era por eso.

Observamos que las jóvenes se enfrentan a desigualdades y arbitrariedades en los empleos a la hora de quedar embarazadas y tener hijos. Entonces, se encuentran inactivas no solo porque ellas lo eligen sino también porque el mercado laboral las expulsa. Es así como Manuela, en este momento, prefiere criar a su hijo antes que insertarse en el mercado laboral: "No, por ahora no, soy media vaga. Quizás, más adelante, cuando mi gordo sea más grande". Se advierte, pues, cómo vivencian las jóvenes la inactividad así como sus deseos –o no– de mantenerse en ese estado –asociado a la crianza de sus hijos y al cuidado del hogar-. Contrariamente, los jóvenes varones se encuentran ligados al rol de proveedores.

A su vez, se destaca el rol que los otros significantes, en este caso parejas y madres, ocupan al momento de decidir trabajar o no. Es aquí donde las identidades de género juegan un papel relevante en el modo en qué los jóvenes construyen sus trayectorias laborales, ya sea fortaleciendo su relación con el trabajo o alejándolos de esa experiencia en función de otros proyectos que resultan centrales en su vida (Millenar, 2010).

En síntesis, en el caso de estas jóvenes de bajos recursos, vemos que el camino hacia el empleo no es una transición sencilla, porque, como hemos señalado, sus trayectorias se ven signadas por aquello que los otros significantes piensan de esta situación, por sus percepciones sobre la maternidad y el trabajo y por las dificultades estructurales que enfrentan debido a sus pocas credenciales educativas y al hecho de tener hijos.

Sin embargo, estas cuestiones que observamos en las jóvenes de bajos recursos del panel, no se verifican en las restantes jóvenes de clase media/alta, para quienes el acceso al empleo y las transiciones hacia la inactividad son similares a las de los jóvenes varones del panel. La influencia de la situación socioeconómica, familiar y subjetiva se entremezcla para delimitar trayectorias diferenciales por origen social. Así, es probable que mujeres de niveles socioeconómicos bajos tengan un número mayor de niños, cuenten con baja educación y participen limitadamente en el mercado de trabajo (Cerruti y Binstock, 2009).

En definitiva, podemos concluir que las desigualdades de género acentúan la inequidad en el acceso al mercado de trabajo de las jóvenes, especialmente aquellas de origen social bajo. Parte de estas desigualdades se explican por la discriminación que realizan las empresas cuando contratan, pero otras preexisten al momento de la inserción laboral. La socialización diferencial de varones y mujeres delinea la visión que tienen de sí mismos, de sus posibilidades de acceder al mundo del trabajo, del tipo de empleo que pueden incluir dentro de sus expectativas y de aquellos que les resultan inalcanzables.

El rol de las credenciales educativas

81

P. E. Pérez,
C. Deleo
y M. Fernández
Massi

Las desigualdades en el acceso al sistema educativo constituyen el argumento principal para explicar las diferencias en la inserción laboral por estrato social. La idea es que aquellos jóvenes pertenecientes a hogares de bajos ingresos tendrían menores oportunidades de entrar y permanecer en el sistema educativo, por lo que sus posibilidades de insertarse en un empleo no precario son menores que las que posee un joven de origen social medio-alto. Tanto los enfoques basados en la teoría del capital humano como las perspectivas que consideran que la educación no es productiva en sí misma –en el sentido de que ella no aumenta las competencias productivas del individuo, sino que es utilizada por los empleadores como una señal de capacidades (Spence, 1973) o un filtro (Arrow, 1973)– otorgan un rol preponderante a las credenciales educativas en la probabilidad de obtener un empleo y en la definición de las características del mismo (precario/no precario). Así, las desiguales posibilidades de insertarse laboralmente son justificadas por las diferencias en los niveles de educación y no por el origen social de los jóvenes.

Para evaluar tal argumento se construyeron las matrices de transición solo con aquellos jóvenes que tienen nivel secundario completo. De ser válida la hipótesis anterior, todos estos jóvenes deberían presentar transiciones semejantes, independientemente de su origen social.

El Cuadro 7 muestra la brecha entre jóvenes de estrato alto y de estrato bajo para cada una de las transiciones, esto es, el cociente entre el porcentaje de jóvenes de estrato alto que tuvo una cierta transición y el porcentaje jóvenes de estrato bajo que efectuó la

misma transición. Estos cocientes se calculan para el total de jóvenes y para los jóvenes con nivel secundario completo que no han iniciado estudios terciarios/universitarios.

Al introducir este control, encontramos que las brechas entre estratos se reducen, pero persisten las desigualdades.¹² Este resultado indica que parte de las desigualdades entre los jóvenes de distintos estratos sociales está vinculada con la posibilidad de obtener ciertas credenciales educativas, pero que este no es el único factor explicativo:¹³ persisten desigualdades vinculadas al origen social cuyo análisis deberá ser profundizado.

Reflexiones finales

La combinación de enfoques –cuantitativo y cualitativo– nos permitió articular factores estructurales que afectan las posibilidades de inserción con las significaciones y visiones puestas en juego por los jóvenes.

El análisis de transiciones realizado corrobora la importancia de los movimientos de entrada y salida de la fuerza de trabajo (y no solo entre empleo y desempleo) como centrales para explicar la dinámica de la inserción laboral de los jóvenes en Argentina.

Se destaca una menor rotación laboral entre los jóvenes de clase media-alta, lo cual cuestiona la hipótesis de movilidad voluntaria motivada por la búsqueda de empleos que se adapten a los gustos y calificaciones de estos jóvenes. Serían los jóvenes de clase baja quienes muestran una mayor rotación laboral, vinculada a las dificultades que tienen para preservar un empleo.

También se distingue que un porcentaje relevante de los jóvenes que encuentran un empleo proviene de la inactividad y no del desempleo, lo que avala la hipótesis de que muchos jóvenes entran al mercado de trabajo cuando aparece una oportunidad laboral y no se encuentran buscando activamente, al menos no de la forma que consideran las estadísticas oficiales.

El análisis del panel cualitativo muestra que jóvenes de diferente origen social movilizan modos de búsquedas diferentes: los de clases bajas despliegan principalmente redes personalizadas para obtener un empleo; contrariamente, los de origen social medio-alto combinan diversos modos de búsqueda y estos varían a lo largo del tiempo: al momento de ingreso al mercado de trabajo, utilizan las redes personales –las propias y las de sus

12 No obstante, las brechas entre estratos se agrandan para las transiciones hacia la situación de inactividad en el sistema educativo. Dado que las mismas se construyeron tomando solo aquellos jóvenes que concluyeron sus estudios secundarios, este incremento evidencia que las mayores desigualdades se presentan en el paso desde el secundario hacia el siguiente nivel educativo (terciario o universitario). En efecto, en 2010, mientras que el 52.5% de jóvenes del estrato alto había realizado estudios universitarios (completos o no), solo el 14.9% de los jóvenes de estrato bajo logró acceder al nivel superior.

13 Claro que la obtención de credenciales educativas no capta completamente el efecto de las diferencias en el acceso al sistema educativo. Si bien en la Argentina el sistema educativo gratuito tiene amplia cobertura, su calidad no es homogénea, y existe cierta segregación por estrato de ingresos según la zona donde el establecimiento está ubicado. Así, la credencial obtenida en cierto establecimiento puede ser valorada por los empleadores de forma distinta a la misma credencial obtenida en otro.

padres–y, a medida que van adquiriendo mayores credenciales educativas, comienzan a utilizar redes universales de búsqueda de empleo.

Cuadro 7
Brechas entre jóvenes de 15 a 24 años de estrato alto y de estrato bajo. Gran Buenos Aires.
Promedio 2003-2010

Situación ocupacional de la que proviene	Nivel educativo	Situación ocupacional luego de la transición				
		Ocupado no precario	Ocupado precario	Desocupado	Inactivo fuera del sistema educativo	Inactivo en el sistema educativo
Ocupado no precario	Total	1.23	0.54	0.40	0.47	1.15
	Solo secundario completo	1.19	0.58	0.53	0.87	2.31
Ocupado precario	Total	1.62	0.90	0.82	0.39	1.74
	Solo secundario completo	1.12	1.07	0.60	0.59	2.69
Desocupado	Total	1.30	1.12	0.79	0.59	1.45
	Solo secundario completo	1.27	1.01	0.54	1.14	3.08
Inactivo fuera del sistema educativo	Total	1.75	0.86	0.97	0.67	3.21
	Solo secundario completo	1.84	1.50	0.58	0.61	2.48

Nota: Un cociente mayor a 1 indica que esa transición es más frecuente para jóvenes de estrato alto, mientras que cuando la transición es más frecuente para jóvenes de estrato bajo el cociente es menor a 1. Si las posibilidades de realizar tal transición fuesen las mismas para ambos estratos, el resultado sería 1.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH-INDEC.

83

Respecto de las transiciones entre empleos (precarios y no precarios), vemos que la transición ascendente –de un empleo precario hacia uno no precario– se presenta con mayor intensidad entre los jóvenes de altos ingresos familiares. En estos casos, los puestos precarios serían una fase transitoria, una vía de entrada al mercado laboral. Por su parte, entre los jóvenes de bajos ingresos, la movilidad ascendente es baja, lo cual indicaría que muchos de ellos van a permanecer en empleos precarios durante gran parte de su trayectoria laboral.

A su vez, las transiciones desde el empleo nos muestran que los jóvenes de clase baja tienen mayor probabilidad de transitar hacia el desempleo y hacia la inactividad fuera del sistema educativo, mientras que, en el caso de los de altos ingresos, es más probable la transición hacia la inactividad educativa. Esto corrobora las fuertes diferencias por origen social planteadas como hipótesis.

En relación con las diferencias de género, hemos observado que las jóvenes –principalmente aquellas de clase social baja– se enfrentan a mayores desventajas para insertarse en el mundo laboral, principalmente porque la responsabilidad de las tareas reproductivas sigue recayendo en las mujeres. Así, la inflexibilidad de la división del trabajo doméstico frena la igualdad de géneros en el acceso al mercado laboral. A su vez, la ausencia de una política del Estado destinada al cuidado infantil condiciona la actividad laboral de las mujeres, principalmente la de quienes más lo necesitan, las de menores recursos.

P. E. Pérez,
C. Deleo
y M. Fernández
Massi

Consideramos que las credenciales educativas no son suficientes para explicar las diferencias en el proceso de inserción laboral, ya que, al analizar jóvenes de igual nivel educativo, tales diferencias se acortan pero no desaparecen: aun habiendo alcanzado las mismas credenciales, persisten, entre los jóvenes de diverso origen social, desigualdades que van a afectar su recorrido laboral futuro.

Más allá del capital económico de la familia, consideramos que el capital cultural y social del joven también explica las desigualdades en el acceso al mercado de trabajo, la permanencia en el mismo y la calidad del empleo obtenido, aspectos que serán profundizados en futuras investigaciones.

Para concluir, entendemos que el origen social es una variable trascendental para delinear las trayectorias laborales de los jóvenes. De esta forma, reducir la desigualdad social es una cuestión medular para mejorar las posibilidades de inserción laboral de numerosos jóvenes de familias de bajos ingresos y debería ser una problemática prioritaria al momento de diseñar políticas públicas.

Bibliografía

- ARROW, K. (1973), "Higher education as a filter", en *Journal of Public Economics*, vol. 2, núm. 3, julio, Elsevier Science. pp 193-217.
- BARKUME, A. y F. Horvath (1995), "Using gross flows to explore movements in the labor force", en *Monthly Labor Review*, abril, Washington: U.S. Bureau of Labor Statistics, vol.118, p. 28.
- BECCARIA, L. (2001), "Movilidad laboral e inestabilidad de ingresos en Argentina", ponencia presentada en el 5to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires (Argentina). [En CD ROM].
- BLANCO, M. y E. Pacheco (2001), « Trayectorias laborales en la Ciudad de México: un acercamiento exploratorio a la articulación de las perspectivas cualitativa y cuantitativa», en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 7(13), Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (ALAST), pp.105-137.
- BOURDIEU, P. (1980), "La jeune n'est qu'un mot", en *Questions de Sociologie*, París: Ed. Minuit.
- BOURDIEU, P. y L. WACQUANT (1995), *Respuestas para una antropología reflexiva*, México: Grijalbo.
- CARRASQUER, P. (1997). "Jóvenes, empleo y desigualdades de género", en *Cuadernos de Relaciones Laborales* 11, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp 55-80.
- CERRUTTI, M. (2003), "Trabajo, organización familiar y relaciones de género", en C. Wainerman (ed.), *Familia, trabajo y género*, Buenos Aires: UNICEF/Fondo de Cultura Económica.
- CERRUTTI, M. y G. BINSTOCK (2009), *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*, Santiago de Chile: CEPAL.
- CLARK, K. y L. SUMMERS (1982), "The Dynamics of Youth Unemployment", en R. Freeman y D. Wise (eds.), *The Youth Labor Market Problem: Its Nature, Causes and Consequences*, Chicago: University of Chicago Press for NBER.
- DANFORTH, J. (1979), "On the role of consumption and decreasing absolute risk aversion in the theory of job search", en S. Lippman y J. McCall, *Studies in the Economics of Search*, Nueva York : North Holland.
- DU BOIS-REYMOND. M. y A. LÓPEZ BLASCO (2004), "Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las políticas integradas de transición para los jóvenes europeos", en *Estudios de Juventud*, núm. 65, Madrid: INJUVE.
- ECKERT, H. (2002), "La place des jeunes entre mobilité et reproduction sociales", en M. Arliaud y H. Eckert (coord.), *Quand les jeunes entrent dans l'emploi*, París: Edit. La Dispute.

ECKERT, H. y V. MORA (2008), "Formes temporelles de l'incertitude et sécurisation des trajectories dans l'insertion professionnelle des jeunes", en *Revue Travail et Emploi*, núm. 113, Marsella: Publication DARES.

FILMUS, D. y M. A. SENDÓN (2001), "A la deriva: trayectorias de los egresados de la escuela media en la transición hacia la inserción laboral", ponencia presentada en el 5to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires (Argentina), agosto. [En CD ROM].

GAUTIE, J. (2003), "Transitions et trajectoires sur le marché du travail", en *Revue Quatre Pages*, núm. 59, París: Centre d'Études sur L'Emploi.

GHIARDO SOTO, F. y O. DE LEÓN (2005), "Cursos y discursos escolares en las trayectorias juveniles", en *Revista Última Década*, núm. 23, Valparaíso (Chile): CIDPA.

GRANOVETER, M. (1974), *Getting job*, Cambridge: Harvard University Press.

JACINTO, C. y H. CHITARRONI (2010), "Precariedades, rotación y movilidades en las trayectorias laborales juveniles", en *Revista Estudios del Trabajo*, núm. 39/40, Buenos Aires: ASET.

LONGO, M. E. (2011), "Trayectorias laborales de jóvenes en Argentina. Un estudio longitudinal de las prácticas de trabajo, las disposiciones laborales y las temporalidades juveniles de jóvenes de la Zona Norte del Gran Buenos Aires, en un contexto histórico de diferenciación de las trayectorias", tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en <http://tel.archives-ouvertes.fr/docs/00/63/45/77/PDF/LONGO-TESIS_FINAL.pdf>.

86

Año 7
Número 13

Julio/
diciembre
2013

MACHADO PAÍS, J. (2000). "Las transiciones y culturas de la juventud: formas y escenificaciones", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 164, París: UNESCO.

MADEIRA, F. (2007), *Joven ciudadano: mi primer trabajo. Desafíos teóricos y prácticos*. Cuadernos de Investigación del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (IIEP).

MARRY, C. (1983), "Origine sociale et reseaux d'insertion des jeunes ouvriers", en *Estude et Recherches, Formation-Emploi*, núm. 4, Marsella: Centre d' Études et de Recherche sur les Qualifications (CÉREQ), oct./dic.

MILLENAR, V. (2010), "La incidencia de la formación para el trabajo en la construcción de trayectorias laborales de mujeres jóvenes", en C. Jacinto (ed.), *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes*, Buenos Aires: Ed. Teseo.

O'HIGGINS, N. (1997), "The challenge of youth unemployment. Action Programme on youth unemployment", en *International Security Review*, vol. 50, Issue 4, Ginebra, pp. 63-93.

PANAIA, M. (2006), *Trayectorias de ingenieros tecnológicos, graduados y alumnos en el mercado de trabajo*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

PÉREZ, P. (2008), *La inserción ocupacional de los jóvenes en un contexto de desempleo masivo. El caso argentino entre 1995 y 2003*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores/CEIL-PIETTE/CONICET.

----- (2009). “Desigualdades de género en el mercado de trabajo argentino (1995-2003)”, en *Trabajos y Comunicaciones*, La Plata (Argentina): Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

RAMA, G. (1994), *La ocupación y los jóvenes en Europa y América Latina: reflexiones para un debate*, Montevideo: Organización Iberoamericana de Juventud.

REES, A. (1986), “An essay on Youth Joblessness”, en *Journal of Economic Literature*, vol. XXIV, Pittsburgh: American Economic Association.

ROSE, J. (1998). *Les jeunes face a l'emploi*, París: Desclée de Brouwer.

SPENCE, M. (1973), “Job Market Signaling”, en *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 87, núm. 3, Oxford University Press, pp. 355-374.

TOKMAN, V. (2003), *Desempleo juvenil en el Cono Sur. Causas, consecuencias y políticas*. Santiago de Chile: Fundación Friedrich Ebert, Serie Prosur.

VINCENS, J. (1999), “La inserción profesional de los jóvenes. En la búsqueda de una definición por convención”, en *Calificaciones & Empleo*, núm. 23, Buenos Aires: PIETTE/CÉREQ.

WELLER, J. (2003), *La problemática inserción laboral de los y las jóvenes*, Santiago de Chile: CEPAL, Serie Macroeconomía del Desarrollo núm. 28.

----- (2005), “Inserción laboral de jóvenes: expectativas, demanda laboral y trayectorias”, artículo presentado en el Seminario “Estrategias educativas y formativas para la inclusión social y productiva”, México D. F., noviembre. Disponible en <http://www.oei.es/etp/insercion_laboral_jovenes_weller.pdf>.

Anexo

Cuadro 1.A
Transiciones 2003-2010. Jóvenes de 18 a 24 años por estrato de ingresos. Gran Buenos Aires

Estrato de ingresos según ingreso familiar per cápita	Situación ocupacional en el año 0		Situación ocupacional en el año 1					Cuadro 2	
	Ocupado no precario	% fila	Ocupado no precario	Ocupado precario	Desocu- pado	Inactivo marginal	Inactivo en el sistema educativo		
Bajo n=2927	Ocupado no precario	% fila	66.0	16.5	11.0	2.7	3.7	Cuadro 2	
	Ocupado precario	% fila	16.9	51.5	13.8	11.5	6.1		
	Desocupado	% fila	13.6	29.7	33.4	12.2	10.7		
	Inactivos marginales	% fila	6.8	19.5	17.2	49.9	6.6		
	Inactivos en el sistema educativo	% fila	8.7	17.2	17.6	9.3	47.2		
	Total	% fila	17.6	29.7	19.7	16.9	16.0		
Medio n=2776	Ocupado no precario	% fila	71.3	12.5	10.5	2.2	3.6	Cuadro 3	
	Ocupado precario	% fila	23.3	48.8	13.7	7.3	6.9		
	Desocupado	% fila	21.0	26.4	33.5	8.1	11.0		
	Inactivos marginales	% fila	11.0	19.4	20.3	38.3	10.9		
	Inactivos en el sistema educativo	% fila	12.8	13.3	13.9	6.3	53.7		
	Total	% fila	32.1	25.0	16.4	8.5	18.0		
Año 7 Número 13 Julio/ diciembre 2013	Alto n=954	Ocupado no precario	% fila	81.2	8.9	4.4	1.3	4.3	Cuadro 3
		Ocupado precario	% fila	27.3	46.3	11.3	4.5	10.6	
		Desocupado	% fila	17.8	33.1	26.3	7.2	15.5	
		Inactivos marginales	% fila	12.0	16.7	16.6	33.6	21.1	
		Inactivos en el sistema educativo	% fila	11.3	14.6	13.5	3.8	56.8	
		Total	% fila	38.8	21.7	11.3	5.1	23.1	
						Cuadro 4		Cuadro 5	

Cuadro 2.A

Transiciones 2003-2010. Jóvenes de 18 a 24 años, por estrato de ingresos. Gran Buenos Aires

Estrato de ingresos según ingreso familiar per cápita	Situación ocupacional en el año 0			Situación ocupacional en el año 1				Total
	Ocupado no precario	Ocupado precario	Desocu- pado pado	Inactivo marginal	Inactivo en el sis- tema educativo			
Bajo n=2927	Ocupado no precario	% col	38.4	5.7	5.8	1.6	2.4	10.3
	Ocupado precario	% col	25.6	46.3	18.8	18.2	10.2	26.7
	Desocupado	% col	18.6	24.0	40.9	17.4	16.1	24.0
	Inactivos marginales	% col	6.7	11.3	15.1	50.8	7.1	17.2
	Inactivos en el sistema educativo	% col	10.7	12.6	19.5	12.0	64.3	21.8
Medio n=2776	Ocupado no precario	% col	58.8	13.3	17.0	6.8	5.2	26.5
	Ocupado precario	% col	19.3	52.0	22.2	22.8	10.2	26.6
	Desocupado	% col	9.6	15.5	30.0	13.9	9.0	14.7
	Inactivos marginales	% col	3.0	6.7	10.7	38.9	5.2	8.6
	Inactivos en el sistema educativo	% col	9.4	12.6	20.1	17.6	70.4	23.6
Alto n=954	Ocupado no precario	% col	69.7	13.7	13.0	8.2	6.1	33.3
	Ocupado precario	% col	15.9	48.5	22.8	19.8	10.4	22.7
	Desocupado	% col	4.1	13.5	20.7	12.5	5.9	8.9
	Inactivos marginales	% col	1.8	4.4	8.5	37.5	5.2	5.7
	Inactivos en el sistema educativo	% col	8.6	19.8	35.1	21.9	72.3	29.4
Cuadro 2								

Transition or transitions? Analyzing the fertility decline in Brazil in the light of educational levels

¿Transición o transiciones? Un análisis de la disminución de la fecundidad en Brasil según el nivel educativo

Adriana de Miranda-Ribeiro

Fundação João Pinheiro/MG

Ricardo Alexandrino Garcia

Instituto de Geociências da Universidade Federal de Minas Gerais

Abstract

In Brazil, the reproductive behavior is differentiated according to educational level. The main objective of this article is to analyze fertility differentials by educational level in order to seek characteristics that determine the particular stage of the demographic transition of each educational group. The study will focus on the analysis of fertility level (TFR), parity composition, mean age of childbearing and *tempo* effect (BF Model). Data come from the Brazilian Demographic Censuses (1980 to 2010). Brazil seems to be completing the (first) demographic transition: fertility is below the replacement level, the MAC is starting to increase and the percentage of higher order births is decreasing. Because of the great social inequality, one can identify groups in distinct stages of the transition. Regarding fertility, highly educated women are facing the STD, while the lesser educated are facing the FTD.

Resumen

El comportamiento reproductivo en Brasil difiere según el nivel educativo de las mujeres. El objetivo principal de este trabajo es analizar las diferencias de fecundidad según nivel de estudios de la mujer, buscando características que indiquen en qué etapa de la transición demográfica se encuentra cada grupo. Para ello, se estudió el nivel de fecundidad (TGF), la composición de la fecundidad por paridad, la edad media de la fecundidad y el efecto tiempo (Modelo BF), sobre la base de los microdatos de los censos de población desde 1980 hasta 2010. Los resultados indican que el país parece estar terminando la transición demográfica (primera): la fecundidad está por debajo del nivel de reemplazo, la edad media de la fecundidad está aumentando y el porcentaje de nacimientos de orden superior está disminuyendo. Sin embargo, debido a las diferencias socioeconómicas, es posible identificar grupos en diversas etapas de la transición: mientras que las mujeres con niveles más altos de educación están pasando por la STD, aquellas con niveles de educación más bajos están pasando por la PTD.

Key words: fertility transition, fertility and education, tempo effect, Brazil.

Palabras clave: transición de la fecundidad, fecundidad y educación, efecto tiempo, Brasil.

Introduction and objectives

In the first decade of this century, Brazil entered into the group of countries that had below replacement fertility. This occurred about 40 years after the onset of fertility transition in the country. The transition process began in the late 1960s, when the total fertility rate (TFR) was 5.8 children per woman. This transition accelerated during the 1980s, reaching an average of 2.4 children per woman by the end of the century. Data from the National Household Sample Survey (PNAD) of 2006 showed that the TFR in the country had reached two children per woman. The following PNAD confirmed this trend and, according to the 2010 Demographic Census, the TFR in Brazil was 1.9. The fertility decline in Brazil was accompanied by a fall in the mean age of childbearing (MAC), suggesting a rejuvenation of the fertility schedule. The PNAD of the second half of the 2000s and the 2010 Demographic Census both indicated that there was a reversal occurring and that the recent trend in the country is towards a rising MAC.

The country's average does not reflect the differences in the reproductive behavior of Brazilian women. Considering the example of the extremes in educational levels (women with less than eight years of schooling *versus* women with 12 or more years of study), one can observe that although the differentials decrease over time, they are still considerable. In 1980, the TFR for women with 12 or more years of schooling was 2.94 children, while the TFR for those with less than eight years of schooling was 4.46. In 2010, the TFR was 1.26 for the more educated women and 2.47 for the less educated women. In terms of the MAC, there was a decrease among the less educated women between 1980 and 2010 from 29.0 to 25.3 years, while the MAC for more educated women increased from 28.5 to 30.9 during the same period.

These results show that reproductive behavior in Brazil is differentiated according to educational level. The downward trend in fertility is common among all groups, but there are differences in the level, the pace of decline and in the MAC behavior. In 2010, women with the lowest educational levels still present a TFR above the replacement level and a decrease in the MAC, while women with highest educational levels present very low fertility levels and a rising MAC.

According to this evidence, is it possible to say that Brazil is a country experiencing fertility transitions? We analyzed fertility through the lens of the educational level of women to investigate whether it is possible to identify more than one movement among Brazilian women. The main objective of this paper is to analyze fertility differentials by educational level in order to seek characteristics that determine the particular stage of the demographic transition of each educational group.

Demographic transitions: the role of fertility

The term "demographic transition" is widely used, although there is no consensus as to whether it consists of a single and continuous movement or several shifts. Whether the demographic transition affects all components or can be confused with the fertility transition is also debated. Even without a specific consensus, one could traditionally identify

two movements and, more recently, a third movement attempts to explain the demographic changes that the world population is facing. Fertility played –and still plays– a very important role on demographic changes.

In the classical model of the demographic transition, also known as the First Demographic Transition (FDT), the initial balance in population growth is caused by high rates of mortality and fertility. After the drop in mortality, fertility decline leads population growth towards a new level of equilibrium. Although the real trigger for the FDT stemmed from a decrease in mortality, the developed theories about the phenomenon tried to understand the motivations and differences in the process of fertility decline. These issues have been extensively discussed by the so-called “classical theories” that address macro and micro-economic, social, ideological and behavioral aspects.

When mortality reached low levels, it was expected that fertility would stabilize close to the replacement level, thus maintaining population growth near zero, in the worst scenario. If this case had occurred, no new theory would probably exist, and discussions about fertility levels would be of little interest. However, in industrialized countries, the fertility decline has not ceased and instead of balance, what we saw –and continue to see– is a new imbalance caused by extremely low fertility levels, which have been active for over four decades. Regardless of the name given to this set of characteristics, the discussions brought to light a new set of ideas and revelations.

An article by Ron J. Lesthaeghe and Dirk J. Van de Kaa published in 1986, and cited by Van de Kaa (2002), marks the beginning of the studies on the Second Demographic Transition (SDT). According to Van de Kaa (2002), the basic idea behind the concept of the SDT is that industrialized countries have reached a new stage of demographic development, characterized by full fertility control. The absence of incentives for having more than one or two children, combined with the possibility of effective control against pregnancy, led to very low fertility levels. Obviously, the result of a long period following this scheme was the accentuation of the process of population aging and population decrease. In this new scenario, (international) migration works as a compensating factor.

Philip Ariès (1980) explained the fertility decline from the 1960s as a result of a behavior change towards the idea of children that suggests offspring were no longer the only alternative for personal fulfillment, but one option. In this sense, the significance of personal relationships has become the most important thing in people's lives. This behavior and the desire for goods and status gave a special meaning to the rapid fertility decline. Henri Leridon (Leridon *et al.*, 1987), quoted by Van de Kaa (2002), emphasized the importance of the “second contraceptives revolution,” created by the availability of new and more efficient contraceptive methods. This revolution, combined with the ability to obtain abortions in some societies, would have a catalytic effect on fertility decline (and on the number of unwanted pregnancies). This catalytic effect is contested by Ariès for whom, despite the existence of other factors, the most important change occurred internally, when each individual started to act according to the new paradigm. The studies conducted by Ariès were important to highlight that, behind the fertility decline,

there was a fundamental factor: the changing patterns of family formation. His ideas were instrumental to the development of the theory of the SDT.

Some criticisms have arisen in regards to the term SDT. R. L. Cliquet (1991) argued that there is no apparent discontinuity between the FDT and the SDT and that the demographic changes can be seen as an acceleration of family formation reproductive patterns and can be related to modernization. David Coleman (2004) asserted the sharpest criticism. According to Coleman, a transition implies a permanent move and must be shared by most individuals in a population. In this sense, the SDT cannot be called a “transition.” Secondly, Coleman believes that some aspects listed as drivers of the SDT, including ideological change and individualization for example, are nothing more than a continuation of values established in the FDT. In this sense, the SDT cannot be called “second,” but secondary. Finally, Coleman thinks the term “demographic” is incorrect, since changes are more behavioral than demographical.

The most recent criticism, described by Tomáš Sobotka (2008), states that the SDT theory was developed from the point of view of European societies, which leaves much to the imagination in terms of whether it will spread to other countries and regions worldwide. Some studies indicate that advanced societies outside of Europe experienced a continuation of fertility decline and changing family formation patterns, with very different behaviors from those observed in Europe. In this regard, critics contend that the standard family, as opposed to what the SDT theory contemplates, is not unique. Rather, there is a plurality of patterns. Thus, a single model transition is unable to describe different types of change. Sobotka (2008) argues that the fluidity and breadth of the SDT narrative prevented studies that could cast doubt on the validity of the theory. Before this could happen, SDT was already an established concept.

Although (international) migration appears in the formulation of the SDT theory and in the integrated model proposed by Van de Kaa, it is not explicitly considered in an effective manner. In fact, the SDT’s emphasis is on changes in values and attitudes and the influence of these factors on continued fertility decline and the maintenance of this decline at levels below replacement. Migration is not considered in the way it was originally proposed, i.e., as an attempt to restore the population growth equilibrium. Coleman (2006) proposes that international migration flows observed in low and very low fertility countries, and the consequences of this migration, in terms of size and the ethnic composition of the population, are seen as a new transitional movement, or a “Third Demographic Transition” (TDT). According to Coleman (2006), the prerequisites for the TDT are the low and persistent fertility levels, associated with high international migration rates.

This combination results in a progressive increase of migrants and their descendants and the relative decline of the native population. The speed of the compositional change depends on the growth rates (i.e., fertility) of natives and migrants and the net migration in the country or region. According to Sobotka (2008), some studies show that in the case of European countries, although the fertility rates of immigrants are usually higher, the differential varies according to the origin and the effect on the local total fertility is relatively small.

Data and Methods

In this work, we will solely investigate fertility related aspects, without going into details on family formation patterns or migration analysis. The study will focus on the fertility level, parity composition and mean age of childbearing trends.

We used microdata from the 1980, 1991, 2000 and 2010 demographic censuses. The selected variables were age, parity, births in the previous year, women and years of schooling. These variables allowed the calculation of: total fertility rates (TFR), specific fertility rates (ASFR) and mean age of childbearing (MAC), according to the women's educational level. We divided women into four educational categories: 0-7 years of schooling (0-7 yrsch), 8-10 years of schooling (8-10 yrsch), 11 years of study (11 yrsch) and 12 years of schooling or more (12+ yrsch). For a more detailed analysis, these measures were also calculated according to birth order (last birth).

The TFR and ASFR were corrected by the P/F Brass method (Brass, 1974), which adjusts the fertility level by a "correction factor," calculated as the ratio between parity and cumulative fertility for age group representing 20-24 years-of-age. In this paper, we applied the same correction factor to all educational levels (Brazil's factor). Although it is likely that the percentage of correctness is smaller for the more educated women, the application of the same factor ensures that the number of births is equal, considering the total number of women or disaggregating by educational level.

To analyze the MAC, we applied the Bongaarts and Feeney (BF) model (Bongaarts and Feeney, 1998). Despite criticism, the model generates a measure that provides information on the reproductive behavior of women in terms of advance births or postponement. We are not interested in the adjusted TFR *per se*, but in its comparison with the observed TFR. We want to know if there is a movement towards delaying or anticipating births.

BF model

In the BF model, the *tempo* effect is related to the distortions that the MAC causes in the observed TFR. The BF model aims at establishing a new TFR, free of distortions caused by the *tempo* effect. This "adjusted" measure represents the TFR that would be observed in the absence of changes in the MAC, i.e., in the absence of the *tempo* effect. The adjusted measure, TFR_{adjusted}, is what Bongaarts and Feeney (1998) define as the pure *quantum*.

The authors assume that fertility may be influenced by age, parity, period and duration since last birth, but not by cohort. One argument for developing the BF model is that fertility changes in a certain period can occur at any age or birth order and as a consequence of *quantum* or *tempo* effects. Thus, the disaggregated model works according to birth order, *i*, and uses an adaptation of the equation developed by Ryder (1956), to determine the Equation 1, that calculates the adjusted TFR:

$$TFR_{i,adjusted} = \frac{TFR_{i,observed}}{(1 - r_i)} \quad (\text{Equation 1})$$

in which TFR_{observed} is the observed TFR for order *i*, and *r_i* is the annual change in the MAC at order *i*.

One can easily apply the BF model by using data from cross-sectional household surveys that allow the estimation of the TFR and ASFR according to birth order. To estimate r_i , it is necessary to use two editions of the survey, and the annual change in the MAC is calculated by dividing the total change by the time elapsed between the editions. The ease of this application led to a series of studies in different countries and regions. However, the validity of $\text{TFR}_{\text{adjusted}}$ as a measure of pure quantum, free from the *tempo* effect, is questionable.

The two main criticisms of the BF model refer to the fact that the authors disregard cohort differentials in the change of the MAC and that they propose inadequate measures in the model (Van Imhoff and Keilman, 2000). The first criticism relates to the value of r_i , which assumes that the annual change in MAC for a particular birth order is the same for all age groups, i.e., that the fertility schedule was constant during the period. Evert Van Imhoff and Nico Keilman (2000), along with Hans-Peter Köhler and Dimiter Philipov (2001), showed empirically that this assumption is violated. The second criticism is related to the use of ASFR that have a denominator containing all women at a particular age, regardless of their parity. Thus, fertility rates do not represent exposure or risk measures, but frequencies. When period frequencies are summed for all ages, the result cannot be interpreted as an appropriate quantum indicator (Van Imhoff and Keilman, 2000).

Some sociodemographic characteristics of the Brazilian population

96

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Brazilian population: size, growth rates and age structure

In 2010, the Brazilian population was 190.7 million people. Although Brazilian fertility has been below the replacement level since the mid-2000s, the large percentage of reproductive age women and the fact that high fertility regimes occurred recently ensure a positive growth rate. Table 1 shows that the Brazilian population grew at an average annual rate of 1.9 percent between 1980 and 1991 and that in the following years the rate fell to 1.6 percent per year. In the first decade of the 2000s, the Brazilian population grew at an average rate of 1.2 percent per year. Some studies indicate that by 2030, Brazil will reach its maximum population of around 206 million people.

Figure 1 shows the Brazilian age structure according to the 1980, 1991, 2000 and 2010 Demographic Censuses. One can observe the drastic changes caused by rapid fertility decline. Despite swift changes in the age structure of Brazil, the situation is demographically favorable (demographic bonus) due to a low overall dependency ratio, which may reach its lowest value between 2020 and 2030.

Educational system in Brazil

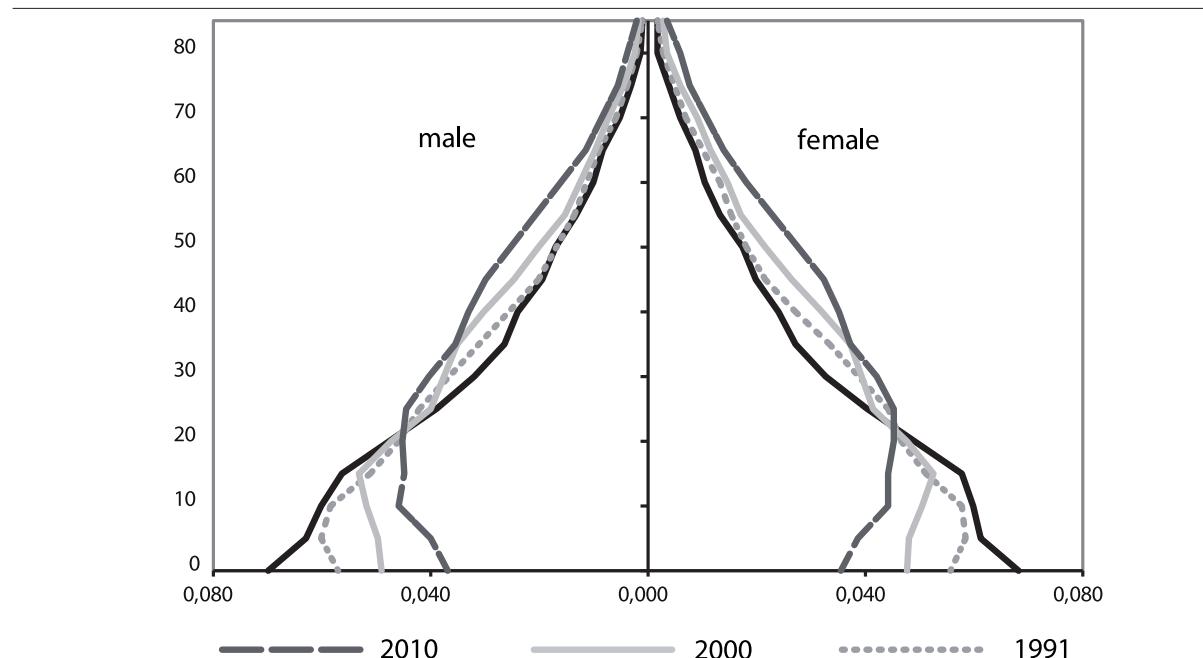
The Brazilian educational system has undergone many changes throughout the second half of the 20th century. A systematic increase in the schooling population occurred as the number of the locations of public schools increased, compulsory school attendance for the school-age population rose and the initial age of compulsory education was

Table 1
Population, Growth Rate (%) and Total Dependency Ratio. Brazil. 1980 to 2010

	Population	Growth Rate per year in the previous decade	Total Dependency Ratio (%)
1980	119,009,854	-	73.3
1991	146,815,789	1.9	65.4
2000	169,872,856	1.6	55.0
2010	190,755,800	1.2	45.9

Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

Figure 1
Age structure. Brazil. 1980 to 2010



Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

97

A. de Miranda-
Ribeiro y
R. A. Garcia

reduced. Despite advances, we are far from an ideal scenario. The average level of schooling of the population above 10 years-of-age in 2011 was 7.2 years. This number is still low when compared to educational attainment in developed countries (12.4 years in the U.S.; 10.6 years in France; 11.6 years in Japan) or even the level of schooling obtained in other Latin American countries such as Chile (9.7 years) and Argentina (9.3 years).¹ This low educational attainment reflects limited access to education in the past –which implies adults with lower education– and unfavorable socioeconomic conditions –that cause high repetition and dropout rates.

The basic Brazilian educational system is divided into two mandatory levels: fundamental and secondary. Until the early 2000s, the fundamental level was comprised of

1 Data come from the UNDP and are available at <<http://hdrstats.undp.org/en/indicators/103006.html>>.

Table 2
Reproductive age women (%) by years of schooling. Brazil. 1980 to 2010

	Years of Schooling				Total
	0-7	8-10	11	12+	
1980	84.5	6.6	5.9	2.9	100.0
1991	65.2	15.2	11.7	7.9	100.0
2000	51.6	20.8	18.5	9.1	100.0
2010	33.5	23.2	24.5	18.8	100.0

Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

eight years and the secondary level consisted of three years of schooling. Children entered school at age seven and would reach a total of 11 years of schooling if they completed basic education. Preschool was and is still not mandatory. The more recent difference is that since the mid-2000s, the fundamental level begins at age six and the complete basic system is comprised of 12 years of schooling.

Women who are of reproductive age in 2010 (should have) fulfilled their basic education under the old system, which motivated the definition of the schooling groups used in this paper: 0-7 years of schooling, which aggregates those who have not completed primary education; 8-10 years of schooling, which aggregates those who completed primary, but did not complete the secondary level; 11 years of schooling, which aggregates those who completed the secondary level and are not enrolled in college; 12 or more years of schooling, which aggregates women who at least entered college. Brazil's average years of schooling in 2009 indicates that much of the population has not completed primary education.

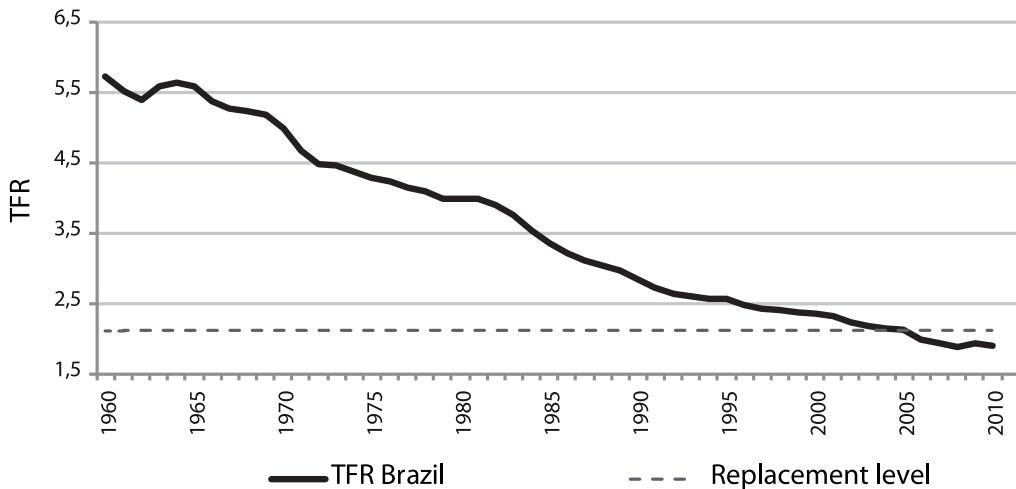
Table 2 shows the percentage of reproductive age women by educational level from 1980 to 2010. Results indicate a decrease in the percentage of lower educated women and an increase in the percentage of women with 12 or more years of schooling.

Empirical evidences of the fertility transition in Brazil

Brazil has experienced a steady fertility decline during the last 50 years, despite a lack of socioeconomic and structural changes or any explicit family planning policies. Figure 2 shows that the decline began in the mid-1960s, accelerated during the 1980s and reached the replacement level in the early 2000s. In 2010, the Brazilian TFR was 1.91 children per woman.

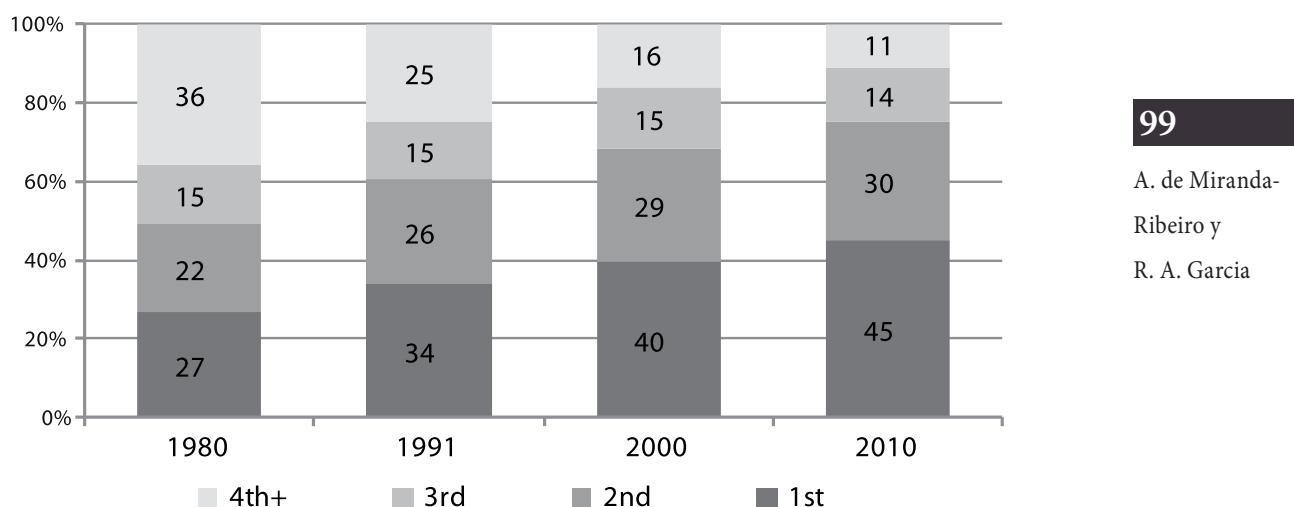
Figure 3 shows the parity composition. Between 1980 and 2010 there was a considerable increase in the percentage of first and second order births. In 1980, the first two birth orders represented 49 percent of births, while 35.7 percent were births of order four or higher. In 1991, 60 percent of births were first or second order, while live births of order four or higher were reduced to 24.6 percent. In 2000, 16.3 percent of births were of

Figure 2
Total Fertility Rate (TFR). Brazil. 1960 to 2010



Source: Own Children Method (1960-2000); PNAD (2006-2009); Brazilian Demographic Census 2010.

Figure 3
Cumulative parity distribution by order. Brazil. 1980 a 2010



Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

superior orders, while almost 70 percent were of orders one or two. In 2010, one can observe that 45.1 percent were first order births, 30.1 percent were of second order and 11.1 percent were of order four or higher. The percentage of third order births remained constant over the period at approximately 15 percent.

The analysis of the MAC reveals that in the last decade there has been a reversal in the downward trend that was observed previously. Table 3 shows the MAC and the MAC by birth order from 1980 to 2010. The MAC, which fell from 28.8 years-of-age to 26.3 years-of-age between 1980 and 2000, increased to 26.8 years-of-age in 2010. For the first birth order (MAC 1), a similar phenomenon occurred, although the decline between 1980

Table 3
Mean age of childbearing (MAC). total and by birth order. Brazil. 1980 to 2010

	Birth order						Total
	1st	2nd	3rd	4th	5th	6th+	
1980	23.5	25.9	27.9	29.4	31.1	35.5	28.8
1991	23.1	26.0	28.0	29.5	31.2	34.7	27.3
2000	22.9	26.2	27.9	29.3	31.1	34.8	26.3
2010	24.0	27.7	29.3	30.5	31.8	34.9	26.8

Source: Brazilian Demographic Censuses. 1980 to 2010.

Table 4
Total fertility rate by years of schooling. Brazil. 1980 to 2010

	Years of schooling			
	0-7	8-10	11	12+
1980	4.46	3.61	3.01	2.94
1991	3.24	2.12	2.10	1.48
2000	3.02	2.05	1.75	1.25
2010	2.47	1.93	1.87	1.26

Source: Brazilian Demographic Censuses. 1980 to 2010.

100

Año 7
Número 13

Julio/
diciembre
2013

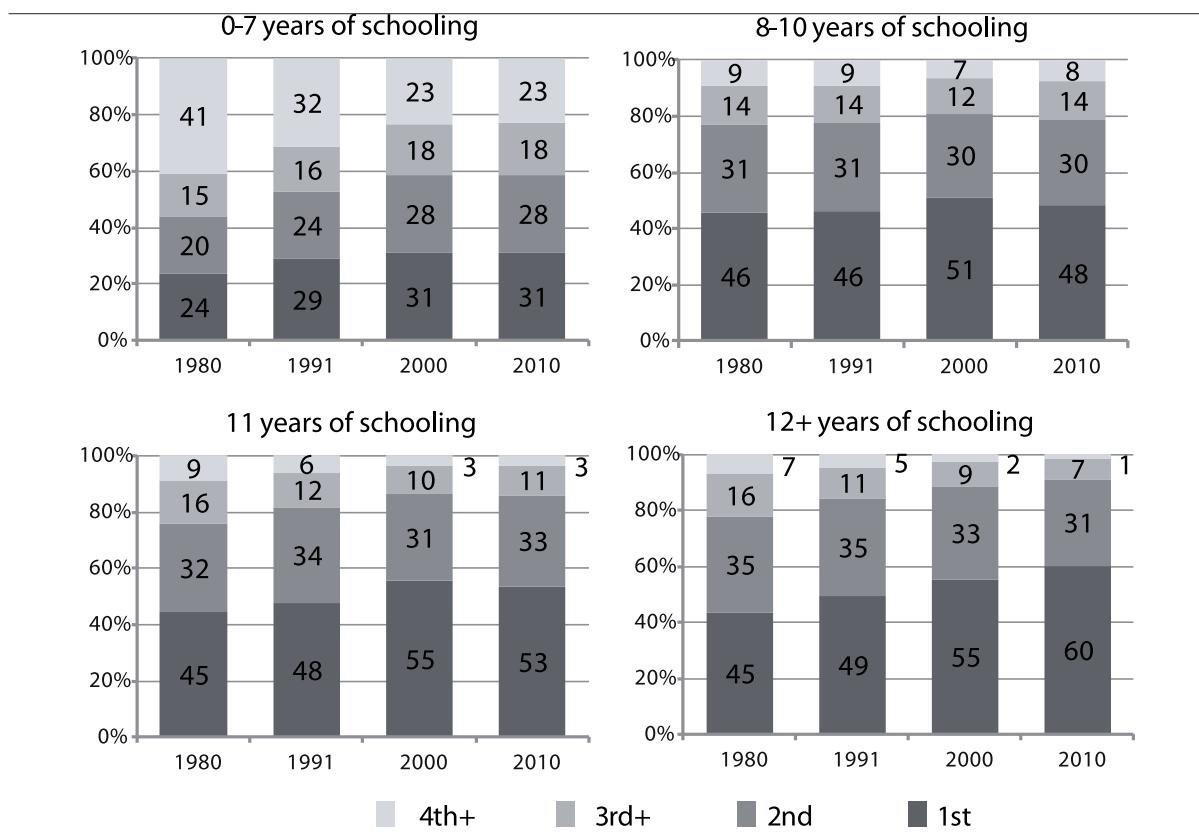
and 2000 was lower and the increase between 2000 and 2010 was higher than the one observed for the overall MAC. The decline in the MAC in Brazil was mostly due to the decline of the fertility rates of higher order births observed during the period.

Fertility transition in Brazil according to the educational level

Fertility levels observed in Brazil do not reflect the differentials between educational groups. Table 4 shows the TFR according to level of schooling from 1980 to 2010. In general, one can observe a decrease in the differentials over time. The largest decrease occurred between 1980 and 1991 for all schooling groups. By the end of the period, only the lesser-educated are above replacement level, and the higher educated are below 1.3 children per woman.

Figure 4 shows the parity composition according to the level of schooling. In general, one can observe an increase in the proportion of first and second order births although the increase is differentiated for the four educational groups. Furthermore, higher levels of schooling imply higher proportions of first and second order births. Among women with 0-7 yrsch, 23.6 percent of births in 1980 were of the first order and 40.7 percent were of order four or higher, showing that high-order births were quite frequent in this group. In 2010, they are still frequent: 22.8 percent of women with births were of order four or higher, a large proportion when compared to the other schooling

Figure 4
Cumulative parity distribution by birth order and years of schooling. Brazil. 1980 to 2010

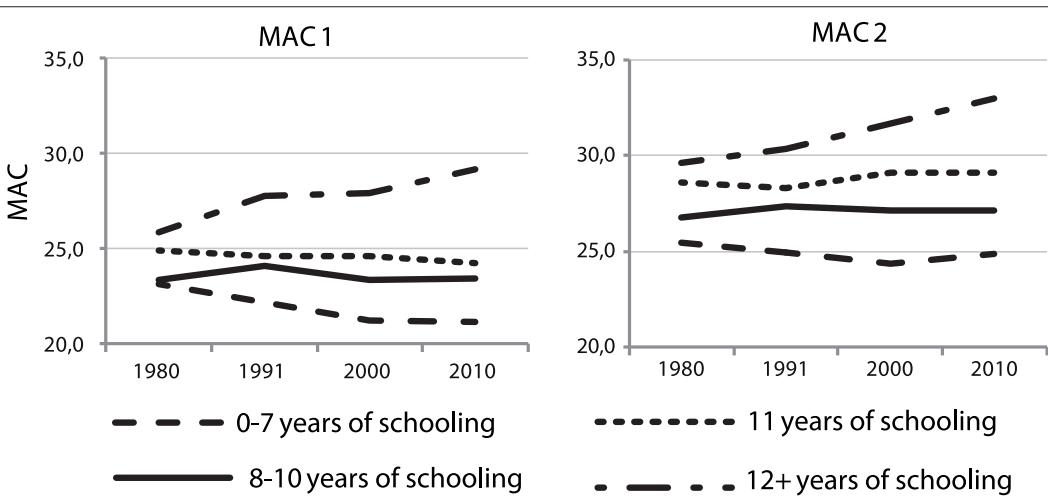


Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

groups. In 1980, there was not a significant difference in the parity distribution for women in the 8+ years of schooling groups: more than 75 percent of births were of orders one and two and less than 10 percent were of order four or higher. In 1991, the differences between the three groups indicating years of schooling (8-10, 11 and 12+) started to increase. Births of the first order were 84 percent for the higher educated (12+ yrsch), 81.6 percent for the group with 11 yrsch and 77.5 percent for the 8-10 yrsch group. Births of order four or higher were 4.5 percent, 6 percent and 9 percent, respectively. In 2010, 91 percent of births were of the first order for the 12+ yrsch group, 88.9 percent for the group with 11 yrsch and 78.5 percent for the group 8-10 yrsch. Considering births of order 4 or higher, the percentages were 1.5 percent, 3.5 percent and 7.6 percent, respectively.

Figure 5 shows the MAC for first and second order births, according to years of schooling. Results show that the MAC1 decreases or remains constant for groups with 0-7, 8-10 and 11 yrsch, even between 2000 and 2010. The only group for which the MAC1 increases is the one representing the more highly educated (12+ yrsch). This provides evidence that these women are delaying first births. Analyzing the MAC2 figure, one can observe that the more highly educated women are also delaying births of the second order.

Figure 5
Mean age of childbearing for first (MAC 1) and second (MAC2) order births by years of schooling.
Brazil. 1980 to 2010



Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

Table 5
TFR (observed) and TFR adjusted by BF Model, by years of schooling. Brazil. 1980 to 2010

		Years of schooling			
		0-7	8-10	11	12+
102	1991 TFR	3,24	2,12	2,10	1,48
Año 7	TFR ADJUSTED	3,06	2,22	2,02	1,67
Número 13	2000 TFR	3,02	2,05	1,75	1,25
Julio/	TFR ADJUSTED	2,84	1,97	1,80	1,32
diciembre	2010 TFR	2,47	1,93	1,87	1,26
2013	TFR ADJUSTED	2,54	1,93	1,85	1,43

Source: Brazilian Demographic Censuses, 1980 to 2010.

The BF model estimates an adjusted TFR, which represents the one that would be observed in the absence of changes in the MAC. When the adjusted values are higher than the observed, it means that changes in the MAC are decreasing the observed TFR and women are postponing births. In this case, one can say that there is a positive *tempo* effect. When the observed values are higher than the adjusted, it means that changes in the MAC are inflating the observed TFR and women are anticipating births. In this case, one can note that there is a negative *tempo* effect. It is important to re-emphasize that this work is not concerned with the value of the *tempo* effect itself, but with its sign (positive or negative).

Table 5 shows the results of the application of the BF model to the 1980, 1991, 2000 and 2010 Brazilian Demographic Censuses. The application allows the estimation of the adjusted TFR for 1991, 2000 and 2010. For the 0-7 yrsch group, the results indicate that in 1991

and 2000 the observed TFR was inflated by anticipated births. In 2010, the observed TFR was lower than the adjusted rate, suggesting birth postponement. For the 8-10 and 11 yrsch groups, the results indicate oscillation in the *tempo* effect signals, suggesting that they had not yet entered a sustainable births postponement process. For the higher educated women (12+ yrsch), the results suggest that births have been postponed for a long period.

Discussion

The present study was aimed at investigating whether Brazil is a country of fertility transitions, i.e., if we can clearly identify more than one stage of the fertility transition among Brazilian women. The proposal of this research was to examine various aspects strictly related to fertility and, therefore, did not explore family formation patterns, migration and numerous other factors. The analyses were performed by grouping women into four distinct groups, defined according to their educational level. We analyzed trends in fertility levels, the mean age of childbearing (MAC) and parity composition.

Brazil, as a whole, seems to be completing the (First) Demographic Transition. Fertility is below the replacement level, the MAC is starting to increase and the percentage of higher order births is still decreasing. The current scenario results from a process that is consistently changing. It is well known that Brazil is a country of great social and economic inequality, which is reflected in the demographic indicators. In this sense, it was almost guaranteed that we would find groups in different stages of fertility transition. It was also quite assured that more highly educated women would be facing the Second Demographic Transition, while those with less education would be in the first stage. However, an issue that was more difficult to determine was how the intermediate schooling groups were being affected.

In order to determine the stage of the demographic transition that each group was in, we defined some specific conditions that needed to be met. To be in the second stage (SDT), a group needed to exhibit the following: fertility below the replacement level, a positive *tempo* effect and a high (and growing) percentage of low order births. Furthermore, the group should be displaying the characteristics in a sustainable way. The opposite conditions place a group in the first stage of the demographic transition (FDT). In this sense, one can say that Brazil is a country of fertility transitions, because it is possible to identify groups experiencing the two “extremes” of the conditions cited above. The more highly educated (12+ yrsch) are facing the SDT, while those with least amount of education (0-7 yrsch) are still facing the FDT. The other two groups (8-10 and 11 yrsch) are in an intermediate stage.

Being in an intermediate stage means that the groups have characteristics of both stages of the demographic transition or that changes are not consolidated. Beginning in 2000, the groups with 8-10 and 11 yrsch present below replacement fertility levels and high percentages of first and second order births. Both of these characteristics could place these two groups in the SDT. At the same time, the MAC for first and second order births is still decreasing, parity composition was almost constant between 2000 and 2010, and

the sign (positive or negative) of the *tempo* effect varies during this period. These elements do not place the two groups (8-10 and 11 yrsch) in the SDT. Something that may explain this apparent contradictory behavior is a combination of greater access to education and socioeconomic heterogeneity. This practice places women who have very different socioeconomic statuses and familiar background characteristics in the same group.

These groups may sometimes adopt the reproductive behavior of the more highly educated. This can happen either because of the media paradigm, the labor market participation of women is increasing or because family planning policies tend to make contraceptive methods more accessible. The key fact is that differences are decreasing over time and are continuing to decrease even more. One justification of this tendency is that, according to the 2006 Demographic Health Survey (DHS), 46 percent of births in Brazil were not planned or desired, which shows a lack of efficient contraception. This lack tends to affect women from poorer socioeconomic conditions and any improvement will also have strong consequences. Another possibility is that these groups will remain heterogeneous. This will occur if some individuals in the groups reach higher educational levels without incorporating new reproductive behaviors. In other words, family background or socioeconomic group reproductive characteristics may play a more important role on a group's overall reproductive behavior.

A fertility analysis by educational attainment suggests that levels may continue to decline. Assuming the scenario that there is no change in the composition of the population by educational level, the fertility should drop because: (i) public policies are making contraceptive methods more affordable; (ii) fertility levels have been declining in all educational groups, regardless of which stage of transition they are experiencing; (iii) although they are at different paces and levels, all educational groups are moving towards the completion of the FDT.

The scenario of maintaining a constant population composition by educational level is very unlikely. In addition to the federal government actions in place to ensure that the population finishes at least basic education, there are also initiatives that are allowing people with lower socioeconomic conditions to have greater access to a university education. A few years ago, the government required public universities to adopt a quota system. This policy reserved a portion of the vacancies for low-income students or for those who had completed their basic education in public schools. The government also created funding programs for students at private universities. Thus, the expectation is that the group with 12+ yrsch will continue to increase. Unlike the groups with 8-10 and 11 yrsch, the more educated group has been quite homogeneous regarding reproductive behavior.

References

- ARIÈS, P. (1980), "Two successive motivations for the declining birth rate in the West", in *Population and Development Review*, 6(4), New York: Population Council, pp. 645-650.
- BONGAARTS, J. (2002), "The end of fertility transition in the developed world", in *Population and Development Review*, 28(3), New York: Population Council, pp. 419-443.
- BONGAARTS, J. and G. Feeney (1998), "On the quantum and tempo of fertility", in *Population and Development Review*, 24(2), New York: Population Council, pp. 271-291.
- BONGAARTS, J. and T. Sobotka (2012), "Demographic explanation for the recent rise in European fertility: Analysis based on the tempo and parity-adjusted total fertility", in *Population and Development Review*, 38(1), New York: Population Council, pp. 83-120.
- BRASS, W. (1975). *Methods for estimating fertility and mortality from limited and defective data*. Chapel Hill (North Carolina): The North Carolina Center.
- CLIQUET, R. L. 1991, *The second demographic transition: fact or fiction?*, Strasbourg: Council of Europe, Population Studies vol. 23.
- COLEMAN, D. (2004), "Why we don't have to believe without doubting in the 'Second demographic transition' –some agnostic comments", in *Vienna Yearbook of Population Research* 2004, Vienna: Austrian Academy of Sciences Press, pp. 11-24.
- (2006), "Immigration and Ethnic Change in Low-Fertility Countries: A Third Demographic Transition", in *Population and Development Review*, 32(3), New York: Population Council, pp. 401-446.
- EASTERLIN, R. A. (1978), "The economics and sociology of fertility: a synthesis", in Charles Tilly (ed.), *Historical studies of changing fertility*, Princeton (New Jersey): Princeton University, pp. 57-133.
- GOLDSTEIN, J. R., T. Sobotka and A. Jaslioniene (2009) "The end of 'lowest-low' fertility?", in *Population and Development Review*, 35(4), New York: Population Council, pp. 663-700.
- KOHLER, H. P., F. C. Billari and J. A. Ortega (2002), "The emergence of lowest-low fertility in Europe during the 1990s", in *Population and Development Review*, 28(4), New York: Population Council, pp. 641–681.
- KÖHLER, H.P and D. Philipov (2001), "Variance effects in the Bongaarts-Feeney formula". in *Demography*, vol. 38, num. 1, Silver Spring: Population Association of America, pp.1-16.
- LERIDON, H., (1987), "La Seconde Révolution Contraceptive, la Régulation des Naissances en France de 1950 à 1985, Présentation d'un Cahier de l'INED", in *Population*, 2, Paris: Institut National d'Études Démographiques, pp. 359-367.
- LESTHAEGUE, R. J. and L. Neidert (2006), "The Second Demographic Transition in the United States: Exception or Textbook Example?", in *Population and Development Review*, 32(4), New York: Population Council, pp. 669-698.

- MIRANDA-RIBEIRO, A. (2007), *Reconstrução de Histórias de Nascimentos a partir de Dados Censitários: aspectos teóricos e evidências empíricas*, doctoral dissertation, CEDEPLAR/Universidade Federal de Minas Gerais.
- RYDER, N. B. (1956), "Problems of trend determination during a transition in fertility", in *The Milbank Memorial Fund Quarterly*, 34 (1), New York: Milbank Memorial Fund, pp. 5-21.
- SOBOTKA, T. (2004), *Postponement of childbearing and low fertility in Europe*, doctoral thesis, University of Groningen, Dutch University Press, Amsterdam, XIV +298 pp.
- (2008), "The rinsing importance of migrants for childbearing in Europe", overview Chapter 7 in T. Frejka, T. Sobotka, J. M. Hoem and L. Toulemon (eds.), *Childbearing trends and policies in Europe. Demographic Research*, Rostock: Max Planck Institute for Demographic Research, Special Collection 7, vol. 19, article 9, pp. 225-248.
- VAN DE KAA, D. J. (2002), *The Idea of a Second Demographic Transition in industrialized Countries*, paper presented at the Sixth Welfare Policy Seminar of the National Institute of Population and Social Security, Tokyo, Japan, 2002. Available at <http://www.ipss.go.jp/webj-ad/webjournal.files/population/2003_4/kaa.pdf>. Access on July 10th 2012.
- VAN IMHOFF, E. and N. Keilman (2000), "On the quantum and tempo of fertility: comment", in *Population and Development Review*, 26(3), New York: Population Council, pp. 549-553.

106

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

La unión libre en Colombia: 1973-2005

Free union in Colombia: 1973-2005

Anny Carolina Saavedra

Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona

Albert Esteve Palós

Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona

Antonio López-Gay

Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

Este artículo examina la evolución de la unión libre en Colombia entre 1973 y 2005 con el objetivo de trazar sus fronteras geográficas y sociales. La primera parte del estudio indaga sobre sus raíces históricas y evolución en ese país hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. En la segunda parte se utilizan microdatos censales para documentar las tendencias actuales. Los resultados muestran un incremento generalizado de las uniones libres en todos los grupos educativos y territorios del país. Este aumento se presenta en un contexto de creciente reconocimiento legal que prácticamente equipara los derechos y obligaciones de los cohabitantes con los de los casados. La expansión de la unión libre no ha borrado algunos de sus rasgos característicos: su mayor frecuencia entre mujeres poco escolarizadas y su arraigo cultural y territorial; prueba de ello es la vigencia de los complejos culturales identificados por Gutiérrez Pineda en los años sesenta.

Abstract

We examine the geographic and social boundaries of unmarried cohabitation in Colombia between 1973 and 2005. We begin by describing the historical roots and evolution of cohabitation through the second half of the 20th century. We then document the most recent trends in cohabitation using census microdata. Results show a widespread increase in cohabitation in all educational groups and regions. This rise occurred in a context of growing legal recognition that practically equates the rights and obligations of cohabitators with those of married people. The cohabitation boom maintains some of its historical features, such as high prevalence among less educated women, and its cultural and regional roots. These characteristics remain visible in the cultural and regional systems first identified by Gutiérrez Pineda in the 1960s.

107

A. C. Saavedra,
A. E. Palós
y A. López-Gay

Palabras clave: uniones libres, Colombia, América Latina, geografía histórica.

Key words: Free unions, Colombia, Latin America, historical geography.

Introducción

El matrimonio y la unión libre han coexistido en América Latina desde tiempos coloniales (Quilodrán, 1999; Castro Martín, 2001). En las últimas décadas, la unión libre ha crecido vertiginosamente en toda la región expandiéndose en territorios y grupos sociales en los que era poco común (Esteve Palós, Lesthaeghe y López-Gay, 2012). Colombia es el país que mejor ejemplifica esta expansión en América Latina: en 1973, aproximadamente el 20% de las mujeres colombianas entre 25 y 29 años que vivían en unión lo hacía en unión libre; en 2005, ese porcentaje había crecido hasta el 66% –una cifra superior a la observada a principios de este siglo en países como Panamá, Venezuela o Ecuador, donde ese tipo de unión había estado históricamente más arraigado.

En este contexto, este artículo examina la evolución de la unión libre en Colombia entre 1973 y 2005 con el objetivo de trazar sus fronteras geográficas y sociales y aportar elementos al debate sobre el tipo de unión libre que está creciendo en Colombia como caso particular en América Latina. A modo de introducción y a partir de fuentes secundarias, la primera parte del estudio indaga sobre las raíces históricas y la evolución de la unión libre en Colombia hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. En la segunda parte, los datos censales de 1973, 1985, 1993 y 2005 toman el relevo a las fuentes secundarias para documentar las tendencias actuales. La obra de la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda sobre la familia en Colombia, publicada en 1968, sirve de enlace entre la primera y la segunda parte del trabajo. Los límites geográficos de los complejos culturales y de la unión libre identificados por Gutiérrez de Pineda (1968) se utilizan como referencia para analizar la distribución espacial de dicha unión y su tendencia en las últimas décadas.

108

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

La unión libre: recorrido histórico, legal y geográfico

Las raíces históricas

Hablar en el presente sobre la familia en América Latina obliga a acudir al pasado. La colonización europea del continente americano supuso la interacción de grupos poblacionales heterogéneos, tanto étnica como culturalmente, lo que dio lugar a complejas tramas familiares (Castro Martín, 2001). Entre ellas, la unión libre surgió como mecanismo de escape al fuerte control social que familia, iglesia y Estado ejercían sobre el matrimonio (Rodríguez Vignoli, 2004; Quilodrán, 2001).

En época prehispánica, los pueblos indígenas tenían sistemas matrimoniales muy distintos a los que regían en la Europa cristiana. La unión libre era ya una práctica extendida entre algunas comunidades indígenas (Castro Martín, 2001; Quilodrán, 1999; Vera Estrada y Robichaux, 2008). El *siryanakuy*, presente en los Andes del Perú y de Bolivia, o el *amaño*, en Colombia, son dos ejemplos de ello. En ambos casos, se trataba de formas de matrimonio a prueba para examinar si la convivencia entre los cónyuges era viable (Gutiérrez de Pineda, 1968; Pribilsky, 2007; Rojas, 2009).

Tras la conquista de América, en pleno auge del colonialismo, la iglesia instauró el catecismo en los pueblos nativos mediante el cual se difundieron la naturaleza y los atributos de los ritos sacramentales, entre ellos el rito matrimonial (Ghirardi e Irigoyen López, 2009; Quilodrán, 1999). Fueron condenadas todas aquellas conductas que rayaban con la herejía. El divorcio, la poligamia, la poliandria, la bigamia o el adulterio eran considerados pecados graves (Dueñas, 1997; Rodríguez, 2004). La actividad misionera rindió sus frutos a largo plazo, incidiendo profusamente en la vida conyugal de los indígenas. Instituciones como la *encomienda*¹ reforzaron aún más el matrimonio: la presión de la iglesia, sumada a los intereses del encomendero, promovía el matrimonio entre indígenas como una estrategia para garantizar la mano de obra, mantener cierta estabilidad en la comunidad y asegurar el pago del tributo real.

A pesar de que la iglesia, en general, fomentó las uniones matrimoniales de corte endogámico, las distintas etnias que coexistían en América Latina se encontraron biológicamente y culturalmente y la interacción entre indígenas, negros y colonos resultó en un intenso mestizaje. Y, dado que la capacidad de influencia de la iglesia entre la población negra y mestiza fue menor que entre las poblaciones indígenas, la unión libre floreció principalmente a través de esta mezcla étnica (Rodríguez, 2004; Vera Estrada y Robichaux, 2008): las uniones de mestizos y mulatos se conformaron casi en su totalidad al margen del matrimonio (Dueñas, 1997; Rodríguez, 2004). El mestizaje prosperó especialmente a través del *amanceamiento* y el *concubinato*. El primero era un tipo de unión estable, más característico entre solteros, que se daba en ausencia de un acto matrimonial. El segundo era un tipo de unión más eventual que, en la mayoría de los casos, tomaba la forma de adulterio. En ambos casos se trataba de uniones de gran fragilidad presentes en las clases sociales más bajas (Rodríguez, 2004).

El matrimonio imperaba en la cima de la jerarquía social. Los colonos blancos y las clases sociales altas adhirieron a las reglas del matrimonio europeo, aunque era habitual entre los hombres practicar el concubinato con mujeres de menor posición social o esclavas. Las uniones matrimoniales endogámicas favorecían la transferencia hereditaria “ limpia”, garantizaban una generación de hijos legítimos y mantenían el prestigio de las familias (Gutiérrez de Pineda, 1968).

Generalmente, los Estados copiaron las legislaciones europeas de las naciones colonizadoras para promover y regular oficialmente el matrimonio. Sin embargo, la eficacia del Estado y de la iglesia para imponerlo fue desigual. El matrimonio era poco común no solo entre mestizos y esclavos sino también en aquellos lugares más remotos en los que la debilidad de las estructuras administrativas dificultó su implementación, lo que favoreció la unión libre.

¹ La encomienda fue un sistema socioeconómico implantado en América, mediante el cual se otorgaban al “encomendero” grandes extensiones de tierra para la explotación agrícola y un cierto número de indígenas forzados a trabajar para tributar a la Corona Española.

Finalizado el período colonial, a principios del siglo XIX, la unión libre, en sus formas de amancebamiento y concubinato, continuaba firmemente arraigada entre las clases sociales más bajas y su distribución en el país variaba en función de la composición étnica de cada región. En cambio, el matrimonio era hegemónico entre las clases más pudientes. Se estima que, a finales de siglo XIX y principios del XX, aproximadamente la mitad de los nacimientos eran ilegítimos (Rodríguez, 2004).

La unión libre en el siglo XX

La evolución de la unión libre en el siglo XX tiene dos etapas bien diferenciadas. La primera mitad del siglo supuso un aumento de la nupcialidad en general, tanto para las uniones libres como para los matrimonios católicos. El matrimonio católico alcanzó sus máximas cotas en las generaciones nacidas entre 1910 y 1914 (Zamudio y Rubiano, 1991): más del 80% de las mujeres de estas generaciones se unieron en matrimonio. En las cohortes siguientes el matrimonio católico empezó su declive. A principios de los años 60 se inició una segunda etapa de fuerte expansión de la unión libre que perdura hasta la actualidad: entre las generaciones de 1960 y 1965, la proporción de matrimonios católicos cayó hasta el 35%. Esto ocurrió en una época de grandes cambios culturales y estructurales: aumentaron los niveles de escolarización, especialmente entre las mujeres; la mujer se incorporó al mercado de trabajo; cayó la fecundidad y el país se fue urbanizando; además, la difusión de la anticoncepción permitió un ejercicio más libre de la sexualidad y un cambio de actitud frente al matrimonio y la vida conyugal (Zamudio y Rubiano, 1991).

110

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Tanto en el campo como en la ciudad, la unión libre creció a expensas del matrimonio católico. La aprobación del matrimonio civil para los católicos en 1974 no supuso la recuperación del matrimonio, pero constituyó una alternativa legal para quienes querían legitimar su unión con un doble vínculo, civil y católico. Dado el carácter de indisolubilidad del matrimonio católico, la unión libre era la única opción para los que querían formar segundas uniones habiendo estado casados por la iglesia con anterioridad (Zamudio y Rubiano, 1991).

Junto con la unión libre, también se elevó el número de separados y divorciados; aumentó la inestabilidad de las uniones en los primeros años de convivencia y crecieron, en consecuencia, los hogares de jefatura femenina (Pachón, 2007). Algunos autores atribuyeron el aumento de la inestabilidad a una mayor igualdad entre los cónyuges en aspectos tales como la edad o el nivel educativo (Rodríguez, 2004; Zamudio y Rubiano, 1991).

El marco legal

La institucionalización del matrimonio civil en América Latina data de finales del siglo XIX (Quilodrán, 2003). En Colombia tuvo un largo recorrido que estuvo sujeto a la influencia de corrientes políticas liberales y conservadoras. El proceso se inicia con el establecimiento de la Ley de matrimonio en 1853, en la que se daba carácter de contrato civil al matrimonio, lo que condujo a despojar de efectos jurídicos al matrimonio católico. Tres años más tarde, se le otorga nuevamente el valor legal al rito eclesiástico para retirárselo por segunda vez en el año 1862. El movimiento regenerador muy cercano

al catolicismo llega años después, y es con la Ley 57 de 1887 que se le conceden efectos civiles y políticos al matrimonio católico (Guzmán Álvarez, 2006; Aristizábal, 2007). Transcurrido gran parte del siglo XX sin mayores cambios a nivel legislativo, la instauración definitiva del matrimonio civil se produce mediante la Ley 20 de 1974, que aceptaba el matrimonio civil entre quienes se profesaban católicos sin la exigencia de hacer una declaración expresa de apostasía. El divorcio para los enlaces civiles fue aprobado mediante la Ley 1 de 1976.

Entre 1968 y 2005 se promulgaron varias leyes que incrementaron la seguridad legal de las uniones libres y sus descendientes. La unión libre recibió el primer espaldarazo legal con la Ley Cecilia de 1968. Esta Ley estableció el reconocimiento de paternidad de los llamados hijos naturales (nacidos fuera del matrimonio), ofreció protección legal a los hijos y determinó la responsabilidad paterna sobre los mismos. La Ley 29 de 1982 igualó los derechos sobre herencia patrimonial entre hijos legítimos e ilegítimos (Echeverry de Ferrufino, 1984). La Ley 54 de 1990 definió legalmente la unión marital de hecho como "la formada por un hombre y una mujer, que, sin estar casados, hacen una comunidad de vida permanente y singular". Además, esta ley regula el régimen patrimonial entre compañeros permanentes: se resuelve la existencia de una sociedad patrimonial cuando la unión marital de hecho supera un lapso no inferior a dos años de convivencia entre un hombre y una mujer con o sin impedimento legal para contraer matrimonio. La Constitución del año 1991 promulga a la familia como núcleo de la sociedad, al mismo tiempo que reconoce la validez de las uniones libres y establece la igualdad de derechos y deberes de los hijos con independencia de su estatus. Finalmente, gracias a la Ley 979 de 2005, que modificó parcialmente la Ley 54 de 1990, se instauraron mecanismos ágiles para demostrar las uniones maritales de hecho, además de precisar otros efectos patrimoniales (Castro Martín *et al.*, 2011).

Geografía histórica de la unión libre: los complejos culturales de Gutiérrez Pineda

Colombia está dividida en cinco grandes regiones naturales: Caribe, Pacífica, Andina, Orinoquía y Amazónica. Cada sección corresponde a espacios geográficos que comparten diferentes características medioambientales, como el relieve, el clima o el suelo. Un punto crucial de esta distribución son las tres cordilleras que surcan el territorio: Occidental, Central y Oriental. Estas tres vertientes son barreras limítrofes naturales que indirectamente han propiciado que algunas partes del territorio se conserven en relativo aislamiento. Asimismo, este componente de montaña –unido a la pluralidad cultural y étnica y a sus características geográficas y económicas– hace que haya persistido una gran diversidad regional en el país.

En los años 50, la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda realizó uno de los estudios más exhaustivos sobre tipología y estructura familiar que se conocen en América Latina: un trabajo sobre Colombia centrado en las tres regiones más pobladas –Caribe, Pacífica y Andina–, que culminó en su obra *Familia y cultura en Colombia* (1968). Gutiérrez de Pineda identificó cuatro complejos culturales que configuraban unidades

geográficas con características familiares propias: *andino o americano; santandereano o neo-hispánico; antioqueño o de la montaña; y litoral-fluvio-minero o negroide*. El Cuadro 1 muestra de forma sintética las principales características de estos complejos y complementa los límites geográficos representados en el Apéndice.

El complejo *andino* es de descendencia principalmente indígena mezclada con un menor componente hispánico. Se caracteriza por sus fuertes rasgos patriarcales y una gran asimilación religiosa que transfirió a su estructura familiar. Se trata, por tanto, de una zona donde prevalece el matrimonio.

El complejo *santandereano* se reconoce por su gran porcentaje hispánico sumado a un menor aporte indio. Prevalecen simultáneamente las uniones matrimoniales y consensuales, pero con predominio de las primeras. Un rasgo característico es su fuerte régimen patriarcal. La casi nula presencia del grupo étnico negro sumada a la fuerte presencia religiosa en instituciones como la Encomienda o los Resguardos impulsaron la adhesión a valores cristianos en las comunidades indígenas. Sin embargo, no fue así entre los descendientes hispánicos. Sus fuertes rasgos patriarcales y las desavenencias políticas con la iglesia lograron desvincular parcialmente a la familia de la influencia religiosa. A pesar de este desapego, las clases altas siguieron conformando uniones matrimoniales en un cerrado sistema de clases sociales que alimentó las uniones de corte endogámico.

El complejo *antioqueño* fue el que más asimiló la institución religiosa; le otorgó una posición social privilegiada y modeló la estructura familiar bajo su normativa. La mayor parte de las uniones son, por tanto, de carácter legítimo sustentadas bajo la premisa matrimonial. Este complejo presenta los niveles más bajos de unión libre y los más altos índices de nupcialidad. Las uniones libres, aunque de muy bajo número, se encuentran remitidas a las zonas urbanas y a las áreas ubicadas sobre los límites que comparte con otros complejos.

El complejo *litoral-fluvio-minero* es un grupo triétnico, con un evidente predominio de población negra. A pesar de su extensa riqueza ambiental, gran parte de las áreas que agrupa este complejo se han caracterizado por las altas condiciones de pobreza en las que vive su población. Su bajo nivel de desarrollo contrasta con los logros alcanzados en el interior del país en múltiples dimensiones sociales. La influencia de la iglesia sobre el moldeamiento de la estructura familiar ha sido limitada y en algunos casos nula. Por consiguiente, en esta área imperan las relaciones no formales expresadas en sus múltiples formas. Gutiérrez de Pineda sostiene que el proceso de aculturación religiosa en esta subcultura se vio afectado en la colonia por varios sucesos: un abierto desinterés en el adoctrinamiento católico de la población negra, el difícil acceso geográfico de sus zonas de asentamiento y una pobre presencia de la iglesia. De ahí la escasa asimilación religiosa que tuvieron los enlaces conyugales. De todos modos, señala, esta característica tiene variaciones por estratificación social: las clases altas, en su mayoría, legitiman sus uniones, mientras que las bajas lo hacen en proporciones mínimas. Sin embargo, es en las altas donde proliferan las uniones poligámicas.

Cuadro 1
Características de los complejos culturales de Gutiérrez Pineda

Complejos culturales	Andino o americano	Santandereano o neo-hispánico	Antioqueño o de la montaña	Negroide o litoral-fluvio-minero
Localización	Zona meridional y nororiental de la zona andina. Situada en el costado oriental de los Departamentos de Cauca, Nariño y Cundinamarca, en la parte occidental de Boyacá y de los Santanderes y en la porción nororiental y suroccidente del Huila.	Ocupa una pequeña porción de la cordillera Oriental. Comprende las porciones centrales de los Departamentos de Santander y Norte de Santander.	Está situado en el punto de unión de las cordilleras Central y Occidental en la Región Andina Media. Ocupa gran parte de los Departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda y Quindío, la zona occidental de Tolima y nororiental del Valle del Cauca.	Comprende las regiones Pacífica y Caribe, y algunos segmentos próximos a la ribera de los ríos Magdalena y Cauca. Se extiende por la totalidad de los Departamentos de Magdalena, Cesar, Atlántico, Bolívar, Sucre, Córdoba, Chocó, por el costado occidental de Valle del Cauca, Cauca y Nariño y por el costado sur de la Guajira.
Presencia de población indígena*	Alta	Media	Media	Media
Presencia de población negra*	Media	Baja	Baja	Alta
Presencia de población hispánica*	Media	Alta	Media	Baja
Influencia de la religión en la familia*	Alta	Alta en los indígenas Media en la élite hispánica	Alta	Baja
Prevalencia de la unión libre*	Media	Media	Baja	Alta

*La calificación alta, media o baja se ha realizado sobre la base de los comentarios y descripciones de Gutiérrez Pineda y en ningún caso debe leerse como un indicador absoluto del nivel de la variable en ese complejo, sino en términos de importancia relativa entre regiones.

Fuente: Elaboración propia a partir de Gutiérrez de Pineda, 1968.

Gutiérrez de Pineda dibujó un país de fuertes contrastes geográficos e históricos que también se reflejan en la mayor o menor presencia de uniones libres. En la zona de la Costa Caribe y Pacífica, por ejemplo, las pautas familiares son parecidas a las de otros países caribeños: edad temprana a la unión, proliferación de uniones libres y bajos niveles de celibato. Las zonas interiores, como la Antioqueña y la Santandereana, se caracterizan por una persistencia de formas nupciales más tradicionales. En el próximo apartado veremos si la división de Gutiérrez de Pineda todavía es vigente en los datos de 2005.

La evolución reciente de la unión libre: 1973-2005

Consideraciones previas sobre los datos

Los inconvenientes de trabajar con fuentes de información sobre nupcialidad en América Latina son bien conocidos. La cobertura incompleta de registros vitales, la poca accesibilidad a microdatos, sumadas a las dificultades en la reconstrucción de biografías matrimoniales retrospectivas, hacen de su estudio una tarea poco exhaustiva (Castro Martín, 2001; Rodriguez Vignoli, 2004; Castro Martín *et al.*, 2011). La disponibilidad de encuestas tipo World Fertility Survey (WFS) o Demographic and Health Survey (DHS) han facilitado una información valiosa sobre la historia de las uniones femeninas con algunas limitantes: un reducido número de casos, falta de información sobre los hombres, escaso detalle territorial y poca profundidad histórica (Quilodrán, 2003; Castro Martín *et al.*, 2011).

El análisis de las últimas tendencias de la unión libre en Colombia que se realiza en este artículo se ha hecho a partir de los microdatos censales de los Censos de Población y Vivienda de Colombia de los años 1973, 1985, 1993 y 2005 (véase la Tabla 1). En concreto, se trata de muestras de microdatos individuales organizados en hogares que han sido armonizadas y puestas a disposición por el proyecto Integrated Public Use of Microdata Series International (IPUMS) (Minnesota Population Center, 2011). Sin duda una de las grandes ventajas de las muestras censales es la cobertura geográfica y temporal que, junto con un elevado tamaño muestral de los microdatos para Colombia en IPUMS, permite el análisis de las variaciones de la unión libre en el tiempo y en el espacio. No se puede obviar, sin embargo, que esta fuente no puede ahondar en otros aspectos importantes de la nupcialidad como, por ejemplo, el calendario a la unión, las segundas nupcias o si ha habido cohabitación previa al matrimonio. La única variable sobre nupcialidad es el estado civil, variable que incluye la unión libre como una opción en todos los censos analizados. A diferencia de otras regiones del mundo, los censos de América Latina, entre ellos los de Colombia, incorporaron la categoría de unión libre junto a las categorías clásicas de estado civil (soltero, casado, divorciado y viudo) a partir de la década de 1950 (De Vos, 1999; Castro Martín, 2001; Esteve Palós, Lesthaeghe y López-Gay, 2012).

Para medir la incidencia de la unión libre, calculamos la proporción de mujeres entre 25 y 29 años en unión libre respecto del total de mujeres en unión (casadas más mujeres en unión libre). El análisis se limita a la población femenina. Los resultados para los hombres son muy similares a los de las mujeres. Para evitar la interferencia de la edad y el solapamiento de cohortes entre censos, seleccionamos las edades 25 a 29. La unión libre suele tener un calendario más precoz que el matrimonio, razón por la cual a edades más avanzadas la proporción de uniones libres disminuye a favor del matrimonio. Este patrón por edad resulta de la combinación de varios factores: duración desigual por tipo de unión, legalización de las uniones libres y cambio generacional. Los datos censales no permiten aislar estos componentes por separado; por ello, limitamos el análisis a un grupo de edad para evitar posibles sesgos.

La incidencia de la unión libre se examina por años de escolaridad, etnia y lugar de residencia. Los años de escolaridad son utilizados como una variable informativa del

estrato social. Se han creado 5 categorías: 0 años de escolaridad, 1 a 5, 6 a 9, 10 a 11 y 12 y más. Las personas con estudios universitarios fueron agrupadas en la categoría 12 y más debido a que en el Censo de 1993 no fue posible diferenciar más allá de los 12 años de escolaridad.

Tabla 1
Características de las muestras. Colombia. Años 1973, 1985, 1993 y 2005

Características	1973	1985	1993	2005
Edad				
25-29	47,046	79,782	97,898	95,998
Tipo de unión				
Cohabitación	9,251	26,469	48,133	62,975
Matrimonio	37,795	53,312	49,765	33,023
Educación				
0	7,824	5,745	4,785	3,493
1-5	27,599	35,789	37,317	26,763
6-9	7,117	18,776	27,286	17,776
10-11	2,348	12,501	17,819	29,223
12 y +	990	5,447	9,309	18,449
Pertenencia étnica				
Indígena	-	-	-	3,136
Negro	-	-	-	10,127
Mestizo	-	-	-	82,329

Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

La variable grupo étnico distingue entre *indígenas, negros y resto de la población*. La metodología utilizada para determinar la etnicidad a partir de fuentes censales en Colombia ha estado sujeta a múltiples modificaciones a lo largo del tiempo. En el período que nos compete, fue a partir del Censo de 1993 que se indagó por primera vez a todos los individuos respecto de su pertenencia étnica sobre la base del autorreconocimiento. Esto permitió la identificación de la población perteneciente a una etnia, grupo indígena o comunidad negra. En el Censo de 2005, siguiendo la línea del reconocimiento individual, se emplearon los criterios cultural y fenotípico para determinar la filiación étnica.² La inclusión de una referencia puntual a los rasgos físicos hizo posible la visibilidad de la población negra que no se reconoce culturalmente o que no se identifica como

2 El formulario censal de 2005 en su módulo de identificación étnica pregunta: ¿De acuerdo con su cultura, pueblo o rasgos físicos se reconoce como: 1. Indígena?, 2. Rom?, 3. Raizal del archipiélago de San Andrés y Providencia?, 4. Palenquero de San Basilio?, 5. Negro(a), mulato(a), afrocolombiano(a) o afrodescendiente?, 6. Ninguno de los anteriores?

perteneciente a una comunidad. En este apartado solo utilizamos datos del año 2005 en razón de la documentada subestimación de población negra en el Censo de 1993 (DANE, 2007).

Finalmente, para el análisis territorial, utilizamos 487 agregados municipales construidos por IPUMS que permiten el análisis en el tiempo. Cada agregado representa a 20,000 personas como mínimo en la población general.

La evolución temporal de la unión libre

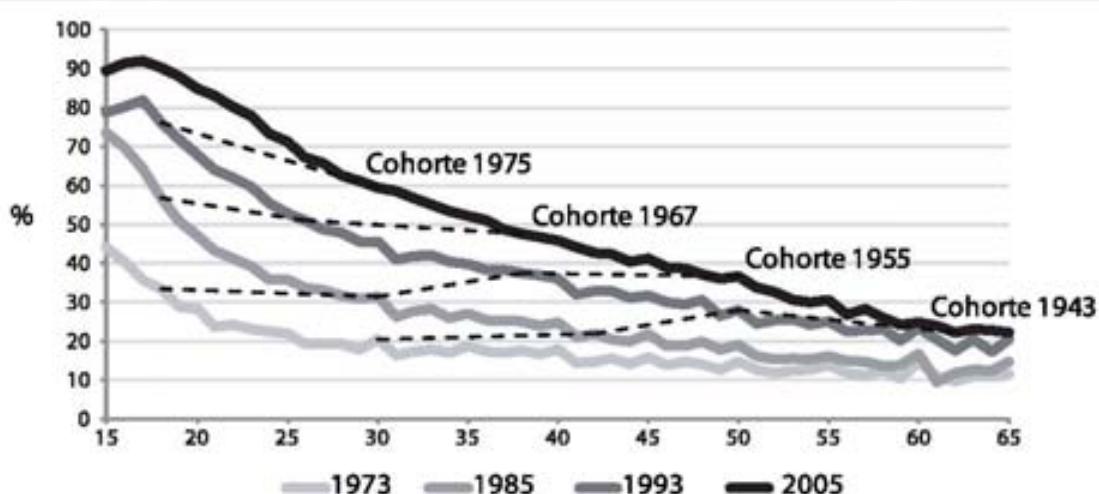
El Gráfico 1 presenta el porcentaje de mujeres cohabitantes sobre el total de unidas, por edad y año censal. Dada la amplitud temporal de los datos, podemos incluso reconstruir la evolución de la cohabitación por cohortes de nacimiento. En el gráfico hemos identificado las cohortes de 1943, 1955, 1967 y 1975.

Las uniones libres han aumentado en todas las edades entre 1973 y 2005. Los niveles más elevados de cohabitación se observan en las mujeres unidas más jóvenes. En 1973, el 30% de las mujeres unidas de 18 años lo hacía en unión libre. Treinta y dos años más tarde, en 2005, esta proporción aumentaba hasta el 90%. A edades más tardías, la incidencia de la unión libre es menor, pero siempre más elevada en 2005 que en 1973. La pauta por edad puede conducir a interpretaciones erróneas si no se complementa con la perspectiva longitudinal. Por un lado, es cierto que a edades jóvenes la cohabitación es más elevada porque hay menos mujeres unidas y el peso de las uniones libres es más alto debido a que suelen tener un calendario más temprano que el matrimonio. Por otro lado, sin embargo, a partir de los 30 años, la proporción de mujeres unidas es bastante alta y estable. La perspectiva longitudinal revela que los niveles de cohabitación se mantienen muy estables con la edad. Por ejemplo, la proporción de mujeres nacidas en 1943 que cohabitaban a los 30 años era muy parecida a la observada a los 42, los 50 o incluso a los 62 años de edad, con unos niveles ligeramente por encima del 20%. Las mujeres nacidas en 1955 muestran una pauta parecida pero sobre un nivel más elevado, superior al 30%. ¿Qué significa esto?: que la pauta por edad esconde un cambio generacional que viene condicionado por la importancia de la cohabitación en los años en los que la mayoría de parejas se formaba; y que los datos sugieren que, a partir de cierta edad, no habría un gran trasvase de parejas cohabitantes que transcurridos unos años se convierten en matrimonio –una hipótesis que se tendrá que verificar con datos longitudinales a nivel individual.

La unión libre por estratos sociales

La Tabla 2 muestra la distribución por nivel educativo de la población total, la población en unión y la población unida en unión libre. La proporción de mujeres de 25 a 29 años que nunca fue a la escuela era en 1973 del 17.0% y se redujo hasta el 5.5% en 2005. Los efectos de las políticas nacionales de acceso a la educación se ven claramente en estos datos. Entre 1973 y 2005, la proporción de mujeres con 10 a 11 años de escolarización (estudios secundarios completos) aumentó del 5.9% al 24.6% y la población universitaria creció del 2.9% al 19.4 por ciento.

Gráfico 1
Porcentaje de mujeres cohabitantes sobre el total de unidas, por edad, año censal
y cohorte de nacimiento. Colombia. Años 1973, 1985, 1993 y 2005



Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

Entre esos mismo años, disminuyó del 67% al 59% la proporción de mujeres en unión. Se observa que a mayor número de años de escolarización, menor es la proporción de mujeres unidas a la edad de 25-29, lo que significa que las mujeres que permanecen más años en el sistema educativo se unen más tarde. Ahora bien, la proporción de mujeres unidas según años de escolarización varió en el tiempo de forma desigual en función del grupo educativo: entre las mujeres que nunca fueron a la escuela disminuyó del 67.4% en 1973 al 61.3% en 2005, entre las mujeres con 1 a 5 y con 6 a 9 años de escolarización aumentó, mientras que el grupo con 10 a 11 años de escolarización se mantuvo estable y el grupo con 12 y más años disminuyó del 50.2% en 1973 al 41.6% en 2005.

La polarización en cuanto a disminución de las uniones que se observa en los grupos de escolaridad extrema puede tener varias explicaciones. Por un lado, en un contexto de fuerte expansión educativa, las mujeres sin escolarización alguna están cada vez más seleccionadas y marginadas en el mercado matrimonial dada la importancia de la educación en este mercado. Por otro lado, las mujeres más educadas estarían retrasando la entrada en unión por motivos varios, entre ellos mejorar su posición en el mercado laboral, ampliar el tiempo de búsqueda de pareja u optar por formas más flexibles de tener pareja que no impliquen la co-residencia.

El último bloque de la Tabla 2 muestra la proporción de mujeres en unión libre sobre el total de mujeres unidas. Los datos revelan que existe y persiste el gradiente educativo por el cual la presencia de uniones libre disminuye con los años de escolarización. En 1973, el 40.5% de las mujeres unidas que no habían ido a la escuela vivían en unión libre mientras que entre las más escolarizadas solo un 1.4% se encontraba en esta situación. En 2005, los niveles de cohabitación eran más elevados en todos los grupos educativos, pero la diferencia absoluta entre los mismos se mantuvo estable. La proporción de mujeres en

Tabla 2
Distribución (en porcentaje) de la población total, de las mujeres en unión y de las mujeres cohabitantes respecto del total de mujeres en unión, según nivel educativo.
Colombia. Años 1973, 1985, 1993 y 2005

Años educación	1973	1985	1993	2005	1973	1985	1993	2005	1973	1985	1993	2005
	Población (%)				Unidas (%)				Cohabitantes (%)			
0	17.0	6.8	4.7	5.5	67.4	70.9	67.1	61.3	40.5	61.1	72.3	83.5
1-5	57.8	41.7	34.7	33.0	69.9	72.2	71.6	72.9	18.8	39.8	58.3	74.8
6-9	16.5	23.2	26.3	17.5	63.1	67.9	69.0	69.2	6.4	29.6	49.9	75.3
10-11	5.9	17.9	19.7	24.6	58.5	58.8	60.2	58.5	2.3	17.1	35.3	62.7
12 y +	2.9	10.4	14.6	19.4	50.2	43.8	42.3	41.6	1.4	7.0	21.7	43.9
Total	-	-	-	-	67.1	65.7	64.2	59.0	19.4	33.0	48.8	65.6

Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

Tabla 3
Distribución (en porcentaje) de la población total, de las mujeres en unión y de las mujeres cohabitantes respecto del total de mujeres en unión, según nivel educativo y pertenencia étnica.
Colombia. Año 2005

Año 7 Número 13 Julio/ diciembre 2013	Años de educación	Población			Unidas			Cohabitantes		
		Mest.	Indig.	Neg.	Mest.	Indig.	Neg.	Mest.	Indig.	Neg.
0	2.6	24.2	5.0		59.0	66.3	65.4	82.8	79.7	91.8
1-5	21.6	42.1	25.1		73.1	71.8	72.8	73.0	74.8	87.3
6-9	15.7	10.6	18.3		69.8	67.7	65.3	74.4	76.9	82.4
10-11	31.0	16.6	32.7		58.8	54.7	56.9	61.5	64.9	72.4
12 y +	29.0	6.4	19.0		41.6	39.5	42.8	42.7	49.2	58.3
Total	-	-	-		58.6	65.1	60.2	63.7	73.8	78.0

Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

unión libre se multiplicó por 2 en el grupo con 0 años de escolarización, por 4 en el grupo con 1 a 5 años, por 12 en el de 6 a 9 años, por 27 en el de 10 a 11 y por 31 en el de 12 y más años. En 2005, la unión libre representaba más del 50% de las uniones entre todas las mujeres, a excepción de las más instruidas.

La Tabla 3 muestra los mismos indicadores de la Tabla 2 pero por pertenencia étnica y solo para el Censo de 2005. El 24.2% de las mujeres indígenas de 25 a 29 años nunca fue a la escuela –una proporción superior a la de la población mestiza (2.6%) y a la de la población negra (5.0%). Por años de escolaridad, la proporción de mujeres unidas por pertenencia étnica es muy similar. No obstante, la unión libre es más común entre la población negra que en el resto de grupos, con independencia de los años de escolarización: representaba el 58.3% de las uniones de mujeres negras con 12 y más años de escolarización

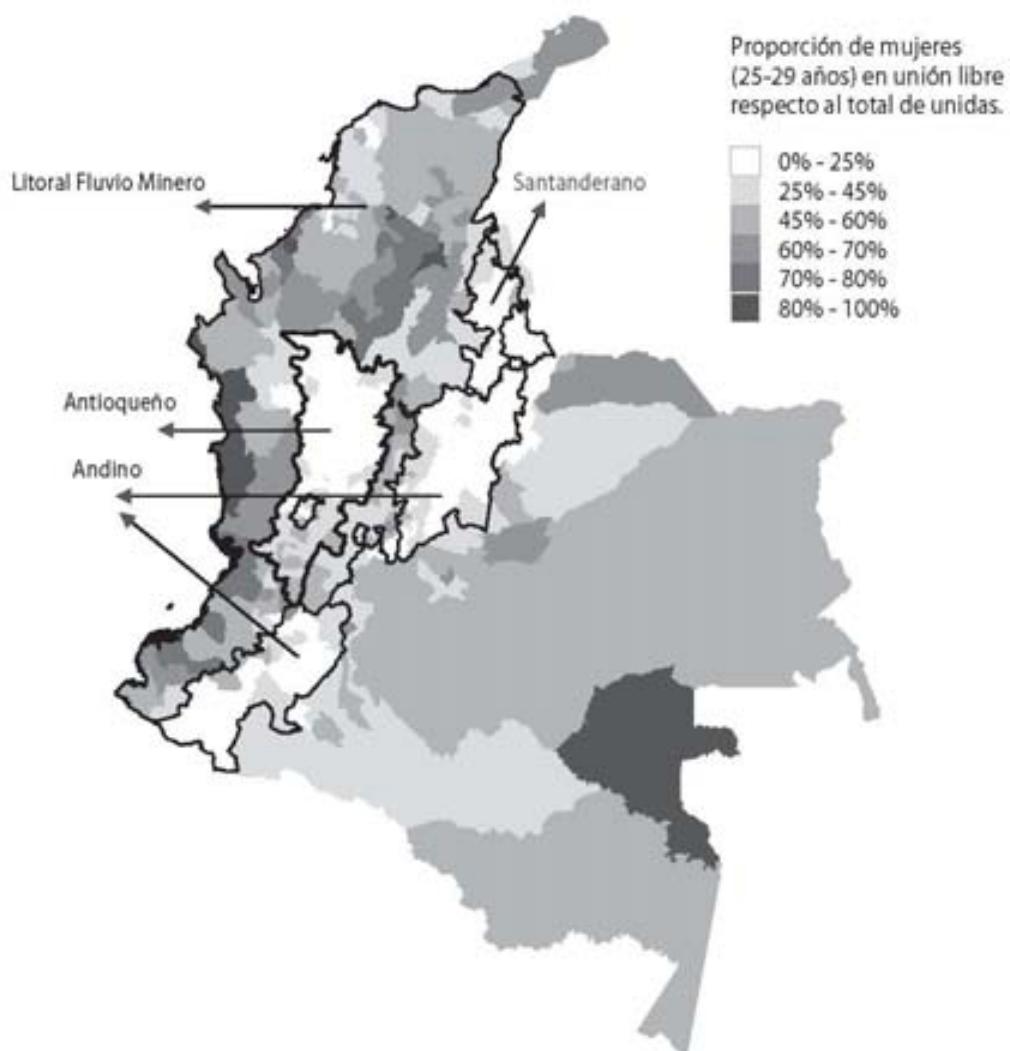
—mientras que esta proporción era del 49.2% entre las mujeres indígenas y del 42.7% en el resto de las mujeres.

Geografía contemporánea de la unión libre

Los Mapas 1, 2 y 3 muestran la distribución de la proporción de mujeres de 25 a 29 años en unión libre por agregados municipales en los años 1985, 1993 y 2005.

Mapa 1

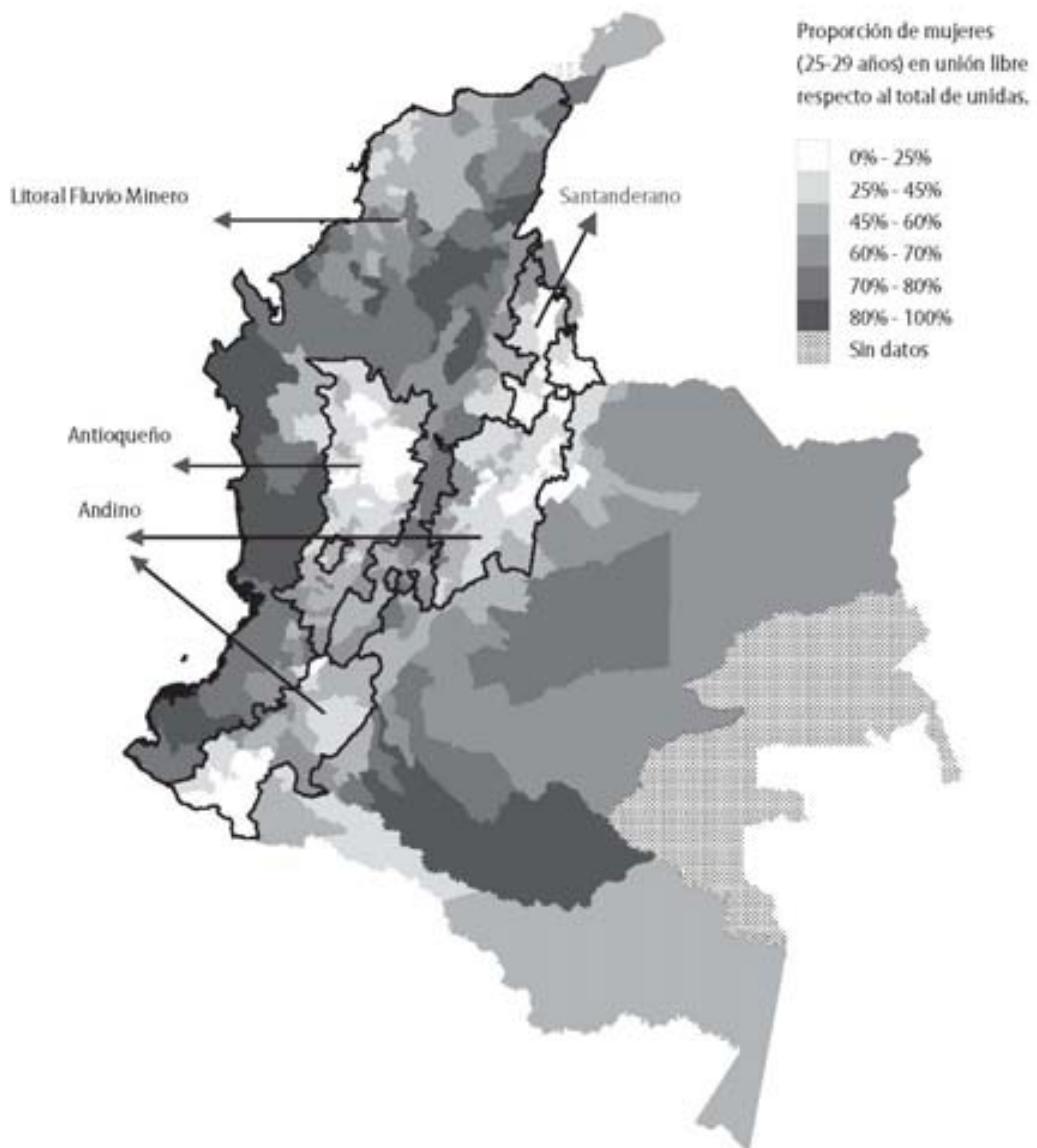
Municipios y complejos culturales según proporción de mujeres de entre 25 y 29 años en unión libre respecto del total de mujeres unidas. Colombia. Año 1985



119

A. C. Saavedra,
A. E. Palós
y A. López-Gay

Mapa 2
Municipios y complejos culturales según proporción de mujeres de entre 25 y 29 años en unión libre respecto del total de mujeres unidas. Colombia. Año 1993



120

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

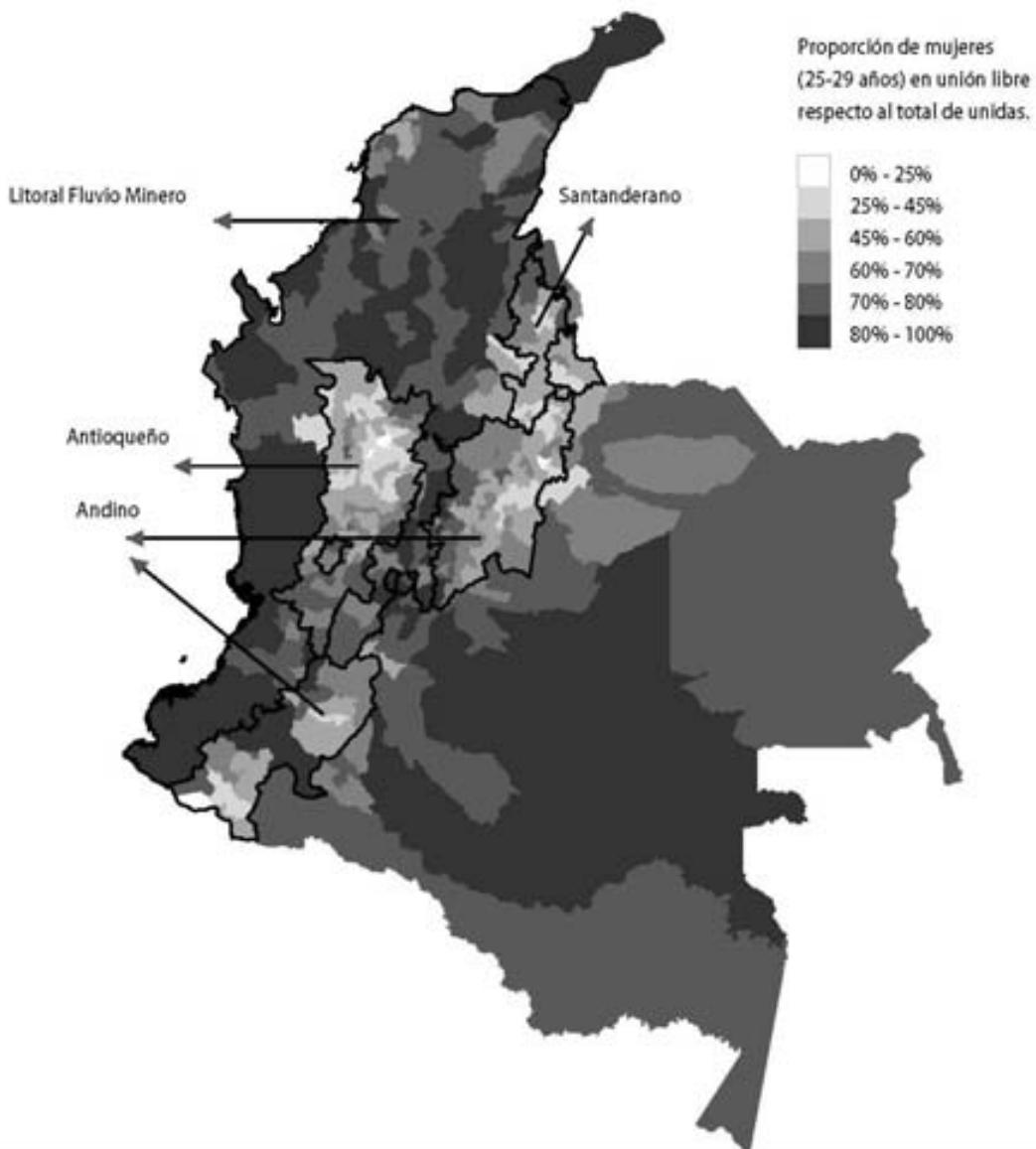
2013

Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

De la observación conjunta de los mapas destacamos dos resultados: crecimiento generalizado de la unión libre en todas las regiones del país y permanencia en el tiempo de los contrastes territoriales.

Por su parte, el Gráfico 2 muestra el crecimiento por agregados municipales de la unión libre entre 1985 y 2005. En este gráfico se observa la proporción de mujeres en unión libre para los 487 agregados municipales. Las unidades territoriales están ordenadas en el eje horizontal de menor a mayor según el nivel de unión libre que registraban en el Censo de 1985. El gráfico identifica para cada censo la proporción de mujeres en unión libre. Con el objetivo de visualizar mejor el cambio en el tiempo, hemos ajustado

Mapa 3
Municipios y complejos culturales según proporción de mujeres de entre 25 y 29 años en unión libre respecto del total de mujeres unidas. Colombia. Año 2005



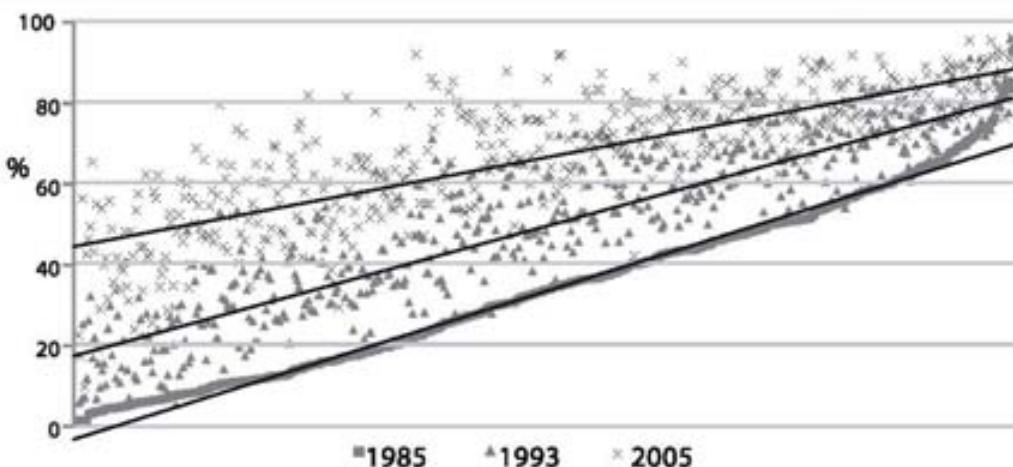
121

A. C. Saavedra,
A. E. Palós
y A. López-Gay

Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

una recta de regresión para cada año censal. El crecimiento ha sido generalizado en todas las unidades, con independencia del nivel de unión libre que tuvieran en 1985. Salvo pocas excepciones, todos los municipios han crecido entre 10 y 18 puntos porcentuales entre 1985 y 1993, y entre 8 a 24 puntos entre 1993 y 2005. El aumento ha sido más destacado en los agregados que presentaban los niveles más bajos en 1985. Por ejemplo, en el municipio de Bello, ubicado en el complejo *antioqueño*, la proporción de uniones libres creció del 9.3% al 51% entre 1985 y 2005. En 1985, solo un 20% de las 487 agregados municipales tenía niveles de unión libre superiores al 50%. En 2005, el 80% de los agregados había superado este umbral.

Gráfico 2
Tendencia de la unión libre por Municipios. Colombia. Años 1985, 1993 y 2005



Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

Tabla 4

Distribución de mujeres en unión libre según complejos culturales y en las Regiones de Amazonía y Orinoquía. Colombia. Años 1985, 1993 y 2005

Complejos/Regiones	1985	1993	2005
Antioqueño	20.9	36.2	54.7
Santandereano	21.7	35.0	54.7
Andino	24.0	43.5	62.8
Litoral-fluvio-minero	46.7	60.0	72.8
Orinoquía y Amazonía	43.1	59.1	71.0

Fuente: IPUMS-International census microdata samples.

A pesar del aumento generalizado de la unión libre en Colombia, los cuatro complejos culturales identificados por Gutiérrez de Pineda siguen reconociéndose en los tres mapas anteriores. Para facilitar el análisis de la cartografía, hemos identificado en los mapas los complejos culturales de Gutiérrez de Pineda: *andino*, *antioqueño*, *litoral-fluvio-minero* y *santandereano*. En realidad, el mapa completo de Colombia tiene además las regiones de la Amazonía y la Orinoquía, pero no fueron estudiadas por Gutiérrez de Pineda. Son regiones que ocupan una extensa área de Colombia y que continúan estando poco pobladas: en 2005, residía en ellas tan solo el 5.4% de la población colombiana.

La Tabla 4 muestra la proporción de mujeres en unión libre para los cuatro complejos culturales más la zona de la Amazonía y Orinoquía.

El complejo *litoral-fluvio-minero* es de todos ellos el que presenta las proporciones de mujeres en unión libre más elevadas. Este complejo comprende en su mayoría el área de costa situada al noroccidente colombiano. En su parte norte, la Región Caribe es

de cultura típicamente caribeña y mayoría mestiza; reúne bajo el concepto de pertenencia étnica buena parte de la población indígena nacional (40%) y un número apreciable de afrocolombianos (32%) situados principalmente en el departamento de Bolívar, según los datos censales del año 2005. En el occidente, la Región Pacífica es la de tamaño más reducido y al mismo tiempo una de las menos habitadas del país. Ubicada sobre la zona del litoral pacífico, está constituida casi en su totalidad por comunidades de afrodescendientes y en menor proporción por otros grupos étnicos minoritarios. El departamento del Chocó, que abarca cerca de la mitad de esta región, está conformado en más del 82% por afrocolombianos. La proporción de mujeres en unión libre en este complejo era del 47% en 1985 y creció hasta el 73% en 2005 (véase Tabla 4) –valores superiores a los del resto de complejos pero similares a los observados en la Amazonía y Orinoquía.

Los complejos *antioqueño*, *santandereano* y *andino* presentan los niveles más bajos de unión libre, aunque el complejo *andino* tiene valores superiores a los otros dos. Algunas áreas de esta región no se han visto avasalladas por la unión libre y aún conservan una tradición arraigada al matrimonio. Municipios como Rionegro en el complejo *antioqueño*, Piedecuesta en el complejo *santandereano* o incluso grandes centros urbanos como Tunja en el complejo *andino* mostraban en 2005 cotas muy inferiores al promedio nacional (33.6%, 48.2% y 42.6% de parejas en unión libre). Los complejos *santandereano* y *antioqueño* tienen niveles de unión libre muy similares. En los dos complejos, dicha unión ha crecido de aproximadamente el 20% en 1985 al 54.7% en 2005. En el complejo *andino* aumentó del 24.0% al 62.8% entre 1985 y 2005. Los tres complejos se ubican en la Región Central o Andina, que ostenta los indicadores de desarrollo más elevados del país y concentra los centros urbanos de más alta densidad poblacional. Aunque su población está compuesta mayoritariamente por mestizos, esta región presenta una gran pluralidad étnica, fruto en parte de las migraciones internas en el país. La concentración del poder político y del desarrollo económico en la Región Central ha ido en detrimento de las regiones circunvecinas.

Por otra parte, el suroriente del país lo conforman las regiones de *Orinoquia* (Oriente) y *Amazónica* (Sur). Son las áreas más despobladas del país, pero se caracterizan por una alta proporción interna de indígenas en algunos de sus departamentos: Vaupés (66.6%), Guainía (64.9%) y Amazonas (43.4%) –en la Región Amazónica– y Vichada (44.3%) –en la Orinoquia–. A pesar de esto, en su conjunto, estas dos regiones agrupan tan solo un 9.2% del total de indígenas a nivel nacional (DANE, 2007). Como hemos señalado, Gutiérrez de Pineda no incluyó este territorio en su estudio, pero los datos muestran que los niveles de unión libre eran similares a los encontradas en el complejo *litoral-fluvio-minero*. Entre 1985 y 2005, la proporción de mujeres en unión libre en esta área creció del 43.1% al 71.0 por ciento.

Discusión: ¿qué cambió y qué no cambió?

En este artículo hemos analizado la evolución reciente de la unión libre en Colombia fijándonos en su distribución social y territorial. Para ello, utilizamos datos de los censos de población de Colombia de 1985, 1993 y 2005. El artículo comienza con una alusión a

las raíces históricas de dicha unión para luego relacionarlas con las tendencias recientes. Estas tendencias muestran la explosión de la unión libre en Colombia en detrimento del matrimonio. Los resultados apuntan a que más que un matrimonio a prueba, que tarde o temprano acabará legalizándose, la unión libre es una alternativa real al mismo. Las mujeres que entran en unión mediante la cohabitación usualmente permanecen en esta hasta bien entrada la edad adulta. Nada parece indicar un retorno a los niveles de matrimonio observados en la segunda mitad del siglo XX. El incremento de la unión libre se ha dado en un contexto de creciente reconocimiento legal que prácticamente equipara los derechos y obligaciones de los cohabitantes con los de los casados.

El aumento generalizado de las uniones libres se ha dado en todos los grupos educativos y territorios del país. En cifras relativas y absolutas, ha sido más importante en los grupos y territorios en los que tal tipo de unión estaba menos arraigada. Por ejemplo, entre las mujeres universitarias aumentó del 1.4% al 43.9% entre 1973 y 2005. Asimismo, la proporción de mujeres en unión libre en Sonsón, uno de los municipios con menor cohabitación de la Región Antioqueña, aumentó del 6.4% al 55.9% en este mismo periodo.

Conocida la relación que existe entre la unión libre y los años de escolarización, la cohabitación debería haber disminuido con la expansión educativa. No obstante, ha ocurrido todo lo contrario. Las generaciones jóvenes adquirían más educación y la unión libre se extendía. ¿Qué factores han podido influir en estas tendencias? Sin duda, el creciente reconocimiento legal de esas uniones ha contribuido a consolidar su incremento, pero probablemente también han influido un cambio de valores y una mayor tolerancia hacia ellas en la línea expresada por Zamudio y Rubiano (1991) –para Colombia– o por otros autores como Esteve Palós, Lesthaeghe, y López-Gay (2012) –en el caso de América Latina.

La explosión y expansión de la unión libre no ha borrado, sin embargo, alguno de sus rasgos característicos.

En primer lugar, sigue siendo más común entre las mujeres menos escolarizadas. A pesar de que los aumentos relativos más destacados se han dado entre las más escolarizadas, las diferencias entre grupos educativos en términos absolutos se han mantenido estables. La unión libre, por tanto, sigue estando fuertemente arraigada en las clases más desventajadas.

Si se considera su incidencia por grupos étnicos, la población negra, no importan sus años de escolarización, presenta las proporciones más elevadas, seguida a cierta distancia por la población indígena.

Otro aspecto que se resiste a cambiar es la distribución territorial de la unión libre. Colombia es un país de fuertes contrastes regionales que se traducen, en términos familiares, en una mayor o menor incidencia de la cohabitación. Si bien sus niveles han aumentado en todo el país, y más intensamente en aquellos ámbitos donde estaba poco institucionalizada, también es cierto que los complejos culturales que Gutiérrez de Pineda identificó en los años sesenta siguen muy vigentes en la actualidad. El complejo

litoral-fluvio-minero y la zona de la *Amazonía* y *Orinoquía* presentan las cotas más elevadas de unión libre, seguidos de lejos por los complejos *andino, santandereano* y *el antioqueño*.

El trabajo realizado hasta ahora abre nuevos interrogantes. En primer lugar, es importante indagar cómo son las uniones libres que están creciendo en Colombia en aquellos sectores en los que no eran habituales. Durante muchos años, la cohabitación fue una forma subrogada de matrimonio para los más desfavorecidos. Es probable que este ya no sea su principal significado en la actualidad. Para entender este proceso, es necesario ver cómo evolucionan estas uniones, si se acaban legalizando o permanecen así hasta que se disuelven por separación o viudez. Sin datos longitudinales que permitan seguir a los individuos y a las parejas en el tiempo, no es posible realizar este tipo de análisis. De igual importancia es examinar los factores actuales de orden contextual relacionados con la mayor o menor presencia de unión libre en el territorio.

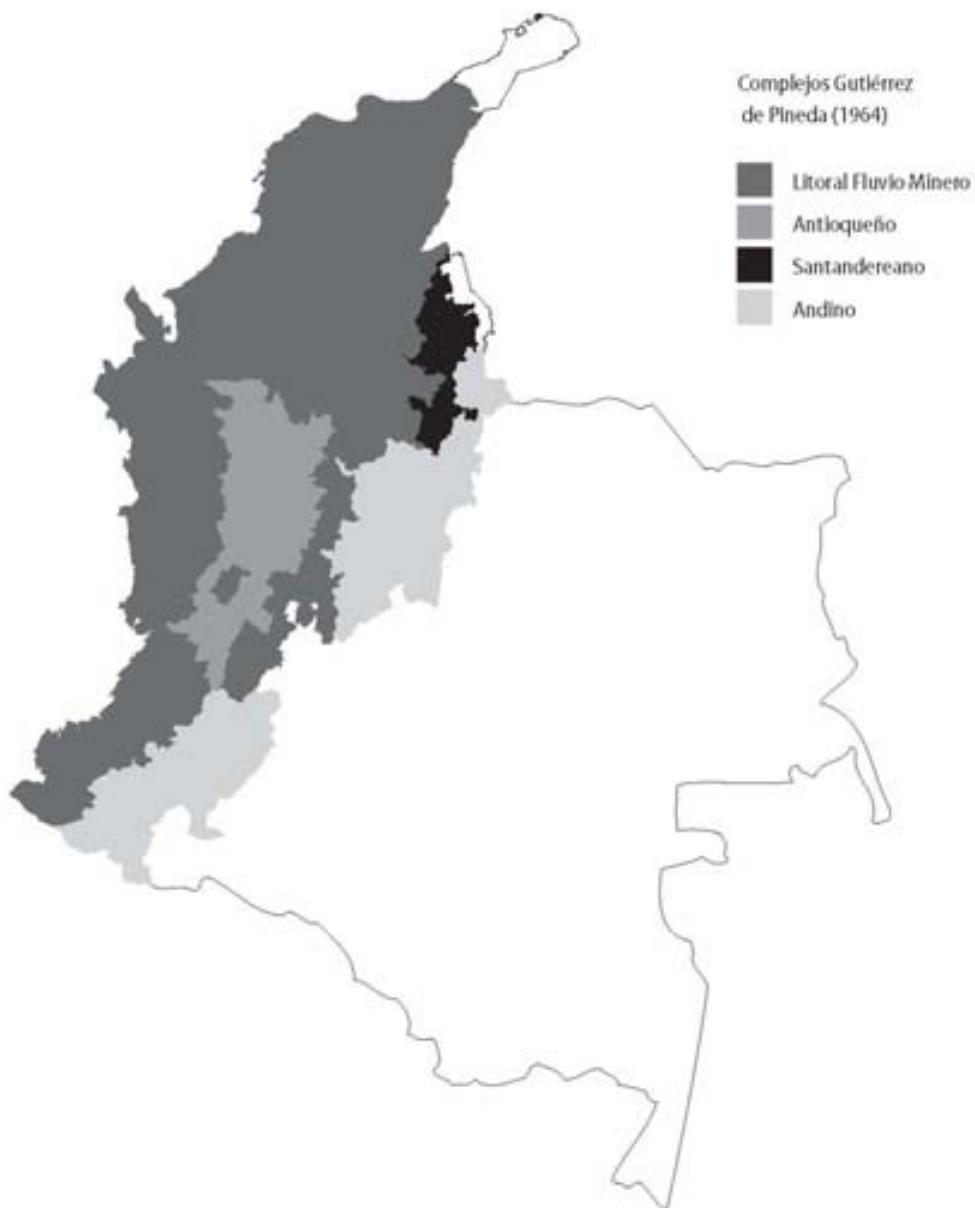
Bibliografía

- ARISTIZÁBAL, M. (2007), *Madre y esposa: silencio y virtud. Ideal de formación de las mujeres en la provincia de Bogotá, 1848-1868*, Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- CASTRO MARTÍN, T. (2001), "Matrimonios sin papeles en Centroamérica: persistencia de un sistema dual de nupcialidad", en L. Rosero Bixby (ed.), *Población del Istmo 2000: familia, migración, violencia y medio ambiente*, San José de Costa Rica: Centro Centroamericano de Población.
- CASTRO MARTÍN, T., C. Cortina, T. Martín García e I. Pardo (2011), "Maternidad sin matrimonio en América Latina: un análisis comparativo a partir de datos centrales", en *Notas de Población*, vol. 37, núm. 93, Santiago de Chile: CEPAL, pp. 37-76.
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (DANE) (2007), *La visibilización estadística de los grupos étnicos colombianos*, Bogotá: Imprenta Nacional.
- DE VOS, S. M. (1995), *Household Composition in Latin America*, Nueva York: Plenum Press.
- (1998), *Nuptiality in Latin America: The view of a sociologist and family demographer*, Madison; University of Wisconsin/ Center for Demography and Ecology, Working Paper 98-21.
- (1999), "Comment of coding marital status in Latin America", en *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 30, núm. 1, Calgary: University of Calgary, pp. 79-93.
- DUEÑAS, G.. (1997), *Los hijos del pecado. Illegitimidad y vida familiar en Santafé de Bogotá colonial*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ECHEVERRY DE FERRUFINO, L. (1984), *La familia de hecho en Colombia: constitución, características y consecuencias socio jurídicas*, Bogotá: Editorial Tercer Mundo.
- ESTEVE PALÓS, A., R. Lesthaeghe y A. López-Gay (2012), "The Latin American Cohabitation Boom 1970-2007", en *Population and Development Review*, vol. 38, núm. 1, Nueva York: Population Council, pp. 55-81.
- FUSSELL, E. y A. Palloni (2004), "Persistent marriage regimes in changing times", en *Journal of Marriage and Family*, vol. 66, núm. 5, Minneapolis: National Council on Family Relations, pp. 1201-1213.
- GHIRARDI, M. y A. Irigoyen López (2009), "El matrimonio, El Concilio de Trento e Hispanoamérica", en *Revista de Indias*, vol. 69, núm. 246, Madrid: Centro de Ciencias Humanas y Sociales, pp. 241-272.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, V. (1968), *Familia y cultura en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Tercer Mundo.
- GUZMÁN ÁLVAREZ, M. P. (2006), *El régimen económico del matrimonio*, Bogotá: Centro Editorial Rosarista.

- McCAA, R. (1994), "Marriage ways in Mexico and Spain, 1500-1900", en *Continuity and Change*, vol. 9, núm. 1, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 11-43.
- MINNESOTA POPULATION CENTER (2011), *Integrated Public Use Microdata Series, International: Version 6.1* [Machine-readable database], Minneapolis: University of Minnesota.
- PACHÓN, X. (2007), "La familia en Colombia a lo largo del siglo XX", en Y. Puyana y M. H. Ramírez (eds.), *Familias, cambios y estrategias*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- PRIBILSKY, J. (2007), *La Chulla Vida: Gender, Migration, and the Family in Andean Ecuador and New York City*, Syracuse: Syracuse University Press.
- QUILODRÁN, J. (1999), "L'union libre en Amérique Latine: aspects récents d'un phénomène séculaire", en *Cahiers Québécois de Demographie*, vol. 28, núm. 1-2, Québec: l'Association des démographes du Québec, pp. 53-80.
- (2001), "L'union libre latinoaméricaine a-t-elle changée de nature?", ponencia presentada en el XXIV Congrès International de la Population, Union Internationale pour l'Étude Scientifique de la Population, Session 11, Salvador de Bahía (Brasil), 18 al 24 de agosto. Disponible en <http://www.archive-iussp.org/Brazil2001/s10/S11_02_quilodran.pdf>.
- (2003), "La familia, referentes en transición", en *Papeles de Población*, vol. 9, núm. 37, México D.F.: Universidad Autónoma de México, julio-septiembre, pp. 51-83.
- ROBICHAUX, D. (comp.) (2007), *Familia y diversidad en América Latina: Estudios de caso*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- RODRÍGUEZ, P. (2004), *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- RODRÍGUEZ PALAU, E., A. Hernández Romero, L. M. Salamanca Rodríguez y F. A. Ruiz García (2007), *Colombia, una nación multicultural. Su diversidad étnica*, Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).
- RODRÍGUEZ VIGNOLI, J. (2004), "Cohabitación en América Latina: ¿Modernidad, exclusión o diversidad?", en *Papeles de Población*, núm. 40, Toluca: Universidad Autónoma de México, abril-mayo, pp. 97-145.
- ROJAS, T. (2009), "Colombia en el Pacífico", en I. Sichra (ed.), *Atlas Sociolingüístico de Pueblos Indígenas en América Latina*, Cochabamba: FUNPROEIB Andes.
- VERA ESTRADA, A y D. Robichaux (comps.) (2008), *Familias y culturas en el espacio latinoamericano*, México D.F.: Universidad Iberoamericana y Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- ZAMUDIO, L. y N. Rubiano (1991), *La nupcialidad en Colombia*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Apéndice

Complejos culturales de Gutiérrez de Pineda. Colombia. Año 1964



128

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

Fuente: Elaboración propia a partir de Gutiérrez de Pineda, 1968.

Proyección estocástica de la mortalidad. Una aplicación de Lee-Carter en la Argentina

Stochastic mortality projection. An application of Lee-Carter in Argentina

Matías Belliard

Maestría en Demografía Social, Universidad Nacional de Luján

Iván Williams

Maestría en Demografía Social, Universidad Nacional de Luján

Resumen

El principal objetivo del presente artículo es poner a disposición proyecciones estocásticas de mortalidad para la República Argentina, así como presentar el modelo e interpretarlo. Las proyecciones de mortalidad disponibles en la actualidad fueron realizadas hace aproximadamente 10 años, con modelos determinísticos. La que aquí presentamos se apoya en el modelo desarrollado por Lee y Carter en 1992 y aplicado por una importante cantidad de países, instituciones y autores. En el estudio se utilizan datos de fallecimientos y población correspondientes al período 1980-2010, para luego generar tablas de mortalidad proyectadas estocásticamente hasta el año 2050. No menos importante es el detalle metodológico del modelo, la interpretación de las estimaciones y la discusión sobre los impactos que los resultados puedan tener.

Abstract

The main objective of this article is to provide stochastic mortality projections for Argentina, and present the model and its interpretation. Currently available mortality projections were made about 10 years ago, with deterministic models. This stochastic mortality projection is based on the model developed by Lee and Carter in 1992 and used by a significant number of countries, institutions and authors. The study used data on deaths and population for the period 1980-2010, and then generated stochastically mortality tables projected to 2050. Also important methodological detail of the model, the interpretation of the estimates and the discussion on the impacts these may have on various fields.

129

M. Belliard
e I. Williams

Palabras clave: tablas de mortalidad proyectadas, proyección estocástica de mortalidad, Lee-Carter.

Key words: life tables projected, stochastic mortality projection, Lee-Carter.

Introducción

Considerando los múltiples usos que tienen las proyecciones de población y de mortalidad a largo plazo, es llamativa la poca preocupación que se advierte en la Argentina respecto de su difusión. En la misma línea, resulta escasa la discusión académica referida a proyecciones de mortalidad tanto en su aspecto teórico/académico como empírico/aplicado. Dichas proyecciones constituyen un factor clave para estimar el aumento de los costos de pensiones, las primas de seguros relacionados con la supervivencia o con el fallecimiento de las personas y la asistencia sanitaria de los adultos mayores, entre otras temáticas de interés.

Recientemente, el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, 2012) y la Organización de Naciones Unidas (ONU, 2004) divulgaron por primera vez proyecciones de población de largo plazo, el CELADE hasta el año 2100 y las Naciones Unidas hasta el año 2300. Según estas publicaciones, la proyección de esperanza de vida al nacer (EVN) de la Argentina para ambos sexos es la siguiente: 85.8 años de edad para 2100 y 98.6 años de edad para hombres y 101 años para mujeres para el año 2300. Es importante destacar que en los citados trabajos solo se publicó el nivel de mortalidad y que no se incluyen las tablas respectivas. Las últimas tablas de mortalidad que dio a conocer el CELADE (2010) alcanzan hasta el año 2020.

En el ámbito académico internacional, especialmente entre demógrafos y biólogos, existen ciertas discrepancia con respecto a cuáles serán los escenarios futuros en lo relativo a las tendencias de la mortalidad. Algunos postulan la existencia de un límite para la EVN (Fries, 1980; Olshansky, Carnes y Cassel, 1990), visión que fue aceptada mayoritariamente por organismos internacionales y nacionales para sus proyecciones de población –aunque, con el transcurso de los años, han ido ampliando dicho límite.

130

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Por el contrario, otros autores, apoyados en datos empíricos, esperan avances sin establecer límites para la EVN. Oeppen y Vaupel (2002) argumentan que en el último siglo y medio la EVN ha aumentado 2.5 años por década y postulan, como escenario razonable, la continuidad de esta tendencia. Para los autores, la constante alza observada en la EVN y el corrimiento de los límites propuestos por diversos investigadores confirman la opinión de que, por ahora, no pareciera estar cerca ningún límite. Robine y Vaupel (2002) observan que la edad máxima al fallecimiento ha sido una constante biológica: alrededor de 100-110 años –aunque, durante los últimos años del siglo xx, ese tope parece haber sido superado en al menos 10 años, pues la máxima edad al fallecimiento observada con datos confiables se eleva a 122 años.

En este sentido, es importante marcar que la situación demográfica de los países no es homogénea y que, si bien las variables demográficas poseen movimientos relativamente suaves y moderadamente previsibles en el tiempo (dejando de lado, por supuesto, el componente migratorio), es muy baja la probabilidad de que las estimaciones futuras coincidan con el valor proyectado en forma determinística. Para subsanar estos inconvenientes es que surgen los modelos estocásticos. Estos permiten estimar una nube de valores de la que se espera que contenga –con un determinado grado de confianza– los valores futuros de las variables demográficas en cuestión.

En este breve trabajo nos proponemos proyectar las tablas de mortalidad y, como consecuencia, la esperanza de vida para la población argentina, bajo un modelo estocástico desarrollado por Lee y Carter (1992). A diferencia de las proyecciones del CELADE y del INDEC, que se basan en modelos puramente determinísticos (Pujol, 1984; INDEC, 2004; CELADE, 2010), el modelo de Lee-Carter se caracteriza por agregar un componente estocástico que intenta capturar el comportamiento de la mortalidad en el tiempo y otros dos componentes que permiten explicar la relación existente entre el nivel y la estructura de la mortalidad, los tres en una única expresión matemática.

El modelo de Lee-Carter ha sido muy difundido en la literatura demográfica y actuarial, tanto teórica como aplicada. En cuanto a su aplicación, existe una importante evidencia empírica que muestra su efectividad en países como los Estados Unidos (Carter y Lee, 1992) –donde se aplicó en proyecciones referidas al equilibrio del sistema de seguridad social–, en los países que conforman el G7 (Tuljapurkar, Li y Boe, 2000), en Suecia (Wang, 2007), en Chile (Lee y Rofman, 1994) y en otros (Boot *et al.*, 2006).

El presente trabajo abarca esta introducción y tres secciones: una sección metodológica, donde se presenta detalladamente el modelo utilizado y la fuente de datos que permite nutrirlo; una segunda sección, donde se exponen los resultados producto de la aplicación del modelo para la Argentina; y un último apartado en el que se desarrollan las consideraciones generales. Adicionalmente, se incluye un anexo estadístico con los resultados del modelo y las tablas de mortalidad proyectadas.

Metodología y fuente de datos

Metodología

El modelo desarrollado por Lee y Carter (1992) para caracterizar las tasas de mortalidad, fue el siguiente:

$$m_{x,t} = e^{\alpha_x + \beta_x K_t + E_{x,t}}$$

donde:

α_x refiere a la estructura de la mortalidad durante todo el período de estudio;

K_t implica el comportamiento tendencial (o nivel) de la mortalidad en el tiempo;

β_x da una medida de la fuerza con la que esa situación general (K_t) afecta a cada grupo específico de edad;

$E_{x,t}$ es un término de error que depende del tiempo y la edad, el cual se supone ruido blanco (proceso estocástico estacionario de esperanza igual a cero, varianza constante y covarianzas nulas) e implica las influencias no capturadas por el modelo.

Este modelo se denomina modelo bivariable debido a que intervienen la variable edad (enfoque transversal) y la variable tiempo (que unida a la anterior permite un enfoque longitudinal).¹

Para facilitar la estimación de los parámetros, se linealiza la expresión anterior:

$$\ln m_{x,t} = \alpha_x + \beta_x K_t + E_{x,t}$$

Los autores Lee y Carter (1992) detallaron dos condiciones sobre los parámetros tales que la solución que provenga de la optimización otorgue una solución única, ya que algunas combinaciones lineales resultarían en iguales resultados de $\ln m_{x,t}$ (Cairns *et al.*, 2009). Estas son:

$$\sum_{\forall x} \beta_{x=1} \quad y \sum_{\forall t} K_{t=0}$$

La conclusión inmediata de lo anterior es que el parámetro α_x resulta, en el promedio, de $\ln m_{x,t}$ para cada grupo de edad (dado el supuesto sobre la esperanza de $E_{x,t}$). En general, cabe esperar solo valores positivos de β_x , debido a que cambios en el nivel no producen efectos de signo diferente entre distintas edades.

La estimación no puede realizarse a través de un modelo de regresión usual ya que, como bien señalan los autores, no existe una variable regresora observable. Estos proponen, una vez obtenida la estimación de

$$\alpha_x \quad (a_x = \overline{\ln m_{x,t}})$$

132

Año 7

a partir de la minimización de

$$\Sigma [\ln m_{x,t} - (\alpha_x + \beta_x K_t)]^2,$$

Número 13

Julio/

diciembre

2013

utilizar el método Singular Value Descomposition (SVD) para las estimaciones de los parámetros restantes (Betzuen, 2010).

En este trabajo se utilizará uno de los métodos propuestos por Wilmoth (1993), el cual se basa en una estimación del modelo por máxima verosimilitud.² En trabajos previos, se ha mostrado que este método reporta más estabilidad para el caso de la Argentina (Andreozzi y Blaconá, 2011) y contempla la presencia de heterocedasticidad (Wilmoth, 1993; Brouhns, Denuit y Vermunt, 2002), algo necesario si se considera que las tasas de edades más altas tienen menos defunciones y, por lo tanto, mayor variabilidad.

1 Para los actuarios y demógrafos, estos conceptos son de especial interés, ya que la asociación de cada momento t con la estructura x constante genera únicamente una tabla de mortalidad, obteniéndose así cohortes “reales” a partir de tablas dinámicas.

2 El otro método consiste en una optimización similar a la mencionada antes pero ponderada por las defunciones observadas, ya que la función \ln trae como consecuencia que grupos con pocas defunciones tengan el mismo peso en la mortalidad general que grupos con mayor densidad (Wang, 2007). Ambos métodos tienen también la ventaja, según Wilmoth, de permitir tasas nulas, las cuales pueden presentarse a ciertas edades si la estimación forma parte de un estudio por causas de muerte.

El modelo en cuestión consiste en suponer una distribución Poisson en la variable número de defunciones por edad del período t [D_{xt}] , siendo su parámetro definido por

$$\lambda_{xt} = m_{xt} L_{xt},$$

con L_{xt} representando los expuestos al riesgo (que λ_{xt} dependa de x y t permite que las varianzas no sean iguales).

La función de verosimilitud que se plantea tiene como principal supuesto que las observaciones son independientes y están idénticamente distribuidas, o sea que las defunciones de un año no dependen de las anteriores y que todas quedan definidas por una idéntica distribución con sus respectivos parámetros. Siendo $d_{x,t}$ las defunciones observadas, la probabilidad conjunta será:

$$L = \prod_{\forall x, \forall t} \frac{e^{-\lambda_{x,t}} \lambda_{x,t}^{d_{x,t}}}{d_{x,t}!}$$

Y aplicando logaritmo resulta:

$$l = \sum_{\forall x, \forall t} [d_{x,t} \ln \lambda_{x,t} - \lambda_{x,t} - \ln(d_{x,t} !)]$$

En el caso del modelo que nos importa, el parámetro de la Poisson será

$$e^{ax + bx kt} L_{xt},$$

donde, al maximizar l , se obtengan los estimadores a_x , b_x y k_t . La resolución de las derivadas parciales igualadas a cero (ecuaciones normales) se opera por métodos iterativos.

Una vez estimados los parámetros con la trayectoria pasada, se trata de encontrar un modelo autorregresivo que ajuste k_t y permita luego proyectar las tasas suponiendo constante la estructura de mortalidad obtenida.³ Los autores observaron una tendencia lineal decreciente en el período estudiado, por lo que la elección del modelo autorregresivo debía considerar este comportamiento. Fue escogido un modelo ARIMA (0,1,0), donde el campo central indica la diferenciación necesaria para trabajar con un proceso estacionario (en este caso d=1, por su carácter lineal). De esta forma se planteó:

$$k_t - k_{t-1} = A + \varepsilon_t$$

donde:

A es el cambio anual promedio entre los niveles del índice k sucesivos, y

ε_t es el error asociado a cada t , el cual se supone tiene una distribución normal con media 0, desvío constante y covarianzas nulas.

En la incorporación de este modelo ARIMA al modelo general de proyección de la mortalidad, se encuentra implícita la idea subyacente de que se espera que el nivel de

3 Uno de los supuestos más fuertes del modelo es que la velocidad con que cambia la mortalidad por edad es constante (b), habiendo evidencias de que no siempre es así (Lee, 2000).

la mortalidad quede explicado mayormente por la experiencia pasada (en particular, por la inmediatamente anterior, y no de manera determinante por factores explicativos externos), y así continúe esa tendencia.

La proyección de las tasas de mortalidad se logra haciendo

$$m_{x,t+s} = e^{ax+bxky+s}$$

donde se construyen intervalos de confianza para k_t , el cual transmite su aleatoriedad a las tasas de mortalidad por edad estimadas a cada momento, para luego obtener las esperanzas de vida y sus intervalos.

Fuente de datos

Para estimar las tasas de mortalidad por edad, son necesarios datos de fallecimientos (numerador) y de población expuesta a riesgo (denominador) en el período bajo estudio. El presente trabajo toma como período base para proyectar la mortalidad el intervalo 1980-2010, dado que están disponibles datos digitalizados y se cuenta con una ventana de al menos 30 años, según las recomendaciones del modelo (Lee y Carter, 1992). Los datos referidos responden a dos fuentes de información diferentes en cuanto a lo institucional, a la forma de registración y al objeto de estudio.

Los datos de población que se utilizan son los provistos por el INDEC en sus proyecciones de población. Dado que es necesario disponer de la población por edad y año calendario desde 1980 hasta 2010 y que en las proyecciones de población se corrige una diversa gama de problemas que suelen presentarse en los censos nacionales de población (ONU, 1955; Chackiel y Macció, 1979; Massa, 1997; Massa y Bassarky, 2003), es que se elige su uso en lugar de los censos.

En línea con la decisión previa, se utilizaron datos publicados por el INDEC (2004) con algunos arreglos. En la citada publicación, se proveen efectivos de población según sexo y año calendario desde 1950 hasta 2015 y las estructuras poblacionales por edad, sexo y quinquenio. Por ello, para establecer los efectivos de población por año calendario, edad y sexo fue necesario interpolar linealmente las estructuras de población quinquenales provistas, para luego aplicarles el volumen de población publicado según sexo y año calendario.

Los datos de las defunciones son procesados, consistidos y difundidos por la Dirección de Estadísticas e Informes de Salud (DEIS) dependiente del Ministerio de Salud de la República Argentina. Los fallecimientos son informados y registrados de forma continua a través de los certificados de defunción, cumplimentados (con fines estadísticos) por un profesional que certifica la defunción cumpliendo las recomendaciones dadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS). La cantidad de defunciones utilizadas en el trabajo, segmentadas por grupos de edad y sexo, fue solicitada a la Dirección de Estadísticas e Información de Salud, aunque se corroboró que poseen similares cantidades que las publicadas en los anuarios de estadística vitales referentes a los años de estudio. Respecto del nivel de cobertura y de la calidad de las estadísticas vitales, existen distintos trabajos que destacan que el sistema nacional posee, al menos dentro del contexto

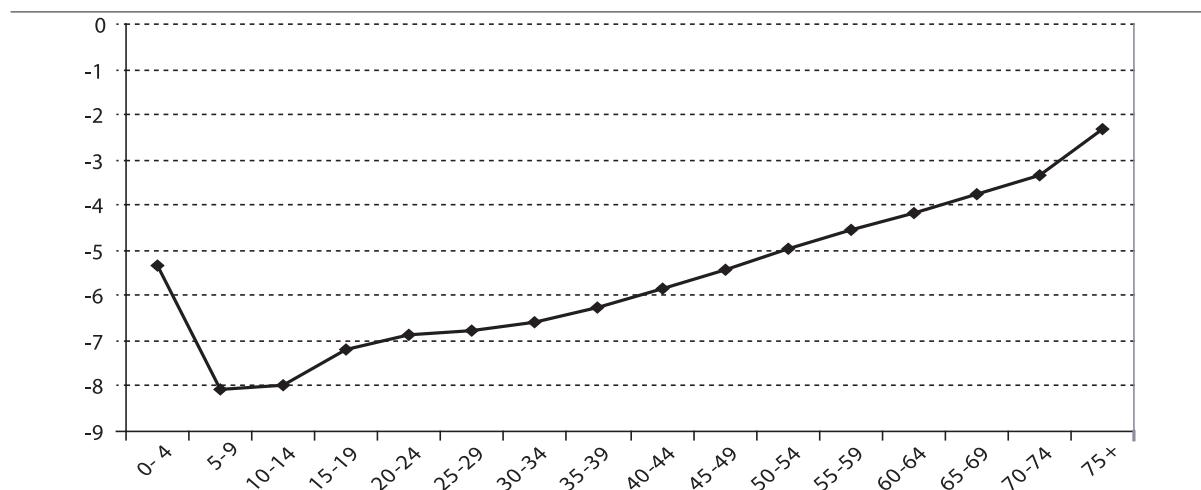
latinoamericano, un nivel aceptablemente bueno durante el período de estudio (CEPAL, 2010 y OPS, 2007), lo que permite otorgarle confianza a la estimación de las tasas de mortalidad.

Estimación y proyección

Las tasas de mortalidad con las que se trabajará corresponden a grupos quinquenales de edad, con excepción del último grupo abierto final referente a mayores de 75 años. El método utilizado en el presente estudio, como se indicó en la sección metodológica, fue el de estimación por máxima verosimilitud. En el Anexo estadístico del presente trabajo y en los siguientes párrafos se expondrán los valores obtenidos producto de la estimación del modelo desarrollado por Lee y Carter (1992).

En el Gráfico 1 es posible observar cómo el parámetro a_x captura el patrón típico que presenta la mortalidad por edades en la Argentina (Grushka, 2010; Belliard y Grushka, 2009). Puede verse una rápida reducción de la mortalidad en edades infantiles (menores a diez años) y una destacada influencia en edades jóvenes de los fallecimientos producidos por causas externas (accidentes y violencia, sobre todo en el caso masculino). Luego, se destaca un crecimiento exponencial de la mortalidad de adultos mayores.

Gráfico 1
Estimador de α_x . Ambos sexos. Argentina. Años 1980-2010



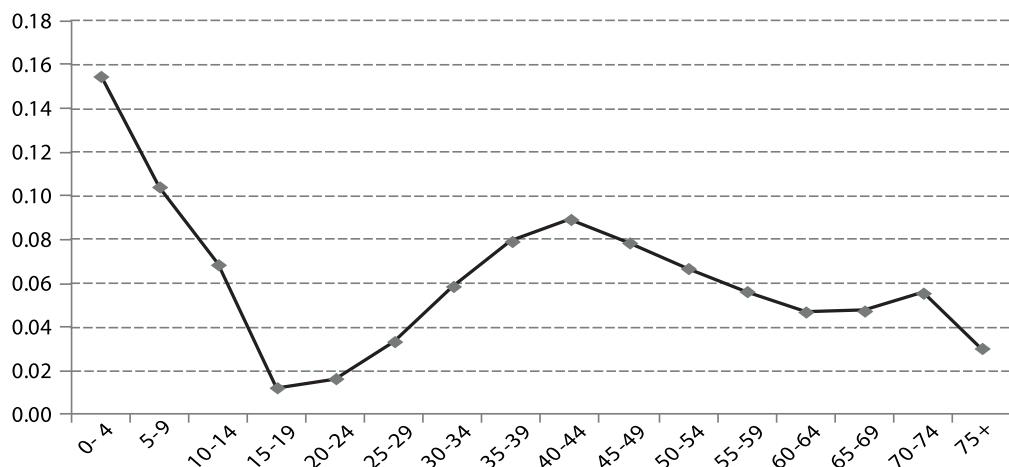
135

M. Belliard
e I. Williams

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 1 del Anexo estadístico.

Al estimar el parámetro b_x y observar su comportamiento, se manifiesta el impacto que tienen los cambios en los niveles generales de mortalidad sobre cada grupo de edad, notándose una importante diferencia por grupo (Gráfico 2).

Gráfico 2
Estimador de b_x . Ambos sexos. Argentina. Años 1980-2010



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 1 del Anexo estadístico.

Nótese que en las edades tempranas la reducción de la mortalidad tuvo un impacto importante, aunque disminuye rápidamente hasta tener un mínimo en los 15-19; por su parte, en las edades adultas el impacto de la reducción fluctúa: para los adultos jóvenes crece, presentando un pico relativo en el rango 40-44; luego decrece en las edades posteriores, aunque con alguna oscilación.

136

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

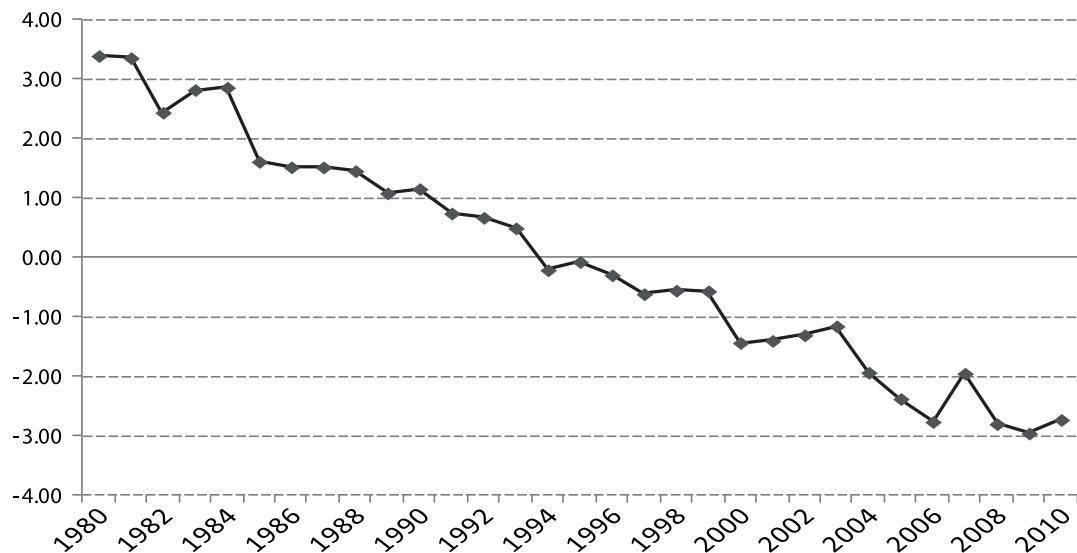
2013

Los grupos de edades inferiores a 15 años y los comprendidos entre los 30 y 60 años vieron reducir sus tasas de mortalidad más del 30% durante el período 1980-2010.

Llama la atención lo que sucede con b_x en las edades jóvenes. Si suponemos, por un momento, el fenómeno de mortalidad en los jóvenes por causas externas (violencia, accidentes) como exógeno a la evolución general de la mortalidad, podríamos decir que la dependencia del índice general k es menor en esta franja etaria por presentar una mortalidad que contrarresta con mucha fuerza al avance sanitario, tecnológico y de atención primaria de la salud (entre otros factores que mejoran las condiciones de sobrevivencia general dada por k), en comparación con las demás edades. Si quitáramos este efecto, quizás la relación de b respecto de la edad tendría un comportamiento decreciente más claro.

Por último, al observar que los valores de k en el tiempo son claramente decrecientes, aunque con pequeñas perturbaciones, esto deja en evidencia (y confirma lo sabido) que la población argentina ha disminuido su mortalidad general durante el período de estudio (INDEC, 2004). Adicionalmente, el comportamiento observado de la serie induce a pensar que podría modelarse correctamente con una función lineal decreciente que incluya un componente aleatorio (Gráfico 3).

Gráfico 3
Estimador de k_t . Ambos sexos. Argentina. Años 1980-2010



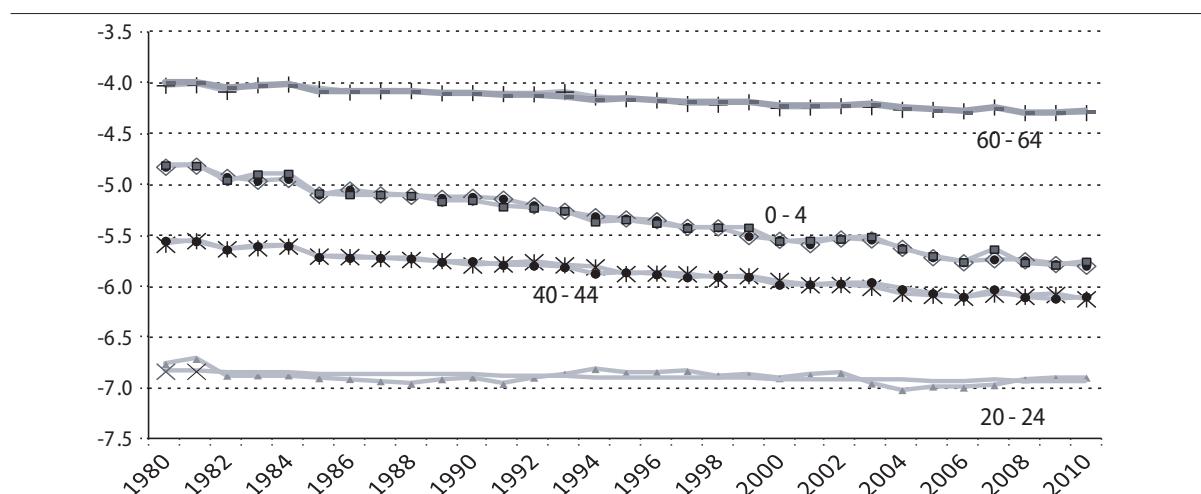
Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 2 del Anexo estadístico.

Para evaluar el nivel general del ajuste de la función que modela las tasas de mortalidad en el tiempo, conforme al trabajo original de Lee y Carter (1992), deben considerarse los ratios de varianzas explicadas para cada edad como una medida de la bondad del ajuste. Mientras que este porcentaje resulta muy satisfactorio para la mayor parte de las edades, en las comprendidas entre los 15 y 29 años cumplidos la bondad del ajuste (medido por R^2) no superó el 50%. Sin embargo, como se señaló, el ajuste global es del 81% y llegaría al 95% si se excluyera al grupo con más variabilidad, el grupo abierto final de 75 y más años (Lee-Carter, 1992, p. 663) (Gráfico 4).

137

M. Belliard
e I. Williams

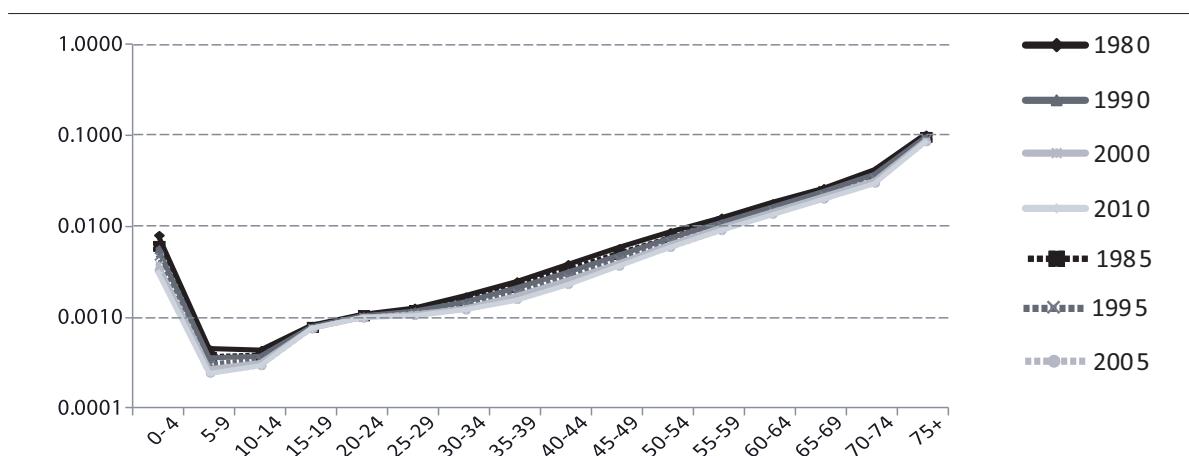
Gráfico 4
Logaritmo de las tasas de mortalidad y ajuste. Edades seleccionadas. Ambos sexos. Argentina.
Años 1980-2010



Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Tabla 1, 2 y 3 del Anexo estadístico, de la DEIS y del INDEC.

De acuerdo con lo indicado previamente –reflejado en el Gráfico 4–, el ajuste del modelo se consideró aceptable. Algo interesante que permite la metodología de Lee-Carter es establecer un modelo de tablas de mortalidad suavizado para el período estudiado (1980-2010) (Gráfico 5).

Gráfico 5
Tasas de mortalidad suavizadas según Lee-Carter. Ambos sexos. Argentina.
Años 1980-2010



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 3 del Anexo estadístico.

138

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

Entonces, el paso siguiente es especificar el modelo que permite proyectar el valor del parámetro k , y así obtener la proyección de las tasas de mortalidad futuras por edad. Como se señaló, el descenso presenta una tendencia lineal que da la pauta de lo adecuado de utilizar un modelo ARIMA (0,1,0). La especificación obtenida a través del modelador experto del software SPSS fue la siguiente:

$$k_t = k_{t-1} + (-0.20383) + e_t$$

$$R^2 = 0.9442,$$

siendo los desvíos estimados: DS(\hat{A}) = 0.0796; DS(e) = 0.4362.

El paquete estadístico puede brindar los intervalos de confianza de k , y con ellos se procede a proyectar las tasas de mortalidad y las esperanzas de vida con sus respectivos intervalos de confianza, aunque, tal como señalan Lee y Rofman (1994), la aleatoriedad de las proyecciones no proviene, bajo los supuestos del modelo, solamente de la variable k . Se supone que la estimación de a_x y b_x aporta errores que se vuelven insignificantes a medida que el horizonte se aleja. Además, según los autores, está comprobado que esta modelización soluciona satisfactoriamente los problemas asociados al comportamiento del error de k , tales como la autocorrelación y la no-normalidad, importantes para verificar los supuestos de e y generar los intervalos de confianza.

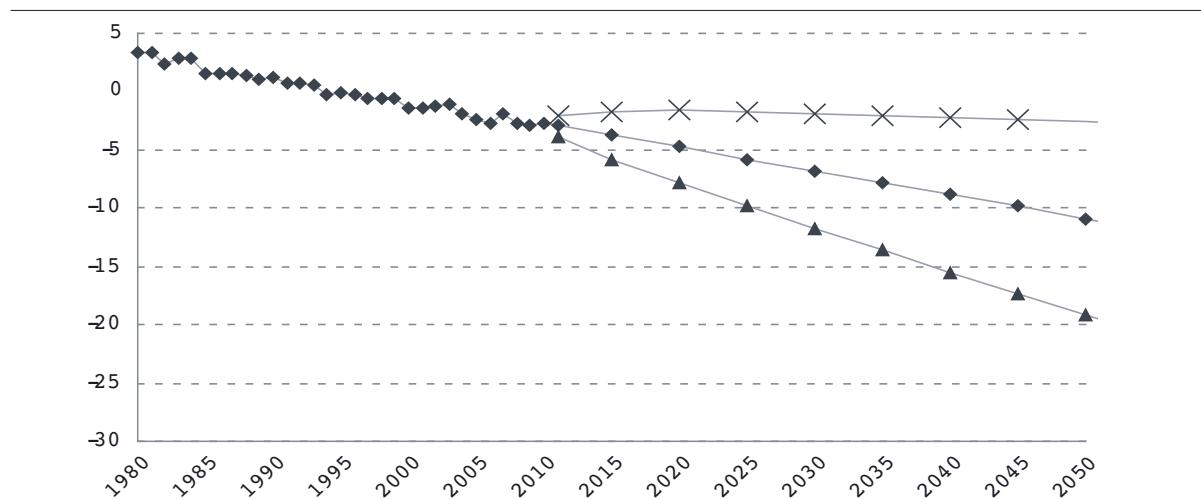
Al analizar los desvíos puntuales para cada proyección anual de k , se consideró que ambos desvíos (el del error y el de la constante) son independientes, por lo que su influencia conjunta es aditiva y depende del lapso del período a proyectar, en tanto que es creciente

a medida que el horizonte se aleja (Lee y Rofman, 1994). De esta manera, el desvío estimado del parámetro k_{2010+s} será calculado como

$$\sqrt{s * DS(\varepsilon)^2 + (s * DS(\hat{A}))^2}$$

el que permitirá generar los intervalos con un 95% de confianza (Gráfico 6).

Gráfico 6
Proyección de k_t e intervalos de confianza. Ambos sexos. Argentina.
Años 1980-2050



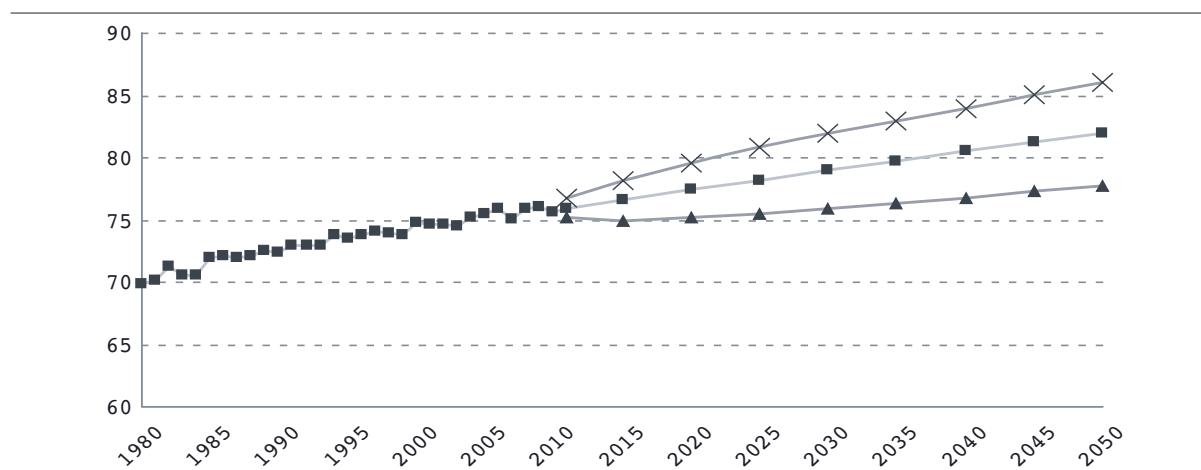
Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 2 del Anexo estadístico.

139

M. Belliard
e I. Williams

El modelo de Lee-Carter replica, en las edades futuras, el comportamiento o ganancia observada por grupos de edades durante el período de estudio. Luego, a partir de las tasas por grupos quinqueniales de edad proyectadas, es posible generar las tablas de mortalidad proyectadas y las esperanzas de vida al nacimiento que surgirán de cada tabla de mortalidad (Gráfico 7).

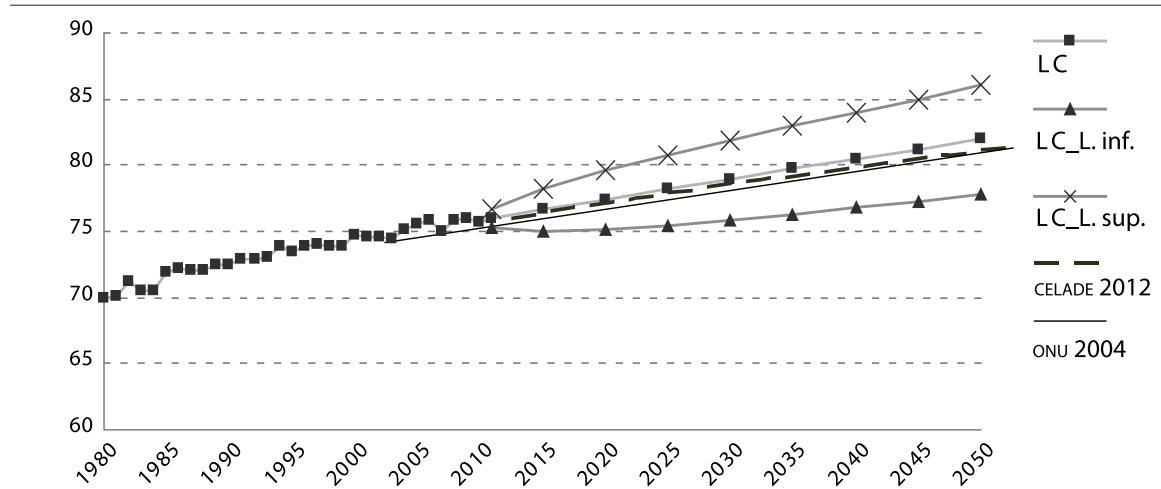
Gráfico 7
Esperanza de vida al nacer proyectada e intervalos de confianza. Ambos sexos. Argentina.
Años 1980-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 5 del Anexo estadístico.

Finalmente, conviene evaluar el resultado obtenido comparándolo con las proyecciones realizadas por la CEPAL (2012) y por la ONU (2004) (Gráfico 8).

Gráfico 8
Esperanza de vida al nacer histórica y proyectada e intervalos de confianza. Comparación con proyecciones del CELADE y de la ONU. Ambos sexos. Argentina. Años 1980-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la Tabla 5 del Anexo estadístico, del CELADE (2012) y de la ONU (2004).

140

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Se puede notar que las proyecciones del CELADE y de la ONU, si bien son contenidas por el intervalo de confianza, se encuentran un poco por debajo de la esperada según el modelo Lee-Carter, diferencia esta que se acrecienta levemente a medida que extendemos el horizonte de análisis. Como ya se mencionó, responden a metodologías de proyección diferentes, cuya eficacia podremos evaluar comparativamente con el transcurso del tiempo.⁴

Comentarios finales

Los resultados obtenidos permiten contar con la proyección de la esperanza de vida y de tablas de mortalidad para la Argentina en el período 2011-2050. Según las proyecciones realizadas, se calcula una esperanza de vida al nacer de 82 años para 2050, es decir, un incremento de 6.3 años respecto de la esperanza de vida al nacer observada en 2010. Por su parte, de mantenerse las mejoras pasadas, la probabilidad de sobrevivir a los primeros 5 años de vida se espera que aumente un 1% en igual lapso.

Desde la óptica social, económica e individual, vivir más tiempo o que menor cantidad de niños fallezcan en edades prematuras resulta, en sí mismo, un hecho de gran importancia. Pero la utilidad de los resultados presentados también debe medirse en función de sus posibles aplicaciones.

⁴ Adicionalmente, con motivo de la comparación, debería considerarse que en el presente trabajo no se suavizaron los datos de mortalidad de la serie histórica, puesto que esto no era un objetivo del estudio.

En este sentido, la proyección de la esperanza de vida y de las tablas de mortalidad tiene implicaciones directas sobre el cálculo de primas y rentas vitalicias en la industria de seguros. Si se consideran tablas dinámicas o de cohorte para la cotización de seguros de muerte, las primas disminuirían su nivel ampliando la capacidad de colocación en el mercado, producto de considerar en la cotización las posibles reducciones futuras en el riesgo de muerte.

Es importante tener en cuenta el caso del seguro de vida, en el que las ganancias proyectadas en la esperanza de vida relativizarán durante el resto de la etapa pasiva la capacidad adquisitiva periódica del capital con el que se compra la renta (permaneciendo constante la edad de retiro); así también, a la vez, estaría siendo encarecida la prima debido a las mejoras proyectadas en la supervivencia, con lo cual ambos efectos redundarían en un problema comercial y técnico (en lo que se refiere a mantener en términos reales la renta proveniente de las tablas estáticas actuales).

En la seguridad social, la utilización de los presentes valores afecta las estimaciones proyectadas de egresos en concepto de pensiones por fallecimiento y jubilaciones. En el primer caso, no solo concierne a la cantidad esperada de altas por año sino también al monto esperado a pagar, ya que el beneficiario supérstite tendrá una mortalidad esperada futura reflejada por tablas como las que se presentan en el presente estudio.

Con respecto al sistema jubilatorio y de planes de pensión (Antolin, 2007), el aumento esperado en la duración de la vida puede servir para planificar cambios progresivos con el objetivo de mantener el financiamiento de años ganados en la longevidad (dichos cambios no deben ser necesariamente paramétricos, del tipo aumentar la edad jubilatoria –regresivos para un ya problemático mercado de trabajo–, sino que tal vez podrían incluir medidas que cambien el carácter contributivo y le den a la cuestión una visión social que vaya más allá de la relación años aportados-años cobrados).

Para finalizar, a nivel metodológico, uno de los principales méritos del modelo es que incorpora el análisis de nivel y estructura de mortalidad, permitiendo una fácil proyección estocástica de la mortalidad. A diferencia de otros modelos, donde cada edad tiene un factor de mejora en su mortalidad independientemente de la situación demográfica general, aquí los avances dependen del comportamiento de mortalidad conjunta.

Bibliografía

- ANDREOZZI, L. y M. T. Blaconá (2011), "Estimación y pronóstico de las tasas de mortalidad y la esperanza de vida en la República Argentina", en *Anales de las Decimosextoas Jornadas "Investigaciones en la Facultad de Ciencias Económicas y Estadística"*, Rosario: Universidad Nacional de Rosario, en <www.fcecon.unr.edu.ar>.
- ANTOLIN, P. (2007), *Longevity risk and private pensions*, OECD Publishing, OECD Working Papers on Insurance and Private Pensions núm. 3.
- BELLIARD, M. y C. Grushka (2009), "Nuevas tablas actuariales para Argentina 2000-2001", en *Actas de las X Jornadas Nacionales y Latinoamericanas Actuariales*, Buenos Aires: CMA/FCE/UBA.
- BETZUEN, A. (2010), "Un análisis sobre las posibilidades de predicción de la mortalidad futura aplicando el modelo Lee-Carter", en *Anales del Instituto de Actuarios Españoles*, núm. 16, Madrid: Instituto de Actuarios Españoles, pp. 111-140.
- BOOT, H., R. Hyndman, L. Tickle y P. De Jong (2006), "Lee-Carter mortality forecasting: a multi-country comparison of variants and extensions", en *Demographic Research*, vol. 15, pp. 289-310.
- BROUHNS, N., M. Denuit y J. Vermunt (2002), "A Poisson log-bilinear regression approach to the construction of projected life tables", en *Insurance: Mathematics and Economics*, vol. 31 (3), Elsevier, pp. 373-393.
- CAIRNS, A. J. G., D. P. Blake, K. Dowd, G. Y. Coughlan y D. Epstein (2009), "A quantitative comparison of stochastic mortality models using data from England & Wales and the United States", en *North American Actuarial Journal*, vol. 13, núm. 1, Illinois: Society of Actuaries.
- CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFÍA (CELADE) (2010), *Mortalidad*, Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas, Observatorio Demográfico núm. 9.
- (2012), *Proyecciones de población a largo plazo*, Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas, Observatorio Demográfico núm. 11.
- CHACKIEL, J. y G. Macció (1979), *Evaluación y corrección de datos demográficos. VII. Técnicas de corrección y ajuste de la mala declaración de la edad*, Santiago de Chile: CELADE, Serie B-Nº 39d.
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL) (2010), *Los Censos de 2010 y la salud. Informe del Seminario-Taller*, Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas, Serie de Seminarios y Conferencias núm. 59.
- FRIES, J. F. (1980), "Aging, natural death, and the compression of morbidity", en *Journal of Medicine*, 303(3), New England: Massachusetts Medical Society, pp. 130-135.

GRUSHKA, C. (2010), “¿Cuánto vivimos? ¿Cuánto viviremos?”, en Dirección General de Estadística y Censos (DGEYC) (Alfredo Lattes, coord.), *Dinámica de una ciudad: Buenos Aires 1810-2010*, Buenos Aires: Dirección General de Estadística y Censos, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (INDEC) (2004), *Estimaciones y proyecciones de población. Total del país. 1950-2015*, Buenos Aires: INDEC, Serie Análisis Demográfico núm. 30.

LEE, R. D. (2000), “The Lee-Carter Method for Forecasting Mortality, with Various Extensions and Applications”, en *North American Actuarial Journal*, vol. 4, núm. 1, Illinois: Society of Actuaries, pp. 80-91.

LEE, R. D. y L. Carter (1992), “Modeling and forecasting the time series of US mortality”, en *J. Am. Stat. Assoc.*, 87, pp. 659-671.

LEE, R. D. y R. Rofman (1994), “Modelación y Proyección de la Mortalidad en Chile”, en *Notas de Población*, XXII, núm. 59, Santiago de Chile: CEPAL, pp. 182-213, junio.

MASSA, C. M. (1997), “Evaluación de la declaración de la edad a partir de los datos de los Censos Nacionales de Población y Vivienda de 1980 y 1991”, en INDEC, *Evaluación de la calidad de datos y avances metodológicos*, Serie J, núm. 2, Buenos Aires: INDEC.

MASSA, C. M. y L. Bassarky (2003), *Evaluación de la declaración de la edad en el Censo Nacional de 2001*, Buenos Aires: INDEC, DNES y P/ DEP/PAD/DT núm. 143. (Mimeo).

OEPPEL, J. y J. W. Vaupel (2002), “Broken limits to life expectancy”, en *Science*, 296, Washington D.C.: American Association for the Advancement of Science, pp. 1029-1031.

OLSHANSKY, S. J., B. A. Carnes y C. Cassel (1990), “In search of Methuselah: Estimating the upper limits to human longevity”, en *Science*, 250, Washington D.C.: American Association for the Advancement of Science, pp. 634-640.

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS (ONU) (1955), *Manual II. Métodos para evaluar la calidad de los datos básicos destinados a los cálculos de población*, Nueva York: ONU, ST/ SOA/Serie A, Estudios sobre Población núm. 23.

----- (2004), *World Population to 2300*, Nueva York: ONU.

ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD (OPS) (2007), *Situación de las estadísticas vitales, de morbilidad y de recursos y servicios en salud de los países de las Américas*, Buenos Aires: OPS, Reunión de Directores de Estadística de los países.

PUJOL, J. M. (1984), “Procedimientos de proyecciones de la mortalidad utilizados por CELADE”, en CELADE, *Métodos para proyecciones demográfica de CELADE*, Santiago de Chile: CELADE, pp. 87-120.

ROBINE, J. y J. Vaupel (2002), “Emergence of supercentenarians in low-mortality countries”, en *North American Actuarial Journal*, vol. 6, núm. 3, Illinois: Society of Actuaries.

TULJAPURKAR, S., N. y C. Boe (2000), "A universal pattern of mortality decline in the G7 countries", en *Nature*, vol. 405, pp. 789-792.

WANG, J. Z. (2007), *Fitting and Forecasting Mortality for Sweden: Applying the Lee-Carter Model*, tesis de Maestría, Suecia: Dept. of Mathematical Statistics, Stockholm University.

WILMOTH, J. R. (1993), *Computational Methods for Fitting and Extrapolating the Lee-Carter Model of Mortality Change*, Berkeley: Department of Demography, University of California, Technical Report.

144

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Anexo estadístico

Tabla 1

Estimación de a_x y b_x (MLE). Ambos sexos.
Años 1980-2010. Argentina

Grupo de edad	a_x	b_x
0- 4	-5.32977	0.15480
5-9	-8.09048	0.10424
10-14	-7.98434	0.06864
15-19	-7.17484	0.01239
20-24	-6.88746	0.01654
25-29	-6.78249	0.03350
30-34	-6.58034	0.05874
35-39	-6.26181	0.07929
40-44	-5.85294	0.08936
45-49	-5.41015	0.07866
50-54	-4.95740	0.06691
55-59	-4.55077	0.05637
60-64	-4.15337	0.04704
65-69	-3.76425	0.04749
70-74	-3.33758	0.05565
75+	-2.33686	0.03036

Fuente: Elaboración propia sobre la base de información suministrada por la DEIS y el INDEC.

Tabla 2

Estimación y proyección del índice k_t
para el período 1980-2050 al 95% (ARIMA).
Ambos sexos. Argentina

Año (t)	k_t	LI(k_t)	LS(k_t)
1980	3.3891		
1985	1.6099		
1990	1.1526		
1995	-0.0726		
2000	-1.4326		
2005	-2.3742		
2010	-2.7264		
2011	-2.9298	-3.7990	-2.0607
2015	-3.7452	-5.8103	-1.6800
2020	-4.7643	-7.8865	-1.6422
2025	-5.7835	-9.8393	-1.7277
2030	-6.8027	-11.7392	-1.8661
2035	-7.8218	-13.6105	-2.0332
2040	-8.8410	-15.4641	-2.2179
2045	-9.8602	-17.3061	-2.4143
2050	-10.8793	-19.1398	-2.6189

Fuente: Elaboración propia sobre la base de información suministrada por la DEIS y el INDEC.

Tabla 3
Tabla de mortalidad estimada según modelo Lee-Carter. Ambos sexos.
Sobrevivientes a edades exactas [l_x]. Argentina. Años 1980-2010

Edad exacta (x)	1980	1985	1990	1995	2000	2005	2010
0	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000
5	96,052	96,984	97,048	97,606	98,055	98,358	98,490
10	95,829	96,816	96,887	97,480	97,927	98,228	98,381
15	95,614	96,621	96,722	97,322	97,783	98,082	98,239
20	95,189	96,261	96,382	96,967	97,417	97,737	97,867
25	94,639	95,777	95,894	96,454	96,927	97,285	97,372
30	94,002	95,235	95,387	95,829	96,364	96,834	96,879
35	93,183	94,567	94,752	95,154	95,707	96,290	96,327
40	92,021	93,558	93,812	94,248	94,876	95,566	95,595
45	90,308	92,006	92,385	92,929	93,634	94,485	94,550
50	87,745	89,702	90,204	90,837	91,725	92,737	92,945
55	84,085	86,209	86,910	87,734	88,777	89,996	90,414
60	78,938	81,435	82,102	83,309	84,558	85,947	86,503
65	72,159	74,662	75,521	77,006	78,689	80,072	80,767
70	62,769	66,144	66,758	68,548	70,643	72,198	72,928
75	50,571	54,115	55,519	57,387	59,909	61,574	62,572

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Tablas 1 y 2 de este Anexo estadístico.

146

Tabla 4.a
Tabla de mortalidad proyectada según modelo Lee-Carter. Ambos sexos.
Sobrevivientes a edades exactas [\bar{l}_x] (media). Argentina. Años 2011-2050

Edad exacta (x)	2011	2015	2020	2025	2030	2035	2040	2045	2050
0	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000
5	98,472	98,652	98,848	99,015	99,158	99,281	99,385	99,475	99,551
10	98,361	98,550	98,756	98,932	99,084	99,213	99,325	99,420	99,502
15	98,224	98,420	98,635	98,819	98,978	99,115	99,233	99,334	99,422
20	97,862	98,061	98,279	98,467	98,630	98,771	98,893	98,998	99,090
25	97,388	97,592	97,817	98,012	98,182	98,329	98,458	98,570	98,669
30	96,889	97,106	97,345	97,555	97,739	97,901	98,044	98,169	98,281
35	96,325	96,566	96,836	97,075	97,286	97,473	97,640	97,789	97,922
40	95,599	95,884	96,205	96,491	96,746	96,974	97,179	97,363	97,528
45	94,548	94,904	95,307	95,668	95,993	96,285	96,548	96,785	97,000
50	92,885	93,337	93,854	94,321	94,744	95,128	95,477	95,794	96,083
55	90,239	90,818	91,485	92,096	92,655	93,167	93,637	94,069	94,466
60	86,288	87,017	87,866	88,652	89,380	90,055	90,681	91,263	91,803
65	80,578	81,468	82,517	83,501	84,423	85,288	86,100	86,863	87,579
70	72,840	73,928	75,225	76,456	77,623	78,731	79,782	80,779	81,725
75	62,620	63,985	65,630	67,208	68,723	70,174	71,564	72,895	74,168

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Tablas 1 y 2 de este Anexo estadístico.

Año 7

Número 13

Julio/
diciembre
2013

Tabla 4.b
Tabla de mortalidad proyectada según modelo Lee-Carter. Ambos sexos.
Sobrevivientes a edades exactas [lx] (límite inferior). Argentina. Años 2011-2050

Edad exacta (x)	2011	2015	2020	2025	2030	2035	2040	2045	2050
0	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000
5	98,248	98,169	98,223	98,325	98,445	98,570	98,695	98,815	98,929
10	98,127	98,044	98,100	98,206	98,332	98,464	98,595	98,721	98,841
15	97,981	97,896	97,954	98,064	98,194	98,331	98,467	98,598	98,723
20	97,616	97,530	97,588	97,700	97,832	97,970	98,109	98,243	98,370
25	97,136	97,048	97,107	97,221	97,357	97,499	97,641	97,779	97,911
30	96,623	96,530	96,593	96,713	96,856	97,006	97,157	97,305	97,446
35	96,030	95,928	95,997	96,130	96,288	96,455	96,625	96,790	96,950
40	95,254	95,135	95,215	95,370	95,556	95,753	95,953	96,151	96,342
45	94,121	93,974	94,073	94,265	94,495	94,741	94,991	95,238	95,479
50	92,345	92,161	92,285	92,526	92,817	93,128	93,447	93,765	94,076
55	89,555	89,323	89,480	89,784	90,152	90,550	90,959	91,370	91,775
60	85,437	85,150	85,343	85,721	86,180	86,679	87,196	87,718	88,237
65	79,549	79,205	79,436	79,890	80,446	81,054	81,688	82,334	82,981
70	71,596	71,183	71,461	72,007	72,680	73,421	74,200	74,998	75,803
75	61,077	60,569	60,910	61,585	62,421	63,347	64,327	65,340	66,369

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Tablas 1 y 2 de este Anexo estadístico.

147

Tabla 4.c
Tabla de mortalidad proyectada según modelo Lee-Carter. Ambos sexos.
Sobrevivientes a edades exactas [lx] (límite superior). Argentina. Años 2011-2050

M. Belliard
e I. Williams

Edad exacta (x)	2011	2015	2020	2025	2030	2035	2040	2045	2050
0	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000	100,000
5	98,668	99,009	99,254	99,422	99,545	99,639	99,711	99,768	99,812
10	98,567	98,925	99,185	99,364	99,496	99,596	99,675	99,736	99,785
15	98,438	98,812	99,085	99,274	99,415	99,523	99,608	99,676	99,730
20	98,079	98,460	98,740	98,936	99,083	99,197	99,287	99,360	99,420
25	97,610	98,004	98,297	98,503	98,661	98,785	98,884	98,966	99,035
30	97,125	97,547	97,866	98,095	98,272	98,414	98,531	98,629	98,712
35	96,588	97,065	97,432	97,700	97,911	98,083	98,227	98,348	98,453
40	95,910	96,480	96,924	97,253	97,515	97,730	97,912	98,066	98,200
45	94,936	95,654	96,220	96,644	96,983	97,263	97,500	97,703	97,879
50	93,378	94,302	95,043	95,605	96,059	96,439	96,763	97,041	97,284
55	90,870	92,071	93,053	93,810	94,433	94,960	95,415	95,810	96,158
60	87,083	88,620	89,903	90,914	91,758	92,485	93,119	93,680	94,179
65	81,549	83,460	85,093	86,404	87,520	88,495	89,361	90,137	90,838
70	74,028	76,405	78,479	80,177	81,647	82,950	84,122	85,186	86,157
75	64,111	67,143	69,843	72,091	74,063	75,832	77,439	78,910	80,264

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Tablas 1 y 2 de este Anexo estadístico.

Tabla 5
Estimación y proyección de la esperanza de vida al nacer
1980-2050 al 95%. Ambos sexos. Argentina

Año (<i>t</i>)	<i>e</i> (0)	LI[<i>e</i> (0)]	LS[<i>e</i> (0)]
1980	69.9		
1985	71.9		
1990	72.4		
1995	73.5		
2000	74.8		
2005	75.5		
2010	75.7		
2011	76.0	75.2	76.7
2015	76.6	75.0	78.2
2020	77.4	75.2	79.6
2025	78.2	75.5	80.8
2030	79.0	75.9	81.9
2035	79.7	76.3	83.0
2040	80.5	76.8	84.0
2045	81.2	77.3	85.0
2050	82.0	77.8	86.0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Tabla 4.a, 4.b y 4.c de este Anexo estadístico.

148

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Un mirada de género a las representaciones sociales del cuidado de las personas mayores

A gender perspective to the social representations of elderly care

Karina Batthyány

*Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la Repùblica, Uruguay*

Natalia Genta

*Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la Repùblica, Uruguay*

Valentina Perrotta

*Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la Repùblica, Uruguay*

Resumen

El artículo presenta los principales resultados del proyecto “Hacia un Sistema Nacional de Cuidados: representaciones sociales de la población y propuestas para el cuidado de dependientes”, cuyo objetivo general fue conocer las representaciones sociales de la población uruguaya sobre el cuidado, de modo de avanzar en la comprensión del mismo como elemento constitutivo del bienestar social desde una perspectiva de género y derechos. Los resultados de la encuesta representativa realizada muestran la fuerte presencia del “familismo” en dichas representaciones: se revela que la situación más deseable para el cuidado de las personas mayores es la que se brinda en el domicilio, y especialmente a través de los miembros de las familias. Además, se constata la fuerza del mandato de género en el rol cuidador de la identidad femenina, que trasciende las distintas posiciones sociales: las mujeres manifiestan mayor disposición que los varones a flexibilizar o abandonar el empleo en caso de necesidad de cuidados de sus familiares mayores.

Palabras clave: género, cuidados a personas mayores, representaciones sociales, familismo.

Abstract

This article presents the main results of the project “Towards a National System of Care: social representations and proposals for the care of dependents”, which main objective was to study the social representations of care of the Uruguayan population in order to improve the understanding of care as a component of social welfare from a gender and rights perspective. So as to fulfill this objective, a representative survey of the Uruguayan population was conducted. The results show the prevailing presence of “familism” in representations. The most desirable situation for older people is care provided at home, especially by family members. We found the great influence of gender mandate of care giving in female identity that transcends women different social positions. Women are more predispose than men to make flexible employment arrangements or to quit their jobs to provide care for the elderly.

Key words: gender, elderly care, social representations, familism.

Introducción

Uruguay, país que se caracteriza por su fuerte legado histórico en materia de protección social, tiene hoy en el centro de la agenda pública y como preocupación insignia de la política pública social el tema del cuidado. El diseño de un sistema de cuidados se inserta en el marco de un proceso más amplio de reformas sociales iniciado en el país en 2005, entre las que se destacan la reforma del sistema de salud y de la seguridad social y la reforma tributaria.

Como política social, la construcción de tal sistema tiene un gran potencial en cuanto a su posibilidad de impactar en cuatro dimensiones fundamentales: en la justa distribución del ingreso y en la equidad entre varones y mujeres; en la promoción de procesos de cambio poblacionales (natalidad, envejecimiento); en las familias (división sexual del trabajo, déficit de cuidados); y en el mercado de trabajo (aumento en la tasa de actividad femenina y condiciones equitativas en el trabajo).

El tema del cuidado y las responsabilidades familiares, principalmente el cuidado de los/as niños/as y de las personas dependientes, plantea de manera directa el interrogante acerca de la posición de las mujeres y su igualdad en distintos ámbitos de la sociedad, pero principalmente en la esfera de la familia y del trabajo. Si bien existen rasgos comunes a todas las mujeres que tienen responsabilidades familiares y de cuidado, ellas no constituyen un grupo homogéneo, pues tales responsabilidades dependerán de su estrato socioeconómico, su pertenencia racial, la edad, el estado civil y/o el lugar de residencia.

150

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

El aumento generalizado de la tasa de actividad femenina –que pasó del 40.4% en 1986 al 55.6% en 2013¹ y particularmente de la de las madres, la emergencia de los hogares monoparentales, la reducción de los hogares biparentales tradicionales (varón proveedor y mujer ama de casa a tiempo completo), entre otras transformaciones de la familia, replantean la pregunta acerca de cuáles son las obligaciones familiares respecto del cuidado y cuál es la forma en que se comparten con otros agentes. La distribución entre Estado, familias, mercado y comunidad de los costos, roles y responsabilidades en la atención de las personas dependientes (niños/as, personas mayores, discapacitados) es lo que se pone en juego en la definición del cuidado como política pública.

La intervención y articulación de esos diferentes actores impacta en la posición de las mujeres en las familias y en el mercado de trabajo, así como determina la efectiva capacidad de ejercer los derechos vinculados a su ciudadanía social. En estos momentos, Uruguay discute el diseño y la implementación de un sistema de cuidados como respuesta a esta problemática.

1 Datos extraídos de la página del Instituto Nacional de Estadística: <www.ine.gub.uy>.

Cuidados y envejecimiento

La noción de cuidados se ha vuelto clave para la investigación y el análisis de las políticas de protección social con perspectiva de género. Se trata de un concepto que, lejos de suscitar consenso, presenta diversas definiciones.² Los debates académicos sobre su contenido se remontan a los años setenta en los países anglosajones y fueron impulsados por las corrientes feministas en el campo de las ciencias sociales. Podemos decir, sin pretensión de otorgar una definición exhaustiva, que el cuidado designa a la acción de ayudar a un/a niño/a o a una persona dependiente en el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana. Engloba, por tanto, hacerse cargo del otro (Hochschild, 2003); esto supone su cuidado material –lo que implica un “trabajo”–, su cuidado económico –lo que implica un “costo económico”– y su cuidado psicológico –lo que implica un “vínculo afectivo, emotivo, sentimental”–. Estas tareas pueden hacerse de manera honoraria o benéfica, por parientes en el seno de la familia o de manera remunerada dentro del marco familiar o fuera de él. La naturaleza de la actividad variará según se realice o no dentro de la familia y según se trate o no de una tarea remunerada (Letablier, 2001; Aguirre y Batthyány, 2005).

El cuidado proporciona tanto subsistencia como bienestar y desarrollo. Abarca la indispensable provisión cotidiana de bienestar físico, afectivo y emocional a lo largo de todo el ciclo vital de las personas. A ello puede agregarse la estimulación de los fundamentos cognitivos en la infancia y, en el caso de las personas de edad avanzada, la búsqueda, en la medida de lo posible, de la conservación de sus capacidades y la promoción de la autonomía –objetivo principal de la provisión de cuidados–. Para ello, se trata de garantizar el desarrollo de aquellas capacidades que las personas mayores todavía mantienen y de ayudarlas en las que han perdido. Esto tiene un componente material, que incluye asegurar todos los dispositivos adecuados para promover la reducción de la dependencia y no para reproducirla y que está vinculado con el apoyo en las necesidades de la vida diaria –las cuales variarán según el grado de dependencia de la persona mayor (Batthyány, Genta y Perrotta, 2013).

Junto a los aspectos “materiales”, se encuentra el desarrollo del vínculo afectivo con las personas cuidadas. Dentro de la familia, estas tareas involucran simultaneidad de papeles, roles y responsabilidades, que para ser captados requieren considerar conceptos como los de dirección y gestión, no fácilmente traducibles en estimaciones de tiempo, intensidad o esfuerzo (Durán, 2003).

La especificidad del trabajo de cuidado –se dé dentro o fuera de la familia– es la de estar basado en lo relacional (Pérez Orozco, 2006). En el marco de la familia, su carácter a la vez obligatorio y desinteresado le otorga una dimensión moral y emocional –ya que involucra las emociones que se expresan en el seno familiar al mismo tiempo que contribuye a construirlas y mantenerlas–. Además, se trata de una tarea esencialmente

² Una buena síntesis del estado actual del debate acerca de la noción de cuidados se encuentra en C. Thomas, “Deconstruyendo los conceptos de cuidados”, en Carrasco, Borderías y Torns (eds.), 2011.

realizada por mujeres, ya sea que se mantenga dentro de la familia o que se exteriorice bajo la forma de prestación de servicios personales.

El debate en torno al tema de los cuidados se complejizó y se desplazó de la esfera estrictamente privada de la familia para pasar a la esfera pública de los Estados de Bienestar. Interrogando sobre el rol de la colectividad y de los poderes públicos en el apoyo a las familias, se reformula la cuestión en términos del modo en que se comparte las responsabilidades de cuidado entre diversas instituciones: el Estado, la familia, el mercado, las organizaciones comunitarias. Parte importante del problema de brindar bienestar y protección social de calidad a los miembros de una sociedad radica, precisamente, en una adecuada distribución de esas responsabilidades entre sus diversos miembros. Pero, aunque la solución a este problema asumió –en función del momento histórico, social, cultural y económico– variadas formas de participación de los diferentes actores –el Estado, el mercado, las familias o ciertas formas comunitarias–, parte significativa de la carga que implica la responsabilidad social del cuidado ha recaído y recae en las familias, lo que equivale a decir, en la mayoría de los casos, en las mujeres de las familias.

Esto tiene consecuencias de género relevantes, pues, cuando las mujeres de las familias son las principales proveedoras del bienestar, estas deben o bien excluirse del mercado laboral o bien enfrentar mayores dificultades que sus pares masculinos para conciliar trabajo productivo y reproductivo.

152

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Actualmente, si bien tienen mayor autonomía económica, las mujeres enfrentan grandes problemas para articular los tiempos de trabajo pago y los tiempos de los cuidados debido al desbalance en la dedicación de madres y padres y a la insuficiencia de políticas que atiendan las necesidades de las personas dependientes. Al respecto, un elemento bastante útil que se ha desarrollado en la región en los últimos años son las Encuestas sobre Uso del Tiempo (EUT), que nos permiten aproximarnos empíricamente a la división sexual del trabajo dentro de los hogares y observar cambios y permanencias (Batthyány, 2010). La Encuesta sobre uso del tiempo y trabajo no remunerado realizada en Montevideo y área metropolitana en 2003 mostraba que las madres dedican al cuidado de sus hijos/as menores de 12 años el doble de horas que los padres (Aguirre y Batthyány, 2005), tendencia corroborada en la Encuesta nacional de uso del tiempo realizada en Uruguay en 2007 (Batthyány, 2009).

Si bien, los cuidados a las personas se han resuelto históricamente en el seno de las familias, en nuestros días han cambiado tanto las necesidades como quienes pueden prestar esos cuidados. Actualmente asistimos a lo que se denomina “crisis del cuidado”: se trata de un momento histórico en que existe “un déficit” por el desajuste entre la demanda –necesidades de cuidado– y la oferta disponible. El aumento sostenido desde los años 70 de la incorporación de mujeres al mercado de empleo junto con una mayor búsqueda de autonomía reducen el número de mujeres disponibles en forma exclusiva para estas tareas. En forma paralela, se han producido ciertas transformaciones familiares caracterizadas por la reducción de la proporción de hogares biparentales con hijos/as

en los que el varón es el único sostén económico del hogar y la mujer es ama de casa a tiempo completo; esto también contribuye a que haya menos personas en condiciones de brindar asistencia a las personas dependientes (Arriagada, 2007).

Por otro lado, existe un incremento de la demanda de necesidades de cuidado a partir de los cambios en la fecundidad, de los procesos de envejecimiento de la población, de las migraciones, factores que impactan en las estructuras familiares, en el tamaño y composición de los hogares, en las relaciones entre sus miembros y en el bienestar de las familias. Así, la reducción del número de hijos/as y la mayor expectativa de vida de las personas gracias a los cambios en las condiciones de salud llevan a un avanzado envejecimiento de la población en el país: Uruguay presenta una de las estructuras demográficas más envejecidas de América Latina, asimilable a la de los países desarrollados, ya que el 14.1% tiene más de 65 años (Censo 2011). Adicionalmente, se presenta en el país el fenómeno del “envejecimiento dentro del envejecimiento” –definido como el aumento de la proporción de personas mayores de 80 o 90 años dentro del segmento de personas de más de 65 años–, lo que tiene como consecuencia directa el aumento de los requerimientos de cuidados.

Durán (2012) realiza una estimación de la necesidad de cuidados basada en la cantidad de personas dependientes, la que viene determinada, en el caso de América Latina, por: la emigración –que provoca que existan menos jóvenes disponibles para el cuidado–, el descenso en la natalidad, el aumento de la longevidad y la alta incidencia de la monoparentalidad. En el caso de Uruguay, se prevé que se mantengan 1.5 unidades de cuidados necesarios por cada persona, una para su cuidado y media para el cuidado de otra persona (Durán y Milosavljevic, 2012). Además, se modifica la composición de la demanda: la tendencia es que se incrementa la de las personas mayores (del 12.1% en 1950 al 21.3% en 2010) mientras que se reduce la de los/as niños/as (del 44.5% en 1950 al 35.5% en 2010). Asimismo, se prevé (Durán y Milosavljevic, 2012) que, para 2050, aumente la proporción de las primeras al 33.1% y que el 41.0% de esta demanda provenga de personas que tienen más de 80 y 90 años.

153

K. Batthyány,
N. Genta
y V. Perrotta

La necesidad de un sistema de cuidados

El estudio de los regímenes de cuidado tiene en cuenta la división del cuidado de niños/as, de personas con discapacidad y de mayores dependientes entre el Estado, las familias, el mercado y la comunidad, en cuanto al trabajo, la responsabilidad y el costo. Supone analizar empíricamente los servicios, las transferencias de dinero, de bienes y de tiempo proporcionados por las distintas esferas y la distribución de la provisión entre ellas. En este marco, es importante desagregar las funciones que realizan las familias para poder visualizar con mayor claridad cuáles pueden desfamiliarizarse –y cómo es posible hacerlo– y analizar qué implicaciones tienen para las relaciones de género.

Al respecto, Aguirre (2008), en “El futuro del cuidado”, retoma los planteos de las analistas feministas de los regímenes de cuidado presentando dos escenarios opuestos: familiarista y desfamiliarizador. En el régimen familiarista, la responsabilidad principal del

bienestar corresponde a las familias y a las mujeres en las redes de parentesco; el trabajo de cuidado es no remunerado y la unidad que recibe los beneficios es la familia. Es el más extendido en América Latina y los países mediterráneos. Los supuestos de este régimen son la centralidad de la institución del matrimonio legal y una rígida y tradicional división sexual del trabajo. En el régimen desfamiliarizador hay una derivación hacia las instituciones públicas y hacia el mercado; el trabajo de cuidado es remunerado y la unidad que recibe los beneficios es el individuo. Estos dos regímenes no existen en forma pura y absoluta, sino que son muy variados y se dan en diferentes grados y combinaciones.

Tal como se sostiene en el texto mencionado, otro escenario posible para la equidad social y de género es que se desarrollen políticas de corresponsabilidad entre familias, Estado y mercado, de forma tal de favorecer la ampliación del ejercicio de derechos sociales, económicos y políticos de las mujeres.

En definitiva, la discusión sobre el cuidado ha conducido a colocarlo como un problema de política pública al que deben dar respuesta los Estados. No se trata, por tanto, de una cuestión individual y privada que cada persona intenta solucionar como puede y en función de los recursos de los que dispone, sino de una problemática que requiere de respuestas colectivas y sociales. Por ende, reducirlo a una dimensión individual deja a las mujeres expuestas a negociaciones personales y desventajosas.

154

La importancia de las representaciones sociales del cuidado

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Esta investigación pretende aportar algunos elementos a un vacío de conocimiento que ha sido identificado y señalado de manera reiterada por diversos actores vinculados a la temática que nos ocupa, aportes que se consideran centrales para avanzar hacia la conformación de un sistema de cuidados: nos proponemos caracterizar las representaciones sociales de la población uruguaya relacionadas con esta problemática.

Repasando la noción de representación social, recordemos que fue Moscovici quien, en 1961, propuso este concepto. Desde entonces, el desarrollo de la teoría sobre las representaciones sociales ha permeado las ciencias sociales porque constituye un enfoque que unifica e integra lo individual y lo colectivo, lo simbólico y lo social, el pensamiento y la acción.

Las representaciones sociales manifiestan un conocimiento práctico productor y constructor de una realidad social compartido por un colectivo y a través de ellas se intenta comprender, explicar y dominar ese entorno. Son al mismo tiempo producto y proceso de construcción de la realidad y de su elaboración psicológica y social.

La teoría de las representaciones sociales postulada por Moscovici (1979) es un marco interesante para una aproximación compleja al universo de significados y valores que portan los individuos sobre la temática del cuidado. En este sentido, Sandra Araya Umaña nos plantea que:

Las representaciones sociales constituyen sistemas cognitivos en los que es posible reconocer la presencia de estereotipos, opiniones, creencias, valores y normas que suelen tener una orientación positiva o negativa de las actitudes. Se constituyen, a su vez, como sistemas de códigos, valores, lógicas clasificadorias, principios interpretativos y orientadores de las prácticas, que definen la llamada conciencia colectiva, la cual se rige con fuerza normativa en tanto instituye los límites y las posibilidades de la forma en que las mujeres y los hombres actúan en el mundo (Araya Umaña, 2002)

El estudio de las representaciones sociales nos permite reconocer los modos y procesos de configuración del pensamiento social por medio del cual las personas construyen la realidad social al mismo tiempo que son construidas por ella. Nos aproxima a la “visión de mundo” que los individuos o los grupos tienen.

Se advierte, pues, la importancia de conocer, desentrañar y cuestionar el núcleo de una representación social en el que se articulan creencias ideologizadas, pues ello constituye un paso significativo para modificarla y, por ende, para cambiar una práctica social.

En el caso de las representaciones sociales de género, la importancia de su estudio radica en hacer visibles las creencias, los valores, los supuestos ideológicos que construyen, sobre la base de las diferencias biológicas, las desigualdades sociales entre mujeres y hombres. En tal sentido, configuran un sistema que genera procesos de clasificación social que son claves para delimitar creencias compartidas, imágenes, sentimientos y comportamientos adecuados. El conocimiento de estos elementos es sustancial para su transformación y para su consideración en las políticas públicas que promueven la equidad de género.

Particularmente, el estudio de las representaciones sociales del cuidado desde una perspectiva de género es fundamental por dos razones: en primer lugar, porque, antes de la implementación del Sistema de Cuidados en Uruguay –así como se midió la carga de trabajo, el tiempo y la división sexual del trabajo de cuidado por medio de las EUT–, resulta esencial construir una línea de base o punto de partida considerando tales representaciones para luego analizar cambios y permanencias en ese sistema; en segundo lugar, porque su conocimiento permite tenerlas en cuenta en la formulación de los servicios y prestaciones que se incluyan en el sistema y, al mismo tiempo, en la promoción de las transformaciones culturales necesarias para favorecer la equidad de género.

Apartado metodológico

El objetivo general del proyecto de investigación “Hacia un Sistema Nacional de Cuidados: representaciones sociales de la población y propuestas para el cuidado de dependientes” fue avanzar en el conocimiento y la comprensión del cuidado como elemento constitutivo del bienestar social desde una perspectiva de género y derechos, de forma tal de facilitar la implementación de un Sistema Nacional de Cuidados en Uruguay. Dicho Sistema pretende, por medio de la provisión o regulación de servicios de cuidado a dependientes, reconocer y valorar dichas tareas y promover la corresponsabilidad entre las familias y el Estado, así como entre mujeres y varones dentro del hogar. Se propone,

además, impactar de forma positiva en la equidad en la distribución del ingreso y en la equidad de género, generacional y étnico-racial.

En el contexto de incorporación de esta problemática en la agenda pública del país, el proyecto de investigación pretendió aproximarse a lo deseable en torno a mecanismos formales e informales, remunerados y no remunerados, familiares y extrafamiliares para hacer frente a las necesidades del cuidado infantil y de la persona mayor.

La pregunta inicial que guió la investigación fue: ¿Cuáles son las representaciones sociales y las expectativas de cuidado de la población uruguaya en relación con la población dependiente? Los objetivos específicos fueron describir y analizar las expectativas y las responsabilidades en torno al cuidado propio y de familiares en dimensiones claves y conocer cómo resolverían las personas esas necesidades en el marco de una oferta disponible de servicios y prestaciones de calidad.

La estrategia de investigación se orientó a caracterizar las distintas representaciones sobre el tema y su relación con variables como nivel socioeconómico, edad, nivel educativo, contacto con situaciones de cuidado, convivencia con población dependiente.

Las principales dimensiones abordadas fueron: a) necesidades y demandas de cuidado; b) percepciones sobre el cuidado infantil y de personas mayores; c) percepciones sobre responsabilidades de cuidado; d) percepciones sobre obligaciones de cuidado; e) disponibilidad para brindar cuidado; f) valoración del tiempo destinado al cuidado infantil y de personas mayores.

Para analizar estas dimensiones, se realizó una encuesta “cara a cara” de la población uruguaya sobre la base de una muestra representativa estratificada por ingresos y por región de 800 casos –con un adicional de 200 casos de personas mayores–. Se diseñó una muestra por conglomerado y polietápica, con aplicación de cuotas por sexo y edad en el hogar para la selección del/de la encuestado/a. El universo de la encuesta fueron varones y mujeres mayores de 18 años residentes en conjuntos urbanos de más de 5,000 habitantes.

Con el objetivo de realizar un análisis específico de las personas mayores y debido a su baja proporción en la población total, se decidió agregar a la muestra representativa de 800 casos otros 200 de personas mayores de 70 años. Contamos, por lo tanto, con 200 casos de personas mayores, 61.5% mujeres, 38.5% varones. Nos interesaba sobrerrepresentar a las personas mayores de 70 años porque se partió del supuesto de que se trata de la población que recibe cuidados, por lo que resultaba pertinente poder analizar las representaciones sociales de este grupo sobre su propio cuidado, para lo cual era conveniente contar con un número suficiente de casos. De este modo, el análisis se centra en dos subpoblaciones: la población cuidadora, conformada por las personas menores de 69 años, y la población mayor que recibe cuidados, conformada por las personas mayores de 70 años. Sobre la base de este criterio, la mayoría de los cuadros presentados en este artículo toma a la población menor de 69 años en conjunto como población total, porque, como dijimos, es el grupo al que consideramos población cuidadora, es decir, la que

responde por los cuidados de la población mayor de 70 años. En algunos casos, cuando comparamos con el grupo de los mayores de 70 años, tenemos en cuenta algunos tramos de edad dentro de la población menor de 69 años.

En los dos últimos bloques se obtuvo información sociodemográfica sobre las personas encuestadas, composición del hogar y nivel socioeconómico. Para la construcción de esta última variable, se utilizó el Índice de Nivel Socioeconómico para Estudios de mercado y opinión pública (INSE).

La población encuestada se distribuye en las distintas variables en proporciones similares a las que se observan en la población del país: en cuanto a la edad, el 13.0% tiene más de 70 años y el 37.6% tiene entre 30 y 50 años; el 40.9% reside en Montevideo y el 59.1% restante lo hace en el interior del país; casi la mitad de la población encuestada (48.8%) pertenece al nivel socioeconómico bajo y la otra mitad se divide en partes casi iguales entre el nivel medio y el alto (25.3 y 26.0%, respectivamente); en materia de educación, más de la mitad de la población encuestada (52.1%) tiene nivel secundario/UTU, mientras que la otra mitad se divide entre quienes tienen nivel primario y terciario (24.5 y 23.4 %, respectivamente).

Expectativas y modalidades más deseables para el cuidado de las personas mayores

En este apartado nos centraremos en exponer los principales resultados sobre la situación deseable para el cuidado de las personas mayores. En la consulta acerca de las opciones deseadas, se dividió a la población en los dos subgrupos mencionados anteriormente: a los/as menores de 70 años, se les solicitó que se refirieran a sus padres, y a las personas de 70 años y más, se les pidió que se refirieran al cuidado de su pareja. Por este motivo, se presentan los datos de forma separada, dado que se trata de dos situaciones distintas al momento del análisis de los resultados.

Como observamos en el Cuadro 1, la gran mayoría de la población (90%) opina que la situación más deseable para la asistencia de las personas mayores son los cuidados domiciliarios, es decir los que se brindan en la vivienda. Dentro de esta modalidad, la población se divide entre los/as que opinan que lo más deseable son los cuidados exclusivamente familiares (47.5%) y los/as que opinan que es mejor la contratación de una o varias personas con participación de la familia (43.6%).

La opción vinculada al cuidado exclusivo por parte de instituciones es minoritaria, alcanzando al 8% de la población menor de 69 años, pero no es despreciable en el contexto de reducidos servicios de cuidado destinados a las personas mayores.

Ahora bien, uno de los factores que inciden en la elección del cuidado institucional de los/as mayores es el nivel socioeconómico, ya que este determina las posibilidades de costear una institución de calidad. Y al considerar la opinión sobre la situación más deseable según dicho nivel, encontramos que incide en la mención sobre los cuidados domiciliarios y familiares de los varones: a mayor nivel socioeconómico menor es la

Cuadro 1
Situación más deseable para la atención cotidiana de personas mayores, por sexo.
Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011

Situación más deseable	Varones	Mujeres	Total
Cuidado domiciliario			
Cuidado exclusivamente familiar	46.5	48.0	47.5
Cuidado compartido entre persona contratada y familiares	34.5	31.8	32.6
Cuidado contratado exclusivamente	9.0	12.0	11.0
Subtotal cuidado domiciliario	90.0	91.8	91.2
Cuidado institucional	8.5	7.5	7.8
Ns/nc	1.5	0.7	0.96
Total	100.0	100.0	100.0
Número de casos	374	414	788

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

opción por los cuidados domiciliarios y familiares, y son los varones de nivel alto y medio-alto los que más se inclinan por el cuidado institucional (15.4%). En cambio, en el caso de las mujeres, el nivel socioeconómico no altera su elección por los cuidados domiciliarios, pero sí incide en la mayor elección por los cuidados exclusivamente familiares: a mayor nivel socioeconómico, menor es la elección por los cuidados exclusivamente familiares, de modo que la modalidad de cuidado familiar compartido con personas contratadas es la mayoritaria en el caso de las mujeres de nivel alto y medio-alto (40.4%), mientras que, para las mujeres de niveles más bajos, la opción mayoritaria es la de cuidado exclusivamente familiar (56.7%) (Cuadro 2).

El Cuadro 3 muestra las elecciones ante la pregunta: *¿Dónde es más deseable que residan las personas mayores cuando necesitan cuidado?*: el 61.4% de la población menor de 69 años –sin diferencias importantes por sexo– elegiría convivir con su padre o madre mayor si tuviera que cuidarlo/a la mayor parte del día.

A pesar de que la opción de convivir con la persona mayor es la más mencionada por la población general, existen diferencias cuando analizamos las respuestas según grupos de edades de la población y nivel socioeconómico (Cuadro 4).

A mayor edad, es mayor el porcentaje de quienes opinan que el progenitor conviva con sus hijos/as: hasta los 50 años, el 58% de los varones cree que la situación ideal es que la persona mayor viva con ellos/as, mientras que este porcentaje aumenta al 66% luego de los 51 años. En el caso de las mujeres, es una constante que en todas las edades mencionen que la situación ideal es convivir con sus padres/madres, lo que daría cuenta de una responsabilidad mayor que la de los varones respecto del cuidado de la generación anterior.

Ahora bien, cuando tenemos en cuenta el nivel socioeconómico de la persona encuestada, encontramos que a medida que aumenta, disminuye la elección por la

Cuadro 2
Situación más deseable para la atención cotidiana de personas mayores, por sexo y nivel socioeconómico. Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011

Sexo	Situación más deseable	Nivel socioeconómico			Total
		Alto	Medio	Bajo	
Varones	Cuidado domiciliario				
	Cuidado exclusivamente familiar	34.6	38.2	58.7	46.7
	Cuidado compartido entre persona contratada y familiares	40.4	38.2	29.3	34.7
	Cuidado contratado exclusivamente	7.6	12.8	6.5	8.5
	Sub total cuidado domiciliario	82.7	89.1	94.6	89.9
	Cuidado institucional	15.4	9.1	4.3	8.5
	Ns/nc	1.9	1.8	1.1	1.5
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0
	Número de casos	52	55	92	199
Mujeres	Cuidado domiciliario				
	Cuidado exclusivamente familiar	33.1	52.0	56.7	47.8
	Cuidado compartido entre persona contratada y familiares	40.4	26.8	28.7	31.9
	Cuidado contratado exclusivamente	17.0	12.6	7.9	12.2
	Sub total cuidado domiciliario	90.4	91.3	93.3	91.8
	Cuidado institucional	8.1	8.7	6.1	7.5
	Ns/nc	1.5	0.0	0.6	0.7
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0
	Número de casos	136	127	164	427

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

Cuadro 3
Elección sobre el lugar de residencia de las personas mayores en situación de dependencia, según sexo. Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011

Lugar de residencia	Varones	Mujeres	Total
Convivir con la persona mayor	60.5	61.9	61.4
No convivir con la persona mayor	25.0	21.6	22.7
Le es indiferente o no opina	14.5	16.5	15.9
Total	100.0	100.0	100.0
Número de casos	200	425	625

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

Cuadro 4
Elección sobre lugar de residencia de personas mayores en situación de dependencia, por sexo y nivel socioeconómico. Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011

Sexo	Lugar de residencia	Nivel socioeconómico			Total
		Alto	Medio	Bajo	
Varones	Convivir con la persona mayor	39.6	70.9	66.3	60.5
	No convivir con la persona mayor	37.7	20.0	20.7	25.0
	Le es indiferente o no opina	23.7	9.1	13.1	14.5
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0
	Número de casos	53	55	92	200
Mujeres	Convivir con la persona mayor	53.3	59.5	70.6	61.8
	No convivir con la persona mayor	26.7	27.0	13.5	21.7
	Le es indiferente o no opina	20.0	13.5	15.9	16.5
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0
	Número de casos	135	126	163	424

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

160

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre

2013

convivencia con la persona que requiere cuidados y crece la elección porque viva en una casa distinta del/de la encuestado/a. En el caso de los varones, el 37.7% de los encuestados de nivel alto elige que la persona mayor viva en su propia casa (es decir, no en la del encuestado), mientras que ese porcentaje se reduce al 20.7% en el nivel bajo. En el caso de las mujeres, el 26.7% de las que pertenecen al nivel socioeconómico alto y el 13.5% de las que se encuentran en el nivel bajo consideran que la situación ideal es que los/as mayores de 70 años vivan en otra casa.

Esto se vincula claramente con la experiencia y las posibilidades de las familias. Se observa que los hogares unipersonales de personas mayores están integrados sobre todo por personas no pobres (SIG, 2011), con lo que la conformación de ese tipo de hogares puede entenderse como una elección de las personas mayores cuando tienen los recursos económicos para hacerlo. Sin embargo, en el caso de las mujeres, las diferencias entre los distintos niveles socioeconómicos no son tan marcadas como en los varones, siendo los varones de nivel socioeconómico bajo los que más consideran como situación ideal la convivencia con sus padres y madres mayores. Es decir, inclusive dentro del mismo nivel, las mujeres muestran, respecto de la convivencia con sus progenitores mayores, elecciones menos familistas que los varones, lo que da cuenta de valoraciones más tradicionales por parte de estos.

Una de las preguntas de la encuesta se refería a lo que espera la población de su familia y qué modalidad de cuidados le parecería más deseable; es decir, requería pensar cuál sería la solución que adoptaría su familia para su cuidado cotidiano al momento de tener 70 años (Cuadro 5). El 40.6% de los varones y el 36.4% de las mujeres creen que serán cuidados/as solo por personas de la familia. Además, la cuarta parte de varones y

Cuadro 5

Expectativa sobre la solución que adoptaría su familia si la persona encuestada tuviera 70 años o más y necesitara cuidados diarios,* según sexo. Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011

Expectativa	Varones	Mujeres	Total
Contratarían una persona para que le proporcionara la mayor parte de los cuidados	12.8	17.6	14.6
Lo/la llevarían a una residencia de calidad	10.8	13.0	11.6
Lo/la cuidaría alguien de la familia y una persona contratada	25.9	22.6	24.7
Lo/la cuidarían solo personas de la familia	40.6	36.4	39.0
Otros	1.3	2.7	1.8
No sabe / No contesta	8.5	7.3	8.0
Total	100.0	100.0	100.0
Número de casos	436	261	697

* La pregunta formulada en la encuesta fue: *Si Ud. necesitara cuidados a partir de los 70 años de edad para realizar las actividades básicas de la vida diaria (asearse, vestirse, cocinar, limpiar, etc.), ¿qué solución cree que adoptaría su familia?*

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

161

K. Batthyány,
N. Genta
y V. Perrotta

mujeres cree que los/las cuidará alguien de la familia junto con una persona contratada. Si sumamos estas dos categorías, encontramos que 6 de cada 10 personas espera que la familia participe directamente en el cuidado, y que 4 de cada 10 espera que lo haga de forma exclusiva. Por otra parte, solo 2 de cada 10 creen que la familia no se haría cargo de su cuidado bajo ningún formato. Las mayores expectativas masculinas respecto del cuidado familiar probablemente se sustentan en su confianza en que las mujeres de la familia se harán cargo de tales tareas.

Como se puede observar, la población tiene altas expectativas respecto del rol de las familias en el cuidado de las personas mayores, lo cual indica un fuerte arraigo de esta función familiar en las representaciones sociales sobre el tema. Pero, como se ha señalado, esta función que históricamente han brindado las familias se vuelve cada vez menos viable en un contexto de importantes cambios demográficos y culturales.

Al considerar el nivel socioeconómico, encontramos que a menor nivel de la persona encuestada es mayor su expectativa de que sea la familia quien la cuide. Es muy probable que esa expectativa esté mediada por las experiencias anteriores con respecto a lo que se hizo en el caso de otros/as familiares –es decir, el tipo de cuidado que se eligió–; esto explicaría, en parte, las diferencias encontradas para los distintos niveles socioeconómicos. Un mejor nivel posibilita un mayor acceso al pago de servicios de cuidado de calidad, por lo que las familias no tienen que hacerse cargo necesariamente en forma exclusiva o directa de sus personas mayores.

Cuadro 6

Expectativa sobre la solución que adoptaría su familia si la persona encuestada tuviera 70 años o más y necesitara cuidados diarios, y elección de la persona encuestada,* según sexo. Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011

Modalidad de solución	Expectativas sobre la solución familiar			Elección del/de la encuestado/a		
	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total
Que contrataran a una persona que le proporcionara la mayor parte de los cuidados	12.8	17.6	14.6	10.8	14.2	12.1
Que lo/la llevaran a una residencia de calidad	10.8	13.0	11.6	16.3	19.2	17.4
Que lo/la cuidara alguien de la familia y una persona contratada	25.9	22.6	24.7	25.5	27.2	26.1
Que lo/la cuidaran solo personas de la familia	40.6	36.4	39.0	44.6	37.9	42.1
Otros	1.3	2.7	1.8	0	0.4	0.1
No sabe / No contesta	8.5	7.3	8.0	3.0	1.1	2.3
Número de casos	436	261	697	436	261	697
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

*La pregunta formulada en la encuesta fue: Si Ud. necesitará cuidados a partir de los 70 años de edad para realizar las actividades básicas de la vida diaria (asearse, vestirse, cocinar, limpiar, etc.), ¿qué solución cree que adoptaría su familia? Y usted. ¿qué eligiría?

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

162

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

El 50% de los varones de nivel socioeconómico medio y el 45.6% de los de nivel socioeconómico bajo creen que los cuidarán sus familias, mientras que solo lo cree el 22.4% de los hombres de nivel alto.

El Cuadro 6 presenta las expectativas sobre la solución que adoptaría la familia en el caso de que la persona encuestada fuera mayor de 70 años junto con lo que dicha persona elegiría para su cuidado futuro, es decir, cuáles serían sus deseos con respecto a cómo solucionar su propio cuidado. Casi la mitad de los varones y más de un tercio de las mujeres desearían que los cuidaran exclusivamente personas de la familia.

Al comparar las expectativas sobre lo que haría su familia y lo que el/la encuestado/a elegiría para su propio cuidado, se observa que, en el caso de los varones, el porcentaje de quienes eligen que sea su familia quien los cuide (44.6%) es mayor al porcentaje de quienes creen que su familia los cuidaría en exclusividad (40.6%). Es decir, que se produciría lo que puede denominarse una demanda insatisfecha de cuidados familiares en las personas mayores –es decir, demandarían más cuidados familiares que los que sus familias les brindarían.

Debe destacarse que alrededor de una cuarta parte de la población optaría por los cuidados familiares con participación de personas contratadas (el 25.5% de los varones y el 27.2% de las mujeres), presentando cifras similares para las expectativas sobre lo que haría la familia.

Cuadro 7

Solución que elegiría la persona encuestada si tuviera 70 años o más y necesitara cuidados diarios, según tramo de edad. Población hasta 69 años y población mayor de 70 años. Uruguay.

Año 2011

Modalidad de solución	Población hasta 69 años			Población de 70
	18 a 39	40 a 69	Total	años y más
Que contrataran a una persona que le proporcionara la mayor parte de los cuidados	10.6	13.6	12.1	15.9
Que lo/la llevaran a una residencia de calidad	17.1	17.7	17.4	11.8
Que lo/la cuidara alguien de la familia y una persona contratada	30.0	22.1	26.1	22.1
Que le lo/la cuidaran solo personas de la familia	41.5	42.8	42.1	45.7
Otros	0	0.3	0.1	1.6
No sabe / No contesta	0.8	3.5	2.2	2.8
Número de casos	357	339	696	289
Total	100.0	100.0	100.0	100

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

Cuando se considera el nivel, se observa que a menor nivel hay una tendencia a aumentar las opciones por el cuidado familiar: el 28.9% de los varones y el 24.2% de las mujeres de nivel socioeconómico alto optarían porque los/las ciden exclusivamente personas de la familia, mientras que esta cifra crece al 48.9% y el 40.4% para varones y mujeres de nivel medio y al 58.7% y 42.3% para varones y mujeres de nivel socioeconómico bajo y medio-bajo.

Se advierte una elección más familista en el estrato más pobre, especialmente en los varones, tendencia que, como ya señalamos, esté probablemente vinculada a la experiencia vivida en situaciones cercanas de cuidado. En los niveles medios y medio-bajos, la experiencia cercana también es la del cuidado familiar debido a la escasez de recursos económicos para costear servicios especializados. Como contrapartida, en el caso del nivel socioeconómico más alto, la presencia de instituciones o personas especializadas seguramente ha sido mayor, lo cual incidiría en la elección.

El Cuadro 7 presenta los datos sobre las opciones que elegirían para su propio cuidado la población menor de 69 años y la población mayor de 70 años.

Es posible observar que las personas mayores de 70 optan más que los/as menores de 69 años por el cuidado familiar (el 45.7% *versus* el 41.9%). Por otra parte, están más dispuestos a la contratación de una persona que les proporcionara la mayor parte de los cuidados (el 15.9% *versus* el 12.1%). Dentro de la población menor de 70 años, no se observan diferencias significativas entre los/las más jóvenes de 18 a 39 años y quienes tienen entre 40 y 69 años –que seguramente estén en una situación de mayor contacto con el

Cuadro 8

Expectativas de la familia y obligaciones percibidas por la persona encuestada si su padre/madre tuviera 70 años y más y necesitara cuidados permanentes,* según sexo.
Población hasta de 69 años. Uruguay. Año 2011

Modalidades de cuidado	Expectativas de la familia			Obligaciones percibidas por la persona encuestada		
	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total
Colaborar ocasionalmente en alguna tareas de cuidado	15.4	14.2	14.8	18.9	16.0	17.4
Compartir regularmente las tareas de cuidado con otras personas	26.0	32.4	29.3	23.4	26.6	25.0
Asumir casi todas las tareas de cuidado	32.5	38.0	35.3	38.8	47.3	43.1
No cuidarlo/a directamente, supervisar y/o aportar dinero	41.3	6.7	10.4	12.7	5.9	9.2
Nada concreto	8.6	4.2	6.3	4.7	2.2	3.5
No sabe / no contesta	3.3	4.5	3.9	1.5	20.0	1.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Número de casos	338	358	696	338	357	695

* La pregunta formulada en la encuesta fue: *Supongamos que su padre/madre tuviera 70 años y más y necesitara cuidados permanentes, ¿qué esperaría su familia de Ud.? (piense en lo que esperaría de Ud. no en lo que Ud. cree que debería o podría hacer). ¿Y Ud. sentiría la obligación de...?)*

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

164

Año 7
Número 13
Julio/
diciembre
2013

cuidado de personas mayores–, salvo en la categoría que refiere al cuidado de familiares y personas contratadas: los/las jóvenes tienden a elegir esa categoría en mayor medida que el grupo de 40 a 69 años.

El “deber ser” en el cuidado de las personas mayores para la población uruguaya

En el aparado anterior abordamos las elecciones sobre el cuidado de las personas mayores dando cuenta de que la opinión predominante es la opción por el cuidado domiciliario (exclusivo familiar y con personas contratadas) por sobre el institucional. En esta parte nos centramos en las expectativas y obligaciones percibidas por la población en torno al cuidado de sus padres y madres mayores.

En el Cuadro 8, la columna “Expectativas de la familia” presenta lo que la persona encuestada considera que su familia espera de él respecto del cuidado de sus progenitores mayores, mientras que la columna de la derecha se refiere a las obligaciones que siente dicha persona ante tal situación. Prácticamente el 80% de la población menor de 69 años piensa que su familia espera que participe directamente del cuidado de padres y madres mayores (suma de las tres primeras categorías). La expectativa de la participación directa –compartir las tareas regulares de cuidado o asumirlas casi todas– está más presente en las mujeres que en los varones: el 70.4% frente al 58.5 por ciento.

Cuadro 9
Opinión respecto del rol de las hijas mujeres e hijos varones en el cuidado de sus padres,
según tramo de edad. Población hasta 69 años y población mayor de 70 años.
Uruguay. Año 2011

Frases	Nivel de acuerdo	Población hasta 69 años			Población de 70 años y más
		18 a 39	40 a 69	Total	
"Las hijas mujeres están obligadas a cuidar personalmente a sus padres cuando estos son mayores o necesitan ayuda para la vida diaria"	De acuerdo	29.3	31.1	30.2	64.4
	En desacuerdo	70.7	68.9	69.8	35.6
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0
	Número de casos	351	325	676	281
"Los hijos varones están obligados a cuidar personalmente a sus padres cuando estos son mayores o necesitan ayuda para la vida diaria"	De acuerdo	33.2	32.4	32.8	61.2
	En desacuerdo	66.8	67.6	67.2	38.8
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0
	Número de casos	349	324	673	281

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

Dentro de las modalidades de cuidado directo, la más frecuente es la de asumir casi todas las tareas: más de un tercio de la población menor de 70 años piensa que su familia espera que se hagan cargo de casi todo lo relativo al cuidado de sus padres y madres. Esto se da más entre las mujeres que entre los hombres (el 38% *versus* el 32.5%).

Cuando observamos las obligaciones que sienten los/as encuestado/as, notamos que la proporción más alta se da entre quienes sienten que su obligación es asumir casi todas las tareas de cuidado: el 46.5% de las mujeres y el 38.2% de los varones.

165

K. Batthyány,
 N. Genta
 y V. Perrotta

Los roles de hijas e hijos en el cuidado de sus progenitores mayores

En el Cuadro 9 se presentan datos sobre las obligaciones que sienten hijos e hijas respecto del cuidado de sus progenitores mayores a través del nivel de acuerdo con dos frases: "Las hijas mujeres están obligadas a cuidar personalmente a sus padres cuando estos son mayores o necesitan ayuda para la vida diaria" y "Los hijos varones están obligados a cuidar personalmente a sus padres cuando estos son mayores o necesitan ayuda para la vida diaria".

Tanto para el caso de las hijas como de los hijos, 7 de cada 10 de las personas menores de 70 años no está de acuerdo con que los/las hijos/as estén obligados a cuidar personalmente a sus padres y madres mayores. No se presentan diferencias significativas dentro de la población cuidadora entre la población más joven y la de 40 a 69 años.

Las nociones en torno a las obligaciones de los/las hijos/as para con sus progenitores mayores son sustancialmente diferentes si comparamos a la población menor de 69 años con la población mayor de 70 años: mientras que un tercio de la población de hasta 69

Cuadro 10
Principal dificultad para cuidar a familiares de 70 años y más, según sexo.
Población hasta 69 años. Uruguay. Año 2011*

Principal dificultad	Varones	Mujeres	Total
El empleo o los estudios	63.1	45.6	54.0
No habría causas	15.8	23.3	19.7
Otras responsabilidades familiares	5.7	13.1	9.5
Las distancias respecto de su lugar de residencia	7.4	6.4	6.9
Otras razones	7.8	9.2	7.9
No sabe / No contesta	0.3	2.5	1.4
Total	100.0	100.0	100.0
Número de casos	336	360	696

* La pregunta formulada en la encuesta fue: *En su caso, ¿cuál sería la principal dificultad para no cuidar a sus familiares de 70 años y más que necesitaran ayuda para la vida diaria?*

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

años piensa que las mujeres y los varones están obligados a cuidar personalmente a sus padres y madres, entre la población de 70 años y más esta convicción aumenta: es apoyada por 6 de cada 10 personas.

166

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Al igual que lo que muestran los datos anteriores, existe una fuerte demanda de cuidado familiar directo en la población mayor que no es acompañada por las valoraciones acerca del cuidado que tiene la población menor de 69 años.

De esta forma, se percibe una fuerte discordancia entre las expectativas de las personas mayores de 70 y más años de edad respecto de quiénes deben proporcionarles cuidado y la opinión de las generaciones menores. Por lo tanto, surge el siguiente interrogante: estos resultados, ¿están evidenciando cambios en los valores sobre las pautas tradicionales de distribución de cuidado o se trata de una diferencia producto de la edad y de la distancia respecto de la situación de tener que ser cuidados/as en que están los más jóvenes?

Posibilidad de articular trabajo y cuidados de personas mayores

Según vimos, la situación deseable para el cuidado de las personas mayores que resulta predominante es la atención domiciliaria y particularmente familiar, y el “deber ser” del cuidado implica una obligación por parte de los hijos e hijas de participar activamente. En este apartado presentamos los datos sobre las posibilidades de articular trabajo y familia siendo que, como dijimos, existe una demanda insatisfecha de cuidados familiares de las personas mayores.

En el Cuadro 10 se presentan los datos sobre la principal dificultad que tienen las personas menores de 69 años para cuidar a los padres y madres mayores. El empleo o los

Cuadro 11

Decisiones que tomaría la persona encuestada si su madre/padre/pareja de 70 años y más necesitara ayuda para realizar las actividades de la vida diaria y en su trabajo no se lo permitieran, según sexo. Población ocupada total. Uruguay. Año 2011*

Decisión respecto de la situación laboral	Población ocupada total		
	Varones	Mujeres	Total
Mantendría su empleo con el horario actual	33.5	26.4	30.3
Seguiría con el empleo aunque reduciría horario e ingresos para asumir tareas de cuidado	53.5	48.2	51.4
Abandonaría provisoria o definitivamente el empleo para dedicarse al cuidado	9.8	23.7	11.9
No opina	3.3	1.8	2.6
Total	100.0	100.0	100.0
Número de casos	275	220	495

* La pregunta formulada en la encuesta fue: *Si Ud. tuviera madre/padre/pareja de 70 años y más y necesitara ayuda para realizar las actividades de la vida diaria (salir de casa, vestirse, asearse, comer, desplazarse, limpiar la casa o cocinar) y en su trabajo realmente no se lo permitieran, ¿qué haría?*

Fuente: Encuesta Nacional sobre Representaciones de Cuidado, FCS-Inmujeres-ANII.

estudios aparecen claramente en el primer lugar: son mencionados por más de la mitad de la población (54%) y en mayor medida por los varones (63.1%) que por las mujeres (45.6%).

Asimismo, se observa que las mujeres son quienes más responden que no hay causas para no hacerse cargo del cuidado de sus progenitores –el 23.3% *versus* el 15.8% de los varones-. La respuesta “no habría causas” está asociada a que no hay justificación posible para evitar esa obligación. Además, las mujeres plantean como tercera causa de dificultad “otras responsabilidades familiares” (el 13.1% frente al 5.7% de los varones).

En definitiva, estos datos: por un lado, muestran las dificultades que tiene la población para conciliar el “deber ser” del cuidado directo –que quedó evidenciado en los apartados anteriores– con sus posibilidades reales; por otra parte, evidencian que una de cada cinco personas identifica que no habría causas para no cuidar a sus padres o madres –lo que revela el importante peso de esta responsabilidad, que se sobrepondría ante cualquier otra dificultad, especialmente entre las mujeres.

Decisiones respecto de la situación laboral para afrontar el cuidado de las personas mayores

A las personas encuestadas ocupadas en el mercado laboral se les interrogó sobre las decisiones que tomarían respecto de su situación laboral si su madre/padre/pareja mayor de 70 años necesitara ayuda para realizar las actividades de la vida diaria. Cabe aclarar que la pregunta hizo referencia a qué haría con respecto a su situación laboral y no a cuál sería la modalidad deseada para el cuidado.

El Cuadro 11 presenta los datos para la población ocupada total. Se advierte que el 23.7% de las mujeres muestra disposición a abandonar el empleo provisoria o definitivamente en caso de no poder cuidar a su madre, padre o pareja mayor por razones laborales –mientras que solo el 9.8 % de los varones tomaría esta decisión.

Más allá del porcentaje de población dispuesta a abandonar su empleo, la gran mayoría de los varones (63.3%) y sobre todo de las mujeres (71.9%) tomaría acciones que modificarían sus vínculos laborales en caso de que sus padres o parejas tuvieran necesidades de cuidado ya que no les parece posible continuar en la misma situación laboral. Esto revela, entonces, la imposibilidad actual de las personas que trabajan de hacerse cargo del cuidado de dependientes manteniendo incambiadas sus condiciones laborales.

Cuando observamos estos mismos datos por nivel socioeconómico, notamos que dicho nivel influye más en la decisión de las mujeres que en la de los varones; las mujeres de nivel socioeconómico más bajo tienen una mayor disposición a abandonar el empleo (en forma transitoria o definitiva) para cuidar a sus padres o pareja mayor de 70 años que las de los otros niveles: el 27% frente al 20% de las de nivel alto. Esto se explica por el menor acceso de las mujeres de esos sectores a trabajos remunerados de calidad en términos de ingresos, oportunidades de capacitación y desarrollo, entre otros. En Uruguay son las mujeres de los quintiles más bajos las que presentan menores tasas de participación en el trabajo remunerado y, al mismo tiempo, las que dedican más horas al trabajo no remunerado en el hogar (Scuro, 2009).

168

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

Principales conclusiones

Una primera constatación que surge del presente estudio es la fuerte presencia del “familismo” en las representaciones sociales del cuidado de la población uruguaya. Para la mayor parte, la situación más deseable en la atención de las personas mayores es la del cuidado domiciliario. Dentro de esta opción, la población se divide entre quienes consideran que lo mejor es que el cuidado sea brindado exclusivamente por las familias y quienes opinan que lo mejor es que sea compartido entre familiares y personas contratadas que concurren al domicilio. Se entiende que, al no existir una experiencia generalizada de servicios institucionales, resulte limitada su valoración. En este aspecto, se viene desarrollando en Uruguay un incipiente sector mercantil que ofrece, para la población mayor, servicios hoteleros a los que pueden acceder quienes tienen más altos ingresos. En el caso de los sectores de menos ingresos, el Estado ofrece algunas alternativas pero son visualizadas como de baja calidad o están escasamente legitimadas en la población. Y entre los sectores medios existe una mayor dependencia de la cobertura de las redes familiares.

En segundo lugar, se constata una relación directa entre el “familismo” y el nivel socioeconómico: a menor nivel, mayor “familismo”. Esta relación está vinculada a la experiencia vivida con modalidades de cuidado más cercanas. Entre las personas con más alto nivel de ingresos, la presencia de instituciones o personas especializadas es más frecuente y, al tratarse de una experiencia conocida, incide en su elección como opción de cuidado. Por el contrario, para la población perteneciente a niveles socioeconómicos más

bajos, la experiencia cercana es la del cuidado familiar, debido a la escasez de recursos para costear servicios de calidad. Por ello, esa población tiende a optar por la convivencia con los progenitores mayores en la misma vivienda, a diferencia de las personas de alto poder adquisitivo, que suelen tener la experiencia de padres y madres con la autonomía económica necesaria para elegir vivir en hogares distintos. Se advierte, entonces, que las representaciones sociales del cuidado están mediadas por el nivel socioeconómico y se vinculan con las experiencias vividas o conocidas. En este sentido, el Sistema Nacional de Cuidados, mediante la oferta de nuevos servicios, deberá generar una distribución más equitativa de la asistencia institucional de calidad que transforme las representaciones actuales, de forma de reducir la carga de trabajo de cuidados realizado por las familias.

Ahora bien, las diferencias señaladas son más relevantes en el caso de los varones; entre las mujeres las respuestas varían mucho menos en función de las variables estudiadas. Efectivamente, y en tercer lugar, se constata la fuerza del mandato de género respecto del rol cuidador en la identidad femenina, que trasciende las distintas posiciones sociales: si bien las mujeres no son un grupo homogéneo, muestran mayor similitud que los varones, compartiendo representaciones similares independientemente de su edad y su nivel socioeconómico y educativo.

En cuarto lugar, se observa la persistencia de la división sexual del trabajo en relación con el “deber ser” del cuidado: por un lado, en el “deber ser” que la población atribuye a los varones hay una tendencia a percibirlos como los responsables de garantizar el cuidado, es decir, del cuidado indirecto, aludiendo a su rol de proveedores económicos; por otro lado, el “deber ser” de las mujeres las asocia a su rol de cuidadoras directas, lo cual implica un vínculo íntimo.

En quinto lugar, se evidencia la tendencia de las mujeres a flexibilizar su situación en el mercado laboral en función de las necesidades de cuidado de las personas dependientes: independientemente de su nivel socioeconómico y educativo y de la categoría de ocupación, declaran en mayor medida que los varones su disposición a reducir la jornada laboral, a ampliar las licencias o incluso a abandonar el empleo. Se observa aquí de qué modo el “deber” ser atribuido a las mujeres impacta en su inserción y permanencia en el mercado de trabajo.

En sexto lugar, se aprecia la existencia de una demanda insatisfecha en el cuidado familiar de la población mayor expresada a través de las diferencias encontradas entre lo que las personas mayores creen que sus hijas e hijos están obligados/as a hacer y lo que hijos e hijas consideran que es su obligación. La amplia mayoría de los menores de 69 años no considera que esté obligada a cuidar de sus progenitores, a diferencia de lo que piensan predominantemente las personas mayores.

Finalmente, nos planteamos la siguiente pregunta: ¿de qué forma la política pública relativa a los cuidados de personas mayores en Uruguay se fortalece a través del conocimiento de las representaciones sociales? Hemos mencionado que el Sistema de Cuidados debería impactar por lo menos en cuatro ámbitos. Entendemos que, para que impacte en la equidad en la distribución del ingreso, es preciso que considere esta mayor tendencia

femenina a reducir horas y a abandonar el empleo para afrontar el cuidado, porque ello atenta contra su autonomía económica y contra la percepción de ingresos propios derivados de su precaria inserción en el mercado laboral. Por otro lado, el Sistema deberá promover que las personas pertenecientes a los hogares más pobres experimenten otras formas de cuidado de calidad, permitiendo que las mujeres de esos hogares valoren otras posibles actividades de desarrollo además del cuidado.

Otro ámbito donde es fundamental que el Sistema de Cuidados impacte es en la mayor equidad de género, promoviendo un cambio cultural que transforme las concepciones contenidas en el “deber ser” de mujeres y varones respecto del cuidado basadas en la división sexual del trabajo que continúan vigentes no solo en las prácticas desiguales sino en las representaciones.

Por otra parte, el Sistema deberá propiciar un envejecimiento de calidad. Dado que parece haber un quiebre en el mandato generacional que indicaba la obligación de hijas e hijos de asistir a sus padres y madres, es necesario que la política pública encare el problema del envejecimiento como dato central de la realidad demográfica del país, asumiendo el cuidado de forma colectiva.

Asimismo, el Sistema tendrá que modificar las realidades de las familias tanto en el aspecto de la división sexual del trabajo como en el déficit de tiempo de cuidados. Al momento de diseñar políticas sobre el tema, es fundamental considerar el familismo, por un lado, para mostrar otras opciones de cuidado de calidad y, por otro, para que esas políticas incluyan mecanismos que habiliten a las familias a llevar adelante estas expectativas. Esto implica considerar diversas modalidades de cuidado en función de las distintas realidades familiares.

Finalmente, para que el Sistema impacte en el mercado de trabajo –por ejemplo, en el aumento en la tasa de actividad femenina y en las condiciones equitativas en el trabajo–, en un contexto de crecimiento económico como el uruguayo, se hace extremadamente necesario que el mercado laboral incorpore a la reproducción social como factor indispensable para la producción y que se implementen políticas laborales que garanticen el derecho a cuidar y a ser cuidado/a.

Bibliografía

- AGUIRRE, R. (2008), “El futuro del cuidado”, en I. Arriagada (ed.), *Futuro de las familias y desafíos para las políticas*, Santiago de Chile: CEPAL/ ONUSIDA/UNIFEM/ UNFPA.
- AGUIRRE, R. (ed.) (2009), *Las bases invisibles del bienestar social: el trabajo no remunerado en Uruguay*, Montevideo: Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM).
- AGUIRRE, R. y K. Batthyány (2005), *Uso del tiempo y trabajo no remunerado. Encuesta en Montevideo y área metropolitana 2003*, Montevideo: Universidad de la República/ UNIFEM.
- ARAYA UMAÑA, S. (2002), *Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión*, Costa Rica: FLACSO, Cuaderno de Ciencias Sociales núm. 127.
- ARRIAGADA, I. (2007), “Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina”, en I. Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros*, Santiago de Chile: CEPAL.
- BATTHYÁNY, K. (2009), “Cuidado de personas dependientes y género”, en R. Aguirre (ed.), *Las bases invisibles del bienestar social: el trabajo no remunerado en Uruguay*, Montevideo: Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM).
- (2010), “Envejecimiento, cuidados y género en América Latina”, ponencia presentada en el Seminario internacional “Experiencias internacionales y propuestas para consolidar la red nacional de cuido de las personas adultas mayores”, Costa Rica, 22 y 23 de noviembre. Disponible en: <<http://www.cepal.org/dds/noticias/paginas/3/41413/batthyany.pdf>>.
- BATTHYÁNY, K., N. Genta y V. Perrotta (2013), *El cuidado de calidad desde el saber experto y su impacto de género: un análisis comparativo sobre cuidado infantil y de adultos/as mayores en Uruguay*, Santiago de Chile: CEPAL. [En proceso de publicación].
- CARRASCO, C., C. Borderías y T. Torns (2011), “El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales”, en C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.
- DALY, M. y J. Lewis (2011), “El concepto de *social care* y el análisis de los Estados de Bienestar contemporáneos”, en C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.
- DURÁN, M. A. (2003), *El trabajo no remunerado y las familias. Consulta técnica sobre contabilización de la producción no remunerada de servicios de salud en el hogar*, Washington D.C.: Unidad de género y salud y Unidad de políticas y sistemas de la Organización Panamericana de la Salud.
- (2012), *El trabajo no remunerado en la economía global*, Bilbao: Fundación BBVA.
- DURÁN, M. A y V. Milosavljevic (2012), *Unpaid work, Time Use Surveys and Care demand forecasting in Latinamerica*. Madrid: Fundación BBVA, Documento de trabajo núm. 7.

ESPING-ANDERSEN, G. (2000), *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Madrid: Ariel Sociología.

GARCÍA SAINZ, C. y S. García Diez (2000), *Para una valoración del trabajo más allá de su equivalente monetario*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Cuadernos de Relaciones Laborales núm. 17.

GRAHAM, H. (1991), "The concept of caring in feminist research: The case of domestic service", en *Sociology*, núm. 25, Londres: British Sociological Association.

HOCHSCHILD, R. (2003), *La mercantilización de la vida íntima: Apuntes de la casa y el trabajo*, Madrid: Katz.

LETABLIER, M. Th. (2001), "Le travail centré sur autrui et sa conceptualisation en Europe", en *Travail, Genre et Sociétés*, núm. 6, París: L'Harmattan.

MARTÍNEZ FRANZONI, J. (2009), *Domesticar la incertidumbre en América Latina: mercado laboral, política social y familias*, San José (Costa Rica): Editorial de la Universidad de Costa Rica/UNDP.

MILOSAVLJEVIC, V. (2007), *Estadísticas para la equidad de género: magnitudes y tendencias en América Latina*, Santiago de Chile: CEPAL/UNIFEM, Cuadernos de la CEPAL núm. 92.

MOSCOWICI, S. (1979), *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires: Edit. Huemul.

PARKER, R. (1981), "Tending and social policy", en E. M. Goldberg y S. Hatch (eds.), *A new look at the personal social services*, Londres: Policy Studies, Discussion Paper 4.

172

Año 7

Número 13

Julio/

diciembre

2013

PAUTASSI, L. (2010), "Cuidado y derechos: la nueva cuestión social", en S. Montaño y C. Calderón (coords.), *El cuidado en acción: entre el derecho y el trabajo*, Santiago de Chile: CEPAL.

PÉREZ OROZCO, A. (2006), *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*, Madrid: Consejo Económico y Social, Colección Estudios núm. 190.

SCURO, L. (2009), "Pobreza y desigualdades de género", en R. Aguirre (ed.), *Las bases invisibles del bienestar social: el trabajo no remunerado en Uruguay*, Montevideo: Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM).

SISTEMA DE INFORMACIÓN DE GÉNERO (SIG) (2011), *Estadísticas de Género, 2011*, Montevideo: Inmujeres-MIDES-UNFPA. Disponible en: <http://www.inmujeres.gub.uy/innovaportal/file/20979/1/estadisticas_de_genero_2011_final.pdf>.

THOMAS, C. (2011), "Deconstruyendo los conceptos de cuidados", en C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.

UNGERTON, C. (1990), *Gender and caring: Work and welfare in Britain and Scandinavia*, Londres: Harvester Wheatsheaf.